

The Second Book of **THE HUNGER GAMES**

CATCHING FIRE



New York Times Bestselling Author

**SUZANNE
COLLINS**

Aferro el termo entre mis manos incluso aunque hace tiempo que el calor del té se ha filtrado en el aire helado. Mis músculos están contraídos con fuerza frente al frío. Si una manada de perros salvajes fuera a aparecer en este momento, las probabilidades de escalar a un árbol antes de que atacaran no están de mi parte. Debería levantarme, moverme algo, y trabajar en la rigidez de mis miembros. Pero en vez de ello me siento, tan inmóvil como la roca debajo de mí, mientras el amanecer empieza a iluminar el bosque. No puedo luchar contra el sol. Sólo puedo mirar impotente cómo me arrastra hacia un día que he estado temiendo durante meses.

Al mediodía estarán en mi nueva casa en la Aldea de los Vencedores. Los periodistas, los cámaras, incluso Effie Trinket, mi antigua escolta, se habrán encaminado hacia el Distrito 12 desde el Capitolio. Me preguntó si Effie aún llevará esa estúpida peluca rosa, o si ahora lucirá algún otro color antinatural especialmente para el Tour de la Victoria. También habrá otros esperando. Personal para satisfacer todas mis necesidades en el largo viaje en tren. Un equipo de preparación para embellecerme para apariciones en público. Mi estilista y amigo, Cinna, que diseñó los preciosos conjuntos que hicieron que la audiencia se fijara en mí por primera vez en los Juegos del Hambre.

Si fuera por mí, intentaría olvidarme completamente de los Juegos del Hambre. Nunca hablar de ellos. Fingir que no fueron más que un mal sueño. Pero el Tour de la Victoria hace que eso sea imposible. Estratégicamente situado casi a medio camino entre los Juegos anuales, es la forma que tiene el Capitolio de mantener el horror fresco e inmediato. No sólo nos obligan a nosotros en los distritos a recordar la mano de acero del poder del Capitolio cada año, nos obligan a celebrarlo. Y este año, yo soy una de las estrellas del espectáculo. Tendré que viajar de distrito en distrito, levantarme delante de multitudes que me ovacionan mientras me odian en secreto, mirar a los rostros de las familias cuyos hijos he matado . . . El sol persiste en alzarse, así que me obligo a levantarme. Todas mis articulaciones protestan y mi pierna izquierda lleva tanto tiempo dormida que me lleva varios minutos de andar en círculos el poder devolverle la sensibilidad. He estado en el bosque tres horas, pero ya que no he intentado cazar en serio, no tengo nada que mostrar por ello. Ya no importa para mi madre y mi hermana pequeña, Prim. Pueden permitirse comprar carne en la carnicería de la ciudad, aunque a ninguna nos gusta más que la caza fresca. Pero mi mejor amigo Gale Hawthorne y su familia dependen del botín de hoy, y no puedo defraudarlos. Empiezo la caminata de hora y media que me llevará el recorrer nuestra línea de trampas. Antes, cuando estábamos en el colegio, teníamos tiempo por las tardes para revisar la línea y cazar y recolectar y aún volver al trueque en la ciudad. Pero

ahora que Gale se ha ido a trabajar a las minas de carbón—y yo no tengo nada que hacer en todo el día—he tomado el trabajo.

En este momento Gale ya habrá fichado en las minas, tomado hacia las profundidades de la tierra el ascensor que revuelve el estómago, y estará golpeando en una veta de carbón. Sé cómo es todo allí abajo. Cada año en el colegio, como parte de nuestro entrenamiento, mi clase tenía que recorrer las minas. Cuando era pequeña, sólo era incómodo. Los túneles claustrofóbicos, el aire viciado, la oscuridad sofocante por todas partes. Pero después de que mi padre y varios mineros más murieran en una explosión, apenas si podía entrar en el ascensor. El viaje anual se convirtió en una inmensa fuente de ansiedad. Dos veces me había puesto tan enferma por la anticipación que mi madre me hizo quedarme en casa porque pensaba que había contraído la gripe.

Pienso en Gale, quien sólo está vivo en el bosque, con su aire fresco y su luz solar y su agua fresca y en continuo movimiento. No sé cómo lo soporta. Bueno. . . sí, lo sé. Lo soporta porque es la forma de alimentar a su madre y a sus dos hermanos y su hermana pequeños. Y aquí estoy yo con toneladas de dinero, mucho más que suficiente para alimentar ahora a nuestras dos familias, y él no quiere aceptar ni una sola moneda. Incluso es duro para él dejarme que le lleve carne, aunque con toda seguridad habría mantenido a mi madre y a Prim provistas si yo hubiera muerto en los Juegos. Le digo que me está haciendo un favor, que me vuelve loca estar todo el día por ahí sentada. Incluso así, nunca dejo la caza cuando él está en casa. Lo que es fácil dado que trabaja doce horas al día.

La única vez que veo ahora a Gale es los domingos, cuando nos encontramos en el bosque para cazar juntos. Aún es el mejor día de la semana, pero ya no es como solía ser, cuando nos podíamos contar el uno al otro cualquier cosa. Los Juegos han estropeado incluso eso. Sigo manteniendo la esperanza de que a medida que pase el tiempo recuperaremos la comodidad entre nosotros, pero una parte de mí sabe que es inútil. No hay vuelta atrás. Consigo un buen botín en las trampas—ocho conejos, dos ardillas, y un castor que nadó hacia el artilugio de cable que diseñó el propio Gale. Es un hacha con las trampas, ajustándolas para que doblen árboles jóvenes y así aparten a sus presas del alcance de depredadores, equilibrando troncos sobre delicados gatillos de palos, tejiendo cestas ineludibles para capturar peces. Mientras avanzo, recolocando cuidadosamente cada trampa, sé que nunca podré imitar con exactitud su ojo para el equilibrio, su instinto por dónde cruzará la presa el camino. Es más que experiencia. Es un don natural. Como la forma en que yo puedo disparar a un animal en casi total oscuridad y aún así derribarlo con una única flecha. Para cuando llego a la verja que rodea el Distrito 12, el sol está bien alto. Como

siempre, escucho un momento, pero no está el delator zumbido de la corriente eléctrica circulando por la cadena de cables. Casi nunca la hay, incluso aunque la cosa se supone que debería estar cargada a tiempo completo. Me retuerzo por la apertura en la parte baja de la verja y salgo en la Pradera, a sólo un tiro de piedra de mi casa. Mi antigua casa. Aún podemos quedárnosla ya que oficialmente es el hogar designado para mi madre y hermana. Si ahora yo cayera muerta, ellas tendrían que volver aquí. Pero por el momento, ambas están felizmente instaladas en la nueva casa de la Aldea de los Vencedores, y yo soy la única que utiliza el lugarcito achaparrado donde me crié. Para mí, es mi verdadera casa.

Ahora voy allí a cambiarme la ropa. Cambiar la chaqueta vieja de cuero de mi padre por un abrigo fino de lana que siempre parece demasiado ceñido en los hombros. Dejar mis suaves y gastadas botas de caza por un par de caros zapatos hechos a máquina que mi madre piensa que son más apropiados para alguien de mi estatus. Ya he puesto a buen recaudo mi arco y mis flechas en un tronco hueco en el bosque. Aunque se agota el tiempo, me permito unos minutos para sentarme en la cocina. Tiene una cualidad de abandono, sin fuego en el hogar, sin mantel sobre la mesa. Lamento la pérdida de mi vieja vida aquí. Apenas salíamos adelante, pero sabía dónde encajaba, sabía cuál era mi lugar en la red fuertemente entretejida que era nuestra vida. Desearía volver a ella porque, en retrospectiva, parece tan segura comparada con el ahora, en que soy tan rica y tan famosa y tan odiada por las autoridades del Capitolio. Un gemido en la puerta de atrás reclama mi atención. La abro para encontrarme con Buttercup, el gato viejo y gruñón de Prim. Le disgusta la casa nueva casi tanto como a mí y siempre la deja cuando mi hermana está en el colegio. Nunca nos hemos querido particularmente el uno al otro, pero ahora tenemos este nuevo vínculo. Lo dejo entrar, le doy un pedazo de grasa de castor, e incluso lo acaricio entre las orejas un ratito.

— Eres horroroso, ya lo sabes, ¿verdad? — Le pregunto. Buttercup empuja mi mano suavemente para más caricias, pero tenemos que irnos. — Vente, tú. Lo levanto con una mano, cojo mi bolsa de caza con la otra, y los llevo a ambos hacia la calle. El gato se libera de un salto y desaparece bajo un arbusto. Los zapatos me aprietan en los dedos mientras ando haciendo crujidos por la calle de ceniza. Acortando por callejones y a través de patios traseros llego a la casa de Gale en cuestión de minutos. Su madre, Hazelle, me ve a través de la ventana, donde está inclinada sobre el fregadero de la cocina. Se seca las manos en el mandil y desaparece para encontrarse conmigo en la puerta.

Me gusta Hazelle. La respeto. La explosión que mató a mi padre también se llevó a su marido, dejándola con tres niños y un bebé a punto de nacer. Menos de

una semana después de haber dado a luz, estaba fuera recorriendo las calles en busca de trabajo. Las minas no eran una opción, con un bebé que cuidar, pero se las arregló para conseguir la colada de varios comerciantes en la ciudad. A los catorce, Gale, el mayor de los hijos, se convirtió en el principal soporte de la familia. Ya estaba anotado para las teselas, que le daban derecho a un escaso aporte de grano y aceite a cambio de añadir su nombre veces extra en el sorteo para convertirse en tributo. Por encima de eso, incluso entonces, era un dotado diseñador de trampas. Pero eso no era suficiente para mantener a una familia de cinco sin Hazelle gastándose las manos hasta el hueso en esa tabla de lavar. En invierno sus manos se ponían tan rojas y agrietadas, que sangraban ante la mínima provocación. Aún lo harían si no fuera por el bálsamo que preparaba mi madre. Pero están determinados, Hazelle y Gale, a que los otros niños, Rory de doce años y Vick de diez, y la pequeña Posy, de cuatro años, nunca tengan que anotarse a las teselas.

Hazelle sonríe cuando ve la caza. Coge el castor por la cola, evaluando su peso.

— Va a hacer un bonito guiso. — Al contrario que Gale, ella no tiene ningún problema con nuestro arreglo de caza.

— Buena piel, también. — Respondo. Es reconfortante estar aquí con Hazelle. Evaluando los méritos de la presa, tal y como ha hecho siempre. Me vierte una taza de té de hierbas, alrededor del cual envuelvo mis dedos helados con agradecimiento. — Sabes, cuando vuelva del tour, estaba pensando que tal vez llevara a Rory conmigo alguna vez. Después del colegio. Enseñarle a disparar.

Hazelle asiente.

— Eso sería bueno. Gale quiere hacerlo, pero sólo tiene los domingos, y creo que le gusta reservar esos para ti.

No puedo evitar el rubor que inunda mis mejillas. Es estúpido, por supuesto. Casi nadie me conoce mejor que Hazelle. Sabe qué vínculo comparto con Gale. Estoy segura de que mucha gente había asumido que algún día nos casaríamos incluso aunque yo nunca lo hubiera pensado. Pero eso era antes de los Juegos. Antes de que mi compañero tributo, Peeta Mellark, anunciara que estaba perdidamente enamorado de mí. Nuestro romance se convirtió en una estrategia clave para nuestra supervivencia en la arena. Sólo que para Peeta no era sólo una estrategia. No estoy segura de lo que fue para mí. Pero ahora sé que para Gale

fue doloroso. Mi pecho se contrae mientras pienso cómo, en el Tour de la Victoria, Peeta y yo deberemos presentarnos como amantes otra vez.

Me bebo el té a grandes sorbos a pesar de que está demasiado caliente, y me apartó de la mesa.

— Debería irme yendo. Ponerme presentable para las cámaras. Hazelle me abraza.

— Disfruta de la comida.

— Absolutamente. — Digo.

Mi siguiente parada es el Quemador, donde tradicionalmente he hecho el grueso de mi trueque. Años atrás había sido un almacén para guardar carbón, pero cuando cayó en desuso se convirtió en un punto de encuentro para canjes ilegales, y después floreció como un mercado negro a tiempo completo. Si atrae a elementos un tanto criminales, entonces yo pertenezco allí, supongo. Cazar en los bosques que rodean el Distrito 12 viola por lo menos una docena de leyes y es castigable con la muerte.

Aunque nunca lo mencionan, estoy en deuda con la gente que frecuenta el Quemador. Gale me dijo que Sae la Grasienda, la vieja que sirve sopa, empezó una recolección para patrocinarnos a Peeta y a mí durante los Juegos. Se suponía que sólo iba a ser algo del Quemador, pero mucha otra gente oyó acerca de ello y pusieron su granito de arena. No sé con exactitud cuánto fue, y el precio de cualquier regalo en la arena era desorbitado. Pero por todo lo que sé, fue la diferencia entre mi vida y mi muerte. Aún es raro abrir la puerta de delante con una bolsa de caza vacía, con nada que canjear, y en lugar de ello sentir el pesado bolsillo de monedas contra mi cadera. Intento pasar por tantos puestos como puedo, repartiendo mis compras de café, bollos, huevos, hilo y aceite.

Después se me ocurre comprarle tres botellas de licor blanco a una mujer manca llamada Ripper (NdT: Ripper significa Destripadora), la víctima de un accidente en la mina que fue lo bastante lista como para encontrar una forma de seguir con vida. El licor no es para mi familia. Es para Haymitch, quien fue el mentor mío y de Peeta durante los Juegos. Es hosco, violento y borracho la mayor parte del tiempo. Pero hizo su trabajo—más que su trabajo—porque por primera vez en la historia se les permitió ganar a dos tributos. Así que sin importar quién sea Haymitch, también estoy en deuda con él. Y eso es para siempre. Estoy cogiendo el licor blanco porque hace varias semanas se quedó sin él y no había

nada en venta y tuvo síndrome de abstinencia, dando sacudidas y gritándole a cosas aterradoras que sólo él podía ver. Asustó a Prim a muerte y, francamente, tampoco fue muy divertido para mí el verlo así. Desde entonces se puede decir que he estado preparando una reserva sólo por si acaso vuelve a faltar.

Cray, nuestro agente de la paz en jefe, frunce el ceño cuando me ve con las botellas. Es un viejo con algunos mechones de pelo plateado peinados lateralmente sobre su brillante cara roja.

— Esa cosa es demasiado fuerte para ti, chica. — Él lo sabrá bien. Junto a Haymitch, Cray bebe más que nadie que yo haya conocido nunca.

— Oh, mi madre la usa en medicinas. — Digo con indiferencia.

— Bueno, mataría cualquier cosa. — Dice, y planta sobre la mesa una moneda por una botella.

Cuando llego al puesto de Sae la Grasienta, me impulso para sentarme sobre el mostrador y ordenar algo de sopa, que parece ser algún tipo de mezcla de calabaza y habas. Un agente de la paz llamado Darius se acerca y compra un cuenco mientras estoy comiendo. En lo que respecta a los agentes de la ley, es uno de mis favoritos. Nunca imponiendo su peso por ahí de verdad, generalmente bueno para un chiste. Probablemente ande por la veintena, pero no parece mucho mayor que yo. Algo sobre su sonrisa, su pelo rojo disparado en todas direcciones, le da un aire infantil.

— ¿No se supone que debes estar en un tren? — Me pregunta.

— Me recogen a mediodía. — Respondo.

— ¿No deberías tener mejor pinta? — Pregunta con un susurro muy alto. No puedo evitar sonreír ante su broma, a pesar de mi humor. — ¿Tal vez un lazo en tu pelo o algo? — Sacude mi trenza con la mano y lo aparto.

— No te preocupes. Para cuando terminen conmigo estaré irreconocible.

— Bien. — Dice. — Mostrémosles algo de orgullo de distrito para variar, señorita Everdeen.

¿Uhm? — Sacude la cabeza hacia Sae la Grasienta con desaprobación burlona y se marcha para reunirse con sus amigos.

— Quiero ese bol de vuelta. — Lo llama Sae la Grasienta, pero ya que también ella se está

riendo, no suena particularmente estricta. — ¿Gale irá a despedirte? — Me pregunta.

— No, no estaba en la lista. — Digo. — Aunque lo vi el domingo.

— Pensé que lo habrían puesto en la lista. Siendo tu primo y eso. — Dice irónicamente. Sólo es una parte más de la mentira que el Capitolio ha cocinado. Cuando Peeta y yo llegamos a los ocho últimos en los Juegos del Hambre, enviaron a periodistas para crear nuestras historias personales. Cuando preguntaron por mis amigos, todo el mundo los dirigió hacia Gale. Pero no podía ser, con el romance que estaba interpretando en la arena, que mi mejor amigo fuera Gale. Era demasiado guapo, demasiado varonil, y no dispuesto en lo más mínimo a sonreír y a portarse bien ante las cámaras. Aunque sí que nos parecemos, bastante. Tenemos esa apariencia de la Veta. Pelo oscuro y liso, piel aceitunada, ojos grises. Así que algún genio lo convirtió en mi primo. No sabía nada de ello hasta que ya estábamos en casa, en la plataforma de la estación de tren, y mi madre dijo, “¡Tus primos no pueden esperar a verte!” Después me giré y vi a Gale y Hazelle y a todos los niños esperándome, así que ¿qué odía hacer salvo seguirles la corriente?

Sae la Grasienta sabe que no estamos emparentados, pero incluso alguna de la gente que nos conoce desde hace años parece haberse olvidado.

— No puedo esperar a que todo esto se acabe. — Susurro.

— Lo sé. — Dice Sae la Grasienta. — Pero tienes que pasar por ello para llegar al final. Mejor no llegar tarde.

Una nevada ligera empieza a caer mientras me dirijo hacia la Aldea de los Vencedores. Es un paseo de unos siete kilómetros desde la plaza en el centro de la ciudad, pero parece un mundo completamente distinto. Es una comunidad separada construida alrededor de un jardín precioso adornado con arbustos floridos. Hay doce casas, cada una lo bastante grande como para alojar diez como aquella en la que me crié. Nueve están vacías, como siempre lo han estado. Las tres en uso nos pertenecen a Haymitch, a Peeta, y a mí. Las casas habitadas por mi familia y por Peeta desprenden un cálido brillo de vida. Ventanas iluminadas, humo en las chimeneas, manojos de maíz brillantemente coloreado como

decoración para el próximo Festival de la Siega. Sin embargo, la casa de Haymitch, a pesar de los cuidados del encargado del parque, emite un aire de abandono y negligencia. Me preparo a su puerta, sabiendo que olerá mal, y luego empujo hacia dentro. Mi nariz se arruga inmediatamente de asco. Haymitch se niega a dejar entrar a nadie a limpiar y él mismo lo hace muy mal. Con los años los olores a licor y vómito, repollo hervido y carne quemada, ropa sin lavar y desechos de ratón se han mezclado en un olor apestoso que me trae lágrimas a los ojos. Camino con dificultad a través de una basura de envoltorios descartados, cristal roto y huesos hacia donde sé que encontraré a Haymitch. Se sienta en la mesa de la cocina, sus brazos desparramados sobre la madera, su cabeza en un charco de licor, roncando a plena potencia. Le sacudo el hombro.

— ¡Levántate! — Digo en alto, porque he aprendido que no hay forma sutil de despertarlo. Sus ronquidos se detienen por un momento, dubitativos, y luego se reanudan. Lo empujo más fuerte. — Levántate, Haymitch. ¡Es día de tour!

Fuerzo la ventana hacia arriba, inhalando profundas bocanadas del aire limpio del exterior. Mis pies cambian de postura a través de la basura sobre el suelo, y desentierro una cafetera de latón y la lleno en el fregadero. El hornillo no está completamente estropeado y consigo coaccionar a los pocos carbones con vida para que formen una llama. Vierto algo de café en la cafetera, lo bastante como para asegurarme de que el brebaje resultante sea bueno y fuerte, y la coloco sobre el hornillo para que hierva.

Haymitch aún sigue muerto para el mundo. Ya que nada más ha funcionado, lleno un cuenco con agua helada, lo derramo sobre su cabeza, y me aparto rápidamente de su alcance. Un sonido animal gutural sale de su garganta. Salta, Golpeando su silla tres metros atrás y agitando un cuchillo. Me había olvidado de que siempre duerme con uno aferrado en la mano. Debería habérselo sacado de entre los dedos, pero tenía muchas cosas en la cabeza. Soltando obscenidades, acuchilla el aire varias veces antes de entrar en razón. Se seca la cara con la manga y se vuelve hacia el alféizar donde estoy colgada, sólo por si acaso tuviera que salir con rapidez.

— ¿Qué haces? — Farfulla.

— Me dijiste que te despertara una hora antes de que vinieran las cámaras.

— ¿Qué?

— Idea tuya. — Insisto.

Parece recordarlo.

— ¿Por qué estoy todo mojado?

— No pude despertarte a sacudidas. — Digo. — Mira, si querías que te mimaran, deberías habérselo pedido a Peeta.

— ¿Haberme pedido qué?

Tan sólo el sonido de su voz me forma en el estómago un nudo de emociones incómodas como culpa, pena, y miedo. Y añoranza. Ya puestos puedo admitir que también hay algo de eso. Sólo que tiene demasiada competencia como para ganar nunca. Miro cómo Peeta cruza hacia la mesa, el sol de la ventana haciendo que brille la nieve fresca en su pelo rubio. Se le ve fuerte y sano, tan diferente del chico enfermo y hambriento que conocí en la arena, y ahora apenas si puedes ver su cojera. Coloca una barra de pan recién horneado sobre la mesa y extiende su mano hacia Haymitch.

Haberte pedido que me despertaras sin darme una neumonía. — Dice Haymitch, dándole el cuchillo. Se saca su camisa mugrienta, revelando una camiseta interior igualmente sucia, y se frota con la parte seca.

Peeta sonríe y empapa el cuchillo de Haymitch en licor blanco de una botella en el suelo. Frota la cuchilla hasta que está limpia en su camisa y parte el pan en rebanadas. Peeta nos mantiene a todos provistos de bienes recién horneados. Yo cazo. Él hornea. Haymitch bebe. Tenemos nuestras propias formas de mantenernos ocupados, para mantener a raya los pensamientos de nuestra época como contendientes en los Juegos del Hambre. No es hasta después de que le haya dado a Haymitch la base que me mira por primera vez.

— ¿Quieres un trozo?

— No, comí en el Quemador. — Digo. — Pero gracias.

Mi voz no suena como la mía propia, es tan formal. Tal y como ha sido cada vez que he hablado con Peeta desde que las cámaras dejaron de grabar nuestra feliz vuelta a casa y volvimos a la vida real.

— De nada. — Dice, tenso.

Haymitch lanza la camisa a algún lugar en el desorden.

— Brrr. Vosotros dos tenéis mucho que calentar antes del espectáculo. Tiene razón, por supuesto. La audiencia estará esperando al par de tortolitos que ganaron los Juegos del Hambre. No a dos personas que apenas si pueden mirarse a los ojos. Pero todo lo que digo es:

— Tómate un respiro, Haymitch.

Luego salgo por la ventana, me dejo caer al suelo, y me dirijo a través del jardín hasta mi casa.

La nieve ha empezado a cuajar y dejo un rastro de pisadas detrás de mí. En la puerta de delante, me detengo para sacudir la cosa mojada de mis zapatos antes de entrar. Mi madre ha estado trabajando todo el día y toda la noche para ponerlo todo perfecto para las cámaras, así que no es el momento de empezar a mancharle el suelo brillante. Apenas he entrado cuando allí está, sosteniéndome el brazo como si para detenerme.

— No te preocupes, me los saco aquí. — Digo, dejando los zapatos en el felpudo. Mi madre suelta una risa extraña y ahogada, y me saca del hombro la bolsa de caza cargada de provisiones.

— Sólo es nieve. ¿Tuviste un buen paseo?

— ¿Paseo? — Ella sabe que he estado en el bosque la mitad de la noche. Después veo al hombre en pie detrás de ella en el umbral de la cocina. Un vistazo a su traje a medida y facciones quirúrgicamente perfectas y sé que es del Capitolio. Algo va mal. — Fue más como patinaje. Está poniéndose muy resbaladizo ahí fuera.

— Alguien está aquí para verte. — Dice mi madre. Su rostro está demasiado pálido y puedo oír la ansiedad que está tratando de ocultar.

— Pensé que no vendrían hasta mediodía. — Finjo no darme cuenta de su estado. — ¿Vino Cinna para ayudarme a arreglarme?

— No, Katniss, es . . . — Empieza mi madre.

— Por aquí, por favor, señorita Everdeen. — Dice el hombre. Me hace un gesto hacia el pasillo. Es raro que te dirijan por tu propia casa, pero tengo más sentido que para comentar nada.

Mientras voy, le lanzo a mi madre una sonrisa tranquilizadora por encima del hombro.

— Probablemente más instrucciones para el tour. — Me han estado enviando todo tipo de cosas sobre mi itinerario y qué protocolo debía observarse el cada distrito. Pero mientras camino hacia la puerta del estudio, una puerta que nunca he visto cerrada hasta ahora, puedo sentir que mi mente empieza a acelerarse. ¿Quién está aquí? ¿Qué es lo que quieren? ¿Por qué está mi madre tan pálida?

— Entra sin llamar. — Dice el hombre del Capitolio, quien me ha seguido por el pasillo. Giro el pomo de latón bruñido y entro. Mi olfato registra los olores contradictorios de rosas y sangre. Un hombre bajo de pelo blanco que parece vagamente familiar está leyendo un libro. Levanta un dedo como para decir, “Dame un momento.” Luego se gira y mi corazón da un salto.

Estoy mirando a los ojos de serpiente del Presidente Snow.

En mi mente, el Presidente Snow debería ser visto frente a columnas de mármol de las que cuelgan banderas inmensas. Es chocante verlo rodeado de los objetos cotidianos de la habitación. Es como sacar la tapa de un frasco y encontrarse con una víbora con colmillos en vez de un estofado.

¿Qué podría estar haciendo él aquí? Rápidamente, mi mente pasa por todos los días de apertura de los demás Tours de la Victoria. Recuerdo ver a los tributos vencedores con sus mentores y estilistas. Incluso algunos altos oficiales del gobierno han hecho apariciones ocasionales. Pero nunca he visto al Presidente Snow. Él acude a las celebraciones en el Capitolio. Punto.

Si ha hecho todo este viaje desde su ciudad, sólo puede significar una cosa. Estoy en serios problemas. Y si lo estoy yo, mi familia también. Un escalofrío me recorre cuando pienso en la proximidad de mi madre y hermana a este hombre que tanto me desprecia. Que siempre me despreciará. Porque burlé sus sádicos Juegos del Hambre, hice que el Capitolio quedara como un tonto, y en consecuencia miné su control.

Todo lo que estaba haciendo era intentar mantenernos a Peeta y a mí con vida. Cualquier acto de rebelión fue una total coincidencia. Pero cuando el Capitolio decreta que sólo un tributo puede vivir y tienes la audacia de desafiarlo, supongo que eso es una rebelión en sí misma. Mi única defensa era fingir que estaba enloquecida por un amor apasionado hacia Peeta. Así que se nos permitió vivir a ambos. Ser coronados vencedores. Ir a casa y celebrarlo y decirles adiós a las cámaras y que nos dejaran en paz. Hasta ahora. Tal vez sea la novedad de la casa o el shock de verlo o la comprensión mutua de que podría hacer que me mataran en un segundo lo que hace que me sienta como una intrusa. Como si fuera su casa y yo la que no ha sido invitada. Así que no lo recibo ni le ofrezco una silla. No digo nada. De hecho, lo trato como si fuera una serpiente de verdad, de las venenosas. Estoy de pie inmóvil, mirándolo fijamente, considerando planes de retirada.

— Creo que haríamos que esta situación fuera mucho más fácil acordando no mentirnos mutuamente. — Dice. — ¿Tú qué crees?

Creo que mi lengua se ha congelado y que hablar me será imposible, así que me sorprende respondiéndole en una voz tranquila:

— Sí, creo que ahorraría tiempo.

El Presidente Snow sonríe y veo sus labios por primera vez. Espero labios de serpiente, es decir, sin labios. Pero los suyos son muy gruesos, su piel está demasiado estirada. Me tengo que preguntar si su boca ha sido alterada para hacerlo parecer más atractivo. Si fue así, fue una pérdida de tiempo y dinero, porque no es atractivo en absoluto.

— Mis asesores estaban preocupados de que fueras difícil, pero no estás planeando ser difícil en absoluto, ¿verdad?

— No. — Respondo.

— Eso es lo que yo les dije. Dije que una chica que llega a tales extremos para preservar su vida no va a estar interesada en echarla por la borda. Y después hay que pensar en su familia. Su madre, su hermana, y todos esos . . . primos. — Por el modo en que se detiene en la palabra “primos”, puedo decir que sabe que Gale y yo no compartimos árbol genealógico. Bueno, ya está todo sobre la mesa. Tal vez sea lo mejor. No funciona bien con amenazas ambiguas. Prefiero con toda seguridad saber qué está en juego.

— Sentémonos.

El Presidente Snow toma un asiento ante el gran escritorio de madera bruñida donde Prim hace sus deberes y mi madre sus presupuestos. Como nuestra casa, este es un lugar sobre el que él no tiene derecho, pero sobre el que tiene en última instancia todo el derecho, de ocupar. Me siento frente al escritorio en una de las sillas talladas de respaldo vertical. Está hecha para alguien más alto que yo, así que sólo las puntas de mis pies descansan sobre el suelo.

— Tengo un problema, señorita Everdeen. — Dice el Presidente Snow. — Un problema que empezó en el momento en que sacaste esas bayas venenosas en la arena. Ese había sido el momento en que había decidido que si los Vigilantes tenían que elegir entre vernos a Peeta y a mí cometer suicidio—lo que habría significado no tener vencedor—y dejarnos vivir a ambos, escogerían lo último.

— Si el Vigilante jefe, Seneca Crane, hubiera tenido algo de cabeza, te habría hecho polvo allí mismo. Pero tenía una desafortunada vena sentimental. Así que aquí estás. ¿Puedes adivinar dónde está él? — Pregunta.

Asiento porque, por la forma en la que lo dice, está claro que Seneca Crane ha sido ejecutado. El olor a rosas y sangre se ha hecho más fuerte ahora que sólo nos separa un escritorio. Hay una rosa en la solapa del Presidente Snow, lo que por lo menos sugiere una fuente para el perfume de flores, pero debe de estar genéticamente mejorada, porque ninguna rosa real huele como esa. Y en lo que respecta a la sangre . . . no lo sé.

— Después de eso, no había nada que hacer salvo dejarte interpretar tu pequeña obra. Y también fuiste bastante buena con eso de la colegiala loca de amor. La gente del Capitolio estaba bastante convencida. Desafortunadamente, no todos en los distritos se tragaron tu actuación.

Mi cara debe de registrar por lo menos un breve desconcierto, porque se explica.

— Esto, por supuesto, tú no lo sabes. No tienes acceso a información sobre el humor en otros distritos. En varios de ellos, sin embargo, la gente vio tu pequeño truco con las bayas como un acto de desafío, no un acto de amor. Y si una chica del Distrito Doce, de entre todos los sitios, puede desafiar al Capitolio y salir impune, ¿qué va a impedirles a ellos hacer lo mismo? — Dice. — ¿Qué hay

que prever, digamos, un levantamiento? Lleva un momento el que esta frase surta su efecto. Después todo su peso me golpea.

— ¿Ha habido levantamientos? — Pregunto, tan helada como eufórica ante la posibilidad.

— Aún no. Pero vendrán si el curso de las cosas no cambia. Y es sabido que los levantamientos llevan a la revolución. — El Presidente Snow se frota un punto sobre la ceja izquierda, el mismo punto donde yo misma tengo jaquecas. — ¿Tienes idea de lo que eso significaría? ¿Cuánta gente moriría? ¿A qué condiciones tendrían que enfrentarse los que sobrevivieran? Cuales quiera que sean los problemas que alguien tenga con el Capitolio, créeme cuando lo digo, si este liberara su agarre sobre los distritos siquiera por un corto período, todo el sistema se colapsaría.

Me desconcierta su franqueza e incluso la sinceridad de su discurso. Como si su preocupación primaria fuera el bienestar de los ciudadanos de Panem, cuando no hay nada más lejos de la realidad. No sé cómo me atrevo a decir las siguientes palabras, pero lo hago.

— Debe de ser muy frágil, si un puñado de bayas puede tirarlo abajo. Hay una larga pausa en la que me examina. Después se limita a decir:

— Es frágil, pero no en la forma en que tú supones.

Hay un golpeteo en la puerta, y el hombre del Capitolio mete la cabeza.

— Su madre quiere saber si desea té.

— Lo desearía. Desearía té. — Dice el presidente. La puerta se abre más, y allí está mi madre, sosteniendo una bandeja con el juego de porcelana china que mi madre trajo a la Veta cuando se casó. — Déjelo aquí, por favor. — Coloca su libro en la esquina del escritorio y da unos golpecitos sobre el centro.

Mi madre coloca la bandeja en el escritorio. Contiene una tetera china y tazas, crema y azúcar, y un plato de galletas. Están preciosamente glaseadas con flores cuidadosamente coloreadas. El glaseado sólo puede ser obra de Peeta.

— Qué visión más bienvenida. Sabes, es gracioso con qué frecuencia la gente se olvida de que los presidentes también tienen que comer. — Dice

encantadoramente el Presidente Snow. Bueno, por lo menos parece relajar a mi madre un poco.

— ¿Puedo servirle algo más? Puedo cocinar algo más sustancial si tiene hambre. — Ofrece.

— No, esto no podría ser más perfecto. Gracias. — Dice, claramente despidiéndola. Mi madre asiente, me lanza una mirada, y se va. El Presidente Snow vierte té para ambos y llena el suyo con crema y azúcar, después se toma su tiempo revolviendo. Presiento que ya ha dicho todo lo que tenía que decir y que está esperando a que yo responda.

— No pretendía empezar ningún levantamiento. — Le digo.

— Te creo. No importa. Tu estilista resultó ser profético en su elección de vestuario. Katniss Everdeen, la chica que estaba en llamas, has proporcionado la chispa que, de quedar desatendida, puede aumentar hacia un infierno que destruya Panem.

— ¿Por qué no me mata ahora? — Suelto de repente.

— ¿Públicamente? — Pregunta. — Eso sólo añadiría fuel a las llamas.

— Arregle un accidente, entonces.

— ¿Quién se lo creería? No tú, si estuvieras mirando.

— Entonces sólo dígame lo que quiere que haga. Lo haré.

— Si sólo fuera tan sencillo. — Coge una de las galletas floreadas y la examina. —

Encantador. ¿Las hizo tu madre?

— Peeta. — Y por primera vez, encuentro que no puedo sostenerle la mirada. Me inclino para coger mi té pero lo vuelvo a bajar cuando oigo a la taza tintinear contra el platillo. Para cubrirlo, cojo rápidamente una galleta.

— Peeta. ¿Cómo está el amor de tu vida?

— Bien.

— ¿En qué punto se dio cuenta del grado exacto de tu indiferencia? —
Pregunta, mojando su galleta en el té.

— No soy indiferente.

— Pero tal vez no tan encantada con el joven como le hiciste creer al país.

— ¿Quién dice que no lo estoy?

— Yo. — Dice el presidente. — Y no estaría aquí si fuera el único que
tuviera dudas. ¿Cómo está el guapo primo?

— No lo sé...Yo no... — Mi repulsión ante esta conversación, ante el discutir
mis sentimientos sobre dos de las personas que más me importan con el
Presidente Snow, me ahoga.

— Habla, señorita Everdeen. A él puedo matarlo fácilmente si no llegamos a
una feliz resolución. — Dice. — No le estás haciendo ningún favor desapareciendo
en el bosque con él cada domingo.

Si sabe esto, ¿qué más sabe? ¿Y cómo lo sabe? Mucha gente podría
decirle que Gale y yo nos pasamos los domingos cazando. ¿No aparecemos al
final de todos ellos cargados de caza?

¿No lo hemos hecho durante años? La verdadera cuestión es qué cree él
que sucede en el bosque más allá del Distrito 12. Seguro que no nos han estado
rastreado allí. ¿O sí? ¿Nos podrían haber seguido? Eso parece imposible. Por lo
menos por una persona. ¿Cámaras? Eso nunca se me pasó por la cabeza hasta
este momento. El bosque siempre ha sido nuestro lugar seguro, nuestro lugar más
allá del alcance del Capitolio, donde somos libres de decir lo que sentimos, ser
quienes somos. Por lo menos antes de los Juegos. Si nos han estado observando
desde entonces, ¿qué es lo que han visto? A dos personas cazando, diciendo
cosas traidoras contra el Capitolio, sí. Pero no a dos personas enamoradas, que
es lo que parece ser la implicación del Presidente Snow. En ese sentido estamos
seguros. A no ser . . . a no ser . . . Sólo sucedió una vez. Fue rápido e inesperado,
pero sucedió. Después de que Peeta y yo llegáramos a casa de los Juegos,
pasaron varios meses antes de que viera a Gale a solas. Primero estaban las
celebraciones obligatorias. Un banquete para los vencedores al que tan sólo
estaba invitada la gente de más categoría. Un festivo para todo el distrito con
comida gratis y entretenimientos traídos desde el Capitolio. El Día del Paquete, el

primero de doce, durante el cual se le entregaban paquetes de comida a cada persona del distrito. Ese fue mi favorito. Ver a todos esos niños hambrientos en la Veta corriendo por allí, agitando latas de salsa de manzana, latas de carne, incluso golosinas. En casa, demasiado grandes como para llevarlas manualmente, estarían sacos de grano, latas de aceite. Saber que una vez al mes durante un año todos recibirían otro paquete. Esa fue una de las pocas veces en que me sentí bien de verdad por ganar los Juegos.

Así que entre las ceremonias y los eventos y los periodistas documentando cada movimiento mío mientras presidía y agradecía y besaba a Peeta para el público, no tenía privacidad en absoluto. Después de unas cuantas semanas, las cosas se calmaron por fin. Los cámaras y los periodistas hicieron las maletas y se fueron a casa. Peeta y yo asumimos la relación fría que habíamos mantenido desde entonces. Mi familia se asentó en la casa de la Aldea de los Vencedores. La vida diaria del Distrito 12—trabajadores a las minas, niños al colegio—recuperó su ritmo normal. Esperé hasta que pensé que de verdad ya no había moros en la costa, y entonces un domingo, sin decírselo a nadie, me levanté horas antes del amanecer y salí hacia el bosque.

El tiempo aún estaba lo bastante cálido como para que no necesitara chaqueta. Empaqueté una bolsa llena de comidas especiales, pollo frío y queso y pan de panadería y naranjas. En mi antigua casa me puse mis botas de caza. Como siempre, la verja no estaba cargada y era fácil deslizarse hacia el bosque y recuperar mi arco y mis flechas. Fui a nuestro sitio, el de Gale y mío, donde habíamos compartido el desayuno la mañana de la cosecha que me envió a los Juegos.

Esperé por lo menos dos horas. Había empezado a pensar que él había renunciado a mí en las semanas que habían pasado. O que ya no le importaba. Que me odiaba, incluso. Y la idea de perderlo para siempre, a mi mejor amigo, la única persona a la que le había confiado nunca mis secretos, era tan dolorosa que no pude soportarla. No por encima de todo lo que había pasado. Podía sentir mis ojos llenándose de lágrimas y un nudo empezando a formarse en mi garganta de la forma en que hace cuando me pongo triste.

Entonces alcé la vista y allí estaba él, a tres metros de distancia, simplemente mirándome. Sin pensar siquiera, me levanté de un salto y lo rodeé con los brazos, haciendo un sonido raro que combinaba risa, ahogo y llanto. Él me sostenía con tanta fuerza que no podía verle la cara, pero pasó mucho, mucho tiempo antes de que me soltara, y eso fue porque no tenía mucha elección, ya que me había dado un ataque de hipo increíblemente ruidoso y tenía que beber algo.

Hicimos lo de siempre ese día. Comimos el desayuno. Cazamos y pescamos y recolectamos. Hablamos de la gente en la ciudad. Pero no sobre nosotros, su nueva vida en las minas, mi tiempo en la arena. Sólo sobre otras cosas. Para cuando estuvimos en el agujero en la verja que está más cerca del Quemador, me parece que creía de verdad que las cosas volverían a ser lo mismo. Que podríamos seguir adelante como siempre. Le había dado a Gale toda la caza para canjear ya que nosotras ahora teníamos muchísima comida. Le dije que no pasaría por el Quemador, incluso aunque tenía muchas ganas de ir allí, porque mi madre y hermana ni siquiera sabían que había ido a cazar y se estarían preguntando dónde estaba. Entonces de pronto, cuando estaba sugiriendo que yo me encargaría de revisar diariamente las trampas, tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

No estaba preparada en absoluto. Pensarías que después de todas las horas que había pasado con Gale—viéndole hablar y reír y ponerse ceñudo—sabría todo lo que había que saber sobre sus labios. Pero no me había imaginado qué cálidos se sentirían presionados contra los míos. O cómo esas manos, que podían preparar la más intrincada de las trampas, podían atraparme con la misma facilidad. Creo que hice algún sonido en la parte baja de mi garganta, y recuerdo vagamente mis dedos, cerrados con fuerza, posados contra su pecho. Entonces me soltó y dijo, “Tenía que hacerlo. Por lo menos una vez.” Y se fue. A pesar del hecho de que estaba anocheciendo y mi familia estaría preocupada, me senté junto a un árbol al lado de la verja. Intenté decidir cómo me sentía con respecto al beso, si me había gustado o si lo lamentaba, pero todo lo que recordaba era la presión de los labios de Gale y el perfume a naranjas que aún permanecía en su piel. No tenía sentido compararlo con los muchos besos que había intercambiado con Peeta. Aún no había decidido si alguno de esos contaba. Al final me fui a casa.

Esa semana me encargué de las trampas y dejé la carne en casa de Hazelle. Pero no vi a Gale hasta el domingo. Tenía todo este discurso preparado, sobre cómo no quería un novio y no planeaba casarme nunca, pero al final no lo usé. Gale actuó como si el beso nunca hubiera sucedido. Tal vez estaba esperando que yo dijera algo. O que lo besara yo a él. En vez de ello me limité a fingir también que nunca había sucedido. Pero había sucedido. Gale había hecho añicos una barrera invisible entre nosotros y, con ella, cualquier esperanza que tenía yo de recuperar nuestra antigua amistad sin complicaciones. Sin importar cuánto fingiera, nunca pude mirar a sus labios de exactamente la misma forma.

Todo esto cruza mi cabeza en un instante mientras los ojos del Presidente Snow se clavan en mí tras la amenaza de matar a Gale. ¡Qué estúpida he sido al creer que el Capitolio se limitaría a ignorarme una vez hubiera vuelto a casa! Tal vez no supiera nada de los potenciales levantamientos. Pero sabía que estaban enfadados conmigo. En vez de actuar con la precaución extrema que la situación requería, ¿qué había hecho? Desde el punto de vista del presidente, había ignorado a Peeta y alardeado de mi preferencia por la compañía de Gale ante todo el distrito. Y haciendo eso había dejado claro que estaba, de hecho, burlándome del Capitolio. Ahora había puesto en peligro a Gale y a su familia y a mi familia y también a Peeta, por mi despreocupación.

— Por favor no le haga daño a Gale. — Susurro. — Sólo es mi amigo. Ha sido mi amigo durante años. Eso es todo lo que hay entre nosotros. Además, ahora todo el mundo cree que somos primos.

— Sólo estoy interesado en cómo afecta a tu dinámica con Peeta, y en consecuencia afectando al humor en los distritos.

— Será lo mismo en el tour. Estaré tan enamorada de él como lo estaba.

— Como lo estás. — Corrige el Presidente Snow.

— Como lo estoy. — Confirmo.

— Sólo que lo tienes que hacer aún mejor si se van a evitar los levantamientos. Este tour será tu única oportunidad para darle la vuelta a las cosas.

— Lo sé. Lo haré. Convenceré a todos en los distritos de que no estaba desafiando al Capitolio, que estaba loca de amor.

El Presidente Snow se levanta y se limpia los labios hinchados con una servilleta.

— Apunta más alto por si acaso te quedas corta.

— ¿Qué quiere decir? ¿Cómo puedo apuntar más alto? — Pregunto.

— Convénceme a mí. — Dice. Deja caer la servilleta y recoge su libro. No lo miro mientras se dirige hacia la puerta, así que me sobresalto cuando me susurra en el oído. — Por cierto, sé lo del beso.

Después la puerta se cierra tras él.

El olor a sangre . . . estaba en su aliento.

¿Qué es lo que hace? Pienso. ¿Beberla? Me lo imagino bebiéndola en una taza de té. Mojando una galletita y sacándola goteando rojo.

En el exterior de la ventana, el coche vuelve a la vida, suave y silencioso como el ronroneo de un gato, después desaparece en la distancia. Se va tal y como llegó, sin llamar la atención. La habitación parece estar dando vueltas lentas y torcidas, y me pregunto si quizás me voy a desmayar. Me inclino hacia delante y me aferro al escritorio con una mano. La otra aún sostiene la preciosa galleta de Peeta. Creo que tenía un lirio atigrado encima, pero ahora está reducida a migas en mi puño. Ni siquiera sabía que la estuviera aplastando, pero supongo que tenía que sujetarme a algo cuando mi mundo se salía fuera de control. Una visita del Presidente Snow. Distritos al borde de levantamientos. Una amenaza de muerte directa hacia Gale, con otras que la seguirían. Todos a quienes quiero condenados. ¿Y quién sabe quién más pagará por mis acciones? A no ser que le dé la vuelta a las cosas en este tour. Aquietar el descontento y tranquilizar la mente del presidente. ¿Y cómo? Demostrando al país sin sombra de duda que amo a Peeta Mellark.

No puedo hacerlo, pienso. No soy tan buena. Peeta es el bueno, el que gusta. Puede hacer que la gente se crea cualquier cosa. Yo soy la que se calla y se sienta y deja que él hable por los dos tanto como sea posible. Pero no es Peeta quien tiene que demostrar su devoción. Soy yo. Oigo las pisadas rápidas y silenciosas de mi madre en el pasillo. Ella no puede saberlo, pienso. No puede saber nada de esto. Levanto mis manos sobre la bandeja y me sacudo rápidamente los trocitos de galleta de mi palma y mis dedos. Agitada, tomo un sorbo de mi té.

— ¿Está todo bien, Katniss? — Pregunta.

— Está bien. Nunca lo vemos en televisión, pero el presidente siempre visita a los vencedores antes del tour para desearles suerte. — Digo alegremente. El rostro de mi madre se llena de alivio.

— Oh. Pensé que había algún tipo de problema.

— No, en absoluto. El problema empezará cuando mi equipo de preparación vea cómo he dejado que mis cejas vuelvan a crecer. — Mi madre se ríe, y pienso sobre cómo no hubo vuelta atrás una vez empecé a cuidar de mi familia cuando tenía once años. Cómo siempre tendré que protegerla.

— ¿Por qué no empiezas tu baño? — Pregunta.

— Genial. — Digo, y puedo ver qué satisfecha está por mi respuesta. Desde que volví a casa he estado intentando mucho arreglar la relación con mi madre. Pidiéndole que haga cosas por mí en vez de rechazar cualquier ofrecimiento de ayuda como había hecho durante años por la ira. Dejarle administrar todo el dinero que gané. Devolverle los abrazos en vez de tolerarlos. Mi tiempo en la arena me hizo darme cuenta de cómo tenía que dejar de castigarla por lo que no podía evitar, específicamente la horrible depresión en que había caído tras la muerte de mi padre. Porque a veces a las personas les pasan cosas y no están preparadas para lidiar con ellas.

Como yo, por ejemplo. Justo ahora.

Además, hay una cosa maravillosa que hizo cuando volví al distrito. Después de que nuestras familias y amigos nos hubieran recibido a Peeta y a mí en la estación de tren, hubo varias preguntas que se les permitió a los reporteros. Alguien le preguntó a mi madre qué pensaba de mi nuevo novio y ella respondió que, aunque Peeta era el modelo exacto de lo que cualquier joven debería ser, yo aún no era lo bastante mayor como para tener novio en absoluto. Hubo muchas risas y comentarios como “Alguien está en problemas” por parte de la prensa, y Peeta dejó caer mi mano y se apartó ligeramente de mí. Eso no duró mucho—había demasiada presión para actuar de otra forma—pero nos dio una excusa para ser un poco más reservados de lo que habíamos sido en el Capitolio. Y tal vez ayude a explicar qué poco se me ha visto en compañía de Peeta desde que se marcharon las cámaras. Subo las escaleras hacia el cuarto de baño, donde un baño humeante me espera. Mi madre ha añadido una bolsita de flores secas que perfuma el aire. Ninguna de nosotras está acostumbrada al lujo de abrir un grifo y tener un suministro sin límite de agua caliente entre los dedos. Sólo teníamos fría en nuestra casa en la Veta, y un baño suponía hervir el resto sobre el fuego. Me desvisto y desciendo hacia el agua sedosa—mi madre también ha vertido algún tipo de aceite—e intento asumir la situación.

La primera cuestión es a quién contárselo, si es que a nadie. No a mi madre ni a Prim, obviamente; ellas sólo enfermarían por la preocupación. No a Gale. Incluso aunque pudiera hablar con él. ¿Qué haría con la información, en cualquier

caso? Si estuviera solo, tal vez lo persuadiría para que huyera. Ciertamente podría sobrevivir en el bosque. Pero no está solo y nunca dejaría a su familia. O a mí. Cuando llegue a casa tendré que decirle algo de por qué nuestros domingos son cosa del pasado, pero no puedo pensar en qué justo ahora. Sólo en mi próximo movimiento. Además, Gale está ya tan furioso con el Capitolio que a veces pienso que va a arreglar su propio levantamiento. Lo último que necesita es un incentivo. No, no puedo decirle a nadie lo que dejo detrás en el Distrito 12.

Aún hay gente en la que podría confiar, empezando por Cinna, mi estilista. Pero supongo que Cinna tal vez esté ya en peligro, y no quiero meterlo en más problemas por asociación conmigo. Después está Peeta, quien será mi compañero en este engaño, pero ¿cómo empiezo esa conversación? “Eh, Peeta, ¿te acuerdas de cómo te dije que había estado más o menos fingiendo estar enamorada de ti? Bueno, pues necesito de veras que te olvides de todo eso ahora y actúes súper-enamorado de mí o el presidente matará a Gale.” No puedo hacerlo. Además, Peeta actuará bien tanto si sabe lo que se juega como si no. Eso me deja a Haymitch. El borracho, gruñón, peleón Haymitch, sobre el cual acabo de verter un cuenco de agua helada. Como mentor mío en los Juegos era su deber mantenerme con vida. Sólo espero que aún esté por la labor.

Me deslizo más abajo dentro del agua, dejando que bloquee todo sonido a mi alrededor. Desearía que la bañera se expandiera para que pudiera nadar, como solía hacer en los días cálidos de verano con mi padre. Esos días eran especiales. Nos íbamos temprano por la mañana y caminaríamos más lejos de lo habitual por el bosque, hacia un pequeño lago que él había encontrado mientras cazaba. Ni siquiera recuerdo aprender a nadar, de lo pequeña que era cuando me enseñó. Sólo recuerdo bucear, dando volteretas y chapoteando por allí. El fondo fangoso del lago bajo mis pies. El olor a flores y a verde. Flotar sobre la espalda, tal y como estoy haciendo ahora, mirando al cielo azul mientras el bosque quedaba silenciado por el agua. Él embolsaría las aves acuáticas que anidaban junto a la orilla, yo buscaría huevos entre la hierba, y ambos buscaríamos raíces de katniss, la planta por la cual me había puesto mi nombre, en los bajíos. Por la noche, cuando llegáramos a casa, mi madre fingiría no reconocerme por lo limpia que estaba. Después cocinaría una cena alucinante de pato asado y tubérculos de katniss al horno con salsa.

Nunca llevé a Gale al lago. Podría haberlo hecho. Lleva mucho tiempo ir allí, pero las aves acuáticas son presas tan fáciles que puedes recuperar el tiempo de caza perdido. Sin embargo, es un lugar que en realidad nunca he querido compartir con nadie, un lugar que nos pertenecía tan sólo a mi padre y a mí. Desde los Juegos, cuando he tenido tan poco con que ocupar mis días, he ido allí

un par de veces. La natación aún estaba bien, pero en lo fundamental la visita me deprimía. Durante el curso de los últimos cinco años, el lago está remarcablemente incambiado y yo estoy casi irreconocible.

Incluso bajo el agua puedo oír los sonidos de la conmoción. Cláxones de coches pitando, gritos de bienvenida, puertas cerrándose con portazos. Sólo puede significar que mi comitiva ha llegado. Apenas tengo tiempo para secarme con una toalla y deslizarme dentro de un albornoz cuando mi equipo de preparación irrumpe en el cuarto de baño. No se cuestiona la privacidad. En lo que respecta a mi cuerpo, no tenemos secretos, estos tres y yo.

— ¡Katniss, tus cejas! — Grita Venia nada más entrar, e incluso con los negros nubarrones cerniéndose sobre mí, tengo que ahogar una carcajada. Su pelo aguamarina ha sido estilizado de modo que ahora sale disparado en puntas afiladas rodeándole toda la cabeza, y los tatuajes dorados que antes estaban confinados sobre sus cejas se han estirado hacia debajo de sus ojos, todo contribuyendo a la expresión de que literalmente la he dejado en shock. Octavia viene y le da unos golpecitos a Venia en la espalda para calmarla, su cuerpo lleno de curvas pareciendo más gordo de lo habitual junto a la figura delgada y angulosa de Venia.

— Calma, calma. Puedes arreglar eso en un periquete. Pero ¿qué voy a hacer yo con estas uñas? — Me agarra la mano y la aplana entre las dos suyas de color guisante. No, su piel ya no es exactamente verde guisante. Es más como un ligero verde perenne. El cambio en el tono es sin duda un intento de estar en la cresta de la ola de las caprichosas modas del Capitolio. — De verdad, Katniss, ¿podrías haberme dejado algo con lo que trabajar! — Gimotea. Es cierto. Me he mordido las uñas muchísimo durante este último par de meses. Pensé en dejar el hábito pero no podía encontrar una buena razón por la que debiera hacerlo.

— Perdón. — Musito. No me había pasado mucho tiempo preocupándome por cómo afectaría a mi equipo de preparación.

Flavius levanta varios mechones de mi pelo húmedo y enmarañado. Sacude la cabeza de forma desaprobadora, haciendo que sus tirabuzones naranjas se pongan a botar.

— ¿Ha tocado alguien esto desde que nos viste por última vez? — Pregunta severamente.—Recuerda, te pedimos expresamente que no tocaras para nada tu pelo.

— ¡Sí! — Digo, agradecida de poder demostrar que no los había dado completamente por garantizados. — Quiero decir, no, nadie lo ha cortado. Sí que me acordé de eso. — No, no me acordé. Es más bien que nunca surgió el tema. Desde que he vuelto a casa, todo lo que he hecho ha sido ponerlo en su trenza habitual cayendo por mi espalda. Esto parece aplacarlos, y todos me besan, me colocan sobre una silla en mi habitación y, como siempre, empiezan a hablar sin parar ni molestarse en saber si estoy escuchando. Mientras Venia reinventa mis cejas y Octavia me pone uñas falsas y Flavius me frota pringue en el pelo, lo oigo todo sobre el Capitolio. Qué éxito fueron los Juegos, qué aburridas han estado las cosas desde entonces, cómo nadie puede esperar a que Peeta y yo los visitemos de nuevo al final del Tour de la Victoria. Después de eso, el Capitolio no tardará mucho en empezar a prepararse para el Quarter Quell (Ndt: no sé cuál será la traducción oficial de Quarter Quell, pero significa algo así como “Acabar con el Cuarto”).

— ¿No es emocionante?

— ¿No te sientes muy afortunada?

— En tu primer año como vencedora, ¡y eres mentora en un Quarter Quell!

Sus palabras se superponen en un borrón de excitación.

— Oh, sí. — Digo con voz neutra. Es lo mejor que consigo. En un año normal, ser mentor de los tributos es material para pesadillas. Ahora no puedo caminar por el colegio sin preguntarme a qué chica deberé entrenar. Pero para poner las cosas aún peor, este es el año de los Septuagésimo quintos Juegos del Hambre, y eso significa que también es un Quarter Quell. Suceden cada veinticinco años, señalando el aniversario de la derrota de los distritos con celebraciones supremas y, para mayor diversión, algún giro miserable para los tributos. Nunca he estado viva en ninguno, por supuesto. Pero recuerdo oír en el colegio que, en el segundo Quarter Quell, el Capitolio exigió que se enviara a la arena el doble de tributos. Los profesores no entran mucho más en detalle, lo que es sorprendente, porque es el año en que el muy miembro del Distrito 12, Haymitch Abernathy, ganó la corona.

— ¡Más vale que Haymitch se prepare para un montón de atención! — Chilla Olivia. Haymitch nunca me ha mencionado su experiencia personal en la arena. Yo nunca le preguntaría. Y si alguna vez he visto sus Juegos televisados en las repeticiones, debía de ser demasiado pequeña para acordarme. Pero este año el Capitolio no le permitirá olvidar. En cierto modo, es algo bueno que tanto

Peeta como yo estemos disponibles como mentores durante el Quell, porque es apuesta segura que Haymitch estará totalmente borracho. Después de haber agotado el tema del Quarter Quell, mi equipo de preparación salta a algo totalmente distinto sobre sus vidas incomprensiblemente tontas. Quién dijo qué sobre alguien del que nunca he oído nada y qué tipo de zapatos acaban de comprar y una larga historia de Octavia de qué gran error fue el hacer que todo el mundo llevara plumas a su fiesta de cumpleaños.

En poco tiempo me duelen las cejas, mi pelo está suave y sedoso, y mis uñas están listas para ser pintadas. Apparently les han dado instrucciones de preparar sólo mis manos y cara, probablemente porque todo lo demás estará cubierto en el clima frío. Flavius quiere de todo corazón usar su pintalabios personal de color morado conmigo pero se resigna a uno rosa mientras empiezan a darle color a mi rostro y uñas. Puedo ver por la paleta que Cinna ha ordenado que vamos a por algo infantil, no sexy. Eso es bueno. Nunca convenceré a nadie de nada si estoy intentando ser provocativa. Haymitch lo dejó muy claro cuando me estaba entrenando para mi entrevista en los Juegos.

Mi madre entra, algo tímidamente, y dice que Cinna le ha pedido que les enseñe cómo preparó mi pelo el día de la cosecha. Responden con entusiasmo y luego miran, profundamente absortos, cómo empieza el proceso del elaborado peinado de trenzas. En el espejo puedo ver sus honestos rostros siguiendo cada movimiento que hace, lo entusiasmados que están cuando es su turno para intentar un paso. De hecho, los tres son tan prontamente respetuosos y atentos con mi madre que me siento mal por ir por ahí sintiéndome tan superior a ellos. ¿Quién sabe quién sería yo o de qué hablaría si hubiera sido criada en el Capitolio? Tal vez mi mayor pesar habría sido el tener disfraces de plumas en mi cumpleaños. Cuando mi pelo está listo, encuentro a Cinna en el piso de abajo en el salón, y ya sólo la visión de él me hace sentirme más esperanzada. Se le ve igual que siempre, ropa sencilla, pelo marrón corto, sólo un poco de delineador dorado. Nos abrazamos, y apenas puedo reprimirme de soltarle todo el episodio con el Presidente Snow. Pero no, he decidido contárselo antes a Haymitch. Él sabrá mejor a quién cargar con eso. Sin embargo, es tan fácil hablar con Cinna. Recientemente, hemos estado hablando mucho por el teléfono que venía con la casa. Es como un chiste, porque casi nadie más que conozcamos tiene uno. Está Peeta, pero obviamente no lo llamo. Haymitch arrancó el suyo de la pared hace años. Mi amiga Madge, la hija del alcalde, tiene un teléfono en su casa, pero si queremos hablar, lo hacemos en persona. Al principio, la cosa casi nunca se usaba. Después Cinna empezó a llamar para trabajar en mi talento. Se supone que cada vencedor debe tener uno. Tu talento es la actividad a la que te dedicas ya que no tienes que trabajar ni en el colegio ni en la industria de tu distrito. Puede

ser cualquier cosa, en realidad, cualquier cosa sobre la que puedan entrevistarte. Resulta que Peeta tiene un talento de verdad, que es la pintura. Ha estado decorando esas tartas y galletas durante años en la panadería de su familia. Pero ahora que es rico, puede permitirse extender pintura de verdad sobre lienzos. Yo no tengo un talento, a no ser que cuentes cazar ilegalmente, y ellos no lo cuentan. O tal vez cantar, algo que no haría para el Capitolio ni en un millón de años. Mi madre intentó interesarme en una variedad de alternativas apropiadas de la lista que Effie le envió. Cocinar, preparar flores, tocar la flauta. Ninguna de ellas cuajó, aunque Prim tenía maña con las tres. Finalmente Cinna entró en escena y se ofreció a ayudarme a desarrollar mi pasión por diseñar ropa, la cual sí que necesitaba desarrollo ya que era inexistente. Pero dije que sí porque significaba hablar con Cinna, y él prometió hacer todo el trabajo.

Ahora está colocando prendas de ropa, telas y cuadernos de bocetos con diseños que ha dibujado por todo mi salón. Cojo uno de los cuadernos y examino un vestido que supuestamente creé yo.

— Sabes, creo que soy muy prometedora. — Digo.

— Vístete, tú, cosa sin valor. — Dice él, arrojándome un montón de ropa. Tal vez no tenga interés en diseñar ropa pero adoro la que Cinna hace para mí. Como esta. Pantalones negros fluidos hechos de un material grueso y cálido. Una cómoda camisa blanca. Un jersey tejido de hebras verdes y azules y grises de lana suave como un gatito. Botas de cuero con cordones que no me lastiman en la punta.

— ¿Diseñé yo mi vestuario? — Pregunto.

— No, tú aspiras a diseñar tu vestuario y ser como yo, tu héroe de la moda. — Dice Cinna. Me entrega un pequeño fajo de tarjetas. — Lee estas fuera de cámara cuando estén filmando la ropa. Intenta parecer interesada.

Justo entonces, Effie Trinket llega con una peluca naranja calabaza para recordarle a todo el mundo:

— ¡Tenemos un horario!

Me besa en ambas mejillas mientras hace pasar a los cámaras, después me ordena en posición. Effie es la única razón por la que llegamos a ningún sitio a tiempo en el Capitolio, así que intento complacerla. Empiezo a dar botes como un cachorro, sosteniendo las prendas y diciendo cosas sin importancia como “¿No te

encanta?”. El equipo de sonido me graba leyendo de mis tarjetas con voz alegre para poder insertarlo después, después me lanzan fuera de la habitación para poder filmar en paz los diseños que yo/Cinna hice/hizo. Prim salió pronto del colegio debido al evento. Ahora está en la cocina, siendo entrevistada por otro equipo. Se la ve adorable en un vestido azul celeste que resalta sus ojos, con su pelo rubio recogido con un lazo a juego. Está un poco inclinada hacia delante sobre las puntas de sus relucientes botas blancas como si estuviera a punto de echarse a volar, como . . .

¡Bam! Es como si alguien me golpeará de verdad en el pecho. Nadie lo ha hecho, por supuesto, pero el dolor es tan real que retrocedo un paso. Cierro con fuerza los ojos y no veo a Prim—veo a Rue, la niña de doce años del Distrito 11 que fue mi aliada en la arena. Ella podía volar, como un pájaro, de árbol en árbol, sujetándose a las ramas más finas. Rue, a quien no salvé. A quien dejé morir. La veo tirada en el suelo con la lanza aún clavada en el estómago . . .

¿A quién más fracasaré de salvar de la venganza del Capitolio? ¿Quién más estará muerto si no satisfago al Presidente Snow?

Me doy cuenta de que Cinna está tratando de ponerme un abrigo, así que alzo los brazos. Siento el pelaje, por dentro y por fuera, enjaulándome. No es de un animal que haya visto nunca. “Armiño”, me dice mientras acaricio la manga blanca. Guantes de cuero. Una brillante bufanda roja. Algo peludo me cubre las orejas.

— Estás volviendo a poner de moda las orejeras.

Odio las orejeras, pienso. Hacen que sea difícil oír y, ya que me quedé sorda de un oído en la arena, me gustan todavía menos. Después de que ganara, el Capitolio reparó mi oído, pero de vez en cuando aún me descubro comprobando si funciona.

Mi madre se acerca corriendo con algo en la mano.

— Para la buena suerte. — Dice.

Es la insignia que me dio Madge antes de que marchara a los Juegos. Un sinsajo volando en un círculo de oro. Intenté dárselo a Rue pero no quiso cogerlo. Dijo que la insignia había sido la razón de que se decidiera a confiar en mí. Cinna la fija en el nudo de la bufanda. Effie Trinket está cerca, dando palmadas.

— ¡Atención, todo el mundo! Estamos a punto de grabar el primer plano de exteriores, donde los vencedores se saludan al principio de su maravilloso viaje. Bien, Katniss, gran sonrisa, estás muy excitada, ¿verdad? — No exagero cuando dije que me empuja por la puerta. Por un momento no puedo ver bien por la nieve, que ahora está cayendo con ganas. Después puedo ver que Peeta está saliendo por la puerta de su casa. En mi cabeza oigo la directiva del Presidente Snow, “Convénceme a mí.” Y sé que debo. En mi rostro nace una enorme sonrisa y empiezo a caminar en dirección a Peeta. Después, como si no pudiera soportarlo ni un segundo más, empiezo a correr. Él me coge y me gira en el aire y luego patina—aún no controla completamente su pierna artificial—y caemos sobre la nieve, yo sobre él, y allí es donde compartimos nuestro primer beso en meses. Está lleno de pelo y nieve y pintalabios, pero debajo de todo eso, puedo sentir la estabilidad que Peeta le da a todo. Y sé que no estoy sola. A pesar de todo el daño que le he hecho, no me expondrá frente a la cámara. No me condenará con un beso poco entusiasta. Aún está cuidando de mí. Tal y como hizo en la arena. De alguna forma ante esa idea me entran ganas de llorar. En vez de eso lo ayudo a levantarse, introduzco mi guante en la curva de su brazo, y alegremente tiro de él hacia delante.

El resto del día es un borrón de ir a la estación, decirle adiós a todo el mundo, el tren saliendo, el viejo equipo—Peeta y yo, Effie y Haymitch, Cinna y Portia, la estilista de Peeta—cenando una comida indescriptiblemente deliciosa que no recuerdo. Y después me pongo el pijama y un voluminoso albornoz, sentada en mi mullido compartimento, esperando a que se duerman los demás. Sé que Haymitch estará despierto durante horas. No le gusta dormir cuando fuera está oscuro.

Cuando el tren parece silencioso, me pongo las zapatillas y voy hasta su puerta. Tengo que llamar varias veces antes de que responda, con una mirada asesina, como si estuviera seguro de que he traído malas noticias.

— ¿Qué quieres? — Dice, casi dejándome inconsciente con una nube de vapores de licor.

— Tengo que hablar contigo. — Susurro.

— ¿Ahora? — Pregunta. Asiento. — Más vale que sea bueno. — Él espera, pero estoy segura de que cualquier palabra que digamos en un tren del Capitolio está siendo grabada. —

¿Bien? — Ladra.

El tren empieza a frenar y por un segundo pienso que el Presidente Snow me está mirando y no aprueba que confíe en Haymitch y ha decidido seguir adelante y matarme ahora. Pero sólo estamos parando para repostar.

— El aire en el tren está muy viciado. — Digo.

Es una frase inocente, pero veo que los ojos de Haymitch se estrechan con comprensión.

— Sé lo que necesitas. — Pasa a mi lado y se va por el pasillo dando bandazos hasta una puerta. Cuando consigue abrirla, una ráfaga de nieve nos golpea. Se cae al suelo. Una encargada del Capitolio se apresura a ayudar, pero Haymitch rechaza su ayuda alegremente mientras sale a trompicones.

— Sólo quiero algo de aire fresco. Sólo será un minuto.

— Perdón. Está borracho. — Digo a modo de disculpa. — Yo lo traeré. — Salto abajo y voy tambaleándome por la vía detrás de él, empapándome las zapatillas de nieve, mientras me dirige más allá del final del tren donde nadie nos oirá. Después se vuelve hacia mí.

— ¿Qué?

Se lo cuento todo. Sobre la visita del presidente, sobre Gale, sobre cómo todos vamos a morir si fracaso.

Su expresión se vuelve sobria, envejece bajo el brillo de las luces rojas traseras.

— Entonces no puedes fracasar.

— Si sólo pudieras ayudarme a salir adelante en este viaje . . . — Empiezo.

— No, Katniss, no es sólo este viaje. — Dice él.

— ¿Qué quieres decir?

— Incluso si salieras adelante ahora, volverán en otros pocos meses a llevarnos a todos a los Juegos. Tú y Peeta ahora seréis mentores, cada año de ahora en adelante. Y cada año revisitarán el romance y publicarán los detalles de

vuestra vida privada, y nunca jamás podrás hacer nada que no sea vivir feliz para siempre con ese chico. El pleno impacto de lo que está diciendo me golpea. Nunca tendré una vida con Gale, ni siquiera si lo deseo. Nunca me permitirán vivir sola. Tendré que estar eternamente enamorada de Peeta. El Capitolio insistirá en ello. Tal vez tenga unos pocos años, porque todavía tengo dieciséis, para estar con mi madre y con Prim. Y después . . . y después . . .

— ¿Entiendes lo que quiero decir? — Me presiona.

Asiento. Quiere decir que sólo hay un futuro, si quiero mantener a mis seres queridos con vida y seguir con vida yo misma. Tendré que casarme con Peeta.

Caminamos trabajosamente y en silencio de vuelta hacia el tren. En el pasillo fuera de mi puerta, Haymitch me da una palmadita en el hombro y dice:

— Podría haberte ido mucho peor, ya lo sabes.

Se va a su compartimento, llevándose el olor a vino consigo. Ya en mi cuarto, me quito las zapatillas empapadas, el albornoz húmedo y el pijama. Hay más en los cajones pero me limito a arrastrarme debajo de las mantas en mi ropa interior. Me quedo mirando a la oscuridad, pensando en mi conversación con Haymitch. Todo lo que ha dicho sobre las expectativas del Capitolio es cierto, al igual que mi futuro con Peeta, e incluso su último comentario. Por supuesto, podría haberme ido mucho peor que Peeta. Pero eso no es lo importante, ¿o sí? Una de las pocas libertades que tenemos en el Distrito 12 es el derecho a casarnos con quien nos plazca o a no casarnos en absoluto. Y ahora hasta eso me ha sido arrebatado. Me pregunto si el Presidente Snow insistirá en que tengamos hijos. Si los tenemos, tendrán que enfrentarse a la cosecha cada año. ¿Y no sería todo un hito ver al hijo no sólo de uno, sino de dos vencedores, elegido para la arena? Ha habido hijos de vencedores antes en el ring. Siempre es causa de mucha excitación y genera mucho de qué hablar sobre cómo la suerte no está de parte de esa familia. Pero sucede con demasiada frecuencia como para tratarse sólo de suerte. Gale está convencido de que el Capitolio lo hace a propósito, amaña el sorteo para añadirle más drama. Dados todos los problemas que he causado, probablemente haya garantizado a cualquier hijo que tuviera un puesto en los Juegos. Pienso en Haymitch, soltero, sin familia, ahogando al mundo en la bebida. Podría haber elegido a cualquier mujer del distrito. Y eligió la soledad. No, no la soledad—eso suena muy pacífico. Más como el confinamiento solitario. ¿Fue eso porque, habiendo estado en la arena, sabía que era mejor que arriesgarse a la alternativa? Yo tuve el gusto de probar esa alternativa cuando llamaron a Prim el día de la cosecha y la vi caminar hacia el tablado para morir.

Pero como hermana suya pude ocupar su puesto, una opción prohibida a nuestra madre. Mi mente busca alternativas frenéticamente. No puedo dejar que el Presidente Snow me condene a esto. Incluso aunque suponga terminar con mi vida. Antes que eso, sin embargo, intentaría huir. ¿Qué harían si simplemente me esfumara? ¿Si desapareciera en el bosque y nunca más volviera a salir? ¿Podría incluso llevar a todos mis seres queridos conmigo, empezar una nueva vida en la espesura? Muy poco probable pero no imposible. Sacudo la cabeza para aclararla. Este no es el momento de hacer locos planes de escape. Tengo que concentrarme en el Tour de la Victoria. Los destinos de demasiadas personas dependen de que ofrezca un buen espectáculo.

El amanecer llega antes que el sueño, y allí está Effie, golpeando en mi puerta. Me pongo cualesquiera que sean las ropas que están en la parte de arriba del cajón y me arrastro hasta el vagón comedor. No veo qué diferencia supone la hora a la que me levante, ya que este es día de viaje, pero después resulta que todos los arreglos de ayer sólo eran para llevarme a la estación de tren. Hoy recibiré las atenciones de mi equipo de preparación.

— ¿Por qué? Hace demasiado frío como para enseñar nada. — Gruño.

— No en el Distrito Once. — Dice Effie.

El Distrito 11. Nuestra primera parada. Preferiría empezar en cualquier otro distrito ya que este es el hogar de Rue. Pero así no es como funciona el Tour de la Victoria. Habitualmente empieza en el Distrito 12 y después va en orden descendente de distrito hasta el 1, seguido del Capitolio. El distrito del vencedor se salta y se reserva para el final de todo. Ya que el 12 ofrece la celebración menos fabulosa de todas—habitualmente sólo una cena para los tributos y un rally de victoria en la plaza, donde nadie tiene pinta de estarse divirtiendo en lo más mínimo—es probablemente mejor sacarnos de en medio tan pronto como sea posible. Este año, por primera vez desde que Haymitch ganó, la parada final del tour será el 12, y el Capitolio será de lo más generoso con las festividades.

Intento disfrutar de la comida tal y como dijo Hazelle. Está claro que el personal de cocina está tratando de complacerme. Han preparado mi favorito, estofado de cordero con ciruelas pasas, entre otras delicias. Zumo de naranja y una cafetera de humeante chocolate caliente me esperan en mi sitio. Así que como mucho, y la comida está más allá de todo reproche, pero no se puede decir que la esté disfrutando. También estoy enfadada porque no haya aparecido nadie más que Effie y yo.

— ¿Dónde están los demás? — Pregunto.

— Oh, quién sabe dónde está Haymitch. — Dice Effie. En realidad no esperaba a Haymitch porque probablemente esté aún acostándose. — Cinna estuvo despierto hasta tarde organizando tu vagón de vestuario. Debe de tener más de un centenar de vestidos para ti. Tu ropa de noche es exquisita. Y el equipo de Peeta probablemente aún esté durmiendo.

— ¿Él no necesita preparación?

— No tanta como tú. — Responde Effie.

¿Qué significa eso? Significa que me paso la mañana dejando que me arranquen el pelo del cuerpo mientras Peeta duerme hasta tarde. No había pensado mucho sobre ello, pero en la arena por lo menos algunos de los chicos pudieron quedarse con su vello corporal mientras que ninguna de las chicas pudo. Ahora puedo recordar el de Peeta, mientras lo bañaba junto al arroyo. Muy rubio al sol, una vez estuvo limpio de barro y sangre. Sólo su rostro permanecía completamente suave. A ninguno de los chicos le creció la barba, y muchos eran lo bastante mayores como para que les creciera. Me pregunto qué les hicieron. Si yo me siento hecha trizas, mi equipo de preparación parece estar en condiciones aún peores, bebiendo café a cubos y compartiendo pastillas de brillantes colores. Por lo que he visto, nunca se levantan antes de mediodía a no ser que haya algún tipo de emergencia nacional, como el pelo de mis piernas. Estaba tan contenta cuando también él volvió a crecer. Como si fuera una señal de que tal vez las cosas estuvieran volviendo a la normalidad. Paso los dedos por el vello suave y ondulado de mis piernas y me entrego a mi equipo. Ninguno de ellos está a la altura de su cháchara habitual, así que puedo oír cómo cada cabello es arrancado de su folículo. Tengo que sumergirme en una bañera llena de una solución espesa y maloliente, mientras mi cara y mi pelo son embadurnadas con cremas. Dos baños más siguen, con otros mejunjes menos ofensivos. Me depilan y restriegan y masajean hasta que quedo en carne viva. Flavius me alza la barbilla y suspira.

— Es una vergüenza que Cinna dijera que no se te hicieran alteraciones.

— Sí, podríamos convertirte en algo muy especial. — Dice Octavia.

— Cuando sea mayor. — Dice Venia casi amargamente. — Entonces tendrá que dejarnos.

¿Hacer qué? ¿Hinchar mis labios como los del Presidente Snow?
¿Tatuarme el pecho?

¿Teñir mi piel de magenta e implantarle gemas? ¿Ponerme garras curvas?
¿O bigotes de gato? Vi todas esas cosas y más en la gente del Capitolio. ¿Tienen la más mínima idea de lo monstruosos que nos parecen a los demás?

La idea de ser abandonada a los caprichos de la moda de mi equipo de preparación sólo se suma a las miserias que compiten por mi atención—mi cuerpo explotado, mi falta de sueño, mi matrimonio obligatorio, y el terror de ser incapaz de satisfacer las demandas del Presidente Snow. Para cuando llego a la comida, donde Effie, Cinna, Portia, Haymitch y Peeta han empezado sin mí, estoy demasiado hundida para hablar. Están delirando sobre la comida y lo bien que duermen en los trenes. Todo el mundo está lleno de excitación por el tour. Bueno, todo el mundo excepto Haymitch. Él está mimando una resaca y mordisqueando una magdalena. Yo tampoco tengo mucha hambre, tal vez porque me llené de demasiadas cosas ricas esta mañana o tal vez porque estoy demasiado disgustada. Jugueteo con un cuenco de caldo, comiendo tan sólo una o dos cucharadas. Ni siquiera puedo mirar a Peeta—mi designado futuro marido—aunque ya sé que nada de esto es culpa suya. La gente se da cuenta, tratan de incluirme en la conversación, pero simplemente no les hago caso. En algún punto, el tren se detiene. Nuestro servidor anuncia que no será tan sólo una parada para repostar—alguna parte no funciona y tienen que sustituirla. Requerirá por lo menos una hora. Esto le provoca un ataque a Effie. Saca su horario y empieza a trabajar en cómo el retraso impactará en cada evento durante el resto de nuestras vidas. Finalmente ya no puedo soportar seguir escuchándola.

— ¡A nadie le importa, Effie! — Suelto. Todos en la mesa se me quedan mirando, incluso Haymitch, quien pensarías que estaría de mi parte en esta materia ya que Effie lo vuelve loco. Me pongo inmediatamente a la defensiva. — ¡Bueno, a nadie le importa! — Digo, y me levanto y abandono el vagón comedor.

El tren parece asfixiante de repente y ahora me estoy sintiendo definitivamente enferma. Encuentro la puerta de salida, la obligo a abrirse—activando algún tipo de alarma, la cual ignoro—y salto al suelo esperando aterrizar sobre nieve. Pero el aire es cálido y agradable sobre mi piel. Los árboles aún tienen hojas verdes. ¿Cuánto al sur hemos llegado en un día? Camino por la vía, guiñando los ojos ante el brillante sol, lamentando ya mis palabras a Effie. Ella no es la culpable de mi presente aprieto. Debería volver y disculparme. Mi arrebató fue el colmo de los malos modales, y los modales le importan a ella profundamente. Pero mis pies siguen avanzando por la vía, pasando el final del

tren, dejándolo atrás. Un retraso de una hora. Puedo andar por lo menos veinte minutos en una dirección y volver con tiempo más que de sobra. En vez de eso, después de un centenar de metros, me dejo caer al suelo y me siento allí, mirando a la distancia. Si tuviera arco y flechas, ¿me limitaría a seguir adelante? Después de un rato oigo pisadas detrás de mí. Será Haymitch, viniendo a reñirme. No es que no lo merezca, pero aún así no quiero oírlo.

— No estoy de humor para sermones. — Aviso al manojito de hierbajos junto a mis pies.

— Trataré de ser breve. — Peeta se sienta a mi lado.

— Pensé que eras Haymitch. — Digo.

— No, aún está trabajando en esa magdalena. — Miro mientras Peeta posiciona su pierna artificial. — Un mal día, ¿eh?

— No es nada. — Digo.

Inspira profundamente.

— Mira, Katniss, llevo un tiempo con la intención de hablarte sobre la forma de la que actué en el tren. Quiero decir, el último tren. El que nos trajo a casa. Yo sabía que tú tenías algo con Gale. Estaba celoso de él incluso antes de conocerte oficialmente. Y no fue justo atarte a nada que sucediera en los Juegos. Lo siento.

Su disculpa me toma por sorpresa. Es cierto que Peeta rompió toda relación conmigo después de que le confesara que mi amor por él durante los Juegos era algo así como una actuación. En la arena, había jugado con ese ángulo de interpretación todo lo que había podido. Había habido veces en que sinceramente no sabía cómo me sentía con respecto a él. En realidad todavía no lo sé.

— Yo también lo siento. — Digo. No estoy segura de por qué, exactamente. Tal vez porque hay una probabilidad muy real de que esté a punto de destruirlo.

— No hay nada por lo que debas disculparte. Sólo nos estabas manteniendo con vida. Pero no quiero que sigamos así, ignorándonos mutuamente en la vida real y cayendo sobre la nieve cada vez que hay una cámara cerca. Así que pensé que si dejaba de estar tan, ya sabes, herido, podríamos intentar ser amigos.

Todos mis amigos probablemente vayan a terminar muertos, pero rechazar a Peeta no lo va a mantener con vida.

— Vale. — Digo. Su ofrecimiento sí consigue hacer que me sienta mejor. De alguna forma, menos mentirosa. Habría sido bonito si me hubiera venido con esto antes, antes de que supiera que el Presidente Snow tenía otros planes y que ser sólo amigos ya no era una opción para nosotros. Pero aún así, me alegra que estemos hablando de nuevo.

— Así que, ¿qué es lo que va mal? — Pregunta.
No puedo decírselo. Jugueteo con el manojito de hierbabajos.

— Empecemos con algo más básico. ¿No es raro que sepa que arriesgarías tu vida para salvar la mía . . . pero que no sepa cuál es tu color favorito? — Dice. Una sonrisa llega a mis labios.

— Verde. ¿Cuál es el tuyo?

— Naranja.

— ¿Naranja? ¿Cómo el pelo de Effie?

— Un poco más apagado . . . Más como . . . el atardecer. El atardecer. Puedo verlo de inmediato, el aro del sol en descenso, el cielo surcado por suaves tonos naranjas. Precioso. Recuerdo la galleta del lirio atigrado y, ahora que Peeta está volviendo a dirigirme la palabra, apenas si consigo no contarle toda la historia del Presidente Snow. Pero Haymitch dijo que no. Es mejor atenerse a trivialidades.

— Sabes, todo el mundo está delirando con tus pinturas. Me siento mal por no haberlas visto. — Digo.

— Bueno, tengo un vagón lleno de ellas. — Se levanta y me ofrece la mano. — Vamos. Es bueno sentir de nuevo sus dedos entrelazados con los míos, no por el espectáculo sino por auténtica amistad. Volvemos al tren de la mano. En la puerta, me acuerdo.

— Antes tengo que disculparme con Effie.

— No temas pasarte de largo. — Me dice Peeta.

Así que cuando volvemos al vagón comedor, donde los demás aún están comiendo, le ofrezco a Effie una disculpa que creo que es muy exagerada pero que en su mente probablemente apenas si pueda compensar por mi falta a la etiqueta. Para crédito suyo, Effie la acepta graciosamente. Dice que está claro que estoy bajo mucha presión. Y sus comentarios sobre la necesidad de que alguien esté pendiente de los horarios sólo duran cinco minutos. De verdad, he salido fácilmente de esta.

Cuando Effie acaba, Peeta me dirige unos vagones más abajo para ver sus cuadros. No sé lo que estaba esperando. Versiones más grandes de las galletas de flores, tal vez. Pero esto es algo completamente diferente. Peeta ha pintado los Juegos.

De algunos no te darías cuenta al momento, si no hubieras estado con él en la arena en persona. El agua goteando por las grietas de nuestra cueva. El lecho seco del estanque. Un par de manos, las suyas, escarbando en busca de raíces. Otros que cualquier espectador reconocería. El cuerno dorado llamado la Cornucopia. Clove ordenando los cuchillos dentro de su chaqueta. Uno de los mutos, sin duda el rubio y de ojos verdes que se suponía debía ser Glimmer, gruñendo mientras se acercaba a nosotros. Y yo. Yo estoy por todas partes. Arriba en un árbol. Golpeando una camisa contra las piedras en el arroyo. Tumbada e inconsciente sobre un charco de sangre. Y una que no puedo situar—tal vez es así como me veía cuando su fiebre estaba alta—emergiendo de una niebla plateada que combina exactamente con mis ojos.

— ¿Qué opinas? — Pregunta.

— Los odio. — Digo. Casi puedo oler la sangre, el polvo, el aliento antinatural del muto. —

Todo lo que yo hago es ir por ahí intentando olvidarme de la arena y tú la has devuelto a la vida. ¿Cómo recuerdas estas cosas con tanta exactitud?

— Las veo cada noche. — Dice él.

Sé a lo que se refiere. Las pesadillas—a las que no era ajena antes de los Juegos— ahora me asedian cada vez que me duermo. Pero la antigua estándar, la de mi padre explotando en pedazos en las minas, es escasa. En vez de eso revivo versiones de lo que sucedió en la arena. Mi inútil intento de salvar a Rue. Peeta sangrando a muerte. El cuerpo hinchado de Glimmer desintegrándose entre

mis manos. El horrible final de Cato con las mutaciones. Estos son los visitantes más frecuentes.

— Yo también. ¿Esto ayuda? ¿Pintarlas?

— No lo sé. Creo que estoy algo menos asustado de ir a dormir por las noches, o me digo a mí mismo que lo estoy. — Dice. — Pero no se han ido a ninguna parte.

— Tal vez no lo harán. Las de Haymitch no lo han hecho. — Haymitch no lo dice, pero estoy segura de que esa es la razón por la que no le gusta dormir en la oscuridad.

— No. Pero para mí, es mejor despertarme con un pincel que con un cuchillo en la mano. — Dice. — Así que ¿de verdad los odias?

— Sí. Pero son extraordinarios. De verdad. — Digo. Y lo son. Pero ya no quiero mirarlos más. — Vamos, ya casi estamos en el Distrito Once. Vamos a echarle un vistazo. Vamos al último vagón del tren. Hay sillas y sofás para sentarse, pero lo que es extraordinario es que las ventanas traseras se retraen hacia el techo así que estás en el exterior, al aire libre. Inmensos campos abiertos con manadas de ganado vacuno pastando en ellos. Tan distinto a nuestro hogar lleno de bosque. Reducimos un poco la velocidad y creo que vamos a hacer otra parada, cuando la verja se alza ante nosotros. Alzándose por lo menos a diez metros de altura y coronada por espirales retorcidas de alambre de espino, hace que la nuestra del Distrito 12 parezca infantil. Mis ojos rápidamente inspeccionan la base, que está alineada con enormes placas de metal. No habría forma de salir por debajo de esas, no habría forma de escaparse a cazar. Después veo las torres de vigía, colocadas a intervalos regulares, ocupadas por guardias armados, tan fuera de lugar entre los campos de flores salvajes que los rodean.

— Esto es diferente. — Dice Peeta.

Rue sí me había dado la impresión de que las reglas en el Distrito 11 se forzaban de forma más agresiva. Pero nunca había imaginado algo como esto.

Ahora empiezan los cultivos, extendiéndose hasta más allá de donde alcanza la vista. Hombres, mujeres y niños llevando sombreros de paja para protegerse del sol se incorporan, se giran hacia nosotros, se toman un momento para estirar la espalda mientras ven pasar nuestro tren. Puedo ver huertas en la distancia, y me pregunto si es allí donde Rue habría trabajado, recolectando la

fruta de las ramas más delgadas en las cumbres de los árboles. Pequeñas comunidades de cabañas—en comparación las casas en la Veta son de clase alta—aparecen aquí y allá, pero están todas desiertas. Debe de necesitarse cada mano para la cosecha.

Sigue y sigue. No me puedo creer la extensión del Distrito 11.

— ¿Cuánta gente crees tú que vive aquí? — Pregunta Peeta. Sacudo la cabeza. En el colegio se refieren a él como un distrito grande, eso es todo. Sin cifras reales sobre la población. Pero aquellos chicos que vemos ante las cámaras esperando por la cosecha cada año, no pueden ser más que una muestra de los que viven aquí en realidad. ¿Qué hacen? ¿Tienen sorteos preliminares? ¿Escogen de antemano a los ganadores y se aseguran de que están entre la multitud? ¿Cómo exactamente acabó Rue sobre ese tablado con nada salvo el viento ofreciéndose a tomar su puesto?

Empiezo a cansarme de la inmensidad, de lo interminable que es este sitio. Cuando Effie viene a mandarnos que nos vistamos, no objeto. Voy a mi compartimento y dejo que mi equipo de preparación me haga el pelo y el maquillaje. Cinna viene con un bonito vestido naranja con un patrón de flores otoñales. Pienso en cuánto le gustará el color a Peeta. Effie nos junta a Peeta y a mí y repasa el programa una última vez. En algunos distritos los vencedores conducen por la ciudad mientras los residentes los aclaman. Pero en el 11—tal vez porque no hay una ciudad, para empezar, estando todo tan esparcido, o quizás porque no quieren gastar a tanta gente en tiempo de cosecha—la aparición pública está confinada a la plaza. Tiene lugar ante el Edificio de Justicia, una inmensa estructura de mármol. En otros tiempos debió de ser algo de gran belleza, pero el tiempo ha hecho su trabajo. Incluso en televisión puedes ver la hiedra cubriendo la decadente fachada, la bajada del tejado. La plaza en sí misma está rodeada de escaparates venidos a menos, la mayoría de los cuales están abandonados. Donde quiera que sea que la gente bien viva en el Distrito 11, no es aquí. Toda nuestra aparición pública estará situada en el exterior de aquello a lo que Effie se refiere como la galería, la extensión con baldosas entre las puertas frontales y la escalera que está ensombrecida por un techo sujeto por columnas. Peeta y yo seremos presentados, el alcalde del 11 leerá un discurso en nuestro honor, y responderemos con un agradecimiento por guión proporcionado por el Capitolio. Si un vencedor tuviera algún aliado especial entre los tributos muertos, se considera bueno agregar también varios comentarios personales. Debería decir algo sobre Rue, y también sobre Thresh, de verdad, pero cada vez que intentaba escribirlo en casa, acababa con un papel en blanco mirándome a la cara. Es difícil para mí hablar sobre ellos sin ponerme emotiva. Afortunadamente, Peeta tiene

una cosilla preparada, y con varias leves alteraciones, puede servir para ambos. Al final de la ceremonia seremos obsequiados con algún tipo de placa, y después podremos retirarnos al Edificio de Justicia, donde será servida una cena especial.

Mientras el tren entra en la estación del Distrito 11, Cinna le da los últimos retoques a mi conjunto, cambiando mi diadema naranja por una de oro metálico y asegurando en el vestido la insignia del sinsajo que llevé en la arena. No hay comité de bienvenida en la plataforma, sólo una cuadrilla de ocho agentes de la paz que nos dirigen a la parte trasera de una furgoneta acorazada. Effie bufa cuando la puerta se cierra con un clank detrás de nosotros.

— De verdad, se diría que somos criminales. — Dice.

No todos, Effie. Sólo yo, pienso.

La furgoneta nos deja detrás del Edificio de Justicia. Nos llevan rápidamente al interior. Puedo oler que están preparando una excelente comida, pero no bloquea los olores a moho y putrefacción. No nos han dejado tiempo para curiosear. Mientras vamos en línea hasta la entrada delantera, puedo oír cómo empieza a sonar el himno en la plaza. Alguien me pone un micrófono de clip. Peeta me coge la mano izquierda. El alcalde nos está presentando mientras las inmensas puertas se abren con un gruñido.

— ¡Grandes sonrisas! — Dice Effie, y nos da un empujoncito. Nuestros pies empiezan a moverse hacia delante.

Esto es. Esto es cuando tengo que convencer a todo el mundo de lo enamorada que estoy de Peeta, pienso. La solemne ceremonia está muy organizada, así que no estoy segura de cómo hacerlo. No es momento de besos, pero tal vez pueda incluir uno. Hay un sonoro aplauso, pero ninguna de las otras respuestas que obtuvimos en el Capitolio, los vítores y hurras y silbidos. Andamos por la galería sombreada hasta que se termina el tejado y estamos en pie ante unas grandes escaleras de mármol bajo el sol abrasador. Mientras mis ojos se ajustan, veo que de los edificios de la plaza han colgado banderas que ayudan a cubrir su estado de abandono. Está todo lleno de gente, pero una vez más, sólo una fracción de la gente que vive aquí.

Como siempre, una plataforma especial ha sido construida al final del tablado para las familias de los tributos muertos. En el lado de Thresh, sólo hay una anciana jorobada y una chica alta y musculada que supongo es su hermana. En el de Rue . . . no estoy preparada para la familia de Rue. Sus padres, cuyos

rostros llevan todavía fresca la tristeza. Sus cinco hermanos pequeños que se parecen tanto a ella. Las constituciones menudas, los luminosos ojos castaños. Forman una bandada de pequeños pájaros oscuros. El aplauso se apaga y el alcalde pronuncia el discurso en nuestro honor. Dos niñas pequeñas se acercan con dos inmensos ramos de flores. Peeta pronuncia su parte del guión establecido y después encuentro a mis labios moviéndose para concluirlo. Afortunadamente, mi madre y Prim me lo han taladrado en el cerebro, así que puedo hacerlo dormida. Peeta tiene sus comentarios personales escritos en una tarjeta, pero no la saca. En vez de eso habla en su estilo sencillo y encantador sobre Thresh y Rue llegando a los ocho finales, sobre cómo ambos me mantuvieron con vida—y así manteniéndolo a él con vida—y cómo esta es una deuda que nunca podremos pagar. Y entonces vacila antes de añadir algo que no estaba escrito en la tarjeta. Tal vez es porque pensó que Effie se lo haría borrar.

— No puede en modo alguno sustituir vuestras pérdidas, pero como prueba de nuestro agradecimiento nos gustaría que cada una de las familias de los tributos del Distrito Once recibieran un mes de nuestras ganancias cada año durante el resto de nuestras vidas. La multitud no puede sino responder con gritos ahogados y murmullos. No hay precedente para lo que ha hecho Peeta. Ni siquiera sé si es legal. Probablemente él tampoco lo sabe, así que no preguntó por si acaso no lo era. En cuanto a las familias, sólo se nos quedan mirando en estado de shock. Sus vidas cambiaron para siempre cuando perdieron a Thresh y Rue, pero este regalo las cambiará de nuevo. Un mes de ganancias de tributo pueden proporcionar fácilmente sustento a una familia durante un año. Mientras vivamos, no pasarán hambre. Miro a Peeta y me dirige una sonrisa triste. Oigo la voz de Haymitch. “Podría haberte ido mucho peor.” En este momento, es imposible imaginar cómo podría irme nada mejor. El regalo. . . es perfecto. Así que cuando me pongo de puntillas para besarlo, no se siente forzado en absoluto.

El alcalde avanza para entregarnos a cada uno una placa que es tan grande que tengo que dejar en el suelo mi ramo para sujetarla. La ceremonia está a punto de terminar cuando veo a una de las hermanas de Rue mirándome. Debe de tener unos nueve años y es prácticamente una réplica exacta de Rue, en la forma en la que permanece en pie con los brazos ligeramente extendidos. A pesar de las buenas noticias sobre las ganancias, no es feliz. De hecho, me mira con reproche. ¿Es porque no salvé a Rue?

No. Es porque no le he dado las gracias, pienso.

Una ola de vergüenza me recorre de la cabeza a los pies. La niña tiene razón. ¿Cómo puedo quedarme aquí de pie, pasiva y callada, dejándole todas las

palabras a Peeta? Si ella hubiera ganado, Rue nunca hubiera dejado que mi muerte se quedara sin una canción. Recuerdo cómo me preocupé en la arena de cubrirla de flores, para asegurarme de que su pérdida no pasara desapercibida. Pero ese gesto no significará nada si no lo respaldo ahora.

— ¡Esperen! — Avanzo a trompicones, presionando la placa contra mi pecho. Mi tiempo asignado para hablar ha venido y se ha ido, pero debo decir algo. Mi deuda es demasiado grande. E incluso si les hubiera prometido todas mis ganancias a las familias, eso no disculparía mi silencio hoy.

— Esperen, por favor. — No sé cómo empezar, pero una vez que lo hago, las palabras salen de mis labios como un chorro, como si se hubieran formado en el fondo de mi mente hace mucho tiempo.

— Quiero ofrecerles mis agradecimientos a los tributos del Distrito Once. — Digo. Miro a la pareja de mujeres en el lado de Thresh. — Sólo hablé con Thresh una vez. Tan sólo lo bastante como para que me perdonara la vida. No lo conocía, pero siempre lo respeté. Por su poder. Por su negación a jugar los Juegos con las reglas de nadie salvo las suyas propias. Los tributos profesionales querían que se aliara con ellos desde el principio, pero él no quería. Lo respeté por eso.

Por primera vez la anciana jorobada—¿es la abuela de Thresh?—levanta la cabeza y la sombra de una sonrisa juega en sus labios.

Ahora la multitud está en silencio, tan en silencio que me pregunto cómo lo consiguen. Deben de estar todos conteniendo la respiración.

Me vuelvo hacia la familia de Rue.

— Pero siento como si conociera a Rue, y siempre estará conmigo. Todas las cosas hermosas me la traen a la mente. La veo en las flores amarillas que crecen en la Pradera junto a mi casa. La veo en los sinsajos que cantan en los árboles. Pero más que nada, la veo en mi hermana, Prim. — No puedo fiarme de mi voz, pero ya casi he acabado. — Gracias por vuestros hijos. — Alzo la barbilla para dirigirme a la multitud. — Y gracias a todos por el pan. Me quedo allí de pie, sintiéndome pequeña y rota, miles de ojos clavados en mí. Hay una larga pausa. Después, desde algún lugar entre la multitud, alguien silba la canción de Rue de cuatro notas de los sinsajos. La que señalaba el final del día en las huertas. La que significaba seguridad en la arena. Hacia el final de la cancioncilla, he encontrado al que silba, un hombre viejo con una camisa roja gastada y un pantalón de peto. Sus ojos encuentran los míos. Lo que sucede a continuación no

es un accidente. Está demasiado bien ejecutado para ser espontáneo porque sucede completamente al unísono. Cada persona en la multitud presiona los tres dedos centrales de la mano izquierda contra sus labios y los extiende hacia mí. Es nuestro signo del Distrito 12, el último adiós que le di a Rue en la arena. Si no hubiera hablado con el Presidente Snow, este gesto tal vez me llevara a las lágrimas. Pero con sus órdenes recientes de calmar a los distritos aún frescos en mis oídos, me llena de terror. ¿Qué pensará de este saludo tan público a la chica que desafió al Capitolio? El pleno impacto de lo que he hecho me golpea. No era intencionado—sólo quería expresar mi agradecimiento—pero he provocado algo peligroso. Un acto de desacuerdo por parte de la gente del Distrito 11. ¡Esta es exactamente la clase de cosa que debería estar aplacando!

Intento pensar en algo que decir que le reste importancia a lo que acaba de suceder, que lo niegue, pero puedo oír la pequeña explosión de estática que indica que mi micrófono ha sido apagado y el alcalde ya ha tomado la palabra. Peeta y yo aceptamos una ronda final de aplausos. Me dirige de vuelta hacia las puertas, ignorante de que algo ha ido mal. Me encuentro mal y tengo que pararme un momento. Pequeños pedacitos de brillante sol bailan ante mis ojos.

— ¿Te encuentras bien? — Pregunta Peeta.

— Sólo mareada. El sol era tan brillante. — Digo. Veo su ramo. — Olvidé mis flores. —

Musito.

— Yo las cogeré. — Dice él.

— Puedo yo. — Respondo.

Ahora estaríamos a salvo dentro del Edificio de Justicia, si yo no me hubiera detenido, si no hubiera dejado mis flores. En vez de ello, desde la profunda sombra de la galería, lo vemos todo.

A un par de agentes de la paz arrastrando al viejo que silbó a la parte alta de las escaleras. Obligándolo a arrodillarse ante la multitud. Y metiéndole una bala en la cabeza. 5

El hombre acaba de caer al suelo cuando un muro de uniformes blancos de agentes de la paz bloquea nuestro campo de visión. Varios de los soldados

tienen armas automáticas sujetas de lado mientras nos empujan de vuelta a la puerta.

— ¡Ya nos vamos! — Dice Peeta, empujando al agente de la paz que está haciendo presión sobre mí. — Lo pillamos, ¿vale? Vamos, Katniss. — Su brazo me rodea y me guía de vuelta al Edificio de Justicia. Los agentes de la paz nos siguen a uno o dos pasos de distancia. En cuanto estamos dentro, las puertas se cierran y oímos las botas de los agentes de la paz moverse otra vez hacia la muchedumbre.

Haymitch, Effie, Portia y Cinna esperan bajo una pantalla llena de estática que está montada sobre la pared, sus rostros crispados por la ansiedad.

— ¿Qué ha pasado? — Se acerca corriendo Effie. — Perdimos la señal justo después del precioso discurso de Katniss, y después Haymitch dijo que le pareció oír un disparo, y yo dije que eso era ridículo, pero ¿quién sabe? ¡En todas partes hay lunáticos!

— No ha pasado nada, Effie. Sólo petardeó una camioneta vieja, eso es todo. — Dice Peeta con tranquilidad.

Dos disparos más. La puerta no ahoga mucho su sonido. ¿Quién era ese? ¿La abuela de Thresh? ¿Una de las hermanas pequeñas de Rue?

— Vosotros dos. Conmigo. —Dice Haymitch. Peeta y yo lo seguimos, dejando atrás a los demás. Los agentes de la paz que están estacionados fuera del Edificio de Justicia se interesan poco por nuestros movimientos ahora que estamos a salvo en el interior. Ascendemos por una magnífica escalera de caracol de mármol. En la parte alta hay un largo pasillo con una alfombra raída en el suelo. Unas puertas dobles están abiertas, dándonos la bienvenida a la primera sala que encontramos. El techo debe de tener seis metros de altura. Hay diseños de fruta y flores grabados en las molduras y niños pequeños, regordetes y con alas nos miran desde arriba, desde cada ángulo. Jarrones de flores desprenden un olor empalagoso que hace que me piquen los ojos. Nuestra ropa de noche cuelga de perchas contra la pared. Este cuarto ha sido arreglado para uso nuestro, pero apenas estamos aquí lo bastante como para recoger nuestros regalos. Después Haymitch nos arranca los micrófonos del pecho, los entierra debajo del cojín de un sofá, y nos indica que le sigamos.

Por lo que yo sé, Haymitch sólo ha estado aquí una vez, cuando estaba en su Tour de la Victoria hace décadas. Pero debe de tener una memoria

impresionante o instintos muy fiables porque nos guía a través de un laberinto de escaleras torcidas y pasillos cada vez más estrechos. A veces tiene que parar y forzar una puerta. Por el chirrido de protesta de los goznes puedes saber que hace mucho tiempo desde la última vez que fue abierta. Después de un tiempo subimos por una escalera de mano hasta una trampilla. Cuando Haymitch la empuja a un lado, nos encontramos en la cúpula del Edificio de Justicia. Es un lugar inmenso lleno de muebles rotos, pilas de libros y cuadernos de contabilidad, y armas oxidadas. La capa de polvo que lo cubre todo es tan gruesa que se ve claramente que no ha sido molestada en años. La luz lucha por filtrarse a través de cuatro tristes ventanas cuadradas situadas a los lados de la cúpula. Haymitch le da una patada a la trampilla para que se cierre y se vuelve hacia nosotros.

— ¿Qué ha pasado? — Pregunta.

Peeta relata todo lo sucedido en la plaza. El silbido, el saludo, cómo vacilamos en la galería, el asesinato del anciano.

— ¿Qué está pasando, Haymitch?

— Será mejor si viene de ti. — Me dice Haymitch.

No estoy de acuerdo. Creo que será cien veces peor si viene de mí. Pero se lo cuento todo a Peeta con tanta calma como puedo. Sobre el Presidente Snow, el nerviosismo en los distritos. Ni siquiera omito el beso con Gale. Expongo cómo todos estamos en peligro, cómo todo el país está en peligro por mi truco con las bayas.

— Se suponía que debía arreglar las cosas en este tour. Hacer creer a todo aquel que tuviera dudas que había actuado por amor. Calmar las cosas. Pero obviamente, todo lo que he hecho hoy es conseguir que mataran a tres personas, y ahora todos los de la plaza serán castigados. — Me encuentro tan mal que tengo que sentarme en un sofá, a pesar de los muelles y el relleno expuestos.

— Entonces yo también empeoré las cosas. Dando el dinero. — Dice Peeta. De repente golpea una lámpara que estaba precariamente situada sobre un cajón y la lanza al otro lado de la sala, donde se hace añicos contra el suelo. — Esto tiene que parar. Ya. Este . . . este . . . juego que jugáis vosotros dos, donde os contáis secretitos el uno al otro pero me dejáis fuera a mí como si fuera demasiado intrascendente o estúpido o débil para soportarlos.

— No es así, Peeta . . . — Empiezo.

— ¡Es exactamente así! — Me grita. — ¡Yo también tengo gente que me importa, Katniss!

Familia y amigos en el Distrito Doce que estarán tan muertos como los tuyos si no hacemos bien esto. Así que, después de todo por lo que pasamos en la arena, ¿ni siquiera soy digno de que me digáis la verdad?

— Siempre eres tan fiable y tan bueno, Peeta. — Dice Haymitch. — Tan listo sobre cómo te presentas a ti mismo ante las cámaras. No quería estropear eso.

— Bueno, me has sobreestimado. Porque hoy la fastidié de veras. ¿Qué crees tú que va a pasarles a las familias de Thresh y de Rue? ¿Crees que conseguirán sus partes de nuestras ganancias? ¿Crees que les he dado un brillante futuro? ¡Porque yo creo que tendrán suerte si sobreviven a este día! — Peeta lanza otra cosa por los aires, una estatua. Nunca lo he visto así.

— Tiene razón, Haymitch. — Digo. — Fue un error no contárselo. Incluso allá en el Capitolio.

— Incluso en la arena, vosotros dos teníais trabajado algún tipo de sistema, ¿verdad? —

Pregunta Peeta. Ahora su voz está más calmada. — Algo de lo que yo no formaba parte.

— No. No oficialmente. Sólo que yo podía deducir qué es lo que Haymitch quería que hiciera según lo que enviaba, o no enviaba. — Digo.

— Bueno, yo nunca tuve esa oportunidad. Porque nunca me envió nada hasta que apareciste tú. — Dice Peeta.

No he pensado mucho sobre esto. Cómo debe de haber parecido desde la perspectiva de Peeta cuando aparecí en la arena habiendo recibido medicina para las quemaduras y pan mientras que él, que estaba a las puertas de la muerte, no había conseguido nada. Como si Haymitch me hubiera estado manteniendo con vida a sus expensas.

— Mira, chico . . . — Empieza Haymitch.

— No te molestes, Haymitch. Sé que tenías que elegir a uno de los dos. Y yo habría querido que fuera ella. Pero esto es algo distinto. Hay gente muerta ahí fuera. Más les seguirán a no ser que seamos muy buenos. Todos sabemos que yo soy mejor que Katniss delante de las cámaras. Nadie tiene que guiarme para saber qué decir. Pero tengo que saber en qué me estoy metiendo. — Dice Peeta.

— De ahora en adelante, estarás plenamente informado. — Promete Haymitch.

— Más te vale. — Dice Peeta. Ni siquiera se molesta en mirarme antes de salir. El polvo que ha levantado flota y busca nuevos lugares sobre los que posarse. Mi pelo, mis ojos, mi brillante insignia dorada.

— ¿Me elegiste, Haymitch? — Pregunto.

— Sí.

— ¿Por qué? Te gusta más él.

— Eso es verdad. Pero recuerda, hasta que cambiaron las reglas, yo sólo podía aspirar a sacar a uno de allí con vida. Pensé que ya que él estaba decidido a protegerte, bueno, entre los tres, tal vez fuéramos capaces de traerte a casa.

— Oh. — Es todo lo que se me ocurre decir.

— Ya verás, las elecciones que deberás tomar. Si sobrevivimos a esto. — Dice Haymitch. —

Aprenderás.

Bueno, hoy he aprendido una cosa. Este lugar no es una versión más grande del Distrito 12. Nuestra valla no está vigilada y rara vez está cargada. Nuestros agentes de la paz no son bien recibidos pero son menos brutales. Nuestros apuros suscitan más cansancio que furia. Aquí en el 11, sufren con más agudeza y sienten más desesperación. El Presidente Snow tiene razón. Una chispa podría ser suficiente para incendiarlos.

Todo está pasando demasiado rápido para que pueda procesarlo. El aviso, los disparos, el reconocimiento de que quizás haya puesto en movimiento algo de grandes consecuencias. Todo el asunto es tan improbable. Y sería una cosa si

hubiera planeado remover las cosas, pero dadas las circunstancias . . . ¿cómo demonios causé tantos problemas?

— Vamos. Tenemos una cena a la que asistir. — Dice Haymitch. Me quedo en la ducha tanto como me lo permiten antes de tener que salir para que me arreglen. El equipo de preparación parece ignorante de los eventos del día. Todos están excitados por la cena. En los distritos son lo bastante importantes como para asistir, mientras que en el Capitolio casi nunca consiguen invitaciones para fiestas de prestigio. Mientras tratan de predecir qué platos se servirán, no dejo de ver cómo le destrozan la cabeza al anciano. Ni siquiera presto atención a lo que nadie me está haciendo hasta que estoy a punto de salir y me veo en el espejo. Un vestido sin tiras rosa pálido me roza los zapatos. Mi pelo está apartado del rostro y cayendo por mi espalda en una cascada de tirabuzones. Cinna llega desde atrás y me coloca un reluciente chal plateado alrededor de los hombros. Se encuentra con mi mirada en el espejo.

— ¿Te gusta?

— Es precioso. Como siempre.

— Veamos qué tal queda con una sonrisa. — Dice amablemente. Es su recordatorio de que en un minuto habrá otra vez cámaras. Consigo alzar las comisuras de los labios. — Allá vamos. Cuando nos juntamos todos para bajar a cenar, me doy cuenta de que Effie no sabe nada. Está claro que Haymitch no le ha dicho lo que pasó en la plaza. No me sorprendería que Cinna y Portia lo supieran, pero parece haber un acuerdo no hablado de dejar a Effie fuera de las malas noticias. Aunque no se tarda mucho en oír acerca del problema. Effie repasa el horario de la noche, luego lo lanza a un lado.

— Y después, menos mal, podemos subir a ese tren y salir de aquí. — Dice.

— ¿Pasa algo malo, Effie? — Pregunta Cinna.

— No me gusta la forma en que hemos sido tratados. Metidos en camionetas y apartados de la plataforma. Y después, hace cosa de una hora, decidí salir a mirar alrededor del Edificio de Justicia. Soy algo así como una experta en diseño arquitectónico, sabes. — Dice ella.

— Oh, sí, lo he oído. — Dice Portia antes de que la pausa se haga demasiado larga.

— Así que, sólo estaba echando un vistazo por ahí porque las ruinas de distritos van a ser el último grito este año, cuando aparecieron dos agentes de la paz y me ordenaron volver a nuestros aposentos. ¡Uno de ellos incluso me empujó con su pistola! — Dice Effie. No puedo evitar pensar que este es el resultado directo de la desaparición de Haymitch, Peeta y mía antes durante el día. Es algo reconfortante, sin embargo, pensar que Haymitch tal vez haya tenido razón. Que nadie estaría monitorizando la cúpula polvorienta donde hablamos. Aunque me apuesto a que ahora sí lo hacen.

Effie parece tan disgustada que la abrazo espontáneamente.

— Eso es horrible, Effie. Tal vez no debiéramos ir a la cena después de todo. Por lo menos hasta que se disculparan. — Sé que nunca estará de acuerdo con esto, pero se anima considerablemente ante la sugerencia, ante la validación de su queja.

— No, lo soportaré. Es parte de mi trabajo lidiar con los puntos altos y los bajos. Y no podemos dejar que vosotros dos os perdáis la cena. Pero gracias por el ofrecimiento, Katniss. Effie nos ordena en formación para nuestra entrada. Primero los equipos de preparación, después ella, los estilistas, Haymitch. Peeta y yo, por supuesto, ocupamos la retaguardia. En algún punto por debajo de nosotros, músicos empiezan a tocar. Cuando la primera onda de nuestra pequeña procesión empieza a bajar los escalones, Peeta y yo nos damos la mano.

— Haymitch dice que hice mal en gritarte. Que tú sólo operabas bajo sus instrucciones. —

Dice Peeta. — Y no es como si yo no te hubiera ocultado cosas en el pasado. Recuerdo el shock que había supuesto oír a Peeta confesar su amor por mí delante de todo Panem. Haymitch había sabido acerca de eso y no me lo había dicho.

— Creo que yo también rompí unas cuantas cosas después de esa entrevista.

— Sólo una urna. — Dice él.

— Y tus manos. Aunque ya no tiene sentido, ¿verdad? ¿No ser sinceros el uno con el otro?

— No tiene sentido. —Dice Peeta. Estamos de pie en la parte alta de las escaleras, dándole a Haymitch una ventaja de quince pasos tal y como indicó Effie. — ¿De verdad fue esa la única vez que besaste a Gale?

Estoy tan sorprendida que respondo.

— Sí. — Con todo lo que ha pasado hoy, ¿de verdad lo estaba reconcomiendo esa pregunta?

— Esos son quince. Hagámoslo. — Dice.

Una luz nos golpea, y pongo la sonrisa más brillante que puedo. Bajamos los escalones y somos absorbidos por lo que se convierte en una ronda indistinguible de cenas, ceremonias, y viajes en tren. Cada día es lo mismo. Despertarse. Vestirse. Conducir entre muchedumbres que nos aclaman. Escuchar el discurso en nuestro honor. Dar un discurso de agradecimiento en respuesta, pero sólo el que nos dio el Capitolio, ahora nunca añadidos personales. A veces un breve tour: un vistazo al mar en un distrito, altos bosques en otro, feas fábricas, campos de trigo, refinerías malolientes. Vestirse con ropa de noche. Acudir a la cena. Tren.

Durante las ceremonias, somos solemnes y respetuosos pero siempre unidos, por nuestras manos, nuestros brazos. En las cenas, estamos al borde del delirio por nuestro mutuo amor. Nos besamos, bailamos, nos pillan intentando escaparnos para estar a solas. En el tren, nos sentimos silenciosamente miserables mientras intentamos evaluar el efecto que estamos teniendo.

Incluso con nuestros discursos personales para aplacar el descontento—es innecesario decir que los que pronunciamos en el Distrito 11 fueron editados antes de que el evento fuera emitido en televisión—puedes sentir algo en el aire, el murmullo de la ebullición en una olla a punto de desbordarse. No en todas partes. Algunas multitudes tienen ese aire de ganado fatigado que sé que el Distrito 12 suele proyectar en las ceremonias de los vencedores. Pero en otros—particularmente el 8, el 4 y el 3—hay una genuina euforia en los rostros de la gente cuando nos ve y, bajo la euforia, furia. Cuando gritan mi nombre, es más un grito de venganza que una aclamación. Cuando los agentes de la paz se acercan para calmar a una muchedumbre indisciplinada, esta les devuelve el empujón en vez de retraerse. Y entonces sé que no hay nada que yo hubiera podido hacer jamás para cambiar esto. Ninguna muestra de amor, aunque creíble, cambiaría esta marea. Si el que alzaría esas bayas fue un acto de locura pasajera, entonces esta gente también abrazará la locura.

Cinna empieza a recoger mi ropa alrededor de la cintura. El equipo de preparación se vuelve loco por los círculos debajo de mis ojos. Effie empieza a darme pastillas para dormir, pero no funcionan. No lo bastante bien. Sólo me duermo para despertarme a pesadillas que han incrementado en número e intensidad. Peeta, que se pasa una gran parte de la noche vagando por el tren, me oye gritar mientras lucho por salir del aturdimiento de la droga que sólo prolonga los horribles sueños. Él consigue despertarme y tranquilizarme. Después se sube a la cama para sostenerme hasta que vuelvo a dormirme. Después de eso, rechazo las pastillas. Pero cada noche lo dejo entrar en mi cama. Soportamos la oscuridad tal y como lo hacíamos en la arena, envueltos en los brazos del otro, protegiéndonos de peligros que pueden descender en cualquier momento. No pasa nada más, pero nuestro arreglo rápidamente se convierte en objeto de cotilleo en el tren.

Cuando Effie me lo menciona, pienso, Bien. Tal vez le llegue al Presidente Snow. Le digo que haremos un esfuerzo por ser más discretos, pero no lo hacemos. Las consecutivas apariciones en el 2 y el 1 son su propia clase de horribles. Cato y Clove, los tributos del Distrito 2, tal vez hubieran llegado ambos a casa si Peeta y yo no lo hubiéramos hecho. Yo maté personalmente a la chica, Glimmer, y al chico del Distrito 1. Mientras intento evitar mirar a su familia, me entero de que su nombre era Marvel. ¿Cómo es que nunca lo supe? Supongo que antes de los Juegos no presté atención, y después no lo quise saber. Para cuando llegamos al Capitolio, estamos desesperados. Hacemos apariciones interminables ante muchedumbres adoradoras. No hay peligro de un levantamiento aquí entre los privilegiados, entre aquellos cuyos nombres nunca se introducen en las bolas de la cosecha, aquellos cuyos hijos nunca mueren por supuestos crímenes cometidos hace generaciones. No necesitamos convencer a nadie en el Capitolio de nuestro amor, pero nos aferramos a la débil esperanza de que aún podemos llegarles a algunos de los que no pudimos convencer en los distritos. Lo que quiera que hagamos parece demasiado poco, demasiado tarde. De vuelta en nuestras habitaciones en el Centro de Entrenamiento, yo soy la que sugiere la proposición pública de matrimonio. Peeta accede a hacerlo pero luego desaparece en su habitación durante mucho tiempo. Haymitch me dice que lo deje solo.

— Creí que lo quería, de todas formas. — Digo.

— No así. — Dice Haymitch. — Él quería que fuera real.

Vuelvo a mi habitación y me acuesto debajo de las mantas, intentando no pensar en Gale y no pensando en otra cosa.

Esa noche, en el escenario delante del Centro de Entrenamiento, balbuceamos como podemos nuestras respuestas a una lista de preguntas. Caesar Flickerman, en su brillante traje azul medianoche, su pelo, párpados y labios aún teñidos de azul pastel, nos guía sin fallos en la entrevista. Cuando nos pregunta sobre el futuro, Peeta se coloca sobre una rodilla, abre su corazón, y me suplica que me case con él. Yo, por supuesto, acepto. Caesar está fuera de sí, la audiencia del Capitolio está histérica, planos de muchedumbres por todo Panem muestran un país loco de felicidad.

El Presidente Snow en persona nos hace una visita sorpresa para felicitarnos. Le da la mano a Peeta y le da una palmadita aprobadora en el hombro. A mí me abraza, envolviéndome en el olor a sangre y rosas, y planta un beso hinchado en mi mejilla. Cuando se aparta, sus dedos clavándose en mis brazos, su cara sonriendo a la mía, me atrevo a alzar las cejas. Ellas preguntan lo que mis labios no pueden. ¿Lo hice? ¿Fue suficiente? ¿Fue el renunciar a todo por ti, seguir el juego, prometer casarme con Peeta, suficiente? Como respuesta, sacude la cabeza casi imperceptiblemente. 6

En ese único levísimo movimiento, veo el fin de la esperanza, el principio de la destrucción de todo lo que quiero en el mundo. No puedo adivinar qué forma tomará mi castigo, qué amplitud abarcará la red, pero cuando termine, lo más probable es que ya no quede nada. Así que creerías que llegados a este punto, estaría en la cumbre de la desesperación. He aquí lo raro. Lo máximo que siento es alivio. Que ya puedo abandonar este juego. Que la pregunta de si puedo triunfar en esta empresa ha sido respondida, incluso si dicha respuesta es un sonoro no. Que si los momentos desesperados requieren medidas desesperadas, entonces soy libre para actuar con tanta desesperación como me plazca.

Sólo que no aquí, todavía no. Es esencial volver al Distrito 12, porque la parte principal de cualquier plan incluiría a mi madre y hermana, Gale y su familia. Y Peeta, si consigo hacer que venga con nosotros. Añado a Haymitch a la lista. Estas son las personas que debo llevar conmigo cuando escape a la espesura del bosque. Cómo los convenceré, dónde iremos en lo más crudo del invierno, qué llevará evadir la captura, son preguntas sin respuesta. Pero por lo menos sé qué debo hacer.

Así que en vez de doblarme sobre el suelo y llorar, me encuentro irguiéndome más y con más confianza de la que he tenido en semanas. Mi sonrisa, aunque algo loca, no es forzada. Y cuando el Presidente Snow silencia a la audiencia y dice, “¿Qué opináis de que les organicemos una boda aquí en el

Capitolio?” interpreto a la chica-casi-catatónica-de-alegría sin fallo alguno. Caesar Flickerman pregunta si el presidente tiene una fecha en mente.

— Oh, antes de que pongamos una fecha, mejor que lo dejemos claro con la madre de Katniss. — Dice el presidente. El público suelta una gran carcajada y el presidente me rodea con un brazo. — Tal vez si todo el país lo asimila, conseguiremos casarte antes de los treinta.

— Probablemente tenga usted que aprobar una nueva ley. — Digo con una risita.

— Si eso es lo que hace falta. — Dice el presidente con buen humor cómplice. Oh, cómo nos divertimos los dos juntos.

La fiesta, que tiene lugar en la sala de banquetes de la mansión del Presidente Snow, no tiene igual. El techo de doce metros ha sido transformado en el cielo nocturno, y las estrellas se ven exactamente igual que en casa. Supongo que se ven igual desde el Capitolio, pero ¿cómo saberlo? Siempre hay demasiada luz de la ciudad para ver aquí las estrellas. A mitad de camino más o menos entre el techo y el suelo, músicos flotan en lo que parecen ser nubes blancas algodonas, pero no puedo ver qué las sostiene en el aire. Las mesas de cena tradicionales han sido sustituidas por innumerables sofás y sillas acolchados, algunos rodeando chimeneas, otros junto a fragantes jardines de flores o estanques llenos de peces exóticos, para que la gente pueda comer y beber y hacer lo que les plazca en el máximo confort. Hay una gran área de baldosas en el centro de la sala que sirve para cualquier cosa, desde una pista de baile, a un escenario para las actuaciones que vienen y van, a otro lugar donde mezclarse con los invitados extravagantemente vestidos.

Pero la auténtica estrella de la noche es la comida. Mesas repletas de manjares están alineadas contra las paredes. Todo lo que puedas imaginar, y cosas que nunca has soñado, esperan. Vacas enteras asadas y cerdos y cabras aún girando en asadores. Inmensas bandejas de aves rellenas de sabrosas frutas y frutos secos. Criaturas del océano rociadas con salsas o pidiendo ser empapadas en especiados mejunjes. Incontables quesos, panes, verduras, dulces, cascadas de vino, y arroyos de bebidas espirituosas que titilan con llamas. Mi apetito ha regresado junto a mi deseo de luchar. Después de semanas de sentirme demasiado preocupada para comer, estoy muerta de hambre.

— Quiero probar todo lo que hay en la sala. — Le digo a Peeta. Puedo verlo intentando descifrar mi expresión, para interpretar mi transformación. Dado que no

sabe que el Presidente Snow piensa que he fracasado, sólo puedo asumir que piensa que hemos triunfado. Tal vez incluso crea que siento algo de felicidad genuina por nuestro compromiso. Sus ojos reflejan su curiosidad pero sólo brevemente, porque estamos en pantalla.

— Entonces mejor que te restrinjas. — Dice.

— Vale, no más de un bocado de cada plato. — Digo. Mi resolución es casi inmediatamente minada en la primera mesa, que tiene unas veinte sopas, cuando encuentro un cremoso puré de calabaza con nuez picada y pequeñas semillas negras. — ¡Podría limitarme a comer esto toda la noche! — Exclamo. Pero no lo hago. Me debilito otra vez ante un caldo verde claro que sólo puedo describir como con sabor a primavera, y otra vez cuando pruebo una espumosa sopa rosa salpicada de frambuesas.

Aparecen rostros, se intercambian nombres, se toman fotos, besos rozan mejillas. Aparentemente mi insignia del sinsajo ha causado una nueva sensación en la moda, porque varias personas se acercan a enseñarme sus accesorios. Mi pájaro ha sido replicado en hebillas de cinturones, grabada en solapas de seda, incluso tatuada en lugares íntimos. Todo el mundo quiere llevar el recuerdo del ganador. Sólo puedo imaginar hasta qué punto eso vuelve loco al Presidente Snow. Pero ¿qué puede hacer él? Los Juegos tuvieron tantísimo éxito aquí, donde las bayas sólo fueron el símbolo de una chica desesperada intentando salvar a su amante. Peeta y yo no nos esforzamos en buscar compañía pero siempre estamos solicitados. Somos aquello que nadie quiere perderse en la fiesta. Actúo deleitada, pero no tengo el más mínimo interés en esta gente del Capitolio. No son más que distracciones de la comida. Cada mesa presenta nuevas tentaciones, e incluso con mi restringido régimen de un bocado por plato, empiezo a sentirme llena con rapidez. Cojo un pájaro asado del tamaño de un huevo y lo muerdo tal y como está indicado, comiendo los huesos crujientes y todo. Delicioso. Pero hago que Peeta coma el resto porque quiero seguir probando cosas, y la idea de tirar la comida, tal y como veo hacer a tanta gente con tanta facilidad, me resulta aberrante. Después de unas diez mesas estoy llena, y sólo hemos probado un pequeño número de los platos disponibles.

Justo entonces llega hasta nosotros mi equipo de preparación. Suenan casi incoherentes entre el alcohol que han consumido y su éxtasis por estar en un evento tan importante.

— ¿Por qué no estáis comiendo? — Pregunta Octavia.

— Lo he hecho, pero no puedo aguantar otro bocado. — Digo. Ellos se ríen como si fuera la cosa más tonta que hayan oído nunca.

— ¡Nadie deja que eso los detenga! — Dice Flavius. Nos llevan hasta una mesa donde hay pequeños vasos de vino de pie bajo llenos de un líquido claro. — ¡Bebed esto!

Peeta coge uno para tomar un sorbo y casi se vuelven locos.

— ¡No aquí! — Chilla Octavia.

— Tienes que hacerlo allí. — Dice Venia, señalando a las puertas que llevan a los lavabos. — ¡O lo echarás todo por el suelo!

Peeta mira otra vez al vaso y lo relaciona todo.

— ¿Queréis decir que esto me hará vomitar?

Mi equipo se ríe histéricamente.

— Por supuesto, para que puedas seguir comiendo. — Dice Octavia. — Ya he estado allí dos veces. Todos lo hacen, o si no ¿cómo te ibas a divertir en un festín? Me he quedado sin habla, mirando a los bonitos vasitos y todo lo que implican. Peeta vuelve a poner el suyo en la mesa con tanta precisión que dirías que iba a detonar.

— Vámonos, Katniss. Vamos a bailar.

La música se filtra desde las nubes mientras me aparta del equipo, la mesa y más allá hasta la pista. En casa sólo conocemos unos pocos bailes, del tipo que van con música de flauta y violín y necesitan un buen espacio. Pero Effie nos ha enseñado algunos que son populares en el Capitolio. La música es lenta y ensoñadora, así que Peeta me toma entre sus brazos y nos movemos en un círculo sin prácticamente ningún paso. Podrías hacer este baile en un plato de tarta. Estamos callados durante un rato. Después Peeta habla con voz tensa.

— Vas por ahí, pensando que puedes lidiar con ello, pensando que tal vez no sean tan malos, y después . . . — Se interrumpe.

Todo en lo que puedo pensar son los cuerpos escuálidos de los niños sobre la mesa de nuestra cocina mientras mi madre prescribe lo que los padres no

pueden dar. Más comida. Ahora que somos ricos, los envía a casa con algo. Pero a menudo, en los viejos tiempos, no había nada que dar y de todos modos el niño estaba más allá de toda salvación. Y aquí en el Capitolio están vomitando por el placer de volver a llenarse las barrigas una y otra vez. No por ninguna enfermedad del cuerpo ni de la mente, no por comida estropeada. Es lo que todos hacen en una fiesta. Lo esperado. Parte de la diversión.

Un día cuando pasé a dejarle la caza a Hazelle, Vick estaba enfermo en casa con un mal caso de tos. Siendo parte de la familia de Gale, el niño tiene que comer mejor que el noventa por ciento del resto del Distrito 12. Pero aún estuvo hablando un cuarto de hora de cómo habían abierto una lata de sirope de maíz del Día del Paquete y cada uno había tomado una cucharada sobre pan e iban a tomar más quizás más tarde en la semana. Cómo Hazelle había dicho que él podía tomar un poco en una taza de té para aliviar su tos, pero él no se sentiría bien a no ser que los otros también tomaran algo. Si es así en casa de Gale, ¿cómo será en las demás casas?

— Peeta, nos traen aquí para luchar a muerte por su entretenimiento. — Digo. — De verdad, esto no es nada en comparación.

— Lo sé. Lo sé. Sólo es que a veces ya no puedo soportarlo. Hasta el punto en que . . . no estoy seguro de qué haré. — Se para. Luego susurra. — Tal vez nos equivocamos, Katniss.

— ¿Sobre qué? — Pregunto.

— Sobre intentar acallar las cosas en los distritos. — Dice. Mi cabeza gira velozmente de lado a lado, pero nadie parece haber oído. Los cámaras se desviaron en una mesa de marisco, y las parejas bailando a nuestro alrededor están o muy borrachas o muy concentradas en sí mismas como para darse cuenta.

— Lo siento. — Dice. Debería sentirlo. Este no es lugar para dar voz a semejantes pensamientos.

— Ahórralo para casa. — Le digo.

Justo entonces aparece Portia con un hombre grande que parece vagamente familiar. Lo presenta como Plutarch Heavensbee, el nuevo Vigilante Jefe. Plutarch le pregunta a Peeta si puede robarme para un baile. Peeta ha

recuperado su cara de cámara y me pasa a él con naturalidad, avisándolo de que no se tome libertades.

No quiero bailar con Plutarch Heavensbee. No quiero sentir sus manos, una reposando sobre la mía, una en mi cadera. No estoy acostumbrada a que me toquen, excepto Peeta o mi familia, y yo coloco a los Vigilantes en algún sitio por debajo de los gusanos en cuanto a criaturas que quiero en contacto con mi piel. Pero él parece sentir esto y me sostiene casi a la distancia de un brazo mientras giramos sobre el suelo.

Charlamos sobre la fiesta, sobre el entretenimiento, sobre la comida, y después hace un chiste sobre evitar el ponche desde el entrenamiento. No lo pillo, y después me doy cuenta de que es el hombre que resbaló hacia atrás sobre el bol del ponche cuando les disparé una flecha a los Vigilantes durante la sesión de entrenamiento. Bueno, en realidad no. Estaba disparándole a una manzana en la boca de su cerdo asado. Pero los hice saltar.

— Oh, usted es quien . . . — Río, acordándome de él salpicando al caerse en el bol de ponche.

— Sí. Y te complacerá saber que nunca me he recuperado. — Dice Plutarch. Quiero decir que veintidós tributos muertos tampoco se recuperarán nunca de los Juegos que él ayudó a crear. Pero sólo digo:

— Bien. ¿Así que usted es el Vigilante Jefe este año? Eso debe de ser un gran honor.

— Entre tú y yo, no había muchos aspirantes al puesto. — Dice. — Tanta responsabilidad sobre cómo saldrán los Juegos.

Sí, el último tío está muerto, pienso. Él debe de saber lo de Seneca Crane, pero no parece preocupado en absoluto.

— ¿Ya están planeando los Juegos del Quarter Quell? — Digo.

— Oh, sí. Bueno, han estado trabajándose desde hace años, por supuesto. Las arenas no se construyen en un día. Pero el, por decirlo de algún modo, sabor de los Juegos se va a determinar ahora. Lo creas o no, tengo una reunión de estrategia esta noche. Plutarch se aparta un paso y saca un reloj de oro en una cadena de un bolsillo de su chaleco. Abre la tapa, mira la hora, y frunce el ceño.

— Tendré que irme pronto. — Gira el reloj para que pueda ver la esfera. — Empieza a medianoche.

— Eso parece tarde para . . . — Digo, pero entonces algo me distrae. Plutarch ha deslizado su pulgar sobre la esfera de cristal del reloj y durante sólo un instante aparece una imagen, brillando como si estuviera iluminada por una vela. Es otro sinsajo. Exactamente como la insignia en mi vestido. Sólo que este desaparece. Cierra el reloj.

— Eso es muy bonito. — Digo.

— Oh, es más que bonito. Es único. — Dice. — Si alguien pregunta por mí, di que me he ido a casa a la cama. Se supone que las reuniones se deben mantener en secreto. Pero pensé que sería seguro decírtelo a ti.

— Sí. Su secreto está a salvo conmigo.

Cuando nos damos la mano, hace una pequeña reverencia, un gesto común aquí en el Capitolio.

— Bueno, te veré el próximo verano en los Juegos, Katniss. Mis mejores deseos para con tu compromiso, y buena suerte con tu madre.

— La necesitare.

Plutarch desaparece y camino sin rumbo entre la multitud, buscando a Peeta, mientras extraños me felicitan. Por mi compromiso, por mi victoria en los Juegos, por mi elección en la barra de labios. Respondo, pero en realidad estoy pensando en Plutarch presumiendo de su bonito y exclusivo reloj. Hay algo extraño en eso. Casi clandestino. ¿Pero por qué? Tal vez crea que alguien más robará su idea de poner un sinsajo que desaparece en la esfera de un reloj. Sí, probablemente pagó una fortuna por eso y ahora no se lo puede enseñar a nadie porque teme que alguien haga una imitación barata. Sólo en el Capitolio. Encuentro a Peeta admirando una mesa de tartas elaboradamente decoradas. Hay panaderos que han venido desde las cocinas especialmente para hablar con él sobre glaseados, y puedes verlos atropellándose los unos a los otros para responder a sus preguntas. A petición suya, preparan una muestra de pasteles pequeños para que se lleve de vuelta al Distrito 12, donde podrá examinar su trabajo tranquilamente.

— Effie dijo que tenemos que estar en el tren a la una. Me pregunto qué hora es. — Dice, mirando a su alrededor.

— Casi medianoche. — Respondo. Arranco una flor de chocolate de una tarta con los dedos y la mordisqueo, más allá de preocuparme por mis modales.

— ¡Hora de decir gracias y despedirse! — Gorjea Effie a la altura de mi codo. Es uno de esos momentos en los que simplemente adoro su puntualidad compulsiva. Recogemos a Cinna y a Portia, y nos escolta para decirle adiós a la gente importante, después nos lleva hasta la puerta.

— ¿No deberíamos darle las gracias al Presidente Snow? — Dice Peeta. — Es su casa.

— Oh, no es muy amigo de fiestas. Demasiado ocupado. — Dice Effie. — Ya he preparado las notas y regalos de rigor para que se le envíen mañana. ¡Aquí estás! — Effie saluda con la mano a dos encargados del Capitolio que llevan a un ebrio Haymitch sujeto en el medio. Viajamos por las calles del Capitolio en un coche con ventanas tintadas. Detrás de nosotros, otro coche trae a los equipos de preparación. Las multitudes de gente celebrando son tan grandes que es un viaje lento. Pero Effie ha hecho una ciencia de esto, y exactamente a la una en punto estamos de vuelta en el tren y este sale de la estación. Haymitch es depositado en su cuarto. Cinna ordena té y todos tomamos asiento alrededor de la mesa mientras Effie hace sonar los papeles de sus horarios y nos recuerda que aún estamos en el tour.

— Está el Festival de la Cosecha en el Distrito Doce sobre el que pensar. Así que sugiero que bebamos nuestro té y vayamos directos a la cama. — Nadie discute. Cuando abro los ojos, es primera hora de la tarde. Mi cabeza descansa sobre el brazo de Peeta. No recuerdo que viniera anoche. Me doy la vuelta, teniendo cuidado de no molestarlo, pero ya está despierto.

— Sin pesadillas. — Dice.

— ¿Qué? — Pregunto.

— No tuviste ninguna pesadilla anoche.

Tiene razón. Por primera vez en siglos he dormido toda la noche.

— Aunque tuve un sueño. — Digo, pensando. — Estaba siguiendo a un sinsajo por el bosque. Durante mucho tiempo. En realidad era Rue. Quiero decir, cuando cantaba, tenía su voz.

— ¿Adónde te llevó? — Dice, apartándome el pelo de la frente.

— No lo sé. Nunca llegamos. — Digo. — Pero me sentía feliz.

— Bueno, dormías como si estuvieras feliz.

— Peeta, ¿cómo es que nunca sé cuándo estás teniendo una pesadilla?

— No lo sé. No creo que grite o me revuelva o nada. Sólo me despierto, paralizado por el terror.

— Deberías despertarme. — Digo, pensando sobre cómo puedo interrumpir su sueño dos o tres veces en una mala noche. Sobre cuánto puede llevarle el tranquilizarme.

— No es necesario. Mis pesadillas suelen ser sobre perderte a ti. — Dice.
— Estoy bien en cuanto me doy cuenta de que estás aquí.

Ugh. Peeta hace comentarios como este tan sin venir a cuento, y es como si me golpeara en el estómago. Sólo está contestando mi pregunta con sinceridad. No me está presionando para que le responda a la altura, para que haga ninguna declaración de amor. Pero aún así me siento horrible, como si lo hubiera estado utilizando de alguna forma terrible. ¿Lo he hecho? No lo sé. Sólo sé que por primera vez, me siento inmoral por tenerlo aquí en mi cama. Lo que es irónico ya que ahora estamos oficialmente prometidos.

— Será peor cuando estemos en casa y duerma solo otra vez. — Dice. Eso es verdad, ya casi estamos en casa.

La agenda para el Distrito 12 incluye una cena en la casa del Alcalde Undersee esta noche y un rally de victoria en la plaza durante el Festival de la Cosecha mañana. Siempre celebramos el Festival de la Cosecha el último día del Tour de la Victoria, pero habitualmente significa una comida en casa o con unos pocos amigos si puedes permitirte. Este año será un evento público, y ya que el Capitolio lo estará organizando, todo el mundo en todo el distrito tendrá la barriga llena.

La mayor parte de nuestra preparación tiene lugar en la casa del alcalde, ya que volvemos a estar cubiertos de pieles para las apariciones en exteriores. Sólo estamos brevemente en la estación de tren, para sonreír y saludar mientras subimos al coche. Ni siquiera vemos a nuestras familias hasta la cena de esta noche.

Me alegro de que sea en la casa del alcalde en vez de en el Edificio de Justicia, donde tuvo lugar el memorial por mi padre, donde me llevaron tras la cosecha para esos desgarradores adioses a mi familia. El Edificio de Justicia está demasiado lleno de tristeza. Pero me gusta la casa del Alcalde Undersee, especialmente ahora que su hija Madge y yo somos amigas. Siempre lo fuimos, de algún modo. Se hizo oficial cuando vino a decirme adiós antes de que me marchara a los Juegos. Cuando me dio la insignia del sinsajo para desearme suerte. Después de llegar a casa empezamos a pasar tiempo juntas. Resulta que también Madge tiene bastantes horas vacías que llenar. Al principio fue un poco incómodo porque no sabíamos qué hacer. A otras chicas de nuestra edad les he oído hablar sobre chicos, u otras chicas, o ropa. Madge y yo no somos cotillas y la ropa me aburre a muerte. Pero después de varios inicios en falso, me di cuenta de que se moría por ir al bosque, así que la he llevado un par de veces y le he enseñado a disparar. Ella está intentando enseñarme a tocar el piano, pero más que nada me gusta oírla tocar a ella. A veces comemos en casa de la otra. A Madge le gusta más la mía. Sus padres parecen amables pero no creo que los vea mucho. Su padre tiene que gobernar el Distrito 12 y su madre tiene terribles jaquecas que la obligan a quedarse en cama durante días.

— Tal vez deberíais llevarla al Capitolio. — Digo durante una de ellas. Ese día no estábamos tocando el piano, porque incluso a dos pisos de distancia el sonido le causaba dolor a su madre. — Apuesto a que pueden curarla.

— Sí. Pero no vas al Capitolio a no ser que te inviten. — Dice Madge con tristeza. Incluso los privilegios del alcalde son limitados.

Cuando llegamos a la casa del alcalde, sólo tengo tiempo de darle a Madge un abrazo rápido antes de que Effie me apremie a ir al tercer piso a prepararme. Después de que estoy lista y metida en un vestido plateado hasta los pies, todavía tengo una hora que llenar antes de la cena, así que me escapo para encontrarla.

La habitación de Madge está en el segundo piso junto a varias habitaciones de invitados y el estudio de su padre. Meto la cabeza en el estudio para decirle hola al alcalde, pero está vacío. El televisor está encendido, y me paro a ver planos de Peeta y míos en la fiesta del Capitolio anoche. Bailando, comiendo,

besándonos. Esto se estará emitiendo en cada casa de Panem ahora mismo. La audiencia debe de estar harta hasta la muerte de los amantes imposibles del Distrito 12. Sé que yo lo estoy.

Estoy marchándome de la habitación cuando un pitido capta mi atención. Me vuelvo para ver a la pantalla de la televisión quedarse negra. Después aparecen las palabras

“ACTUALIZACIÓN EN EL DISTRITO 8”. Instintivamente sé que esto no es para mis ojos, sino algo pensado sólo para el alcalde. Debería irme. Rápido. En vez de ello me descubro acercándome más al televisor.

Aparece una presentadora a la que no he visto nunca antes. Es una mujer de pelo canoso y una voz ronca y autoritaria. Avisa de que las condiciones están empeorando y de que se ha activado una alerta de Nivel 3. Se están enviando fuerzas adicionales al Distrito 8, y la producción textil ha cesado.

Cortan desde la mujer a la plaza mayor del Distrito 8. La reconozco porque estuve allí apenas la semana pasada. Aún hay banderas con mi rostro agitándose desde los tejados. Bajo ellas, hay una escena de disturbios. La plaza está llena de gente gritando, sus rostros escondidos con trapos y máscaras caseras, lanzando ladrillos. Edificios ardiendo. Agentes de la paz disparan a la multitud, matando aleatoriamente.

Nunca he visto nada como eso, pero sólo puedo estar presenciando una cosa. Esto es lo que el Presidente Snow llama un levantamiento.

Una bolsa de cuero llena de comida y un termo de té caliente. Un par de guantes de piel que dejó atrás Cinna. Tres ramitas, rotas de los árboles desnudos, sobre la nieve, señalando en la dirección en que viajaré. Esto es lo que dejo para Gale en nuestro lugar de encuentro habitual el primer domingo después del Festival de la Cosecha. He seguido adelante a través del frío, del bosque brumoso, abriendo un camino que no le resultará familiar a Gale pero que les resulta fácil de encontrar a mis pies. Lleva al lago. Ya no confío en que nuestro punto de encuentro habitual ofrezca privacidad, y necesito eso y más para contárselo todo a Gale hoy. ¿Pero vendrá él siquiera? Si no viene, no tendré más remedio que arriesgarme a ir a su casa en medio de la noche. Hay cosas que tiene que saber . . . cosas que necesito que me ayude a averiguar . . .

Una vez comprendí las implicaciones de lo que estaba viendo en la televisión del Alcalde Undersee, fui a la puerta y empecé a bajar por el pasillo.

Justo a tiempo, también, porque el alcalde subió las escaleras instantes después. Lo saludé.

— ¿Buscando a Madge? — Dijo amigablemente.

— Sí. Quiero enseñarle mi vestido. — Dije.

— Bueno, ya sabes dónde encontrarla. — Justo entonces, otra ronda de pitidos llegó desde su estudio. Su expresión se agravó. — Discúlpame. — Dijo. Entró en su estudio y cerró la puerta con cuidado.

Esperé en el pasillo hasta que me tranquilicé. Me recordé que debía actuar con naturalidad. Después encontré a Madge en su cuarto, sentada ante su tocador, cepillándose el pelo rubio ondulado ante el espejo. Llevaba el mismo bonito vestido blanco que se había puesto el día de la cosecha. Vio mi reflejo detrás de sí y sonrió.

— Mírate. Como si hubieras venido directa de las calles del Capitolio. Me acerqué. Mis dedos tocaron el sinsajo.

— Incluso mi insignia ahora. Los sinsajos causan furor en el Capitolio, gracias a ti. ¿Estás segura de que no lo quieres de vuelta? — Pregunté.

— No seas tonta. Fue un regalo. — Dijo Madge. Se recogió el pelo en un festivo lazo dorado.

— ¿Dónde lo conseguiste, de todos modos? — Pregunté.

— Era de mi tía. — Dijo. — Pero me parece que ha estado en la familia mucho tiempo.

— Es una curiosa elección, un sinsajo. — Dije yo. — Quiero decir, por lo que pasó en la rebelión. Con los charlajos haciendo que le saliera el tiro por la culata al Capitolio, y todo eso. Los charlajos eran mutaciones, pájaros macho genéticamente alterados creados por el Capitolio como armas para espiar a los rebeldes de los distritos. Podían recordar y repetir largos pasajes de habla humana, así que fueron enviados a áreas rebeldes para capturar nuestras palabras y llevarlas de vuelta al Capitolio. Los rebeldes lo descubrieron y los volvieron contra el Capitolio a base de enviarlos a casa cargados de mentiras. Cuando esto fue descubierto, los charlajos fueron abandonados a la muerte. En unos pocos años, se extinguieron en la naturaleza, pero no antes de que se

hubieran apareado con arrendajos hembra, creando una especie completamente nueva.

— Pero los sinsajos nunca fueron un arma. — Dijo Madge. — Sólo son pájaros cantores, ¿verdad?

— Sí, supongo. — Dije. Pero no es cierto. Un sinsajo sólo es un pájaro cantor. Un sinsajo es una criatura que el Capitolio nunca pretendió que existiera. No habían contado con que el altamente controlado charlajo fuera lo bastante listo como para adaptarse a la vida salvaje, para pasar su código genético, para sobrevivir en una nueva forma. No habían anticipado su deseo de vivir.

Ahora, mientras avanzo con dificultad por la nieve, veo a los sinsajos saltando en las ramas mientras escuchan las melodías de otros pájaros, las replican, y luego las transforman en algo nuevo. Como siempre, me recuerdan a Rue. Pienso en el sueño que tuve la última noche en el tren, donde la seguí en forma de sinsajo. Desearía haber podido seguir durmiendo sólo un poco más y averiguar a dónde estaba intentando llevarme.

Es una larga caminata hasta el lago, sin duda. Si decide seguirme en absoluto, Gale se va a enfadar por este uso excesivo de energía que podría gastarse mejor en la caza. Estuvo sospechosamente ausente en la cena en la casa del alcalde, aunque el resto de su familia vino. Hazelle dijo que estaba enfermo en casa, lo que era una mentira obvia. Tampoco pude encontrarlo en el Festival de la Cosecha. Vick me dijo que estaba fuera cazando. Eso probablemente era cierto.

Después de un par de horas, llego a una casa vieja cerca de la orilla del lago. Tal vez “casa” sea demasiado nombre para ella. Sólo es una habitación, de unos siete metros cuadrados. Mi padre pensaba que hace mucho tiempo aquí había muchos edificios—aún puedes ver algunos de los cimientos—y la gente venía a ellos a jugar y pescar en el lago. Esta casa duró más que las otras porque está hecha de cemento. Suelo, techo, tejado. Sólo permanece una de las cuatro ventanas de vidrio, ondulada y amarilleada por el tiempo. No hay cañerías ni electricidad, pero la chimenea aún funciona y hay una pila de madera en la esquina que mi padre y yo recogimos hace años. Enciendo un fuego pequeño, contando con la niebla para ocultar cualquier humo delator. Mientras prende la llama, barro hacia fuera la nieve que se ha acumulado bajo las ventanas vacías, usando una escoba de ramas que mi padre me hizo cuando tenía unos ocho años y jugaba aquí a las casitas. Después me siento en el pequeño hogar de cemento, descongelandome junto al fuego y esperando a Gale. Es un tiempo

sorprendentemente corto hasta que aparece. Un arco colgando del hombro, un pavo salvaje muerto que se debe de haber encontrado por el camino colgando del cinturón. Se queda de pie en el umbral como si dudara entrar o no. Sostiene la bolsa de comida sin abrir, el termo, los guantes de Cinna. Regalos que no aceptará por su ira hacia mí. Sé exactamente cómo se siente. ¿No le hice yo lo mismo a mi madre?

Lo miro a los ojos. Su temperamento no puede ocultar completamente el dolor, el sentimiento de traición que siente por mi compromiso con Peeta. Esta será mi última oportunidad, este encuentro de hoy, de no perder a Gale para siempre. Podría llevarme horas el intentar explicarme, e incluso entonces hacer que me rechazara. En vez de ello voy directa al corazón de mi defensa.

— El Presidente Snow amenazó personalmente con hacer que te mataran.
— Digo. Gale alza levemente las cejas, pero no hay muestra real de miedo ni asombro.

— ¿Alguien más?

— Bueno, en realidad no me dio una copia de la lista. Pero no sería erróneo suponer que incluye a nuestras dos familias.

Es bastante para traerlo hasta el fuego. Se agacha ante el hogar para calentarse.

— ¿A no ser qué?

— A no ser que nada, ahora. — Digo. Obviamente esto requiere más explicación, pero no tengo ni idea de por dónde empezar, así que me limito a estar ahí sentada mirando el fuego con pesimismo.

Después de un minuto de esto, Gale rompe el silencio.

— Bueno, gracias por el aviso.

Me giro hacia él, lista para espetarle algo, pero veo el brillo en su ojo. Me odio por sonreír. Este no es un momento divertido, pero supongo que es mucho para dejarle caer de pronto. Todos vamos a ser destruidos sin remedio.

— Tengo un plan, sabes.

— Sí, me apuesto a que es una maravilla. — Dice. Me lanza los guantes sobre el regazo. —

Aquí. No quiero los guantes viejos de tu prometido.

— No es mi prometido. Eso sólo es parte de la actuación. Y estos no son sus guantes. Eran de Cinna.

— Devuélvemelos entonces. — Dice. Se pone los guantes, flexiona los dedos, y asiente con aprobación. — Por lo menos moriré cómodo.

— Eso es optimista. Por supuesto, no sabes lo que ha pasado.

— Veámoslo.

Decido empezar con la noche en que Peeta y yo fuimos coronados vencedores de los Juegos del Hambre, y Haymitch me avisó de la furia del Capitolio. Le cuento la inquietud que me ha embargado desde que volví a casa, la visita a casa del Presidente Snow, los asesinatos en el Distrito 11, la tensión en las muchedumbres, el último intento del compromiso, la indicación del presidente de que no había sido suficiente, mi certeza de que deberé pagar. Gale nunca interrumpe. Mientras hablo, se mete los guantes en el bolsillo y se ocupa convirtiendo los alimentos de la bolsa de cuero en una comida para nosotros. Tostando pan y queso, quitándole el corazón a manzanas, colocando castañas en el fuego para asar. Miro sus manos, sus dedos hermosos y capaces. Con cicatrices, igual que las mías antes de que el Capitolio borrara todas las marcas de mi piel, pero fuertes y hábiles. Manos que tienen el poder de sacar carbón de las minas pero la precisión para colocar una delicada trampa. Manos en que confío.

Me detengo a beber un sorbo del termo antes de hablarle de mi vuelta a casa.

— Bueno, pues sí que has liado las cosas. — Dice.

— Ni siquiera he terminado. — Le digo.

— He oído suficiente por el momento. Pasemos directamente a este plan tuyo. Tomo aire profundamente.

— Huimos.

— ¿Qué? — Pregunta. Esto lo ha pillado desprevenido.

— Nos vamos al bosque y corremos tanto como podamos. — Digo. Su expresión es imposible de descifrar. ¿Se reirá de mí, desechará la idea como una locura? Me pongo en pie de agitación, preparada para una discusión. — ¡Tú mismo dijiste que pensabas que podríamos hacerlo! La mañana de la cosecha. Dijiste . . .

Se acerca y me siento levantada del suelo. La habitación gira, y tengo que cerrar los brazos en torno al cuello de Gale para sujetarme. Se está riendo, feliz.

— ¡Eh! — Protesto, pero también me estoy riendo.

Gale me deja en el suelo pero no me suelta.

— Vale, huyamos. — Dice.

— ¿De verdad? ¿No crees que esté loca? ¿Irás conmigo? — Algo del peso abrumador empieza a liberarse al ser transferido a los hombros de Gale.

— Sí que creo que estés loca, y aún así iré contigo. — Dice. Lo dice de verdad. No sólo lo dice de verdad sino que le da la bienvenida. — Podemos hacerlo. Sé que podemos. ¡Salgamos de aquí para no volver nunca!

— ¿Estás seguro? — Digo. — Porque va a ser duro, con los niños y todo. No quiero que entremos cinco kilómetros en el bosque y que luego tú . . .

— Estoy seguro. Completa, enteramente, cien por cien seguro. — Inclina la frente hacia abajo para apoyarla contra la mía y me acerca más. Su piel, todo su ser, desprende calor por estar tan cerca del fuego, y cierro los ojos, empapándome en su calidez. Aspiro el olor a cuero húmedo de nieve y humo y manzanas, el olor de todos esos días de invierno que compartíamos antes de los Juegos. No intento apartarme. ¿Por qué debería, además? Su voz es apenas un susurro. — Te quiero.

Ese es el por qué.

Nunca veo venir estas cosas. Pasan demasiado rápido. Un segundo estás proponiendo un plan de huida y el siguiente . . . se supone que debes lidiar con algo como esto. Salgo con la que debe de ser la peor respuesta posible.

— Lo sé.

Suena terrible. Como si asumiera que él no puede evitar quererme pero que yo no siento nada por él. Gale empieza a apartarse, pero lo sujeto con fuerza.

— ¡Lo sé! Y tú . . . tú sabes lo que eres para mí. — No es suficiente. Rompe mi agarre. —

Gale, justo ahora no puedo pensar de esa forma sobre nadie. Todo lo que puedo pensar, cada día, cada minuto que estoy despierta desde que sacaron el nombre de Prim en la cosecha, es qué asustada estoy. Y no parece haber sitio para nada más. Si pudiéramos ir a algún lugar seguro, tal vez podría ser diferente. No lo sé.

Puedo verlo tragándose la decepción.

— Así que iremos. Averiguaremos cómo. — Se vuelve otra vez hacia el fuego, donde las castañas se están empezando a quemar. Las saca hacia la piedra del hogar. — Mi madre será algo difícil de convencer.

Supongo que a pesar de todo aún iré. Pero la felicidad se ha esfumado, dejando una tensión demasiado familiar en su lugar.

— La mía también. Sólo tendré que hacerle ver la razón. Llevarla a dar un largo paseo. Asegurarme de que entiende que no sobreviviremos a la alternativa.

— Lo entenderá. Vi muchos de los Juegos con ella y Prim. No te dirá que no. — Dice Gale.

— Espero que no. — La temperatura en la casa parece haber caído diez grados en cuestión de segundos. — Haymitch será el auténtico reto.

— ¿Haymitch? — Gale deja las castañas. — ¿No le irás a pedir que venga con nosotros?

— Tengo que hacerlo, Gale. No puedo dejarlos a él y a Peeta porque . . . — Su mirada ceñuda me interrumpe. — ¿Qué?

— Lo siento. No me había dado cuenta de lo grande que era nuestro grupo. — Me espeta.

— Los torturarían a muerte, intentando averiguar dónde estaba yo. — Digo.

— ¿Y qué pasa con la familia de Peeta? Nunca vendrán. De hecho, probablemente no podrían esperar para delatarnos. Algo de lo que estoy seguro que él es lo bastante listo como para darse cuenta. ¿Qué pasa si decide quedarse?

Intento sonar indiferente, pero mi voz se quiebra.

— Entonces se queda.

— ¿Lo dejarías atrás? — Pregunta Gale.

— Para salvar a Prim y a mi madre, sí. — Respondo. — Quiero decir, ¡no! Conseguiré que venga.

— Y a mí, ¿me dejarías a mí? — La expresión de Gale ahora es dura como una roca. — Sólo si, por ejemplo, no pudiera convencer a mi madre para arrastrar a tres niños pequeños al bosque salvaje en invierno.

— Hazelle no se negará. Verá la razón.

— Supón que no lo hace, Katniss. ¿Entonces qué? — Exige.

— Entonces tienes que obligarla, Gale. ¿Crees que me estoy inventando esto? — Mi voz también se está elevando por la furia.

— No. No lo sé. Tal vez el Presidente sólo te esté manipulando. Quiero decir, está organizando tu boda. Viste cómo reaccionó la gente del Capitolio. No creo que pueda permitirse matarte. O a Peeta. ¿Cómo va a salir de esa? — Dice Gale.

— ¡Bueno, con un levantamiento en el Distrito Ocho, dudo que se esté pasando mucho tiempo eligiendo mi tarta de bodas! — Grito.

En el instante en que mis palabras salen de mi boca quiero recuperarlas. Su efecto sobre Gale es inmediato—el rubor en sus mejillas, el brillo en sus ojos grises.

— ¿Hay un levantamiento en el Ocho? — Dice con voz ronca. Intento echarme atrás. Calmarlo, tal y como intenté calmar a los distritos.

— No sé si es de verdad un levantamiento. Hay intranquilidad. La gente en los distritos . . . — Dijo.

Gale me coge por los hombros.

— ¿Qué viste?

— ¡Nada! En persona. Sólo oí algo. — Como siempre, es demasiado poco, demasiado tarde. Desisto y se lo cuento. — Vi algo en la televisión del alcalde. No debía verlo. Había una muchedumbre, e incendios, y los agentes de la paz estaban disparando a la gente pero ellos les devolvían los golpes . . . — Me muerdo el labio y lucho por seguir describiendo la escena. En vez de eso digo en alto las palabras que me han estado reconcomiendo. — Y es culpa mía, Gale. Por lo que hice en la arena. Si simplemente me hubiera suicidado con esas bayas, nada de esto habría pasado. Peeta podría haber vuelto a casa y vivir, y todos los demás también habrían estado a salvo.

— ¿A salvo para hacer qué? — Dice con un tono más dulce. — ¿Morirse de hambre?

¿Trabajar como esclavos? ¿Enviar a sus hijos a la cosecha? No has hecho daño a nadie: les has dado una oportunidad. Sólo tienen que ser lo bastante valientes como para cogerla. La gente ya habla en las minas. Gente que quiere luchar. ¿No lo ves? ¡Está pasando! ¡Por fin está pasando! Si hay un levantamiento en el Distrito Ocho, ¿por qué no aquí? ¿Por qué no en todas partes? Esto podría serlo, eso que hemos estado . . .

— ¡Detente! No sabes lo que estás diciendo. ¡Los agentes de la paz fuera del Doce no son como Darius, ni siquiera como Cray! Las vidas de la gente del distrito. . . ¡significan menos que nada para ellos!

— ¡Por eso tenemos que unirnos a la lucha! — Responde con brusquedad.

— ¡No! ¡Tenemos que marcharnos de aquí antes de que nos maten a nosotros y también a muchas personas más! — Estoy gritando de nuevo, pero no puedo entender por qué está haciendo esto. ¿Por qué no ve lo que es tan irrefutable?

Gale me empuja con aspereza lejos de sí.

— Márchate tú, entonces. Yo no me iría ni en un millón de años.

— Antes estabas bien contento de irte. No veo qué es lo que tiene un levantamiento en el Distrito Ocho salvo hacer que sea más importante que nos vayamos. Sólo estás enfadado por...

— No, no puedo lanzarle a Peeta a la cara. — ¿Qué pasa con tu familia?

— ¿Qué pasa con las otras familias, Katniss? ¿Las que no pueden huir? ¿No lo ves? Ya no puede ser sobre salvarnos a nosotros. ¡No si la rebelión ha empezado! — Gale sacude la cabeza, no escondiendo su descontento hacia mí. — Podrías hacer tanto. — Lanza los guantes de Cinna a mis pies. — He cambiado de idea. No quiero nada que hicieran en el Capitolio. — Y se va.

Bajo la vista a los guantes. ¿Nada que hicieran en el Capitolio? ¿Iba eso dirigido a mí?

¿Piensa él ahora que no soy más que otro producto del Capitolio y por lo tanto algo intocable? La injusticia de todo eso me llena de furia. Pero está mezclada con el miedo a qué clase de locura hará ahora.

Me hundo junto al fuego, desesperada por comodidad, para trabajar en mi siguiente movimiento. Me tranquilizo pensando que las rebeliones no suceden en un día. Gale no puede hablarles a los mineros hasta mañana. Si puedo llegar hasta Hazelle antes de eso, tal vez lo enderece. Pero no puedo ir allí ahora. Si él está allí, no me dejará entrar. Tal vez esta noche, cuando todo el mundo esté durmiendo . . . Hazelle suele trabajar hasta tarde por las noches terminando la colada. Podría ir entonces, dar unos golpecitos en la ventana, explicarle la situación para que impida a Gale hacer ninguna locura.

Me viene a la memoria mi conversación con el Presidente Snow en el estudio.

— Mis asesores estaban preocupados de que fueras difícil, pero no estás planeando ser difícil en absoluto, ¿verdad?

— No.

— Eso es lo que yo les dije. Dije que una chica que llega a tales extremos para preservar su vida no va a estar interesada en echarla por la borda.

Pienso en lo duro que ha trabajado Hazelle para mantener a esa familia con vida. Seguro que estará de mi parte en esta materia. ¿O no?

Debe de ser alrededor de mediodía y los días son tan cortos. No tiene sentido estar en el bosque después de medianoche si no tienes que hacerlo. Sofoco los restos de mi pequeño fuego, limpio los restos de comida, y engancho los guantes de Cinna en mi cinturón. Supongo que me los quedaré durante una temporada. Por si acaso Gale cambia de idea. Pienso en la expresión de su rostro cuando los arrojó al suelo. Qué repelido estaba por ellos, por mí . . . Camino con dificultad por el bosque y llego a mi antigua casa cuando aún hay luz. Mi conversación con Gale fue un claro contratiempo, pero aún estoy determinada a seguir adelante con mi plan de escaparme del Distrito 12. Decido buscar a Peeta el siguiente. De una forma extraña, ya que ha visto algo de lo que yo he visto en el tour, tal vez sea más fácil de convencer que Gale. Me encuentro con él cuando está saliendo de la Aldea de los Vencedores.

— ¿Has estado de caza? — Pregunta. Puedes ver que no cree que sea una buena idea.

— En realidad no. ¿Vas a la ciudad? — Pregunto.

— Sí. Se supone que tengo que cenar con mi familia.

— Bueno, por lo menos puedo acompañarte. — La carretera desde la pequeña aldea hasta la plaza tiene poco uso. Es un lugar lo bastante seguro para hablar. Pero no parezco capaz de pronunciar las palabras. Proponérselo a Gale fue tan desastroso. Me muerdo mis labios agrietados. La plaza se acerca más a cada paso. Tal vez no vuelva a tener otra oportunidad pronto. Tomo aire profundamente y dejo que las palabras salgan corriendo.

— Peeta, si te pidiera que te escaparas del distrito conmigo, ¿lo harías? Peeta me coge el brazo, obligándome a detenerme. No necesita comprobar mi cara para ver si voy en serio.

— Dependería de por qué lo pidieras.

— No convencí al Presidente Snow. Hay un levantamiento en el Distrito Ocho. Tenemos que salir.

— ¿Por ese “tenemos” te refieres a ti y a mí? No. ¿Quién más vendría? — Pregunta.

— Mi familia. La tuya, si quieren venir. Haymitch, quizás.

— ¿Qué pasa con Gale?

— No lo sé. Quizás tenga otros planes.

Peeta sacude la cabeza y sonríe con reticencia.

— Me apuesto a que los tiene. Claro que sí, Katniss, iré. Siento una leve punzada de esperanza.

— ¿Irás?

— Sí. Pero no creo ni por un minuto que tú vayas.

Aparto mi brazo.

— Entonces es que no me conoces. Estate preparado. Podría ser en cualquier momento. —

Empiezo a andar y él me sigue un paso o dos por detrás.

— Katniss. — Dice Peeta. No aminoró el paso. Si piensa que es una mala idea, no lo quiero saber, porque es la única que tengo. — Katniss, espera. — Le doy una patada a un montoncito helado de nieve sucia para sacarlo del camino y dejo que Peeta me alcance. El polvo de carbón hace que todo parezca especialmente feo. — De verdad que iré, si tú quieres. Sólo que creo que sería mejor que lo habláramos con Haymitch. Asegurarnos de que no pondremos las cosas peor para todo el mundo. — Levanta la cabeza. — ¿Qué es eso? Alzo la barbilla. Estaba tan consumida con mis propias preocupaciones, que no me había dado cuenta del extraño sonido que venía de la plaza. Un silbido, el sonido de un impacto, una muchedumbre tomando aire a la vez.

— Vamos. — Dice Peeta, su rostro repentinamente duro. No sé por qué. No soy capaz de situar el sonido, ni siquiera adivinar la situación. Pero para él significa algo malo. Cuando llegamos a la plaza, está claro que pasa algo, pero la muchedumbre es demasiado espesa como para ver. Peeta se sube a un cajón contra la pared de la tienda de dulces y me ofrece una mano mientras escanea la plaza. Estoy a medias subida cuando de repente bloquea mi camino.

— Baja. ¡Sal de aquí! — Está susurrando, pero su voz es áspera por la insistencia.

— ¿Qué? — Digo, intentando volver a forzar mi ascenso.

— ¡Vete a casa, Katniss! ¡Estaré allí en un minuto, lo juro! — Dice. Lo que quiera que sea, es terrible. Me suelto de su mano y empiezo a abrirme camino a empujones entre la muchedumbre. La gente me ve, me reconocen, y después parecen aterrorizados. Manos me empujan hacia atrás. Voces sisean.

— Vete de aquí, niña.

— Sólo lo pondrás peor.

— ¿Qué quieres hacer? ¿Conseguir que lo maten?

Pero a estas alturas, mi corazón está latiendo tan rápido y con tanta fuerza que apenas si los oigo. Sólo sé que lo que sea que espera en el medio de la plaza es expresamente para mí. Cuando por fin llego al espacio sin gente, veo que tengo razón. Y Peeta tenía razón. Y esas voces también tenían razón.

Las muñecas de Gale están atadas a un poste de madera. El pavo salvaje al que le disparó antes cuelga sobre él, el gancho clavado a través de su cuello. Su chaqueta está tirada a un lado en el suelo, su camisa arrancada. Está derrumbado inconsciente de rodillas, sujeto tan sólo por las cuerdas en sus muñecas. Lo que antes era su espalda ahora es un pedazo de carne ensangrentada.

De pie tras él está un hombre al que nunca he visto, pero reconozco su uniforme. Es el designado para nuestro agente de la paz en jefe. Aunque este no es el viejo Cray. Este es un hombre alto y musculoso con pliegues afilados en los pantalones. Las piezas de la imagen no acaban de encajar del todo hasta que veo a este hombre levantar el látigo.

— ¡No! — Grito, y me arrojo hacia delante. Es demasiado tarde para detener el descenso del brazo, e instintivamente sé que no tendré poder para bloquearlo. En vez de eso me lanzo directamente entre el látigo y Gale. He levantado los brazos para proteger tanto de su cuerpo roto como sea posible, así que no hay nada para desviar el látigo. Recibo toda su fuerza a través del lado izquierdo de mi cara.

El dolor es cegador y espontáneo. Fogonazos irregulares de luz cruzan mi campo de visión y caigo de rodillas. Una mano sobre la mejilla mientras la otra impide que me caiga. Ya puedo sentir el verdugón formándose, la hinchazón

cerrando mi ojo. Las piedras debajo de mí están húmedas con la sangre de Gale, el aire pesado con su olor.

— ¡Páralo! ¡Lo vas a matar! — Chillo.

Veo fugazmente el rostro de mi asaltante. Duro, con líneas profundas, una boca cruel. Pelo gris afeitado casi hasta la no existencia, ojos tan negros que parecen ser todo pupilas, una nariz larga y recta enrojecida por el aire helado. El poderoso brazo se eleva de nuevo, con la mirada puesta en mí. Mi mano vuela a mi hombro, con hambre de una flecha, pero, por supuesto, mis armas están escondidas en el bosque. Aprieto con fuerza los dientes en anticipación al siguiente latigazo.

— ¡Espera! — Ladra una voz. Haymitch aparece y tropieza sobre un agente de la paz que yace en el suelo. Es Darius. Un inmenso chichón morado empuja a través del pelo rojo en su frente. Está noqueado pero aún respira. ¿Qué pasó? ¿Intentó él venir en auxilio de Gale antes de que yo llegara?

Haymitch lo ignora y me levanta con brusquedad.

— Oh, excelente. — Su mano se cierra bajo mi barbilla, alzándola. — Tiene una sesión de fotos la semana que viene posando con trajes de boda. ¿Qué se supone que debo decirle a su estilista?

Veo una chispa de reconocimiento en los ojos del hombre con el látigo. Abrigada contra el frío, mi cara libre de maquillaje, mi trenza metida sin cuidado debajo de mi abrigo, no sería fácil identificarme como la vencedora de los últimos Juegos del Hambre. Especialmente con la mitad de mi cara hinchándose. Pero Haymitch ha estado apareciendo en televisión durante años, y sería difícil de olvidar.

El hombre se apoya el látigo sobre la cadera.

— Interrumpió el castigo de un criminal confeso.

Todo lo relacionado con este hombre, su voz autoritaria, su extraño acento, avisa de una amenaza peligrosa y desconocida. ¿De dónde ha venido? ¿Del Distrito 11? ¿Del mismo Capitolio?

— ¡No me importa si hizo explotar el maldito Edificio de Justicia! ¡Mira su mejilla! ¿Crees que eso estará listo para las cámaras en una semana? — Ruge Haymitch. La voz del hombre todavía es fría, pero puedo detectar algo de duda.

— Eso no es problema mío.

— ¿No? Bueno, pues está a punto de serlo, amigo mío. La primera llamada que haré cuando llegue a casa será al Capitolio. — Dice Haymitch. — ¡Averiguaré quien te ha autorizado a estropear la cara bonita de mi vencedora!

— Él estaba cazando furtivamente. ¿Qué tiene que ver con ella, en cualquier caso? — Dice el hombre.

— Es su primo. — Ahora Peeta sostiene mi otro brazo, pero con suavidad. — Y ella mi prometida. Así que si quieres llegar a él, tendrás que pasar sobre los dos. Tal vez seamos nosotros. Las únicas tres personas en el distrito que podrían presentar una resistencia como esta. Aunque seguro que será temporal. Habrá repercusiones. Pero por el momento, todo lo que me importa es mantener a Gale con vida. El nuevo agente de la paz en jefe mira a su brigada de refuerzo. Con alivio, veo que son rostros familiares, viejos amigos del Quemador. Puedes ver en sus expresiones que no están disfrutando del espectáculo. Una de ellos, una mujer llamada Purnia que come con regularidad en el puesto de Sae la Grasienta, avanza un paso muy tensa.

— Creo que, para una primera ofensa, el número requerido de latigazos ha sido dispensado, señor. A no ser que su sentencia sea la muerte, que sería ejecutada por el pelotón de fusilamiento.

— ¿Es ese el protocolo estándar aquí? — Pregunta el agente de la paz en jefe.

— Sí, señor. — Dice Purnia, y varios otros asienten. Estoy segura de que ninguno lo sabe de verdad porque, en el Quemador, el protocolo estándar para alguien que aparece con un pavo salvaje es pujar por los muslos.

— Muy bien. Entonces saca a tu primo de aquí, niña. Y si despierta, recuérdale que la próxima vez que cace furtivamente en la propiedad del Capitolio, prepararé en persona ese pelotón de fusilamiento. — El agente de la paz en jefe pasa la mano a lo largo de toda la longitud del látigo, salpicándonos de sangre. Después lo enrolla en círculos rápidos y ordenados y se va.

La mayoría de los otros agentes de la paz lo siguen en incómoda formación. Un pequeño grupo se queda atrás y levanta el cuerpo de Darius por brazos y piernas. Capto la mirada de Purnia y articulo la palabra “Gracias” antes de que se vaya. No responde, pero estoy segura de que entendió.

— Gale. — Me vuelvo, mis manos hurgando torpemente en los nudos que unen sus muñecas. Alguien pasa un cuchillo y Peeta corta las cuerdas. Gale se derrumba en el suelo.

— Mejor llevarlo a tu madre. — Dice Haymitch.

No hay camilla, pero la anciana del puesto de ropa nos vende el tablero que le hace de mostrador.

— Simplemente no digáis dónde lo conseguisteis. — Dice, empaquetando rápidamente el resto de su mercancía. La mayor parte de la plaza se ha vaciado, el miedo ganándole a la compasión. Pero después de lo que acaba de pasar, no puedo culpar a nadie. Para cuando hemos colocado a Gale boca abajo sobre el tablero, sólo queda un puñado de personas para llevarlo. Haymitch, Peeta y un par de mineros que trabajan en el mismo grupo que Gale lo levantan.

Leevy, una chica que vive a unas pocas casas de distancia de la mía en la Veta, me agarra el brazo. Mi madre mantuvo a su hermano pequeño con vida el año pasado cuando contrajo el sarampión.

— ¿Necesitas ayuda para volver? — Sus ojos grises están asustados pero decididos.

— No, pero ¿puedes traer a Hazelle? ¿Enviarla aquí? — Pregunto.

— Sí. — Dice Leevy, volviéndose sobre los talones.

— ¡Leevy! — Digo. — No le dejes traer a los niños.

— No. Me quedaré con ellos yo misma.

— Gracias. — Cojo la chaqueta de Gale y me apresuro detrás de los demás.

— Pon algo de nieve sobre eso. — Ordena Haymitch por encima del hombro. Cojo un puñado de nieve y lo presiono contra mi mejilla, calmando algo el

dolor. Ahora mi ojo izquierdo está llorando con ganas, y en la luz en disminución todo lo que puedo hacer es seguir las botas delante de mí.

Mientras andamos oigo a Bristel y Thom, los compañeros de grupo de Gale, unir las piezas de la historia de lo que ha pasado. Gale debió de haber ido a la casa de Cray, como ha hecho cien veces, sabiendo que Cray siempre paga bien por un pavo salvaje. En vez de eso encontró al nuevo agente de la paz en jefe, un hombre al que oyeron a alguien llamar Romulus Thread. Nadie sabe qué le pasó a Cray. Estaba comprando licor blanco en el Quemador esta misma mañana, aparentemente aún al mando del distrito, pero ahora no aparece por ninguna parte. Thread arrestó a Gale de inmediato y, por supuesto, ya que estaba allí de pie sosteniendo un pavo muerto, había poco que Gale pudiera decir en defensa propia. El rumor de su apuro se extendió con rapidez. Fue llevado a la plaza, obligado a declararse culpable de su crimen, y sentenciado a un azotamiento que se llevaría a cabo de inmediato. Para cuando yo aparecí, había sido azotado por lo menos cuarenta veces. Se desmayó alrededor de la número treinta.

— Menos mal que sólo tenía el pavo encima. — Dice Bristel. — Si hubiera llevado su caza habitual, habría sido mucho peor.

— Le dijo a Thread que se lo encontró vagando por la Veta. Dijo que había subido por la valla y que lo apuñaló con un palo. Todavía un crimen. Pero si hubieran sabido que había estado en el bosque con armas, lo habrían matado seguro. — Dice Thom.

— ¿Qué pasa con Darius? — Pregunta Peeta.

— Después de unos veinte latigazos intervino, diciendo que ya era suficiente. Sólo que no lo hizo elegante y oficial, como Purnia. Agarró el brazo de Thread y Thread lo golpeó en la cabeza con la culata del látigo. Nada bueno le espera. — Dice Bristel.

— No suena muy bien para ninguno de nosotros. — Dice Haymitch. Empieza a caer la nieve, espesa y húmeda, haciendo que la visibilidad sea aún más difícil. Tropiezo en la subida a mi casa detrás de los otros, usando mis oídos más que mis ojos para guiarme. Una luz dorada colorea la nieve cuando se abre la puerta. Mi madre, que sin duda me estaba esperando después de un largo día de ausencia inexplicada, asimila la escena.

— Nuevo Jefe. — Dice Haymitch, y ella asiente secamente como si no hiciera falta otra explicación.

Me llena de admiración, como siempre, el verla pasar de una mujer que me llama para matar una araña a una mujer inmune al miedo. Cuando le traen a un enfermo o moribundo . . . este es el único momento en que creo que mi madre sabe quién es. En instantes, la larga mesa de la cocina ha sido vaciada, una tela blanca y estéril extendida sobre ella, y Gale subido encima. Mi madre vierte agua de una cafetera en un cuenco mientras le ordena a Prim que traiga una serie de sus remedios del botiquín de medicinas. Hierbas secas y tinturas y botellas compradas en tiendas. Miro sus manos, los dedos largos y finos desmenuzando esto, añadiendo gotas de aquello, dentro del cuenco. Empapando una tela en el líquido caliente mientras le da a Prim instrucciones para preparar una segunda poción. Mi madre me mira.

— ¿Te cortó el ojo?

— No, sólo está cerrado por la hinchazón.

— Ponte más nieve en él. — Instruye. Pero claramente no soy una prioridad.

— ¿Puedes salvarlo? — Le pregunto a mi madre. No dice nada mientras escurre la tela y la sostiene en el aire para que se enfríe algo.

— No te preocupes. — Dice Haymitch. —Solía haber muchos azotamientos antes de Cray. Es a ella a quien se los llevábamos.

No puedo recordar un tiempo antes de Cray, un tiempo donde había un agente de la paz en jefe que usaba libremente el látigo. Pero mi madre debía de tener mi edad más o menos y debía de trabajar todavía en la botica con sus padres. Incluso entonces, debía de tener manos de curandera.

Siempre con mucho cuidado, empieza a limpiar la carne mutilada de la espalda de Gale. Me siento mareada, inútil, la nieve restante goteando desde mi guante a un charco en el suelo. Peeta me pone en una silla y sostiene contra mi mejilla un trapo lleno con nieve fresca. Haymitch les dice a Bristel y Thom que se vayan a casa, y lo veo apretar monedas contra sus palmas mientras se van.

— No se sabe lo que pasará con vuestro grupo. — Dice. Ellos asienten y aceptan el dinero. Hazelle llega, sin aliento y sonrojada, nieve fresca en su pelo. Sin decir nada, se sienta en un taburete junto a la mesa, toma la mano de Gale, y la sostiene contra sus labios. Mi madre ni siquiera la saluda. Está ida, en esa zona

especial que sólo la incluye a ella y al paciente y ocasionalmente a Prim. Los demás podemos esperar.

Incluso en sus manos expertas, lleva mucho tiempo limpiar las heridas, reparar lo que sea de la piel destrozada que pueda ser salvado, aplicar un bálsamo y un vendaje ligero. A medida que la sangre se aclara, puedo ver dónde aterrizó cada golpe del látigo y sentirlo resonar en el corte único de mi cara. Multiplico mi propio dolor una, dos, cuarenta veces y sólo tengo la esperanza de que Gale siga inconsciente. Por supuesto, eso es demasiado que pedir. Mientras se colocan las últimas vendas, un gemido se escapa de sus labios. Hazelle le acaricia el pelo y susurra algo mientras mi madre y Prim escanean su escaso almacén de analgésicos, del tipo generalmente accesible tan sólo a los médicos. Son difíciles de encontrar, caros, y siempre en demanda. Mi madre tiene que reservar los más fuertes para el peor dolor, pero ¿cuál es el peor dolor? Para mí, siempre es el dolor que está presente. Si yo estuviera al mando, esos analgésicos desaparecerían en un día porque tengo muy poca capacidad para ver sufrir. Mi madre intenta reservarlos para aquellos que están de verdad a punto de morir, para facilitarles la salida del mundo.

Ya que Gale está recuperando la consciencia, se deciden por una poción de hierbas que puede tomar por la boca.

— Eso no será suficiente. — Digo. Me miran. — Eso no será suficiente, sé cómo se siente. Eso apenas si acabaría con un dolor de cabeza.

— Lo combinaremos con jarabe para dormir, Katniss, y se las arreglará. Las hierbas son más para la inflamación . . . — Mi madre empieza con calma.

— ¡Sólo dale ya la medicina! — Le grito. — ¡Dásela! ¡Quién eres tú, además, para decidir cuánto dolor puede soportar!

Gale empieza a retorcerse al oír mi voz, intentando llegar a mí. El movimiento hace que sangre fresca empape sus vendajes y que un sonido agonizante salga de su boca.

— Lléváosla fuera. — Dice mi madre. Haymitch y Peeta literalmente me sacan a rastras de la habitación mientras le grito obscenidades. Me sujetan sobre una cama en una habitación extra hasta que dejo de luchar.

Mientras estoy allí tumbada, con lágrimas intentando salir por la ranura de mi ojo, oigo a Peeta susurrarle a Haymitch acerca del Presidente Snow, acerca del levantamiento en el Distrito 8.

— Quiere que huyamos. — Dice, pero si Haymitch tiene una opinión acerca de esto, no la ofrece.

Después de un rato, mi madre viene y trata mi cara. Después me sostiene la mano, acariciándome el brazo, mientras Haymitch le cuenta lo que pasó con Gale.

— ¿Así que está volviendo a empezar? — Dice. — ¿Como antes?

— Por lo que parece. — Responde él. — ¿Quién habría dicho que íbamos sentir que se fuera el viejo Cray?

Cray no habría sido querido, en cualquier caso, por el uniforme que llevaba, pero era su hábito de atraer a jóvenes hambrientas a su cama por dinero lo que lo convertía en un objeto de odio en el distrito. En tiempos muy malos, las más hambrientas se congregaban en su puerta al caer la noche, compitiendo por ganar un puñado de monedas con las que alimentar a su familia a base de vender sus cuerpos. De haber sido yo mayor cuando murió mi padre, tal vez habría estado entre ellas. En vez de eso aprendí a cazar. No sé exactamente qué es lo que quiere decir mi madre con lo de que las cosas están volviendo a empezar, pero estoy demasiado enfadada y dolorida para preguntar. Sin embargo, queda registrada la idea de que regresan tiempos peores, porque cuando suena el timbre, salgo disparada de la cama. ¿Quién podría ser a estas horas de la noche? Sólo hay una respuesta. Agentes de la paz.

— No pueden llevárselo. — Digo.

— Tal vez sea a ti a quien buscan. — Me recuerda Haymitch.

— O a ti.

— No es mi casa. — Apunta Haymitch. — Pero abriré la puerta.

— No, yo la abriré. — Dice mi madre en voz baja.

Vamos todos, sin embargo, siguiéndola por el pasillo hacia el insistente sonido del timbre. Cuando abre la puerta, no hay una cuadrilla de agentes de la

paz sino una única figura cubierta de nieve. Madge. Sostiene una cajita húmeda de cartón para que yo la coja.

— Usa esto con tu amigo. — Dice. Levanto la tapa de la caja, revelando media docena de viales de líquido claro. — Son de mi madre. Dijo que podía llevármelos. Úsalos, por favor. —

Corre de nuevo hacia la tormenta antes de que podamos detenerla.

— Niña loca. — Musita Haymitch mientras seguimos a mi madre a la cocina. Lo que sea que mi madre le haya dado a Gale, yo tenía razón, no es suficiente. Sus dientes están apretados con fuerza y su piel brilla por el sudor. Mi madre llena una jeringa con el líquido claro de uno de los viales y se lo inyecta en el brazo. Casi de inmediato, su rostro empieza a relajarse.

— ¿Qué es esa cosa? — Pregunta Peeta.

— Es del Capitolio. Se llama morphling. — Responde mi madre.

— Ni siquiera sabía que Madge conociera a Gale. — Dice Peeta.

— Solíamos venderle fresas. — Digo casi con enfado. Aunque, ¿por qué estoy enfadada? No porque ella haya traído la medicina, eso seguro.

— Deben de gustarle mucho. — Dice Haymitch.

Eso es lo que me irrita. La implicación de que hay algo entre Gale y Madge. Y no me gusta.

— Es mi amiga. — Es todo lo que digo.

Ahora que Gale está en manos del analgésico, todo el mundo parece desinflarse. Prim nos hace comer a todos algo de estofado y de pan. A Hazelle se le ofrece una habitación, pero tiene que ir a casa junto a los otros niños. Haymitch y Peeta están los dos dispuestos a quedarse, pero mi madre los envía también a acostarse a casa. Sabe que no tiene sentido intentarlo conmigo y me deja atendiendo a Gale mientras ella y Prim descansan. A solas en la cocina con Gale, me siento en el taburete de Hazelle, sosteniendo su mano. Después de un rato, mis manos encuentran su rostro. Toco partes de él que nunca antes había tenido razón de tocar. Sus pesadas cejas oscuras, la curva de su mejilla, la línea de su nariz, la depresión en la base de su cuello. Trazo el contorno de la barba en su

mandíbula y finalmente llego hasta sus labios. Suaves y amplios, algo agrietados, su aliento calienta mi piel fría.

¿Todo el mundo parece más joven mientras duerme? Porque ahora mismo podría ser el niño al que me encontré en el bosque hace años, el que me acusó de robar de sus trampas. Qué par éramos—sin padre, asustados, pero también ferozmente comprometidos a mantener a nuestras familias con vida. Desesperados, aunque a partir de ese día ya no solos, porque nos habíamos encontrado el uno al otro. Pienso en cien momentos en el bosque, tardes perezosas de pesca, el día en que le enseñé a nadar, aquella vez que me torcí la rodilla y él me llevó a casa. Confiando en el otro, vigilándonos mutuamente las espaldas, obligándonos mutuamente a ser valientes.

Por primera vez, invierto nuestras posiciones en mi cabeza. Imagino a Gale presentándose voluntario para salvar a Rory en la cosecha, viendo cómo lo arrancan de mi vida, convirtiéndose en el amante de una chica extraña para permanecer con vida, y después volviendo a casa con ella. Viviendo junto a ella. Prometiéndole casarse con ella. El odio que siento hacia él, hacia la chica fantasma, hacia todo, es tan real e inmediato que me ahoga. Gale es mío. Yo soy suya. Cualquier otra cosa es inconcebible. ¿Por qué hizo falta que fuera azotado hasta el límite de su vida para que me diera cuenta? Porque soy egoísta. Soy una cobarde. Soy el tipo de chica que, cuando podría ser útil de verdad, huiría para seguir con vida y abandonaría a los que no la pudieran seguir para que sufrieran y murieran. Esta es la chica a la que Gale se encontró hoy en el bosque. No me extraña que ganara los Juegos. Ninguna persona decente los gana jamás. Salvaste a Peeta, pienso débilmente.

Pero ahora me cuestiono incluso eso. Sabía de sobra que mi vida de vuelta en el Distrito 12 sería imposible si dejara morir a ese chico.

Apoyo la cabeza sobre el borde de la mesa, superada por el odio hacia mí misma. Deseando haber muerto en la arena. Deseando que Seneca Crane me hubiera hecho explotar en pedacitos de la forma en que el Presidente Snow dijo que debería haber hecho cuando levanté las bayas.

Las bayas. Me doy cuenta de que la respuesta a la pregunta de quién soy depende de ese puñado de frutos venenosos. Si los levanté para salvar a Peeta porque sabía que sería marginada si volvía sin él, entonces soy despreciable. Si los levanté porque lo amaba, entonces todavía soy egocéntrica, aunque perdonable. Pero si los levanté para desafiar al Capitolio, soy alguien valioso. El problema es que no sé exactamente lo que pasaba dentro de mí en ese momento.

¿Podría tener razón la gente de los distritos? ¿Que era un acto de rebelión, si bien uno inconsciente? Porque, muy en el fondo, yo debía de saber que no era suficiente para mantenerme a mí, o a mi familia, o a mis amigos con vida el huir. Incluso si pudiera. No arreglaría nada. No impediría que hicieran daño a la gente como a Gale hoy. En realidad la vida en el Distrito 12 no es tan diferente a la vida en la arena. Llegado un momento tienes que dejar de escapar y darte la vuelta y enfrentarte a quien sea que te quiera ver muerto. Lo difícil es encontrar el valor para hacerlo. Bueno, no es difícil para Gale. Él nació rebelde. Yo soy la que hace planes de huida.

— Lo siento tanto. — Susurro. Me inclino hacia delante y lo beso. Sus párpados se levantan y me mira a través de una neblina de opiáceos.

— Hola, Catnip.

— Hola, Gale.

— Pensé que a estas alturas ya te habrías ido.

Mis opciones son sencillas. Puedo morir como una presa en el bosque o puedo morir aquí junto a Gale.

— No me voy a ninguna parte. Me voy a quedar justo aquí y causar todo tipo de problemas.

— Yo también. — Dice Gale. Sólo consigue esbozar una sonrisa antes de que las drogas vuelvan a llevárselo.

Alguien me sacude el hombro y me yergo en el asiento. Me he quedado dormida con la cara sobre la mesa. La tela blanca ha dejado arrugas en mi mejilla buena. La otra, la que recibió el latigazo de Thread, late dolorosamente. Gale está muerto para el mundo, pero sus dedos están cerrados con fuerza alrededor de los míos. Huelo pan fresco y giro mi cuello rígido para encontrarme con Peeta mirándome desde arriba con una expresión tristísima. Tengo la sensación de que nos ha estado mirando un largo rato.

— Sube a la cama, Katniss. Yo lo cuidaré ahora. — Dice.

— Peeta. Sobre lo que dije ayer, sobre lo de huir . . . — Empiezo.

— Lo sé. — Dice. — No hay nada que explicar.

Veo las hogazas de pan sobre la alacena a la luz pálida de la mañana nevada. Las sombras azules bajo sus ojos. Me pregunto si durmió lo más mínimo. No pudo haber sido mucho tiempo. Pienso en su consentimiento en ir conmigo ayer, en él poniéndose de mi lado para proteger a Gale, en su disposición a unir su destino con el mío por completo cuando le doy tan poco a cambio. No importa lo que haga, le estoy haciendo daño a alguien.

— Peeta . . .

— Sólo vete a la cama, ¿vale?

Subo a tientas las escaleras, me arrastro bajo las mantas, y me quedo dormida al momento. En algún punto, Clove, la chica del Distrito 2, entra en mis sueños. Me persigue, me presiona contra el suelo, y saca un cuchillo para cortarme la cara. Se clava profundamente en mi mejilla, abriendo un corte ancho. Después Clove empieza a transformarse, su cara alargándose en un hocico, pelo oscuro brotando de su piel, sus uñas creciendo a largas garras, pero sus ojos permanecen iguales. Se convierte en la versión mutada de sí misma, la creación lobuna del Capitolio que nos aterrizó en la última noche en la arena. Lanzando la cabeza hacia atrás, suelta un aullido largo e inquietante al que se incorporan los mutos cercanos. Clove empieza a beber a lametones la sangre que fluye desde mi herida, cada lengüetazo enviando una nueva onda de dolor a través de mi cara. Suelto un grito estrangulado y me despierto con un sobresalto, sudando y temblando al mismo tiempo. Acunando mi mejilla lastimada en una mano, me recuerdo que no fue Clove sino Thread quien me causó esta herida. Deseo que Peeta estuviera aquí para sostenerme, hasta que recuerdo que se supone que ya no debo desear eso. He elegido a Gale y la rebelión, y un futuro con Peeta es el diseño del Capitolio, no el mío.

La hinchazón alrededor de mi ojo ha bajado y puedo abrirlo un poco. Aparto a un lado las cortinas y veo que la tormenta de nieve se ha intensificado hasta una ventisca completa. No hay nada salvo blancura y el aullido del viento que suena muy parecido a las mutaciones. Agradezco la ventisca, con sus vientos feroces y sus potentes nevadas. Esto tal vez sea suficiente para mantener a los lobos de verdad, también conocidos como agentes de la paz, lejos de mi puerta. Unos pocos días para pensar. Para diseñar un plan. Con Gale y Peeta y Haymitch todos a mano. Esta ventisca es un regalo.

Antes de bajar a enfrentarme con esta nueva vida, sin embargo, me tomo algo de tiempo para asimilar lo que eso supone. Hace menos de un día, estaba preparada para dirigirme a la espesura con mis seres queridos en medio del

invierno, con la posibilidad muy real de que el Capitolio nos persiguiera. Una empresa precaria en el mejor de los casos. Pero ahora me estoy comprometiendo a algo todavía más arriesgado. Luchar contra el Capitolio asegura represalias terribles. Tengo que aceptar que podré ser arrestada en cualquier momento. Habrá un golpe en la puerta, como el de anoche, una tropa de agentes de la paz para llevarme con ellos. Tal vez haya tortura. Mutilación. Una bala en mi cerebro en la plaza de la ciudad, si tengo la suerte de irme con tanta rapidez. El Capitolio tiene innumerables formas creativas de matar gente. Me imagino estas cosas y estoy aterrorizada, pero aceptémoslo: ya han estado acechando en el fondo de mi mente. He sido tributo en los Juegos. Amenazada por el presidente. He recibido un latigazo en la cara. Ya soy un objetivo.

Ahora viene la parte más dura. Tengo que aceptar el hecho de que mi familia y amigos tal vez compartan este destino. Prim. Sólo tengo que pensar en Prim y toda mi resolución se desintegra. Es mi deber protegerla. Me subo la manta sobre la cabeza, y mi respiración es tan rápida que agoto todo el oxígeno y empiezo a ahogarme en busca de aire. No puedo dejar que el Capitolio le haga daño a Prim.

Y después lo veo claro. Ya lo han hecho. Han matado a su padre en esas horribles minas. Se han quedado sentados mientras casi se moría de hambre. La han elegido como tributo, después le han hecho mirar cómo su hermana luchaba a muerte en los Juegos. Le han hecho mucho más daño que a mí a la edad de doce años. E incluso eso palidece en comparación con la vida de Rue.

Me aparto la manta de un empujón y aspiro el aire frío que se filtra entre los cristales de la ventana.

Prim . . . Rue . . . ¿no son ellas la verdadera razón por la que debo intentar luchar? ¿Porque lo que se les ha hecho está tan mal, tan más allá de toda justificación, tan malvado que no hay elección? ¿Porque nadie tiene el derecho de tratarlas como ellas han sido tratadas? Sí. Esto es lo que hay que recordar cuando el terror amenace con engullirme. Lo que estoy a punto de hacer, lo que sea que a cualquiera de nosotros nos obliguen a soportar, es por ellas. Es demasiado tarde para ayudar a Rue, pero tal vez no lo sea para esas cinco caritas que me miraban desde la plaza del Distrito 11. No demasiado tarde para Rory y Vick y Posy. No demasiado tarde para Prim.

Gale tiene razón. Si la gente tiene el valor, esto podría ser una oportunidad. También tiene razón en que, ya que yo lo he puesto en movimiento, podría hacer mucho. Aunque no tengo ni idea de qué es lo que debería hacer. Pero decidir no

huir es el primer paso crucial. Me tomo una ducha, y esta mañana mi cerebro no está preparando listas de provisiones para la espesura, sino intentando averiguar cómo organizaron ese levantamiento en el Distrito 8. Tantos, tan claramente actuando en desafío al Capitolio. ¿Estaba siquiera planeado, o fue algo que simplemente explotó tras años de odio y resentimiento? ¿Cómo podríamos hacer eso aquí? ¿La gente del Distrito 12 se uniría o echaría el cerrojo a sus puertas? Ayer la plaza se vació tan rápido después del azotamiento de Gale. ¿Pero no es eso porque nos sentimos todos impotentes y no tenemos ni idea de qué hacer? Necesitamos que alguien nos dirija y nos asegure que esto es posible. Y no creo que yo sea esa persona. Tal vez haya sido la catalizadora de la rebelión, pero un líder debería ser alguien con convicción, y yo apenas si soy una conversa. Alguien con valor inquebrantable, y yo aún estoy trabajando muy duro para encontrar el mío. Alguien con palabras claras y persuasivas, y yo soy tan cohibida. Palabras. Pienso en palabras y pienso en Peeta. Cómo la gente acoge cualquier cosa que dice. Me apuesto a que podría llevar a una multitud a la acción, si eligiera hacerlo. Encontraría las cosas que decir. Pero estoy segura de que la idea nunca ha cruzado su mente. Abajo, encuentro a mi madre y a Prim atendiendo a un Gale adormilado. La medicina debe de estar dejando de hacer efecto, a juzgar por la expresión de su cara. Me preparo para otra lucha pero trato de mantener la voz tranquila.

— ¿No puedes ponerle otra inyección?

— Lo haré, si hace falta. Pensé que debíamos intentarlo con la capa de nieve antes. — Dice mi madre. Le ha quitado los vendajes. Prácticamente puedes ver el calor irradiando desde la espalda de Gale. Le coloca una tela limpia sobre la carne inflamada y asiente hacia Prim. Prim se acerca, removiendo lo que parece ser un gran cuenco de nieve. Pero está teñido de un suave verde y desprende un olor dulce y limpio. Capa de nieve. Empieza a verterla cuidadosamente sobre la tela usando un cucharón. Casi puedo oír cómo crepita la piel atormentada de Gale al encontrarse con la mezcla de nieve. Sus párpados se abren, y emite un sonido de alivio.

— Es afortunado el que tengamos nieve. — Dice mi madre.

Pienso en lo que debe de haber sido recuperarse de latigazos en medio del verano, con el calor asfixiante y el agua tibia del grifo.

— ¿Qué hacías en meses cálidos? — Pregunto.

Una arruga aparece entre las cejas de mi madre cuando frunce el ceño.

— Intentar mantener apartadas a las moscas.

Mi estómago da un vuelco ante la idea. Llena un pañuelo con la mezcla de capa de nieve y la sostengo contra el verdugón de mi mejilla. Al instante el dolor remite. Es el frío de la nieve, sí, pero cualquiera que sea la mezcla de jugos de hierbas que ha añadido mi madre también ayuda.

— Oh. Es fantástico. ¿Por qué no se lo pusiste anoche?

— Tenía que dejar que la herida cuajara antes. — Dice.

No sé qué significa eso exactamente, pero mientras funcione, ¿quién soy yo para cuestionarla? Ella sabe lo que se hace, mi madre. Siento una punzada de remordimiento sobre ayer, las cosas que le grité mientras Peeta y Haymitch me sacaban a rastras de la cocina.

— Perdón. Por gritarte ayer.

— He oído cosas peores. — Dice. — Ya has visto cómo es la gente, cuando alguien al que quieren sufre.

Alguien al que quieren. Las palabras me traban la lengua como si estuviera llena de capa de nieve. Por supuesto, quiero a Gale. ¿Pero a qué clase de amor se refiere? ¿A qué me refiero yo cuando digo que quiero a Gale? No lo sé. Anoche sí que lo besé, en un momento en que mis emociones estaban disparadas. Pero no estoy segura de que él lo recuerde. ¿Lo recuerda? Espero que no. Si lo recuerda, todo se hará más complicado y de verdad que no puedo pensar en besar a nadie cuando tengo una rebelión que incitar. Sacudo levemente la cabeza para aclararla.

— ¿Dónde está Peeta? — Digo.

— Se fue a casa cuando oímos que te removías. No quería dejar su casa desatendida durante la tormenta. — Dice mi madre.

— ¿Llegó allá bien? — Pregunto. En una ventisca, puedes perderte en cuestión de metros y salirte del camino hacia el olvido.

— ¿Por qué no llamas para comprobarlo?

Voy al estudio, un lugar que en lo fundamental he evitado desde mi encuentro con el Presidente Snow, y marco el número de Peeta. Después de varios tonos de espera, responde.

— Hola. Sólo quería asegurarme de que hubieras llegado bien a casa. — Digo.

— Katniss, vivo a tres casas de ti.

— Lo sé, pero con el tiempo y eso.

— Bueno, estoy bien. Gracias por preguntar. — Hay una larga pausa. — ¿Cómo está Gale?

— Bien. Mi madre y Prim le están poniendo capa de nieve ahora.

— ¿Y tu cara?

— Yo también tengo algo. — Digo. — ¿Has visto hoy a Haymitch?

— Me pasé a verlo. Completamente borracho. Pero le encendí el fuego y le dejé algo de pan.

— Quería hablar con . . . con vosotros dos. — No me atrevo a añadir más, aquí en mi teléfono, que seguro que está pinchado.

— Probablemente tengas que esperar a que el tiempo se calme. — Dice. — Aunque no sucederán muchas cosas antes de eso, en cualquier caso.

— No, no muchas. — Concuerdo.

Pasan dos días antes de que la tormenta se apacigüe, dejándonos con montones de nieve más altos que mi cabeza. Otro día antes de que aclaren el camino desde la Aldea de los Vencedores hasta la plaza. Durante este tiempo ayudo a atender a Gale, aplico capa de nieve a mi mejilla, intento recordar todo lo que puedo sobre el levantamiento en el Distrito 8, por si acaso eso nos ayuda. La hinchazón de mi cara disminuye, dejándome con una herida en proceso de curación que me pica y un ojo muy negro. Pero aún así, en cuanto tengo la primera oportunidad, llamo a Peeta para ver si quiere ir a la ciudad conmigo. Levantamos a Haymitch y lo arrastramos con nosotros. Se queja, pero no tanto como de costumbre. Todos sabemos que tenemos que discutir lo que pasó y que

eso no puede ser en ningún lugar tan peligroso como nuestras casas en la Aldea de los Vencedores. De hecho, esperamos hasta que la aldea queda muy atrás para siquiera hablar. Me paso el tiempo estudiando las paredes de tres metros apiladas a cada lado del estrecho camino que ha sido aclarado, preguntándome si se nos caerán encima.

Finalmente Haymitch rompe el silencio.

— Así que nos vamos todos hacia lo grande y desconocido, ¿no? — Me pregunta.

— No. — Digo. — Ya no.

— Has trabajado en los fallos en tu plan, ¿verdad, preciosa? — Pregunta. — ¿Alguna idea nueva?

— Quiero empezar un levantamiento.

Haymitch sólo se ríe. Ni siquiera es una risa cruel, lo que es todavía peor. Significa que ni siquiera puede tomarme en serio.

— Bueno, yo quiero un trago. Aunque hazme saber qué tal te sienta eso a ti.

— ¿Entonces cuál es tu plan? — Le espeto de vuelta.

— Mi plan es asegurarme de que todo sea totalmente perfecto para tu boda. — Dice Haymitch. — Llamé y cambié el horario de la sesión de fotos sin dar demasiados detalles.

— Ni siquiera tienes teléfono.

— Effie arregló eso. — Dice. — ¿Sabes que me preguntó si quería ser yo quien te entregara al novio? Le dije que cuanto antes, mejor.

— Haymitch. — Puedo oír la súplica colándose en mi voz.

— Katniss. — Imita mi tono. — No funcionará.

Nos callamos mientras un equipo de hombres con palas pasa a nuestro lado, dirigiéndose hacia la Aldea de los Vencedores. Tal vez puedan hacer algo

sobre esas paredes de tres metros. Y para cuando están fuera del alcance, la plaza está demasiado cerca. Entramos en ella y los tres nos detenemos al mismo tiempo.

No pueden suceder muchas cosas durante la ventisca. Eso es lo que Peeta y yo habíamos acordado. Pero no habríamos podido estar más equivocados. La plaza ha sido transformada. Una inmensa bandera con el sello de Panem cuelga del techo del Edificio de Justicia. Agentes de la paz, en prístinos uniformes blancos, marchan sobre adoquines limpiamente barridos. A lo largo de los tejados, más de ellos ocupan emplazamientos de pistolas automáticas. Lo más inquietante es la línea de construcciones nuevas—un poste oficial de azotamiento, varias empalizadas, y una horca—se alzan en el centro de la plaza.

— Thread es un trabajador rápido. — Dice Haymitch.

A varias calles de distancia de la plaza, veo alzarse un fuego. Ninguno de nosotros tiene que decirlo. Sólo puede ser el Quemador desapareciendo en medio del humo. Pienso en Sae la Grasienta, Ripper, todos los amigos míos que hacen allí su vida.

— Haymitch, no crees que todos estaban aún . . . — No puedo terminar la frase.

— Nah, son más listos que eso. Tú también lo serías, si hubieras vivido más. — Dice. —

Bueno, mejor que me vaya a ver de cuánto alcohol de fricción puede prescindir el boticario. Se va con dificultad al otro lado de la plaza y miro a Peeta.

— ¿Para qué lo quiere? — Después me doy cuenta de la respuesta. — No podemos dejar que lo beba. Se matará a sí mismo, o por lo menos se quedará ciego. Tengo algo de licor blanco apartado en casa.

— Yo también. Tal vez eso le bastará hasta que Ripper encuentre la forma de volver al negocio. — Dice Peeta. — Necesito ir a ver cómo está mi familia.

— Yo tengo que ir a ver a Hazelle. — Ahora estoy preocupada. Pensé que estaría en nuestro umbral en cuanto se aclarara la nieve. Pero no ha habido noticias de ella.

— Yo también iré. Me pasaré por la panadería de camino a casa.

— Gracias. — De repente tengo mucho miedo de lo que pueda encontrar. Las calles están casi desiertas, lo que no sería raro en este momento del día si la gente estuviera en las minas, los niños en el colegio. Pero no lo están. Veo caras mirándonos desde las puertas, a través de grietas en persianas.

Un levantamiento, pienso. Qué idiota soy. Hay un fallo inherente en el plan que tanto Gale como yo estuvimos demasiado ciegos para ver. Un levantamiento requiere quebrantar la ley, desafiar a la autoridad. Nosotros lo hemos hecho todas nuestras vidas, nuestras familias lo han hecho. Cazando furtivamente, haciendo trueques en el mercado negro, burlándonos del Capitolio en el bosque. Pero para la mayor parte de la gente en el Distrito 12, un viaje para comprar algo en el Quemador sería demasiado arriesgado. ¿Y yo espero que se reúnan en la plaza con ladrillos y antorchas? La mera visión de Peeta y mía es bastante para hacer que la gente aparte a sus hijos de las ventanas y cierre con fuerza las cortinas. Encontramos a Hazelle en su casa, cuidando a una Posy muy enferma. Reconozco las marcas del sarampión.

— No podía dejarla. — Dice. — Sabía que Gale estaría en las mejores manos posibles.

— Por supuesto. — Digo. — Está mucho mejor. Mi madre dice que estará de vuelta en las minas en un par de semanas.

— En cualquier caso, tal vez no abran hasta entonces. — Dice Hazelle. — El anuncio es que están cerradas hasta nuevo aviso. — Le echa una mirada nerviosa a su tina de ropa vacía.

— ¿Tú también has cerrado? — Pregunto.

— No oficialmente. — Dice Hazelle. — Pero todo el mundo tiene miedo a utilizarme.

— Tal vez sea la nieve. — Dice Peeta.

— No, Rory hizo una ronda rápida esta mañana. Nada que lavar, aparentemente. Rory envuelve los brazos alrededor de Hazelle.

— Estaremos bien.

Saco un puñado de dinero del bolsillo y lo dejo sobre la mesa.

— Mi madre enviará algo para Posy.

Cuando salimos, me vuelvo hacia Peeta.

— Tú vuelve. Yo quiero pasarme por el Quemador.

— Iré contigo.

— No. Ya te he metido en bastantes problemas. — Le digo.

— Y evitar un paseo por el Quemador . . . ¿eso va a arreglar las cosas para mí? — Sonríe y me coge de la mano. Juntos atravesamos las calles de la Veta hasta que alcanzamos el edificio ardiendo. Ni siquiera se han molestado en dejar a agentes de la paz a su alrededor. Saben que nadie intentaría salvarlo.

El calor de las llamas derrite la nieve colindante y un reguero negro discurre junto a mis pies.

— Es todo ese polvo de carbón, de los viejos tiempos. — Digo. Estaba en cada grieta y en cada ranura. Enterrado en las tablas del suelo. Es sorprendente que el sitio no hubiera explotado antes. — Quiero ver a Sae la Grasienta.

— No hoy, Katniss. No creo que ayudáramos a nadie yéndolos a ver. Volvemos a la plaza. Compró varias tartas del padre de Peeta mientras ellos charlan cobre el tiempo. Nadie menciona los feos objetos de tortura que hay a metros de la puerta. Lo último de lo que me doy cuenta cuando dejamos la plaza es que no reconozco las caras de ninguno de los agentes de la paz.

A medida que van pasando los días, las cosas van de mal en peor. Las minas permanecen cerradas durante dos semanas, y para entonces la mitad del Distrito 12 se está muriendo de hambre. El número de niños apuntándose para las teselas sube como la espuma, pero con frecuencia no reciben su grano. Empieza a escasear la comida, e incluso aquellos con dinero salen de las tiendas con las manos vacías. Cuando vuelven a abrir las minas, se recortan los salarios, se amplían los horarios, los mineros se envían a lugares de trabajo muy peligrosos. La tan esperada comida del Día del Paquete llega en mal estado y mermada por roedores. Las instalaciones en la plaza ven mucha acción cuando la gente es arrastrada hacia ellas y castigada por ofensas que se ignoraron durante tanto tiempo que habíamos olvidado que fueran ilegales.

Gale vuelve a casa sin más charla de rebelión entre nosotros. Pero no puedo evitar pensar que todo lo que ve no hará sino fortalecer su resolución de devolver el golpe. Las penurias en las minas, los cuerpos torturados en la plaza, el hambre en los rostros de su familia. Rory se ha apuntado para las teselas, algo sobre lo que Gale ni siquiera puede hablar, pero aún no es suficiente, con la disponibilidad inexistente y el precio de la comida siempre en ascenso. Lo único bueno es que consigo que Haymitch contrate a Hazelle como ama de llaves, resultando en algo de dinero extra para ella y un modo de vida muy superior para Haymitch. Es raro ir a su casa, encontrarla fresca y limpia, comida calentándose en la cocina. Él apenas se da cuenta porque está luchando una batalla muy diferente. Peeta y yo intentamos racionar cuanto licor blanco teníamos, pero casi se ha agotado, y la última vez que vi a Ripper, estaba preparando más.

Me siento como una paria cuando ando por las calles. Ahora todo el mundo me evita en público. Pero no hay escasez de compañía en casa. Un flujo estable de enfermos y heridos es depositado en nuestra cocina ante mi madre, que hace tiempo ya que dejó de cobrar por sus servicios. Sus reservas de remedios son tan escasos, sin embargo, que dentro de poco todo con lo que podrá tratar a sus pacientes será nieve.

El bosque, por supuesto, está prohibido. Absolutamente. Sin cuestión. Ni siquiera Gale desafía esto ahora. Pero una mañana, yo sí. Y no es la casa llena de enfermos y moribundos, las espaldas sangrantes, los niños de rostro escuálido, las botas marchantes, o la omnipresente miseria la que me lleva debajo de la valla. Es la llegada de una caja de vestidos de novia una noche con una nota de Effie diciendo que el Presidente Snow los aprobó en persona. La boda. ¿De verdad está planeando llevarla a cabo? ¿Qué conseguirá eso en su cerebro retorcido? ¿Es por el beneficio de aquellos en el Capitolio? Se prometió una boda, se hará una boda. ¿Y después nos matará? ¿Como lección para los distritos? No lo sé. No puedo verle sentido ninguno. Doy vueltas y vueltas en la cama hasta que ya no puedo soportarlo más. Tengo que salir de aquí. Por lo menos durante unas pocas horas. Mis manos buscan en mi armario hasta que encuentro el traje aislante de invierno que Cinna me hizo para uso recreativo en el Tour de la Victoria. Botas impermeables, un traje de nieve que me cubre de la cabeza a los pies, guantes térmicos. Adoro mis viejas cosas de caza, pero la caminata que tengo hoy en mente es más apropiada para esta ropa de alta tecnología. Bajo las escaleras de puntillas, lleno mi bolsa de caza con comida, y salgo a escondidas de la casa. Andando a hurtadillas por calles poco importantes y callejones oscuros, llego hasta el punto débil de la valla que está más cerca de la carnicería de Rooba. Ya que muchos trabajadores cruzan por aquí para llegar a las minas, la nieve está llena de pisadas. Las mías no se notarán. Con todas sus renovaciones

en la seguridad, Thread le ha prestado poca atención a la verja, tal vez pensando que el tiempo duro y los animales salvajes serán suficientes para mantener a la gente en el interior con seguridad. Incluso así, una vez estoy bajo la cadena, cubro mis huellas hasta que los árboles las ocultan por mí.

El amanecer apenas está rompiendo cuando recupero un set de arco y flechas y empiezo a forzar un camino a través de la nieve amontonada en el bosque. Estoy decidida, por alguna razón, a llegar al bosque. Tal vez para decirle adiós al sitio, a mi padre y a los momentos felices que pasamos allí, porque sé que probablemente no volveré jamás. Tal vez sólo para poder respirar tranquila otra vez. A una parte de mí no le importa que me cojan, si puedo verlo una vez más.

El viaje me lleva el doble de lo habitual. La ropa de Cinna mantiene bien el calor, y llego empapada de sudor bajo el traje de nieve mientras mi cara está entumecida por el frío. El brillo furioso del sol invernal sobre la nieve me dificulta la visión, y estoy tan exhausta y envuelta en mis propios pensamientos desesperanzados que no veo las señales. El delgado hilo de humo saliendo de la chimenea, las mellas de pisadas recientes, el olor a agujas de pino hervidas. Estoy literalmente a unos pocos metros de la puerta de la casa de cemento cuando me detengo en seco. Y no es por el humo o las huellas o el olor. Es por el inconfundible chasquido de un arma detrás de mí.

Segunda naturaleza. Instinto. Me doy la vuelta, sacando la flecha, aunque ya sé que la suerte no está de mi parte. Veo el uniforme blanco de agente de la paz, la barbilla puntiaguda, el iris marrón claro donde mi flecha encontrará un hogar. Pero el arma está cayendo al suelo y la mujer desarmada está levantando algo hacia mí en su mano enguantada.

— ¡Para! — Grita.

Vacilo, incapaz de procesar este giro en los acontecimientos. Tal vez tengan órdenes de traerme con vida para poder torturarme y hacerme incriminar a toda persona que conocí jamás. Sí, buena suerte con eso, pienso. Mis dedos ya se han decidido a soltar la flecha cuando veo el objeto en el guante. Es un pequeño círculo blanco de pan ácimo. Más como una galleta, en realidad. Gris y raída por los bordes. Pero hay una imagen claramente estampada en el centro.

Es mi sinsajo.

No tiene sentido. Mi pájaro convertido en pan. Al contrario que los estilosos accesorios que vi en el Capitolio, esto definitivamente no es un objeto de moda.

— ¿Qué es eso? ¿Qué significa? — Pregunto con aspereza, todavía preparada para matar.

— Significa que estamos de tu parte. — Dice una voz temblorosa detrás de mí. No la vi al llegar. Debe de haber estado en la casa. No aparto la vista de mi actual objetivo. Probablemente la recién llegada esté armada, pero me apuesto a que no me dejará oír el clic que significaría que mi muerte es inminente, sabiendo que mataría al instante a su acompañante.

— Ven aquí para que pueda verte. — Ordeno.

— No puede, está . . . — Empieza la mujer de la galleta.

— ¡Ven aquí! — Grito. Oigo un paso y un sonido de arrastre. Puedo oír el esfuerzo que el movimiento requiere. Otra mujer, o tal vez debería llamarla chica ya que parece tener alrededor de mi edad, cojea hacia mi campo de visión. Está mal vestida en un uniforme de agente de la paz completo con la capa blanca de piel, pero que es varias tallas demasiado grande para su pequeña figura. No lleva ningún arma a la vista. Sus manos están ocupadas manteniendo derecha una vasta muleta hecha a partir de una rama rota. La punta de su bota derecha no es capaz de levantarse sobre la nieve, de ahí el arrastre. Examino el rostro de la chica, que está de un rojo brillante por el frío. Sus dientes están torcidos y hay una marca de nacimiento color fresa sobre sus ojos marrón chocolate. Esta no es una agente de la paz. Tampoco una ciudadana del Capitolio.

— ¿Quiénes sois? — Pregunto con precaución pero con menos beligerancia.

— Me llamo Twill. — Dice la mujer. Ella es mayor. Tal vez treinta y cinco o por ahí. — Y esta es Bonnie. Nos hemos escapado del Distrito Ocho.

¡Distrito 8! ¡Entonces tienen que saber más sobre el levantamiento!

— ¿Dónde conseguisteis los uniformes? — Pregunto.

— Los robé de la fábrica. — Dice Bonnie. — Allí los hacemos. Sólo que pensé que este sería para . . . para otra persona. Por eso se ajusta tan mal.

— La pistola viene de un agente de la paz muerto. — Dice Twill, siguiendo mi mirada.

— Esa galleta en tu mano. Con el pájaro. ¿De qué va todo eso? — Pregunto.

— ¿No lo sabes, Katniss? — Bonnie parece estar genuinamente sorprendida. Me reconocen. Por supuesto que me reconocen. Mi rostro no está cubierto y estoy aquí en el exterior del Distrito 12 apuntándoles con una flecha. ¿Quién más podría ser?

— Sé que es como la insignia que llevaba en la arena.

— No lo sabe. — Dice Bonnie suavemente. — Tal vez no sepa nada. De repente siento la necesidad de aparentar estar por encima de todo.

— Sé que ha habido un levantamiento en el Ocho.

— Sí, por eso tuvimos que salir. — Dice Twill.

— Bueno, ahora estáis bien y fuera. ¿Qué vais a hacer? — Pregunto.

— Nos dirigimos al Distrito Trece. — Responde Twill.

— ¿El Trece? — Digo. — No hay Trece. Desapareció del mapa.

— Hace setenta y cinco años. — Dice Twill.

Bonnie cambia de postura sobre su muleta y hace una mueca de dolor.

— ¿Qué te pasa en la pierna? — Pregunto.

— Me torcí el tobillo. Mis botas son demasiado grandes. — Dice Bonnie. Me muerdo el labio. Mi instinto me dice que están diciendo la verdad. Y detrás de esa verdad hay un montón de información que me gustaría conseguir. Sin embargo, doy un paso el frente y recupero la pistola de Twill antes de bajar mi arco. Después vacilo un momento, pensando en otro día en este bosque, cuando Gale y yo vimos un hovercraft aparecer de la nada y capturar a dos fugitivos del Capitolio. Al chico le lanzaron una lanza y lo mataron. La chica pelirroja, lo averigüé cuando fui al Capitolio, fue mutilada y convertida en una sirvienta muda llamada Avox.

— ¿Alguien os persigue?

— No lo creemos. Pensamos que creen que morimos en la explosión de la fábrica. — Dice Twill. — Sólo fue de casualidad que no fuera así.

— Está bien, vamos dentro. — Digo, señalando con la cabeza la casa de cemento. Las sigo al interior, llevando la pistola.

Bonnie se dirige directa al hogar y se sienta sobre una capa de agente de la paz que ha sido extendida ante él. Alza las manos ante la débil llama que arde en un extremo de un tronco carbonizado. Su piel está tan pálida que parece traslúcida y puedo ver el fuego brillar a través de ella. Twill trata de colocar la capa, que debe de haber sido la suya propia, alrededor de la chica tiritante.

Una lata de un galón ha sido cortada por la mitad, el borde irregular y peligroso. Está sobre las cenizas, lleno con un puñado de agujas de pino hirviendo en agua.

— ¿Haciendo té? — Pregunto.

— En realidad no estamos seguras. Recuerdo ver a alguien hervir agujas de pino en los Juegos del Hambre hace unos años. Por lo menos, creo que eran agujas de pino. — Dice Twill con el ceño fruncido.

Recuerdo el Distrito 8, un lugar feo y urbano apestando a gases industriales, la gente alojada en gastados edificios de varias plantas. Apenas si una brizna de hierba a la vista. Sin oportunidad, jamás, de conocer la naturaleza. Es un milagro que estas dos hayan llegado hasta aquí.

— ¿Sin comida? — Pregunto.

Bonnie asiente.

— Cogimos lo que pudimos, pero la comida ha sido tan escasa. Nos quedamos sin nada hace tiempo. — El temblor en su voz derrite mis restantes defensas. No es más que una chica malnutrida y herida escapando del Capitolio.

— Bueno, entonces este es vuestro día de suerte. — Digo, dejando caer mi bolsa de caza en el suelo. La gente se está muriendo de hambre por todo el distrito y nosotras aún tenemos más que de sobra. Así que he estado repartiendo un poco por ahí. Tengo mis propias prioridades: la familia de Gale, Sae la grasienta, algunos de los otros miembros del Quemador que se quedaron sin puesto. Mi madre tiene otra gente, sobre todo pacientes, a quienes quiere ayudar.

Esta mañana llené a propósito mi bolsa de caza hasta los topes, sabiendo que mi madre vería la despensa vacía y asumiría que estaba haciendo mi ronda a los hambrientos. En realidad estaba haciendo tiempo para ir al lago sin que se preocupara. Tenía intención de repartir la comida esta tarde al volver, pero ahora veo que eso no va a suceder. De la bolsa saco dos bollos frescos con una capa de queso gratinado encima. Parece que siempre tenemos provisión de estos desde que Peeta averiguó que eran mis favoritos. Le lanzo uno a Twill pero me acerco y le dejo el otro a Bonnie en el regazo ya que su coordinación parece un poco cuestionable de momento y no quiero que la cosa termine en el fuego.

— Oh. — Dice Bonnie. — Oh, ¿todo esto es para mí?

Algo dentro de mí da un vuelco cuando recuerdo otra voz. Rue. En la arena. Cuando le di el zanco de granso. “Oh. Nuca antes había tenido un zanco completo para mí.” La incredulidad de los crónicamente hambrientos.

— Sí, cómela. — Digo. Bonnie sostiene el bollo como si no se acabara de creer que es real y después hunde los dientes en él una y otra vez, incapaz de parar. — Es mejor si lo masticas. —

Asiente, intentando ir más despacio, pero sé lo difícil que es cuando tienes tanta hambre. —

Creo que vuestro té está listo. — Aparto la lata de las cenizas. Twill saca dos tazas de lata de su mochila y vierto el té, dejándolo sobre el suelo para que se enfríe. Se acurrucan juntas mientras comen, soplando sobre su té, y tomando sorbitos hirvientes mientras yo preparo el fuego. Espero hasta que se están chupando la grasa de los dedos para preguntar. — Así que,

¿Cuál es vuestra historia? — Y me la cuentan.

Desde los Juegos del Hambre, había estado creciendo el descontento en el Distrito 8. Siempre había estado allí, por supuesto, en cierto grado. Pero lo que era diferente era que sólo hablar ya no bastaba, y la idea de pasar a la acción pasó de un deseo a la realidad. Las fábricas de textil que sirven a Panem son muy ruidosas por la maquinaria, y el barullo también ayudaba a hacer correr la voz, unos labios cerca de un oído, palabras sin llamar la atención, sin vigilar. Twill daba clase en el colegio, Bonnie era una de sus alumnas, y después del timbre final, las dos se pasaban un turno de cuatro horas en la fábrica que se especializaba en uniformes de agentes de la paz. Le llevó meses a Bonnie, que trabajaba en el frío muelle de inspección, asegurarse los dos uniformes, una bota por aquí, unos pantalones por

allá. Se suponía que eran para Twill y su marido porque era entendido que, una vez que el levantamiento empezase, sería crucial hacer correr la voz acerca de él más allá del Distrito 8 si debía extenderse y tener éxito.

El día que Peeta y yo fuimos e hicimos nuestra aparición del Tour de la Victoria era de hecho un tipo de ensayo. La gente de la multitud se colocó según su equipo, junto a los edificios que serían sus objetivos cuando estallara la rebelión. Ese era el plan: traer abajo los centros de poder en la ciudad como el Edificio de Justicia, el Cuartel General de los agentes de la paz, y el Centro de Comunicaciones de la plaza. Y en otras localizaciones en el distrito: la vía de tren, el granero, la estación eléctrica, y la armería.

La noche de mi compromiso, la noche en que Peeta cayó de rodillas y proclamó su amor inmortal hacia mí delante de las cámaras en el Capitolio, fue la noche que empezó el levantamiento. Era la tapadera ideal. Nuestra entrevista del Tour de la Victoria con Caesar Flickerman era de visión obligada. Le dio a la gente del Distrito 8 una razón para estar en las calles después de caer el sol, ya fuera reuniéndose en la plaza o en diversos centros comunitarios alrededor de la ciudad para verla. Normalmente esa actividad habría sido demasiado sospechosa. En vez de ello todo el mundo estaba en su sitio a la hora acordada, ocho en punto, cuando se pusieron las máscaras y se desató el infierno. Tomados por sorpresa y superados en número, los agentes de la paz fueron inicialmente superados por la multitud. El Centro de Comunicaciones, el granero y la estación eléctrica fueron todos asegurados. A medida que fueron cayendo los agentes de la paz, los rebeldes fueron apropiándose de armas. Había esperanza de que esto no hubiera sido un acto de locura, que de alguna forma, si pudieran hacer llegar la voz a los otros distritos, tal vez fuera posible la caída del gobierno del Capitolio.

Pero entonces cayó el hacha. Empezaron a llegar agentes de la paz a millares. Hovercrafts bombardeaban las fortalezas rebeldes hasta dejarlas reducidas a cenizas. En el completo caos que siguió, todo lo que la gente podía hacer era volver a sus casas con vida. Llevó menos de cuarenta y ocho horas someter a la ciudad. Después, durante una semana, se cerró la ciudad. Sin comida, sin carbón, se les prohibió a todos abandonar sus casas. La única vez que la televisión enseñaba algo que no fuera estática era cuando los instigadores eran ahorcados en la plaza. Después, una noche, cuando todo el distrito estaba al borde de la hambruna, llegó la orden de volver al trabajo como siempre.

Eso suponía colegio para Twill y Bonnie. Una calle hecha intransitable por las bombas hizo que llegaran tarde a su turno en la fábrica, así que aún estaban a

cincuenta metros cuando explotó, incluyendo a todos cuantos había dentro—incluyendo al marido de Twill y a toda la familia de Bonnie.

— Alguien debe de haberle contado al Capitolio que la idea del levantamiento había empezado allí. — Me dice débilmente Twill.

Las dos corrieron de vuelta a casa de Twill, donde aún aguardaban los trajes de agentes de la paz. Arañaron juntas cuantas provisiones pudieron, robando libremente a los vecinos que ahora sabían que estaban muertos, y llegaron a la estación de tren. En un almacén cerca de las vías se cambiaron a los atuendos de agentes de la paz y, disfrazadas, fueron capaces de entrar en un vagón de carga lleno de tela en un tren dirigido al Distrito 6. Se escaparon del tren en una parada por combustible durante el camino y viajaron a pie. Escondidas en el bosque, pero usando las vías como guía, llegaron a las afueras del Distrito 12 hace dos días, donde fueron obligadas a parar cuando Bonnie se torció el tobillo.

— Entiendo por qué escapáis, pero ¿qué esperáis encontrar en el Distrito Trece? — Pregunto.

Bonnie y Twill intercambian una mirada nerviosa.

— No estamos exactamente seguras. — Dice Twill.

— No hay más que escombros. — Digo. — Todos hemos visto las secuencias.

— Es exactamente eso. Han estado usando las mismas secuencias tanto tiempo como nadie en el Distrito Ocho puede recordar. — Dice Twill.

— ¿De verdad? — Intento recordar, rememorar las imágenes del 13 que he visto en la televisión.

— ¿Sabes como siempre enseñan el Edificio de Justicia? — Prosigue Twill. Asiento. Lo he visto miles de veces. — Si miras con mucho cuidado, lo ves. En la esquina de arriba a la derecha.

— ¿Veo qué? — Pregunto.

Twill alza de nuevo la galleta con el pájaro.

— Un sinsajo. Sólo un instante mientras pasa volando. El mismo cada vez.

— En casa, creemos que han estado reutilizando las secuencias viejas porque el Capitolio en realidad no puede enseñar lo que hay allí ahora. — Dice Bonnie. Suelto un gruñido de incredulidad.

— ¿Vais al Distrito Trece basándoos en eso? ¿Una imagen de un pájaro? ¿Creéis que vais a encontrar alguna ciudad nueva con gente paseando por ella? ¿Y eso le parece bien al Capitolio?

— No. — Dice Twill con seriedad. — Creemos que la gente se refugió bajo tierra cuando todo en la superficie fue destruido. Creemos que han logrado sobrevivir. Y creemos que el Capitolio los deja solos porque, antes de los Días Oscuros, la industria principal del Distrito Trece era el desarrollo nuclear.

— Eran mineros de grafito. — Digo. Pero después vacilo, porque esa es información que conseguí del Capitolio.

— Tenían varias minas pequeñas, sí. Pero no las suficientes para justificar una población tan grande. Eso, supongo, es lo único que sé con seguridad. — Dice Twill. Mi corazón está latiendo demasiado rápido. ¿Qué pasa si tienen razón? ¿Podría ser cierto?

¿Podría haber un lugar al que huir más allá de la espesura? ¿Algún lugar seguro? Si existe una comunidad en el Distrito 13, ¿sería mejor ir allí, donde podría ser capaz de conseguir algo, en vez de esperar aquí por mi muerte? Pero entonces . . . si hay gente en el Distrito 13, con armas poderosas . . .

— ¿Por qué no nos han ayudado? — Digo enfadada. — Si eso es cierto, ¿por qué nos han dejado para vivir así? ¿Con el hambre y los asesinatos y los Juegos? — Y de repente odio esta imaginaria ciudad subterránea del Distrito 13 y a aquellos que se sientan sin hacer nada, mirándonos morir. No son mejores que el Capitolio.

— No lo sabemos. — Susurra Bonnie. — Ahora mismo, sólo nos aferramos a la esperanza de que existan.

Esto me devuelve el sentido. Esto no son más que fantasías. El Distrito 13 no existe porque el Capitolio nunca lo dejaría existir. Probablemente se confundan acerca de las secuencias. Los sinsajos son casi tan escasos como las piedras. Y casi tan fuertes. Si pudieron sobrevivir al bombardeo inicial del Distrito 13, probablemente les vaya ahora mejor que nunca. Bonnie no tiene hogar. Su familia está muerta. Volver al Distrito 8 o adaptarse a otro distrito sería imposible. Por

supuesto que la idea de un Distrito 13 fuerte e independiente la atrae. No consigo obligarme a decirle que está persiguiendo un sueño tan insustancial como una voluta de humo. Tal vez ella y Twill puedan labrarse una vida en el bosque. Lo dudo, pero son tan desgraciadas que tengo que intentar ayudarlas.

Primero les doy toda la comida de mi bolsa, sobre todo grano y habas secas, pero es suficiente para mantenerlas durante un tiempo si tienen cuidado. Después me llevo a Twill al bosque e intento explicarle los puntos básicos de la caza. Tiene un arma que, de ser necesario, puede transformar energía solar en rayos mortíferos, así que puede durar indefinidamente. Cuando consigue matar a su primera ardilla, la pobre cosa es un desastre carbonizado porque recibió un disparo directo a través del cuerpo. Pero le muestro cómo desollarla y limpiarla. Con algo de práctica, lo conseguirá. Corto una nueva muleta para Bonnie. De vuelta en la casa, me quito una capa extra de calcetines para la chica, diciéndole que los coloque en las puntas de las botas para andar, y que después se los ponga en los pies por las noches. Finalmente les enseño cómo preparar un fuego de verdad.

Me ruegan que les diga detalles sobre la situación en el Distrito 12 y les cuento cómo es la vida bajo Thread. Puedo ver que creen que es información importante que les llevarán a aquellos que dirigen el Distrito 13, y yo les sigo el juego para no destruir sus esperanzas. Pero cuando la luz señala que ya es tarde, me he quedado sin tiempo para complacerlas.

— Tengo que irme ya. — Digo.

Ellas muestran todo su agradecimiento y me abrazan.

Lágrimas caen de los ojos de Bonnie.

— No puedo creer que llegáramos a conocerte de verdad. Eres prácticamente lo único de lo que nadie ha hablado desde . . .

— Lo sé. Lo sé. Desde que saqué esas bayas. — Digo con cansancio. Apenas me doy cuenta del camino a casa incluso aunque empieza a caer una nieve húmeda. Mi mente está dando vueltas con información nueva sobre el levantamiento en el Distrito 8 y la improbable pero tentadora posibilidad de un Distrito 13. Escuchar a Bonnie y Twill confirmó una cosa: el Presidente Snow me ha estado teniendo por tonta. Todos los besos y las muestras de afecto del mundo no habrían podido detener lo que se cocía en el Distrito 8. Sí, el que yo sacara las bayas había sido la chispa, pero yo no tenía forma de controlar el fuego. Él debe

de haber sabido eso. Así que ¿por qué visitarme en mi casa, por qué ordenarme persuadir a la muchedumbre de mi amor por Peeta? Era obviamente un complot trazado para distraerme e impedirme hacer nada más inflamatorio en los distritos. Y para entretener a la gente del Capitolio, por supuesto. Supongo que la boda no es más que la necesaria extensión de eso.

Me estoy acercando a la valla cuando un sinsajo se posa con suavidad sobre una rama y me gorjea. Al verlo me doy cuenta de que nunca obtuve una explicación completa del pájaro en la galleta y lo que significa.

“Significa que estamos de tu parte.” Eso es lo que Bonnie había dicho. ¿Tengo a gente de mi parte? ¿Qué parte? ¿Soy sin pretenderlo la cara de la tan esperada rebelión? ¿Se ha convertido el sinsajo de mi insignia en un símbolo de resistencia? Si es así, a mi bando no le está yendo demasiado bien. No tienes más que ver lo que pasó en el 8 para saberlo. Escondo mis armas en el tronco hueco más cercano a mi antigua casa en la Veta y me dirijo a la valla. Estoy sobre una rodilla, preparada para entrar en la Pradera, pero todavía estoy tan preocupada con los eventos del día que hace falta el repentino chillido de un búho para devolverme la sensatez.

En la luz difusa, las cadenas se ven tan inocuas como siempre. Pero lo que me hace apartar la mano con violencia es el sonido, como el zumbido de un árbol lleno de nidos de rastreavisas, indicando que la valla está viva con electricidad.

Mis pies se echan atrás automáticamente y me escondo entre los árboles. Cubro mi boca con mi guante para dispersar mi aliento blanco en el aire helado. La adrenalina fluye a través de mí, apartando todas las preocupaciones del día de mi mente mientras me concentro en la amenaza inmediata ante mí. ¿Qué está pasando? ¿Ha encendido Thread la valla como una precaución adicional? ¿O sabe de algún modo que hoy he escapado a su red? ¿Está determinado a mantenerme fuera del Distrito 12 hasta que pueda atraparme y arrestarme?

¿Arrastrarme a la plaza para encerrarme en la empalizada o azotarme o ahorcarme? Cálmate, me ordeno. No es como si esta fuera la primera vez que me quedé fuera del distrito por una verja electrificada. Ha pasado varias veces a lo largo de los años, pero Gale siempre estaba conmigo. Nos limitaríamos a buscar un árbol cómodo del que colgar hasta que la electricidad se apagara, algo que siempre acababa sucediendo. Si estaba llegando tarde a casa, Prim incluso cogió la costumbre de ir a la Pradera a comprobar si la valla estaba encendida, para evitarle preocupaciones a mi madre.

Pero hoy mi familia nunca se imaginaría que estuviera en el bosque. Incluso he dado pasos en falso para confundirlas. Así que si no aparezco, se preocuparán. Y hay una parte de mí que también está preocupada, porque no estoy muy segura de que no sea más que una coincidencia, la electricidad viniendo el mismo día que vuelvo al bosque. Creía que nadie me había visto escaparme por debajo de la valla, pero ¿quién sabe? Siempre hay ojos de alquiler. Alguien denunció a Gale besándome en ese mismo punto. Aún así, eso había sido de día y antes de que fuera más cuidadosa con mi comportamiento. ¿Podría haber cámaras de seguimiento? Me lo he preguntado antes. ¿Es así como sabe el Presidente Snow lo del beso? Estaba oscuro cuando pasé por debajo y mi cara estaba envuelta en una bufanda. Pero la lista de sospechosos de salir sin autorización al bosque probablemente sea muy corta. Mis ojos escudriñan a través de los árboles, más allá de la verja, a la Pradera. Todo lo que puedo ver es la nieve húmeda iluminada aquí y allá por la luz de las ventanas al borde de la Veta. No hay agentes de la paz a la vista, no hay signos de que esté siendo buscada. Tanto si Thread sabe que he dejado hoy el distrito como si no, me doy cuenta de que mi plan debe ser el mismo: volver al interior de la valla sin ser vista y fingir que nunca he salido. Cualquier contacto con las cadenas o las espirales de alambre de espino que coronan la cima supondrían electrocución al instante. No creo que pueda meterme debajo de la valla sin arriesgarme a la detección, y en cualquier caso el suelo está congelado y duro. Eso sólo deja una opción. De algún modo voy a tener que pasar por encima.

Empiezo a bordear la línea de árboles, buscando un árbol con una rama lo bastante alta y larga como para satisfacer mis necesidades. Después de dos kilómetros más o menos, llego a un viejo arce que servirá. Sin embargo, el tronco es demasiado ancho y está demasiado helado para escalarlo, y no hay ramas bajas. Me subo a un árbol vecino y salto precariamente al arce, casi perdiendo mi agarre sobre la corteza resbaladiza. Pero consigo sujetarme y lentamente voy avanzando sobre una rama que cuelga sobre el alambre de espino. Al mirar abajo, recuerdo por qué Gale y yo siempre esperábamos en los bosques en vez de intentar saltar la valla. Si estás lo bastante alto para evitar acabar frito significa que estás por lo menos a seis metros de altura. Supongo que mi rama debe de estar a unos siete y medio. Esa es una caída peligrosamente alta, incluso para alguien que ha tenido años de práctica en árboles. Pero ¿qué otra opción tengo? Podría buscar otra rama, pero ahora casi está oscuro. La nevada oscurecerá cualquier rayo de luna. Aquí, por lo menos, puedo ver que tengo un banco de nieve debajo para que amortigüe mi aterrizaje. Incluso si pudiera encontrar otra, lo que es dudoso, ¿quién sabe a qué estaría saltando? Me coloco la bolsa de caza vacía alrededor del cuello y desciendo lentamente hasta que estoy colgando de los brazos. Por un momento, concentro mi valor. Después suelto los dedos.

Está la sensación de caer, después llego al suelo con un golpe que me recorre toda la columna. Un segundo después, mi trasero golpea con fuerza el suelo. Estoy tumbada sobre la nieve intentando evaluar los daños. Sin ponerme de pie, puedo decir por el dolor en mi talón izquierdo y mi rabadilla que estoy herida. La única pregunta es cuánto. Tengo la esperanza de que sólo sean moratones, pero cuando me obligo a ponerme en pie, sospecho que también me he roto algo. Sin embargo, puedo andar, así que empiezo a moverme, intentando esconder mi cojera lo mejor que puedo.

Mi madre y Prim no pueden saber que estuve en el bosque. Necesito construir algún tipo de coartada, sin importar qué débil. Algunas de las tiendas de la plaza aún están abiertas, así que entro en una y compro tela blanca para vendas. Compro una bolsa de dulces para Prim. Me meto una de las golosinas en la boca, sintiendo cómo el caramelo se derrite en mi lengua, y me doy cuenta de que es lo primero que he comido en todo el día. Tenía intención de comer en el lago, pero una vez vi la condición de Twill y Bonnie, me pareció mal quitarles un sólo bocado.

Para cuando llego a mi casa mi talón izquierdo no soporta peso en absoluto. Decido decirle a mi madre que estaba intentando arreglar una gotera en el tejado de nuestra vieja casa y resbalé. En cuanto a la comida que falta, sólo hablaré con vaguedad sobre a quién se la repartí. Me arrastro por la puerta toda lista para derrumbarme rendida delante del fuego. Pero en vez de eso, me espera otro shock.

Dos agentes de la paz, un hombre y una mujer, están de pie en el umbral de nuestra cocina. La mujer permanece impassible, pero capto un instante de sorpresa en la cara del hombre. No soy esperada. Saben que estaba en el bosque y que ahora debería estar atrapada allí.

— Hola. — Digo con voz neutra.

Mi madre aparece detrás de ellos, pero manteniendo la distancia.

— Aquí está, justo a tiempo para la cena. — Dice un poco demasiado alegre. Llego muy tarde para la cena.

Considero sacarme las botas como haría normalmente pero dudo que lo consiga sin mostrar mis lesiones. En vez de ello sólo me saco la cazadora húmeda y me sacudo la nieve del pelo.

— ¿Puedo ayudarles en algo? — Pregunto a los agentes de la paz.

— El agente de la paz en jefe Thread nos envió con un mensaje para usted.
— Dice la mujer.

— Han estado esperando durante horas. — Añade mi madre.

Han estado esperando a que no consiguiera volver. Para confirmar que me electrocuté en la verja o que quedé atrapada en el bosque para poder llevarse a mi familia para interrogarla.

— Debe de ser un mensaje importante. — Digo.

— ¿Podemos preguntar dónde ha estado, señorita Everdeen? — Pregunta la mujer.

— Más fácil preguntar donde no he estado. — Digo con un sonido de exasperación. Cruzo hacia la cocina, obligándome a usar mi pie con normalidad aunque cada paso es insoportable. Paso entre los agentes de la paz y llego sin problemas a la mesa. Dejo mi bolsa en el suelo y me vuelvo hacia Prim, quien está muy tensa de pie junto al hogar. Haymitch y Peeta también están allí, sentados en un par de mecedoras a juego, jugando al ajedrez. ¿Están aquí de casualidad o “invitados” por los agentes de la paz? De cualquier forma, me alegro de verlos.

— Así que ¿dónde no has estado? — Dice Haymitch con voz aburrida.

— Bueno, no he estado hablando con el Hombre de las Cabras sobre hacer que la cabra de Prim quede embarazada, porque alguien me dio una información totalmente errónea sobre dónde vive. — Le digo con énfasis a Prim.

— No, no lo hice. — Dice Prim. — Te lo dije exactamente.

— Dijiste que vive junto a la entrada oeste de la mina.

— La entrada este. — Me corrige Prim.

— Dijiste distintivamente oeste, porque entonces yo dije “¿Junto al montón de escombros?” y tú dijiste “Sí”.

— El montón de escombros junto a la entrada este. — Dice Prim pacientemente.

— No. ¿Cuándo dijiste eso? — Exijo.

— Anoche. — Mete Haymitch la cuchara.

— Era definitivamente la este. — Añade Peeta. Mira a Haymitch y se ríen. Fulmino a Peeta con la mirada mientras él trata de parecer contrito. — Lo siento, pero es lo que he dicho. No escuchas a la gente cuando te habla.

— Pero la gente te dijo hoy que él no vivía allí y otra vez volviste a no escuchar. — Dice Haymitch.

— Cállate, Haymitch. — Digo, indicando claramente que tiene razón. Haymitch y Peeta se echan a reír a carcajadas y Prim se permite una sonrisa.

— Bien. Que alguien más haga que esa estúpida cabra se quede preñada. — Digo, lo que hace que se rían más. Y pienso, Por eso han llegado tan lejos, Haymitch y Peeta. Nada los echa atrás.

Miro a los agentes de la paz. El hombre está sonriendo pero la mujer no está convencida.

— ¿Qué hay en la bolsa? — Pregunta de repente.

— Oh, bien. — Dice mi madre examinando la tela. — Nos estamos quedando sin vendas. Peeta viene a la mesa y abre la bolsa de golosinas.

— Ooh, caramelos. — Dice, metiéndose uno en la boca.

— Son míos. — Intento coger la bolsa. Se la lanza a Haymitch, quien se mete un puñado de golosinas en la boca antes de pasarle la bolsa a Prim, que está echando risitas. — ¡Ninguno de vosotros se merece chucherías!

— ¿Qué, porque tenemos razón? — Peeta envuelve los brazos a mi alrededor. Suelto un gritito de dolor cuando mi rabadilla pone objeciones. Intento convertirlo en un sonido de indignación, pero puedo ver en sus ojos que sabe que estoy herida. — Vale, Prim dijo oeste. Yo oí con claridad oeste. Y somos todos idiotas. ¿Qué tal está eso?

— Mejor. — Digo, y acepto su beso. Después miro a los agentes de la paz como si recordara de repente que están allí. — ¿Tienen un mensaje para mí?

— Del agente de la paz en jefe Thread. — Dice la mujer. — Quería que usted supiera que la valla rodeando el Distrito Doce tendrá a partir de ahora electricidad veinticuatro horas al día.

— ¿No la tenía ya? — Pregunto, un poco demasiado inocentemente.

— Pensó que estaría usted interesada en pasarle esta información a su primo. — Dice la mujer.

— Gracias. Se lo diré. Estoy convencida de que todos dormiremos algo mejor sabiendo que la seguridad ha arreglado ese fallo. — Estoy presionando las cosas, lo sé, pero el comentario me da una sensación de satisfacción.

La mandíbula de la mujer se tensa. Nada de esto ha salido como estaba planeado, pero no tiene más órdenes. Asiente secamente en despedida y se marcha, el hombre detrás de ella. Cuando mi madre ha cerrado la puerta detrás de ellos, me dejo caer contra la mesa.

— ¿Qué pasa? — Pregunta Peeta, sosteniéndome derecha.

— Oh, me golpeé el pie izquierdo. El talón. Y mi rabadilla también ha tenido un mal día. — Me ayuda a ir hasta una de las mecedoras y me apoyo sobre el cojín acolchado. Mi madre me saca las botas.

— ¿Qué pasó?

— Resbalé y caí. — Digo. Cuatro pares de ojos me miran con incredulidad. — Sobre algo de hielo. — Pero todos sabemos que la casa debe de estar llena de micrófonos y no es seguro hablar abiertamente. No aquí, no ahora.

Habiéndome sacado el calcetín, los dedos de mi madre palpan los huesos de mi talón izquierdo y hago un gesto de dolor.

— Debe de haber una rotura. — Dice. Comprueba el otro pie. — Este parece estar bien. — Juzga que mi rabadilla debe de estar macerada.

Prim es despachada para buscar mi pijama y albornoz. Cuando estoy mudada, mi madre hace una capa de nieve para mi talón izquierdo y lo levanta en un escabel. Como tres cuencos de estofado y media hogaza de pan mientras los demás cenan en la mesa. Miro al fuego, pensando en Bonnie y Twill, esperando que la pesada nieve húmeda haya borrado mis huellas. Prim viene y se sienta en

el suelo junto a mí, apoyando la cabeza contra mi rodilla. Chupamos caramelos mientras acaricio su suave pelo rubio detrás de la oreja.

— ¿Qué tal el colegio? — Pregunto.

— Bien. Aprendimos sobre los derivados del carbón. — Dice. Nos quedamos mirando al fuego durante un rato. — ¿Te vas a probar tus vestidos de novia?

— No esta noche. Probablemente mañana.

— Espera hasta que vuelva a casa, ¿vale?

— Pues claro. — Si no me arrestan antes.

Mi madre me sirve una taza de té de camomila con una dosis de jarabe para dormir, y mis párpados empiezan a caer de inmediato. Envuelve mi pie malo, y Peeta se presenta voluntario para llevarme a la cama. Empiezo apoyándome en su hombro, pero me tambaleo tanto que al final se limita a levantarme y me lleva arriba en brazos. Me somete y me desea buenas noches pero yo cojo su mano y lo sostengo allí. Un efecto colateral del jarabe para dormir es que hace que la gente esté menos inhibida, como el licor blanco, y sé que tengo que controlar mi lengua. Pero no quiero que se vaya. De hecho, quiero que se acueste conmigo, para estar allí cuando las pesadillas lleguen esta noche. Por alguna razón que no puedo acabar de formular, sé que no se me permite pedirle eso.

— No te vayas aún. No hasta que me duerma. — Digo.

Peeta se sienta en un lado de la cama, calentando mi mano en las dos suyas.

— Casi pensé que habías cambiado de idea hoy. Cuando llegaste tarde para cenar. Estoy confusa pero puedo adivinar a qué se refiere. Con la valla en funcionamiento y yo apareciendo tarde y los agentes de la paz esperando, pensó que me había escapado, tal vez con Gale.

— No, te lo habría dicho. — Digo. Levanto su mano y apoyo mi mejilla contra el dorso, absorbiendo el leve aroma a canela y pepinillos de los panes que debe de haber horneado hoy. Quiero contarle lo de Twill y Bonnie y el levantamiento y la fantasía del Distrito 13, pero no es seguro hacerlo y puedo

sentir cómo me estoy yendo, así que sólo digo una última frase. — Quédate conmigo.

Mientras los hilos del jarabe para dormir me arrastran hacia abajo, puedo oírle susurrar una palabra en respuesta, pero no acabo de entenderla.

Mi madre me deja dormir hasta mediodía, después me levanta para examinar mi talón. Me ordena una semana de descanso en la cama y no objeto porque me encuentro fatal. No sólo mi talón y mi rabadilla. Me duele todo el cuerpo por el agotamiento. Así que dejo que mi madre me haga de médico y me sirva el desayuno en la cama y ajuste otro edredón a mi alrededor. Después me limito a quedarme allí tumbada, mirando por la ventana al cielo de invierno, ponderando cómo demonios acabará todo esto. Pienso un montón en Bonnie y Twill, y en la pila de blancos vestidos de novia arriba, y en si Thread averiguará cómo volví y me arrestará. Es gracioso, porque podría simplemente arrestarme, en cualquier caso, basándose en crímenes pasados, pero tal vez tenga que tener algo verdaderamente irrefutable para hacerlo, ahora que soy una vencedora. Y me pregunto si el Presidente Snow estará en contacto con Thread. Creo que es poco probable que nunca fuera consciente siquiera de la existencia de Cray, pero ahora que soy semejante problema nacional, ¿estará instruyendo cuidadosamente a Thread sobre qué hacer? ¿O está Thread actuando por cuenta propia? En cualquier caso, estoy segura de que los dos coinciden en mantenerme atrapada aquí dentro del distrito con esa valla. Incluso si pudiera averiguar una forma para escapar—tal vez poner una cuerda en esa rama de arce y escalar—ya no habría más escape con mi familia y amigos. En cualquier caso, le dije a Gale que me quedaría para luchar.

Durante los días siguientes, me sobresalto cada vez que llaman a la puerta. Aunque no hay agentes de la paz que vengan a arrestarme, así que poco a poco empiezo a relajarme. Estoy más segura cuando Peeta me dice casualmente que la electricidad está desconectada en secciones de la valla porque hay grupos asegurando la base de la verja al suelo. Thread debe de creer que de alguna forma me metí por debajo de la cosa, incluso con esa corriente mortal circulando por ella. Es un descanso para el distrito, el tener a los agentes de la paz haciendo algo además de abusar de la gente.

Peeta se pasa cada día para traerme bollos de queso y empieza a ayudarme a trabajar en el libro familiar. Es una cosa vieja, hecha de pergamino y cuero. Algún herborista de la parte de mi madre lo empezó hace mucho tiempo. El libro está compuesto de página tras página de dibujos de tinta con descripciones de sus usos médicos. Mi padre añadió una sección de plantas comestibles que fue

mi guía para mantenernos con vida después de su muerte. Durante mucho tiempo, he querido grabar mis propios conocimientos en él. Cosas que aprendí por experiencia o por Gale, y después la información que conseguí cuando me estaba entrenando para los Juegos. No lo hice porque no soy ninguna artista y es crucial que los dibujos estén hechos hasta el más mínimo detalle. Ahí es donde entra Peeta. Algunas de las plantas ya las conoce, de otras tenemos muestras secas, y otras las tengo que describir. Hace bocetos en pedazos de papel hasta que estoy satisfecha de que están bien, después dejo que los dibuje en el libro. Después de eso, escribo con cuidado todo lo que sé sobre la planta. Es un trabajo silencioso y absorbente que me ayuda a mantener la mente apartada de mis problemas. Me gusta mirar sus manos mientras trabaja, haciendo que una página en blanco florezca con golpes de tinta, añadiendo toques de color a nuestro libro previamente negro y amarillento. Su cara toma una expresión especial cuando se concentra. Su expresión habitualmente relajada es reemplazada por algo más intenso y lejano que sugiere todo un mundo encerrado dentro de él. He visto fogonazos de esto antes: en la arena, o cuando habla a una multitud, o aquella vez que apartó de un manotazo las armas de los agentes de la paz que me apuntaban en el Distrito 11. No sé exactamente qué pensar de ello. También me vuelvo un poco obsesionada con sus pestañas, en las que habitualmente no te fijas porque son tan rubias. Pero de cerca, a la luz del sol que llega oblicua por la ventana, son de un claro color dorado y tan largas que no sé cómo evitan enredarse todas cuando parpadea. Una tarde Peeta deja de sombrear un capullo y alza la vista tan de repente que me sobresalto, como si me hubiera pillado espiándole, algo que de una forma extraña tal vez estuviera haciendo. Pero sólo dice:

— Sabes, creo que esta es la primera vez que hemos hecho algo normal juntos.

— Sí. — Estoy de acuerdo. Toda nuestra relación ha estado teñida por los Juegos. La normalidad nunca fue parte de ella. — Está bien para cambiar. Cada tarde me lleva abajo para un cambio de ambiente y molesto a todos encendiendo la televisión. Normalmente sólo la vemos cuando es obligatorio, porque la mezcla de propaganda y muestras del poder del Capitolio—incluyendo clips de setenta y cuatro años de Juegos del hambre—son odiosos. Pero ahora estoy buscando algo en especial. Ese sinsajo sobre el que Bonnie y Twill están basando sus esperanzas. Sé que probablemente sólo es tontería, pero si lo es, quiero descartarlo. Y borrar la idea de un Distrito 13 activo de mi mente de una vez por todas.

La primera vez que lo veo es en unas noticias referidas a los Días Oscuros. Veo los restos humeantes del Edificio de Justicia en el Distrito 13 y apenas si capto el ala blanca y negra de un sinsajo cuando vuela por la esquina superior derecha. En realidad eso no prueba nada. Sólo es una imagen vieja usada para contar un cuento viejo.

Sin embargo, varios días después, algo más capta mi atención. El presentador principal está leyendo un fragmento sobre un recorte de grafito afectando a la manufactura de objetos en el Distrito 13. Cortan a lo que se supone que son secuencias en directo de una reportera, encajada en un traje de protección, de pie ante las ruinas humeantes del Edificio de Justicia en el 13. A través de su máscara, informa que desafortunadamente un estudio acaba de determinar hoy que las minas en el Distrito 13 todavía son demasiado tóxicas para aproximarse a ellas. Fin de la historia. Pero justo antes de que corten de vuelta al presentador principal, veo la imagen inconfundible de la misma ala de sinsajo. La reportera ha sido simplemente incorporada dentro de las viejas secuencias. No está en el Distrito 13 en absoluto. Lo que plantea la pregunta, ¿Qué está allí? 12

Quedarme tranquila en cama es más duro después de eso. Quiero estar haciendo algo, averiguando más acerca del Distrito 13 o ayudando a la causa de traer abajo al Capitolio. En vez de eso me quedo sentada empachándome de bollos de queso y mirando dibujar a Peeta. Haymitch se pasa ocasionalmente para traerme noticias de la ciudad, que siempre son malas. Más gente siendo castigada o cayendo por el hambre.

El invierno ha empezado a retroceder para cuando mi pie es declarado útil. Mi madre me da ejercicios para hacer y me deja andar sola un poco. Me voy a dormir una noche, decidida a ir a la ciudad a la mañana siguiente, pero me despierto para encontrar a Venia, Octavia y Flavius sonriéndome de oreja a oreja.

— ¡Sorpresa! — Chillan. — ¡Llegamos pronto!

Después de recibir ese latigazo en la cara, HJaymitch retrasó su visita varios meses para que pudiera curarme. No los estaba esperando hasta dentro de otras tres semanas. Pero intento aparentar estar deleitada de que mi sesión de fotos nupciales haya llegado por fin. Mi madre colgó todos los vestidos, así que están listos, pero para ser sinceros, no me probé ninguno. Después de los histrionismos habituales sobre el deteriorado estado de mi belleza, se ponen directos al trabajo. La mayor preocupación es mi cara, aunque creo que mi madre hizo un trabajo bastante destacable curándola. Sólo hay una línea rosa pálido a través de mi mejilla. El latigazo no es de conocimiento público, así que les digo

que resbalé sobre hielo y me corté. Y después me doy cuenta de que es la misma excusa que utilicé para mi pie, lo que va a hacer que andar con tacones altos sea un problema. Pero Flavius, Octavia y Venia no son de los que sospechan, así que en eso estoy a salvo.

Ya que sólo tengo que estar sin pelos durante unas pocas horas en vez de varias semanas, me afeitan en vez de hacerme la cera. Todavía tengo que empaparme en una bañera de algo, pero no es asqueroso, y estamos con mi pelo y maquillaje antes de que me dé cuenta. El equipo, como siempre, está rebosante de noticias, de las que habitualmente intento por todos los medios desconectar. Pero entonces Octavia hace un comentario que capta mi atención. No es más que una observación pasajera, en realidad, sobre cómo no pudo conseguir langostinos para una fiesta, pero me inquieta.

— ¿Por qué no pudiste conseguir langostinos? ¿Están fuera de temporada?
— Pregunto.

— ¡Oh, Katniss, no hemos podido conseguir nada de pescado durante semanas! — Dice Octavia. — Ya sabes, porque el tiempo ha sido tan malo en el Distrito Cuatro. Mi mente empieza a zumbear. Sin pescado. Durante semanas. Del Distrito 4. La apenas contenida furia en la muchedumbre durante el Tour de la Victoria. Y de pronto estoy completamente segura de que el Distrito 4 se ha rebelado.

Empiezo a cuestionarlos casualmente sobre otros problemas que el invierno les ha traído. No están acostumbrados a querer, así que cualquier interrupción en el suministro produce un impacto en ellos. Para cuando estoy lista para ser vestida, sus quejas sobre la dificultad de conseguir diferentes productos—desde marisco a chips de música a lazos—me ha dado una idea de qué distritos pueden estar rebelándose. Pescado del Distrito 4. Aparatos electrónicos del Distrito 3. Y, por supuesto, telas del Distrito 8. La idea de una rebelión tan extendida me deja temblando con miedo y excitación.

Quiero preguntarles más, pero Cinna aparece para darme un abrazo y revisar mi maquillaje. Su atención va directa a la cicatriz de mi mejilla. De alguna forma no creo que se crea la historia del resbalón sobre hielo, pero no la cuestiona. Simplemente ajusta los polvos en mi cara y lo poco que puedes ver de la marca del látigo se desvanece. Abajo, el salón ha sido vaciado e iluminado para la sesión de fotos. Effie se lo está pasando pipa dándole órdenes a todo el mundo, manteniéndonos a todos siguiendo el horario. Probablemente eso es bueno, porque hay seis vestidos y cada uno requiere su propio velo, zapatos, joyas,

peinado, maquillaje, entorno e iluminación. Lazos color crema y zapatos rosas y tirabuzones. Satén marfil y tatuajes dorados y vegetación. Una cubierta de diamantes y un velo enjoyado y luz de luna. Pesada seda blanca y mangas que caen desde mi muñeca hasta el suelo y perlas. En cuanto una imagen ha sido aprobada, vamos directos a prepararnos para la siguiente. Me siento como masa, siendo moldeada y dada una nueva forma una y otra vez. Mi madre consigue darme bocados de comida y sorbos de té mientras trabajan en mí, pero para cuando termina la sesión, estoy muerta de hambre y exhausta. Tengo la esperanza de pasar algo de tiempo con Cinna ahora, pero Effie apresura a todos por la puerta y tengo que conformarme con la promesa de una llamada telefónica.

La tarde ha caído y mi pie me duele por todos esos locos zapatos, así que abandono toda idea de ir a la ciudad. En vez de ello subo arriba y me limpio las capas de maquillaje y acondicionadores y tintes y después bajo para secar mi pelo junto al fuego. Prim, que vino a casa desde el colegio a tiempo para ver los dos últimos vestidos, charla sobre ellos con mi madre. Las dos parecen encantadas con la sesión de fotos. Cuando me derrumbo sobre la cama, me doy cuenta de que es porque creen que estoy a salvo. Que el Capitolio ha hecho la vista gorda ante mi interferencia en el azotamiento ya que nadie va a pasar por tantos problemas y gastos por alguien que al planea matar en cualquier caso. Claro. En mi pesadilla, estoy vestida con el vestido de seda, pero está rasgado y embarrado. Las largas mangas se quedan continuamente enganchadas en espinas y ramas mientras corro por el bosque. La manada de tributos mutantes se acercan más y más hasta que me alcanzan con aliento cálido y colmillos goteantes, y grito hasta despertarme. Ya casi amaneció y no merece la pena intentar volver a dormirme. Además, hoy de verdad que necesito salir y hablar con alguien. Gale estará inalcanzable en las minas. Pero necesito a Haymitch o a Peeta o a alguien con quien compartir la carga de todo lo que me ha pasado desde que fui al lago. Bandidos fugitivos, verjas electrificadas, un Distrito 13 independiente, recortes en el Capitolio. Todo.

Tomo el desayuno con mi madre y Prim y salgo en busca de un confidente. El aire es cálido con esperanzadoras pistas de la primavera en él. La primavera será un buen tiempo para un levantamiento, pienso. Todo el mundo se siente menos vulnerable una vez pasa el invierno. Peeta no está en casa. Supongo que ya se ha ido a la ciudad. Me sorprende ver a Haymitch moviéndose por su cocina tan temprano, sin embargo. Entro en su casa sin llamar. Puedo oír a Hazelle arriba, barriendo los suelos de la casa ahora sin mácula. Haymitch no está completamente borracho, pero tampoco está demasiado estable. Supongo que los rumores sobre Ripper volviendo al negocio son ciertos. Estoy pensando que casi mejor lo dejo ir a cama sin más, cuando sugiere un paseo a la ciudad.

Haymitch y yo podemos hablar con bastante facilidad ahora. En pocos minutos lo he puesto al día y él me ha hablado acerca de los rumores de levantamientos también en los Distritos 7 y 11. Si mis presentimientos son correctos, esto significaría que casi la mitad de los distritos han intentado cuando menos rebelarse.

— ¿Aún crees que no funcionará aquí? — Pregunto.

— Aún no. Esos son otros distritos, son mucho mayores. Incluso si la mitad de la gente se acobarda en sus casas, los rebeldes tienen una oportunidad. Aquí en el Doce, tiene que ser o todos o ninguno.

No había pensado en ello. Cómo nos falta la fuerza numérica.

— ¿Pero tal vez algún día? — Insisto.

— Tal vez. Pero somos pequeños, somos débiles, y no desarrollamos armas nucleares. — Dice Haymitch con un toque de sarcasmo. No le excitó mucho mi historia del Distrito 13.

— ¿Qué crees que harán, Haymitch? ¿A los distritos que se están rebelando? — Pregunto.

— Bueno, has oído lo que han hecho en el Ocho. Has visto lo que hicieron aquí, y eso fue sin provocación. — Dice Haymitch. — Si las cosas se les salen de verdad de las manos, creo que no tendrán problema destruyendo otro distrito, lo mismo que hicieron con el Trece. Dar ejemplo, ¿sabes?

— ¿Así que crees que el Trece de verdad fue destruido? Quiero decir, Bonnie y Twill tenían razón sobre las secuencias del sinsajo. — Digo.

— Vale, pero ¿qué prueba eso? Nada, en realidad. Hay muchas razones por las que podrían estar usando secuencias viejas. Probablemente impresiona más. Y es mucho más sencillo, ¿o no? ¿Simplemente presionar unos botones en el cuarto de edición en vez de volar hasta allí y filmarlo? — Dice. — ¿La idea de que el Trece de alguna forma se ha recuperado y el Capitolio lo está ignorando? Suena como un rumor al que la gente desesperada se aferra.

— Lo sé. Sólo tenía la esperanza. — Digo.

— Exactamente. Porque estás desesperada. — Dice Haymitch. No discuto porque, por supuesto, tiene razón.

Prim viene a casa del colegio borboteando de excitación. Los profesores anunciaron que hoy había programación obligatoria.

— ¡Creo que va a ser tu sesión de fotos!

— No puede ser, Prim. Sólo hicieron las fotos ayer. — Le digo.

— Bueno, eso es lo que alguien oyó.

Tengo la esperanza de que se equivoque. No he tenido tiempo de preparar a Gale para nada de esto. Desde el azotamiento, sólo lo veo cuando viene a casa para que mi madre revise cómo se está curando. Con frecuencia tiene que ir siete días a la semana a la mina. En los pocos minutos de privacidad que hemos tenido, cuando lo acompaño a la ciudad, entiendo que los rumores de un levantamiento en el 12 se han apagado desde la llegada de Thread. Sabe que no voy a huir. Pero también debe de saber que si no hay una revolución en el 12, estoy destinada a ser la esposa de Peeta. Verme luciendo hermosos vestidos en su televisión...¿qué puede hacer con eso?

Cuando nos reunimos alrededor de la televisión a las siete y media, descubro que Prim tiene razón. Es cierto, ahí está Caesar Flickerman, hablándole a una apreciativa multitud en pie delante del Centro de Entrenamiento sobre mis próximas nupcias. Presenta a Cinna, quien se convirtió en una estrella de la noche a la mañana con sus trajes para mí en los Juegos, y después de un minuto de charla amigable, nos dirigen para que prestemos atención a una pantalla gigante.

Ahora veo cómo pudieron fotografiarme ayer y presentar el especial esta noche. Inicialmente, Cinna diseñó docenas de vestidos de novia. Desde entonces ha habido el proceso de reducir el número de diseños, crear los vestidos y elegir los accesorios. Aparentemente, en el Capitolio, ha habido oportunidades para votar por tu favorito a cada etapa. Todo esto culmina con imágenes mías en los seis vestidos finales, que estoy segura que no llevó nada de tiempo insertar en el espectáculo. Cada imagen se acompaña de una inmensa reacción de la multitud. La gente gritando y aclamando a sus favoritos, abucheando a los que no les gustan. Habiendo votado, y probablemente apostado en el ganador, la gente está muy implicada en mi vestido de boda. Es raro verlo cuando pienso que yo ni siquiera me molesté en probarme ninguno antes de que llegaran las cámaras.

Caesar anuncia que las partes interesadas deben dar su voto final hacia el mediodía del día siguiente.

— ¡Llevemos a Katniss Everdeen a su boda con estilo! — Grita a la multitud. Estoy a punto de apagar la televisión, pero entonces Caesar nos dice que permanezcamos conectados para el otro gran evento de la tarde. — ¡Es cierto, este año será el septuagésimo quinto aniversario de los Juegos del Hambre, y eso significa que es hora de nuestro tercer Quarter Quell!

— ¿Qué harán? — Pregunta Prim. — Aún faltan meses.

Nos volvemos a nuestra madre, cuya expresión es solemne y distante, como si estuviera recordando algo.

— Debe de ser la lectura de la tarjeta.

Suena el himno, y en mi garganta se forma un nudo de revulsión cuando el Presidente Snow sube al escenario. Está seguido de un niño pequeño vestido en un traje blanco y sosteniendo una sencilla caja de madera. El himno termina, y el Presidente Snow empieza a hablar, para recordarnos a todos los Días Oscuros de los cuales nacieron los Juegos del Hambre. Cuando se establecieron las leyes de los Juegos, dictaminaron que cada veinticinco años el aniversario estaría marcado por un Quarter Quell. Haría falta una versión glorificada de los Juegos para refrescar la memoria de los muertos en la rebelión de los distritos. Esas palabras no podían estar en mejor contexto, ya que sospecho que varios distritos se están rebelando ahora mismo.

El Presidente prosigue contándonos lo que sucedió en los previos Quarter Quells.

— En el vigésimo quinto aniversario, como recordatorio a los rebeldes de que sus hijos morían por su decisión de iniciar la violencia, cada distrito fue obligado a celebrar unas elecciones y votar a los tributos que lo representarían.

Me pregunto cómo debió de sentirse eso. Elegir a los chicos que tenían que ir. Es peor, pienso, que te entreguen tus propios vecinos en vez de que tu nombre salga de la bola de la cosecha.

— En el quincuagésimo aniversario, — continúa el presidente — como recordatorio de que dos rebeldes murieron por cada ciudadano del Capitolio, se le requirió a cada distrito que enviara el doble de tributos.

Me imagino enfrentarme a un campo de cuarenta y ocho en vez de veinticuatro. Peores probabilidades, menos esperanza, y en última instancia más chicos muertos. Ese fue el año en que ganó Haymitch . . .

— Yo tenía una amiga que fue ese año. — Dice mi madre en voz baja. — Maysilee Donner. Sus padres eran los dueños de la tienda de golosinas. Después de eso me dieron su pájaro cantor. Un canario.

Prim y yo intercambiamos una mirada. Es la primera vez que oímos hablar sobre Maysilee Donner. Tal vez porque mi madre sabía que queríamos saber cómo había muerto.

— Y ahora le hacemos el honor a nuestro tercer Quarter Quell. — Dice el presidente. El niño de blanco se adelanta un paso, alzando la caja a la vez que levanta la tapa. Podemos ver las ordenadas filas en vertical de sobre amarilleados. Quien sea que concibió el sistema del Quarter Quell se había preparado para siglos de Juegos del Hambre. El presidente saca un sobre claramente marcado con un 75. Pasa el dedo por la solapa y saca un pequeño cuadrado de papel. Sin vacilación, lee. — En el septuagésimo quinto aniversario, como recordatorio a los rebeldes de que incluso los más fuertes de entre ellos no pueden superar el poder del Capitolio, los tributos masculino y femenino serán cosechados de entre su existente colección de vencedores.

Mi madre suelta un débil grito y Prim entierra el rostro en las manos, pero yo me siento como la gente que veo en la muchedumbre en la televisión. Algo anonadada. ¿Qué significa eso? ¿Existente colección de vencedores?

Después capto lo que significa. Por lo menos, para mí. El Distrito 12 sólo tiene tres vencedores existentes entre los que elegir. Dos hombres. Una mujer . . . Voy a volver a la arena.

Mi cuerpo reacciona antes de que lo haga mi mente y estoy saliendo por la puerta corriendo, a través de los jardines de la Aldea de los Vencedores, hacia la oscuridad de más allá. La humedad del suelo mojado empapa mis calcetines y soy consciente de que el viento es cortante, pero no me detengo. ¿Adónde? ¿Adónde ir? Al bosque, por supuesto. Estoy en la valla antes de que el zumbido me haga recordar hasta qué punto estoy atrapada. Retrocedo, jadeando, me doy la vuelta sobre los talones y echo a correr de nuevo. Lo siguiente que sé es que estoy sobre manos y rodillas en el sótano de una de las casas vacías en la Aldea de los Vencedores. Débiles rayos de luna llegan a través de la ventana que hay sobre mi cabeza. Tengo frío y estoy mojada y sin aliento, pero mi intento de escape no ha

hecho nada para apagar la histeria que se levanta dentro de mí. Me ahogará a no ser que sea liberada. Hago una bola de la parte delantera de mi camisa, me la meto en la boca, y empiezo a gritar. Cuánto continúa esto, no lo sé. Pero cuando paro, casi no tengo voz. Me acurruco sobre un lado y me quedo mirando a los rayos de luna proyectados sobre el suelo de cemento. De vuelta a la arena. De vuelta al lugar de las pesadillas. Allí es adonde voy. Tengo que admitir que no lo vi venir. Vi una multitud de otras cosas. Ser públicamente humillada, torturada y ejecutada. Huir por la espesura, perseguida por agentes de la paz y hovercrafts. Matrimonio con Peeta con nuestros hijos obligados a ir a la arena. Pero nunca que yo misma tuviera que ser participante en los Juegos otra vez. ¿Por qué? Porque no hay precedente de eso. Los Vencedores están fuera de la cosecha de por vida. Ese es el trato si ganas. Hasta ahora.

Hay algún tipo de cubierta en el suelo, del tipo que ponen al pintar. Me la pongo por encima como una manta. En la distancia, alguien está llamando mi nombre. Pero por el momento me excuso de pensar incluso en esos a los que más quiero. Sólo pienso en mí. Y en lo que me espera.

La cubierta es rígida pero mantiene el calor. Mis músculos se relajan, mi frecuencia cardíaca se enlentece. Veo la caja de madera en las manos del niño pequeño, al Presidente Snow sacando el sobre amarillento. ¿Es posible que este sea de verdad el Quarter Quell escrito hace setenta y cinco años? Parece improbable. Es una respuesta demasiado perfecta para los problemas a los que se enfrenta hoy el Capitolio. Librarse de mí y someter a los distritos, todo en un limpio paquetito.

Oigo la voz del Presidente Snow en mi cabeza. “En el septuagésimo quinto aniversario, como recordatorio a los rebeldes de que incluso los más fuertes de entre ellos no pueden superar el poder del Capitolio, los tributos masculino y femenino serán cosechados de entre su existente colección de vencedores.”

Sí, los vencedores son los más fuertes de entre los nuestros. Son los que sobrevivieron a la arena y se escaparon de la soga de la pobreza que nos estrangula a los demás. Ellos, o debería decir nosotros, son la perfecta encarnación de la esperanza donde no hay esperanza. Y ahora veintitrés de nosotros moriremos para demostrar que incluso la esperanza era una ilusión. Me alegro de haber ganado solamente el año pasado. De otra forma, conocería a todos los demás vencedores, no sólo por verlos en la televisión sino porque son invitados en todos los Juegos. Incluso si no son mentores como Haymitch siempre tiene que ser, la mayoría regresan cada año al Capitolio para el evento. Creo que

muchos son amigos. Mientras que el único amigo del que yo tendré que preocuparme por matar será o Peeta o Haymitch. ¡Peeta o Haymitch!

Me siento erguida, lanzando a un lado la cubierta. ¿Qué es lo que se me acaba de pasar por la mente? No hay situación alguna en la cual mataría nunca a Peeta ni a Haymitch. Pero uno de ellos estará en la arena conmigo, y eso es un hecho. Tal vez hayan decidido entre ellos quién será. Quien quiera que sea elegido primero, el otro tendrá la opción de presentarse voluntario para tomar su lugar. Ya sé lo que pasará. Peeta le pedirá a Haymitch que lo deje ir a la arena conmigo sin importar nada. Por mi bien. Para protegerme.

Tropiezo por el sótano, buscando una salida. ¿Cómo entré siquiera en este lugar? Subo a las apalpaditas los escalones hasta la cocina y veo que la ventana de cristal en la puerta ha sido hecha añicos. Debe de ser eso el porqué de que mi mano esté sangrando. Me apresuro a volver a la noche y voy directa a la casa de Haymitch. Está sentado solo en la mesa de la cocina, una botella medio vacía de licor blanco en un puño, su cuchillo en el otro. Borracho como una cuba.

— Ah, aquí está. Toda hecha polvo. Por fin hiciste las cuentas, ¿verdad, preciosa?

¿Dedujiste que no vas a ir allí sola? Y ahora estás aquí para pedirme . . . ¿qué? — Dice. No respondo. La ventana está abierta de par en par y el viento corta como si estuviera en el exterior.

— Lo admito, fue más fácil para el chico. Estaba aquí antes de que pudiera romperle el sello a la botella. Suplicándome por otra oportunidad para entrar. Pero ¿qué puedes decir tú? —

Imita mi voz. — ¿Toma su lugar, Haymitch, porque en las mismas circunstancias, prefiero que Peeta tenga una oportunidad con el resto de su vida antes que tú? Me muerdo el labio porque una vez lo ha dicho, tengo miedo de que eso sea lo que quiero. Que viva Peeta, incluso si eso supone la muerte de Haymitch. No, no lo quiero. Es espantoso, por supuesto, pero ahora Haymitch es mi familia. ¿Para qué he venido? Pienso. ¿Qué podría querer yo aquí?

— Vine a por un trago. — Digo.

Haymitch rompe a reír y golpea la botella contra la mesa delante de mí. Paso mi manga sobre la parte de arriba y tomo un par de tragos antes de salir ahogándome. Me lleva unos pocos minutos componerme, e incluso entonces mis

ojos y nariz aún están humeantes. Pero dentro de mí, el licor se siente como fuego, y me gusta.

— Tal vez deberías ser tú. — Digo con total convencimiento mientras saco una silla. — En cualquier caso, odias la vida.

— Muy cierto. — Dice Haymitch. — Y dado que la última vez intenté mantenerte a ti con vida . . . parece que esta vez estaré obligado a salvar al chico.

— Ese es otro buen punto. — Digo, restregándome la nariz e inclinando de nuevo la botella.

— El argumento de Peeta es que ya que te elegí a ti, ahora estoy en deuda con él. Lo que él quiera. Y lo que quiere es la oportunidad de entrar de nuevo para protegerte. — Dice Haymitch.

Lo sabía. En ese sentido, Peeta no es difícil de predecir. Mientras yo me estaba revolcando por el suelo de ese sótano, pensando sólo en mí misma, él estaba aquí pensando sólo en mí. Vergüenza no es una palabra lo bastante fuerte para lo que siento.

— Podrías vivir cien vidas y no ser merecedora de él, ya lo sabes. — Dice Haymitch.

— Sí, sí. — Digo bruscamente. — Sin cuestión, él es el superior en este trío. Así que, ¿qué vas a hacer tú?

— No lo sé. — Haymitch suspira. — Volver allí contigo, quizás, si puedo. Sin mi nombre sale en la cosecha, no importará. Simplemente se presentará voluntario para ocupar mi lugar. Nos sentamos en silencio un rato.

— Sería malo para ti, en la arena, ¿no? ¿Conociendo a todos los demás? — Pregunto.

— Oh, creo que podemos contar con que será insoportable sin importar dónde esté. — Asiente a la botella. — ¿Puedo tenerla ahora de vuelta?

— No. — Digo, rodeándola con los brazos. Haymitch saca otra botella de debajo de la mesa y gira la tapa. Pero me doy cuenta de que no estoy aquí por un trago. Hay algo más que quiero de Haymitch. — Vale, he averiguado lo que estoy

pidiendo. — Digo. — Si somos Peeta y yo en los Juegos, esta vez intentaremos mantenerlo a él con vida.

Algo centellea en sus ojos inyectados en sangre. Dolor.

— Como dijiste, va a ser malo sin importar cómo lo presentes. Y da igual lo que quiera Peeta, es su turno de ser salvado. Los dos se lo debemos. — Mi voz adquiere un tono de súplica. — Además, el Capitolio me odia demasiado. Puedo darme por muerta. Tal vez él aún tenga una oportunidad. Por favor, Haymitch. Dí que me ayudarás. Le frunce el ceño a su botella, sopesando mis palabras.

— Vale. — Dice finalmente.

— Gracias. — Digo. Ahora debería ir a ver a Peeta, pero no quiero. Mi cabeza está dando vueltas por la bebida, y estoy tan hecha polvo, que quién sabe de qué podría convencerme. No, ahora tengo que ir a casa a enfrentarme a mi madre y a Prim. Mientras tropiezo por los escalones a mi casa, la puerta se abre y Gale me toma en brazos.

— Me equivoqué. Debimos habernos marchado cuando dijiste. — Susurra.

— No. — Digo. Estoy teniendo problemas para concentrarme, y el licor no deja de salir de la botella cayendo por la espalda de la chaqueta de Gale, pero a él no parece importarle.

— No es demasiado tarde. — Dice.

Por encima de su hombro, veo a mi madre y a Prim aferradas la una a la otra en el umbral. Huimos. Mueren. Y ahora tengo que proteger a Peeta. Fin de la discusión.

— Sí, lo es. — Mis rodillas ceden y él me sostiene. Mientras el alcohol se hace con mi mente, oigo la botella de cristal hacerse añicos en el suelo. Esto parece apropiado ya que obviamente he perdido el control de todo.

Cuando me despierto, apenas llego al lavabo antes de que el licor haga su reaparición. Arde tanto subiendo como ardió bajando, y sabe el doble de mal. Estoy temblorosa y sudorosa cuando termino de vomitar, pero por lo menos la mayor parte de la cosa está fuera de mi organismo. Lo bastante llegó a mi torrente sanguíneo, sin embargo, resultando en un dolor de cabeza palpitante, boca reseca, y estómago ardiente.

Abro la ducha y me quedo debajo de la tibia lluvia un minuto antes de darme cuenta de que aún estoy en ropa interior. Mi madre debió de limitarse a sacarme la ropa externa sucia y a meterme en cama. Tiro la ropa interior húmeda al lavabo y vierto champú en mi cabeza. Me duelen las manos, y es entonces cuando veo las grapas, pequeñas y regulares, a través de una palma y por el lateral de la otra mano. Vagamente recuerdo romper esa ventana de cristal anoche. Me froto de pies a cabeza, sólo parándome para vomitar de nuevo en la propia ducha. Es sobre todo bilis y baja por el desagüe con las burbujas de olor dulce. Por fin limpia, me pongo el albornoz y vuelvo a la cama, ignorando mi pelo chorreante. Me meto entre las mantas, segura de que así es cómo se siente ser envenenada. Las pisadas en las escaleras renuevan mi pánico de anoche. No estoy lista para ver a mi madre y a Prim. Tengo que recomponerme para estar calmada y segura, igual que estaba cuando nos dijimos adiós el día de la última cosecha. Tengo que ser fuerte. Lucho por conseguir una postura erguida, aparto mi pelo húmedo de mis sienes palpitantes, y me preparo para este encuentro. Aparecen en la puerta, sosteniendo té y tostadas, sus rostros llenos de preocupación. Abro la boca, planeando empezar con algún tipo de chiste, y rompo a llorar. Ya se ve lo de ser fuerte.

Mi madre se sienta a un lado en la cama y Prim se acurruca justo junto a mí y me abrazan, haciendo en voz baja sonidos tranquilizantes, hasta que ya casi acabé de llorar. Después Prim coge una toalla y me seca el pelo, pasando el peine por los nudos, mientras mi madre me coacciona a tomar té y tostadas. Me visten en un pijama cálido y me ponen más mantas y me vuelvo a dormir.

Sé por la luz que ya estamos al final de la tarde cuando me despierto de nuevo. Hay un vaso de agua en mi mesilla de noche y lo bebo a grandes tragos, sedienta. Mi estómago y mi cabeza aún parecen rocas, pero mucho mejor que antes. Me levanto, me visto, y me hago una trenza en el pelo. Antes de bajar, me detengo en la parte alta de las escaleras, sintiéndome algo avergonzada por cómo he encajado las noticias del Quarter Quell. Mi huida errática, beber con Haymitch, llorar. Dadas las circunstancias, supongo que me merezco un día de indulgencia. Aunque me alegro de que las cámaras no hayan estado aquí para verlo. Abajo, mi madre y Prim me abrazan de nuevo, pero no son muy emotivas. Sé que se están guardando cosas para hacérmelo más fácil. Mirando al rostro de Prim, es difícil imaginar que sea la misma niñita frágil a la que dejé atrás en el día de la cosecha hace nueve meses. La combinación de esa terrible prueba y todo lo que ha venido después—la crueldad en el distrito, la procesión de enfermos y heridos a la que ahora a menudo trata por sí sola si las manos de mi madre están demasiado llenas—esas cosas la han envejecido años. También ha crecido un buen pedazo;

ahora somos casi de la misma estatura, pero eso no es lo que la hace parecer tan mayor.

Mi madre me sirve una taza de caldo, y pido una segunda taza para llevarle a Haymitch. Después camino por el jardín hasta su casa. Acaba de despertarse y acepta la taza sin comentarios. Nos sentamos allí casi pacíficamente, sorbiendo nuestro caldo y mirando el atardecer a través de la ventana de su salón. Oigo a alguien dando vueltas arriba y asumo que es Hazelle, pero unos minutos después baja Peeta y lanza sobre la mesa con energía una caja de cartón de botellas de licor vacías.

— Ahí, ya está hecho. — Dice.

Haymitch está necesitando todos sus recursos para enfocar los ojos en las botellas, así que hablo yo:

— ¿Qué está hecho?

— He vertido todo el licor por el desagüe. — Dice Peeta.

Esto parece despertar a Haymitch de su estupor, y palpa la caja con incredulidad.

— ¿Tú qué?

— Tiré el lote. — Dice Peeta.

— Simplemente comprará más. — Digo yo.

— No, no lo hará. — Dice Peeta. — Fui a buscar a Ripper esta mañana y le dije que la entregaría en cuanto vendiera a cualquiera de vosotros. También le pagué, sólo para asegurarme, pero no creo que tenga ganas de volver a la custodia de los agentes de la paz. Haymitch lanza un tajo con su cuchillo pero Peeta lo esquivo con tanta facilidad que es patético. En mi interior se despierta la furia.

— ¿Por qué es asunto tuyo lo que él haga?

— Es completamente asunto mío. Sin importar en qué resulte, dos de nosotros vamos a estar en la arena con el otro como mentor. No podemos

permitirnos a ningún borracho en este equipo. Especialmente no a ti, Katniss. — Me dice Peeta.

— ¿Qué? — Farfullo, indignada. Sería más convincente si no tuviera aún tanta resaca. — Anoche fue la primera vez que he estado nunca borracha.

— Sí, y mira en qué estado estás. — Dice Peeta.

No sé qué me esperaba de mi primer encuentro con Peeta después del anuncio. Unos cuantos abrazos y besos. Tal vez algo de confort. No esto. Me vuelvo a Haymitch.

— No te preocupes, te conseguiré más licor.

— Entonces os entregaré a los dos. Dejemos que se os pase la borrachera en la mazmorra.

— ¿Cuál es el sentido de esto? — Pregunta Haymitch.

— El sentido es que dos de nosotros volveremos a casa desde el Capitolio. Un mentor y un vencedor. — Dice Peeta. — Effie me está mandando grabaciones de todos los vencedores vivos. Vamos a ver sus Juegos y aprender todo lo que podamos sobre cómo luchan. Ganaremos peso y nos haremos más fuertes. Vamos a empezar a actuar como tributos profesionales. ¡Y uno de nosotros va a volver a ser un vencedor tanto si os gusta como si no! — Sale del cuarto como una exhalación, dando un portazo.

Haymitch y yo hacemos un gesto de dolor ante el golpe.

— No me gusta la gente con superioridad moral. — Digo.

— ¿Qué hay de bueno en ellos? — Dice Haymitch, quien empieza a sorber los restos de una de las botellas vacías.

— Tú y yo. Somos nosotros quien él planea que vuelvan a casa.

— Bueno, entonces le salió el tiro por la culata.

Pero después de unos días, accedemos a actuar como Profesionales, porque es la mejor forma de conseguir que Peeta también esté listo. Cada noche vemos los viejos resúmenes de los Juegos que ganaron el resto de vencedores.

Me doy cuenta de que nunca vimos a ninguno durante el Tour de la Victoria, lo que parece raro en retrospectiva. Cuando lo menciono, Haymitch dice que lo último que el Presidente Snow habría querido era mostrarnos a Peeta y a mí—especialmente a mí—haciendo migas con otros vencedores en distritos potencialmente rebeldes. Los vencedores tienen un estatus especial, y si parecieran apoyar mi desafío al Capitolio, habría sido políticamente peligroso. Ajustándome a la edad, me doy cuenta de que algunos de nuestros oponentes ya serán mayores, lo que es a la vez triste y tranquilizador. Peeta toma copiosas notas. Haymitch ofrece información sobre la personalidad de los vencedores, y lentamente empezamos a conocer a nuestra competencia. Cada mañana hacemos cosas para fortalecer nuestros cuerpos. Corremos y levantamos cosas y estiramos los músculos. Cada tarde trabajamos en habilidades de combate, lanzando cuchillos, luchando cuerpo a cuerpo; incluso les enseño a escalar árboles. Oficialmente, los tributos no deben entrenar, pero nadie intenta detenernos. Incluso en años normales, los tributos de los Distritos 1, 2 y 4 aparecen capaces de blandir lanzas y espadas. Esto no es nada en comparación.

Después de todos los años de abuso, el cuerpo de Haymitch se resiste a la mejora. Aún es destacablemente fuerte, pero la carrera más corta lo deja sin aliento. Y pensarías que un tipo que duerme todas las noches con un cuchillo sería de hecho capaz de golpear la pared de la casa con uno, pero sus manos dan tales sacudidas que le lleva semanas conseguir incluso eso. Sin embargo, Peeta y yo mejoramos mucho bajo el nuevo régimen. Me da algo que hacer. Nos da a todos algo que hacer además de aceptar la derrota. Mi madre nos pone en una dieta especial para ganar peso. Prim trata nuestros músculos doloridos. Madge nos trae a escondidas los periódicos del Capitolio de su padre. Las predicciones sobre quién será el vencedor de los vencedores nos muestran entre los favoritos. Incluso Gale aparece en escena los domingos, aunque no les tiene aprecio ninguno a Peeta ni a Haymitch, y nos enseña todo lo que sabe sobre trampas. Es raro para mí, estar en conversaciones con Peeta y Gale a la vez, pero parece que ellos han dejado a un lado los problemas que sea que tengan con respecto a mí.

Una noche, mientras acompaño a Gale de vuelta a la ciudad, incluso admite:

— Sería mejor si fuera más fácil odiarlo.

— Dímelo a mí. — Digo. — Si hubiera podido simplemente odiarlo en la arena, no estaríamos ahora en este lío. Él estaría muerto, y yo sería una vencedora feliz y contenta yo solita.

— ¿Y dónde estaríamos nosotros, Katniss? — Pregunta Gale. Me detengo, sin saber qué decir. ¿Dónde estaría yo con mi fingido primo que no sería mi primo de no ser por Peeta? ¿Aún me habría besado y yo le habría devuelto el beso de haber sido libre para hacerlo? ¿Me habría abierto a él, arrullada por la seguridad del dinero y la comida y la seguridad que el ser una vencedora podía traer en diferentes circunstancias? Pero aún así siempre estaría la cosecha cerniéndose sobre nosotros, sobre nuestros hijos. Sin importar lo que yo quisiera . . .

— Cazando. Como cada domingo. — Digo. Sé que él no se refería a la respuesta literal, pero esto es todo cuanto puedo ofrecer honestamente. Gale sabe que lo elegí por encima de Peeta cuando no huí. Para mí, no tiene sentido hablar sobre cosas que podrían haber sido. Incluso de haber matado a Peeta en la arena, aún no habría querido casarme con nadie. Sólo me prometí para salvar la vida de gente, y ese tiro me salió completamente por la culata. En cualquier caso, tengo miedo de que cualquier tipo de escena emocional con Gale tal vez le haga hacer algo drástico. Como empezar un levantamiento en las minas. Y tal y como dice Haymitch, el Distrito 12 no está preparado para eso. Si eso, están menos preparados que antes del anuncio del Quarter Quell, porque a la mañana siguiente otro centenar de agentes de la paz llegaron por tren.

Ya que no tengo pensado volver con vida la segunda vez, cuanto antes renuncie Gale a mí, mejor. Sí que tengo pensado decirle una o dos cosas antes de la cosecha, cuando se nos permita una hora para nuestras despedidas. Para decirle a Gale qué esencial ha sido para mí todos estos años. Hasta qué punto ha sido mejor mi vida por conocerlo. Por amarlo, incluso si sólo es de la forma limitada en que puedo hacerlo.

Pero nunca tengo la oportunidad.

El día de la cosecha es cálido y bochornoso. La población del Distrito 12 espera, sudando y en silencio, en la plaza, con pistolas automáticas apuntándoles. Yo estoy en pie, sola, en una pequeña área acordonada con Peeta y Haymitch en un redil similar a mi derecha. La cosecha sólo lleva un minuto. A Effie, resplandeciendo en una peluca de oro metálico, le falta su brío habitual. Tiene que rebuscar por toda la bola de cosecha de las chicas durante bastante rato para poder agarrar el único pedazo de papel que todo el mundo sabe ya que tiene mi nombre escrito. Después coge el nombre de Haymitch. Este apenas tiene tiempo de lanzarme una mirada infeliz antes de que Peeta se haya presentado voluntario para ocupar su puesto. Nos llevan de inmediato al Edificio de Justicia para encontrar al agente de la paz en jefe Thread esperándonos.

— Nuevo procedimiento. — Dice con una sonrisa. Nos conducen por una puerta trasera a un coche, y nos llevan a la estación de tren. No hay cámaras en la plataforma, no hay multitud para mandarnos en camino. Haymitch y Effie aparecen, escoltados por guardias. Agentes de la paz nos meten prisa para entrar en el tren y cierran la puerta. Las ruedas empiezan a girar. Y yo me quedo mirando por la ventana, viendo desaparecer el Distrito 12, con todos mis adiós aún colgando de los labios.

Me quedo en la ventana hasta mucho después de que el bosque se haya tragado la última imagen de mi hogar. Esta vez no tengo ni la más mínima esperanza de volver. Antes de mis primeros Juegos, le prometí a Prim que haría todo lo que pudiera para ganar, y ahora me he jurado a mí misma hacer todo lo que pueda para mantener a Peeta con vida. Nunca volveré a hacer este camino al revés.

Ya había decidido cuáles quería que fueran mis últimas palabras a mis seres queridos. Cómo hacer para cerrar y echar la llave de la mejor forma posible a las puertas y dejarlos tristes pero a salvo atrás. Y ahora el Capitolio también me ha robado eso.

— Escribiremos cartas, Katniss. — Me dice Peeta desde detrás. — Será mejor, en cualquier caso. Darles una parte de nosotros a la que aferrarse. Haymitch las entregará por nosotros si... necesitan ser entregadas.

Asiento y me voy derecha a mi habitación. Me siento en la cama, sabiendo que nunca escribiré esas cartas. Serán como el discurso que intenté escribir en honor de Rue y Thresh en el Distrito 11. Las cosas parecían claras en mi cabeza e incluso cuando hablé ante la muchedumbre, pero las palabras nunca salían bien del bolígrafo. Además, se suponía que estas debían ir con abrazos y besos y una caricia en el pelo de Prim, una caricia al rostro de Gale, un apretón a la mano de Madge. No pueden ser entregadas con una caja de madera conteniendo mi cuerpo frío y rígido.

Demasiado abatida para llorar, todo lo que quiero es acurrucarme en la cama y dormir hasta que lleguemos al Capitolio mañana por la mañana. Pero tengo una misión. No, es más que una misión. Es mi última voluntad. Mantener a Peeta con vida. Y tan improbable como parece eso a la vista de la ira del Capitolio, es importante que esté a la altura de los mejores. Esto no pasará si estoy guardando duelo por todos los que quiero allá en casa. Déjalos ir, me digo a mí misma. Di adiós y olvídalos. Hago lo que puedo, pensando en ellos uno por uno,

liberándolos como a pájaros de las jaulas protectoras dentro de mí, cerrando las puertas contra su regreso.

Para cuando Effie golpea en mi puerta para llamarme para cenar, estoy vacía. Pero la ligereza no es del todo mal recibida.

La comida es apagada. Tan apagada, de hecho, que hay largos períodos de silencio aliviados sólo por la retirada de platos viejos y la presentación de unos nuevos. Una sopa fría de puré de verduras. Pasteles de pescado con cremosa salsa de lima. Esos pajaritos de los que comes huesos y todo, con arroz salvaje y berros. Mousse de chocolate salpicada de cerezas. Peeta y Effie hacen intentos ocasionales de conversación que se apagan rápidamente.

— Me gusta tu nuevo pelo, Effie. — dice Peeta.

— Gracias. Lo hice preparar especialmente para combinar con la insignia de Katniss. Pensaba que podríamos conseguirte una banda dorada para la pierna y quizás encontrarle a Haymitch un brazalete de oro o algo para que pudiéramos parecer un equipo. — Dice Effie. Evidentemente, Effie no sabe que mi insignia del sinsajo es ahora un símbolo usado por los rebeldes. Por lo menos, en el Distrito 8. En el Capitolio, el sinsajo es todavía un recordatorio divertido de unos Juegos del Hambre especialmente emocionantes. ¿Qué más podría ser? Los rebeldes de verdad no ponen un símbolo secreto en algo tan duradero como la joyería. Lo ponen en una galleta de barquillo que se puede comer en un segundo de ser necesario.

— Creo que es una idea genial. — Dice Peeta. — ¿Qué te parece, Haymitch?

— Sí, da igual. — Dice Haymitch. No está bebiendo pero puedo ver que le gustaría estar haciéndolo. Effie hizo que se llevaran su propio vino cuando vio el esfuerzo que hacía, pero está en un estado deplorable. Si fuera él el tributo, no le habría debido nada a Peeta y podría estar tan borracho como quisiera. Ahora va a costarle todos sus esfuerzos mantener a Peeta con vida en una arena llena de sus viejos amigos, y probablemente fracasará.

— Tal vez podríamos conseguirte a ti también una peluca. — Digo yo en un intento de levantar el ánimo. Él se limita a lanzarme una mirada que dice que lo deje en paz, y todos comemos nuestra mousse en silencio.

— ¿Qué os parece que veamos la repetición de las cosechas? — Dice Effie, dándose toquitos en las comisuras de la boca con una servilleta blanca de lino. Peeta se va a buscar su libreta donde tiene a los vencedores que quedan con vida, y nos reunimos en el compartimento con la televisión para ver cuál será nuestra competencia en la arena. Todos estamos en posición cuando empieza a sonar el himno y empieza la repetición anual de las ceremonias de la cosecha en los doce distritos. En la historia de los Juegos ha habido setenta y cinco vencedores. Cincuenta y nueve aún siguen con vida. Reconozco muchos de sus rostros, ya sea por verlos como tributos o mentores en los previos Juegos o por nuestra reciente revisión de las cintas de los vencedores. Algunos son tan viejos o están tan consumidos por enfermedades, drogas o la bebida que no puedo situarlos. Tal y como uno esperaría, las colecciones de tributos profesionales de los Distritos 1, 2 y 4 son las mayores. Pero cada Distrito se las ha arreglado para aportar por lo menos un tributo femenino y uno masculino.

Las cosechas pasan con rapidez. Peeta pone cuidadosamente estrellas junto a los nombres de los tributos elegidos en su libreta. Haymitch observa, su rostro vacío de emoción, mientras amigos suyos dan un paso al frente para subir al escenario. Effie susurra comentarios afligidos como “Oh, no Cecelia” o “Bueno, Chaff nunca podía mantenerse al margen en una pelea”, y suspira con frecuencia.

Yo, por mi parte, intento guardar algún archivo mental de los otros tributos, pero como el año pasado, sólo unos pocos se quedan de verdad en mi cabeza. Están los hermanos de belleza clásica del Distrito 1 que fueron vencedores en años consecutivos cuando yo era pequeña. Brutus, un voluntario del Distrito 2, que debe de tener por lo menos cuarenta años y aparentemente no puede esperar para volver a la arena. Finnick, el guapo chico de pelo bronceado del Distrito 4 que fue coronado hace diez años a la edad de catorce. Una joven histérica con pelo marrón largo y suelto también es llamada en el 4, pero es rápidamente sustituida por una voluntaria, una mujer de ochenta años que necesita un bastón para subirse al escenario. Después está Johanna Mason, la única vencedora mujer que sigue con vida en el 7, quien ganó hace unos pocos años a base de hacerse pasar por una debilucha. La mujer del 8 a quien Effie llama Cecelia, quien aparenta unos treinta, tiene que desasirse de los tres niños que corren para aferrarse a ella. Chaff, un hombre del 11 de quien sé que es uno de los amigos particulares de Haymitch, también va.

Soy llamada. Después Haymitch. Y Peeta se presenta voluntario. Una de las presentadoras se pone llorosa de verdad porque parece que la suerte nunca estará de nuestra parte, los amantes imposibles del Distrito 12. Después se

recompone para decir que se apuesta que “¡estos serán los mejores Juegos que ha habido nunca!”

Haymitch deja el compartimento sin una palabra, y Effie, después de hacer unos pocos comentarios inconexos sobre este tributo o aquel, nos desea las buenas noches. Yo me limito a quedarme allí sentada mirando a Peeta arrancar las hojas de los tributos que no fueron escogidos.

— ¿Por qué no duermes algo? — Dice.

Porque no puedo soportar las pesadillas. No sin ti, pienso. Esta noche van a ser atroces, con toda seguridad. Pero difícilmente puedo pedirle a Peeta que venga a dormir conmigo. Apenas nos hemos tocado desde aquella noche en la que Gale fue azotado.

— ¿Qué vas a hacer? — Pregunto.

— Sólo revisar mis notas un rato. Conseguir una imagen clara de a qué nos enfrentamos. Pero lo repasaré contigo por la mañana. Vete a la cama, Katniss. — Dice. Así que voy a la cama y, con toda seguridad, en unos minutos me despierto de una pesadilla donde la anciana del Distrito 4 se transforma en un inmenso roedor y me muerde en la cara. Sé que estaba gritando, pero nadie viene. No Peeta, no ninguno de los encargados del Capitolio. Me pongo un albornoz para tratar de calmar la carne de gallina que se levanta por todo mi cuerpo. Quedarme en mi compartimento es imposible, así que decido ir a buscar a alguien para que me haga té o chocolate caliente o cualquier cosa. Tal vez Haymitch aún esté levantado. Seguro que no está dormido.

Ordeno leche tibia, la cosa más calmante que se me ocurre, a un encargado. Oyendo voces del cuarto de la televisión, entro y encuentro a Peeta. A su lado en el sofá está la caja que Effie envió de cintas de los viejos Juegos del Hambre. Reconozco el episodio en el cual Brutus se convirtió en vencedor.

Peeta se levanta y apaga la cinta cuando me ve.

— ¿No podías dormir?

— No mucho. — Digo. Me envuelvo el albornoz con más fuerza a mi alrededor cuando recuerdo a la anciana transformándose en el roedor.

— ¿Quieres hablar de eso? — Pregunta. A veces eso puede ayudar, pero yo sólo sacudo la cabeza, sintiéndome débil porque gente con la que ni siquiera he luchado todavía ya me persigue.

Cuando Peeta abre los brazos, voy directa hacia ellos. Es la primera vez desde que anunciaron el Quarter Quell que me ha ofrecido cualquier tipo de afecto. Ha sido más como un entrenador muy exigente, siempre presionando, siempre insistiendo que Haymitch y yo corramos más rápido, comamos más, conozcamos mejor a nuestro enemigo. ¿Amante? Olvídalo. Abandonó cualquier pretensión de ser siquiera mi amigo. Rodeo con fuerza su cuello con mis brazos antes de que pueda mandarme hacer flexiones o algo. En vez de eso me sostiene cerca y entierra el rostro en mi pelo. Calor irradia del punto donde sus labios simplemente tocan mi cuello, extendiéndose lentamente por el resto de mí. Se siente tan bien, tan imposiblemente bien, que sé que no seré la primera en soltarme.

¿Y por qué debería hacerlo? Le he dicho adiós a Gale. Nunca lo volveré a ver, eso seguro. Nada de lo que haga ahora puede hacerle daño. No lo verá o pensará que estoy actuando para las cámaras. Eso, por lo menos, es un peso fuera de mis hombros. La llegada del encargado del Capitolio con la leche tibia es lo que nos separa. Coloca una bandeja en una mesa con una jarra de cerámica humeante y dos tazas.

— Traje una taza extra. — Dice.

— Gracias. — digo yo.

— Y le añadí un toque de miel a la leche. Para endulzarla. Y sólo una pizca de especia. — Añade. Nos mira como si quisiera decir más, después sacude levemente la cabeza y sale de la habitación.

— ¿Qué le pasa? — Digo.

— Creo que se siente mal por nosotros. — Dice Peeta.

— Ya. — Digo, vertiendo la leche.

— Lo digo en serio. No creo que la gente del Capitolio vaya a estar muy contenta con nosotros volviendo a entrar. — Dice Peeta. — O los otros vencedores. Se sienten unidos a sus campeones.

— Supongo que lo superarán una vez empiece a fluir la sangre. — Digo cansinamente. De verdad, si hay algo para lo que no tengo tiempo, es para preocuparme por cómo afectará el Quarter Quell al humor en el Capitolio. — Así que, ¿estás viendo otra vez todas las cintas?

— En realidad no. Sólo saltando por ahí para ver las diferentes técnicas de lucha de la gente. — Dice Peeta.

— ¿Quién va después?

— Tú eliges. — Dice Peeta, levantando la caja.

Las cintas están marcadas con el año de los Juegos y el nombre del vencedor. Escarbo por ahí y de repente encuentro una en mi mano que no hemos visto. El año de los Juegos es cincuenta. Eso sería el segundo Quarter Quell. Y el nombre del vencedor es Haymitch Abernathy.

— Nunca vimos esta. — Digo.

Peeta sacude la cabeza.

— No. Sabía que Haymitch no quería. Igual que nosotros no queríamos revivir nuestros propios Juegos. Y ya que todos estamos en el mismo equipo, no pensé que importara mucho.

— ¿Está aquí la persona que ganó el veinticinco? — Pregunto.

— No lo creo. Quien quiera que fuera debe de estar muerto ahora, y Effie sólo me envió la de los vencedores a los que tal vez nos tendríamos que enfrentar.

— Peeta sopesa en la mano la cinta de Haymitch. — ¿Por qué? ¿Crees que deberíamos verla?

— Es el único Quell que tenemos. Quizás obtengamos algo valioso sobre cómo trabajan. — Digo. Pero me siento rara. Parece una gran invasión de la privacidad de Haymitch. No sé por qué debería ser así, ya que toda la cosa fue pública. Pero lo es. Tengo que admitir que también me siento extremadamente curiosa. — No tenemos que decirle a Haymitch que la vimos.

— Vale. — Accede Peeta. Pone la cinta y me acurruco a su lado en el sofá con mi leche, que está verdaderamente deliciosa con la miel y las especias, y me pierdo en los Quincuagésimos Juegos del Hambre. Después del himno, muestran

al Presidente Snow sacando el sobre del Segundo Quarter Quell. Parece más joven pero igual de repelente. Lee el cuadrado de papel en la misma voz onerosa que usó para el nuestro, informando a Panem de que en honor del Quarter Quell, habrá dos veces más tributos. Los editores cortan directamente a las cosechas, donde se llama nombre tras nombre tras nombre.

Para cuando llegamos al Distrito 12, estoy completamente superada por el increíble número de chicos yendo a una muerte segura. Hay una mujer, no Effie, leyendo los nombres en el 12, pero todavía empieza con el “¡Damas primero!” Lee el nombre de una chica de la Veta, lo puedes ver por su apariencia, y después oigo el nombre “Maysilee Donner”.

— ¡Oh! — Digo. — Esa era amiga de mi madre. — La cámara la encuentra entre la multitud, aferrándose a otras dos chicas. Todas rubias. Todas definitivamente hijas de comerciantes.

— Creo que esa es tu madre abrazándola. — Dice Peeta en voz baja. Y tiene razón. Mientras Maysilee se desprende valientemente de las otras y se dirige al tablado, alcanzo a ver fugazmente a mi madre a mi edad, y nadie ha exagerado su belleza. Sosteniendo su mano y llorando está otra chica que es parecidísima a Maysilee. Pero también a alguien más a quien yo conozco.

— Madge. — Digo.

— Esa es su madre. Ella y Maysilee eran gemelas o algo. — Dice Peeta. — Mi padre lo mencionó una vez.

Pienso en la madre de Madge. La esposa del Alcalde Undersee. Quien se pasa la mitad de su vida en la cama inmovilizada por un dolor terrible, alejando al mundo. Pienso en cómo nunca me di cuenta de que ella y mi madre compartían este vínculo. En Madge apareciendo en aquella tormenta de nieve para traer el analgésico para Gale. En mi insignia del sinsajo y en cómo ahora significa algo completamente diferente porque sé que su antigua dueña era la tía de Madge, Maysilee Donner, un tributo que fue asesinada en la arena. El nombre de Haymitch es llamado el último de todos. Es más un shock verlo a él que a mi madre. Joven. Fuerte. Es duro admitirlo, pero era un buen mozo. Su pelo oscuro y rizado, esos ojos grises de la veta brillantes e, incluso, peligrosos.

— Oh. Peeta, no crees que él mató a Maysilee, ¿verdad? — Suelto de repente. No sé por qué, pero no puedo soportar la idea.

— ¿Con cuarenta y ocho jugadores? Diría que las probabilidades están en contra. — Dice Peeta.

Pasan rápidamente los paseos en carruaje—en los cuales los chicos del Distrito 12 están vestidos en horribles vestidos de minero—y las entrevistas. Hay poco tiempo para enfocarse en nadie. Pero ya que Haymitch va a ser el vencedor, vemos un intercambio completo entre él y Caesar Flickerman, a quien se ve exactamente igual que siempre en su centelleante traje azul medianoche. Sólo su pelo, párpados y labios verde oscuro son diferentes.

— Así que, Haymitch, ¿qué opinas de que los Juegos tengan un ciento por ciento más de competidores de lo habitual? — Pregunta Caesar.

Haymitch se encoge de hombros.

— No veo que eso suponga mucha diferencia. Aún serán un ciento por ciento igual de estúpidos que siempre, así que supongo que mis probabilidades serán en lo fundamental las mismas.

La audiencia rompe en carcajadas y Haymitch les ofrece una media sonrisa. Ácida. Arrogante. Indiferente.

— No tuvo que esforzarse mucho para eso, ¿verdad? — Digo. Ahora es la mañana en la que empiezan los Juegos. Vemos desde el punto de vista de uno de los tributos mientras se levanta a través del tubo de la Sala de Lanzamiento y a la arena. No puedo sino soltar un grito ahogado. La incredulidad está reflejada en los rostros de los jugadores. Incluso las cejas de Haymitch se alzan de placer, aunque casi de inmediato vuelven a fruncirse de nuevo.

Es el lugar más hermoso que se pueda imaginar. La Cornucopia dorada está situada en el centro de una pradera verde llena de flores preciosas. El cielo es de un intenso color azul con algodonosas nubes blancas. Brillantes pájaros cantores vuelan alrededor. Por la forma en la que algunos de los tributos están olisqueando, debe de oler genial. Una imagen aérea muestra que la pradera se extiende kilómetros y kilómetros. Allá en la distancia, en una dirección, parece haber un bosque, en la otra, una montaña coronada de nieve. La belleza desorienta a muchos jugadores, porque cuando suena el gong, la mayoría de ellos parece que están tratando de despertarse de un sueño. No Haymitch, sin embargo. Está en la Cornucopia, preparado con armas y una mochila de provisiones de su elección. Se dirige al bosque antes de que la mayoría de los demás hayan salido de sus plataformas. Dieciocho tributos mueren en el baño de

sangre ese primer día. Otros empiezan a caer rápidamente después, cuando queda claro que casi todo en este bonito lugar—la succulenta fruta colgando de los arbustos, el agua en los arroyos cristalinos, incluso el perfume de las flores cuando se inhala demasiado directamente—es mortalmente venenoso. Sólo el agua de lluvia y la comida proporcionada en la Cornucopia son seguras para consumo. También hay un gran grupo, bien provisto, de diez Profesionales organizando una batida en la montaña en busca de víctimas.

Haymitch tiene sus propios problemas en el bosque, donde las blanditas ardillas doradas resultan ser carnívoras y atacan en manadas, y las picaduras de mariposa traen agonía cuando no la muerte. Pero persiste en seguir adelante, siempre manteniendo a su espalda la distante montaña.

Maysilee Donner resulta estar muy llena de recursos, para una chica que dejó la Cornucopia con sólo una pequeña mochila. Dentro encontró un cuenco, algo de carne seca, y una cerbatana con dos docenas de dardos. Usando los venenos fácilmente disponibles, enseguida convierte a la cerbatana en un arma mortal a base de sumergir los dardos en sustancias letales y dirigiéndolos a la carne de sus oponentes.

Después de cuatro días, la pintoresca montaña explota en un volcán que aniquila a otra decena de jugadores, incluyendo a todo el grupo de Profesionales excepto a cinco. Con la montaña escupiendo fuego líquido, y la pradera no ofreciendo ningún medio de escondite, los trece tributos restantes—includingo a Haymitch y a Maysilee—no tienen más opción que confinarse en el bosque.

Haymitch parece decidido a continuar en la misma dirección, lejos de la ahora volcánica montaña, pero un laberinto de setos fuertemente entretejidos lo obliga a volver al centro del bosque, donde se encuentra a tres de los Profesionales y saca su cuchillo. Tal vez ellos sean mucho más grandes y fuertes, pero Haymitch tiene una destacable velocidad y ya ha matado dos cuando el tercero lo desarma. Ese está a punto de rebanarle la garganta cuando un dardo lo arroja al suelo.

Maysilee Donner sale de entre los árboles.

— Viviríamos más tiempo siendo dos.

— Supongo que acabas de demostrarlo. — Dice Haymitch, frotándose el cuello. —

¿Aliados? — Maysilee asiente. Y allí están, de inmediato dentro de uno de esos pactos que te verás obligado a romper si esperas volver a casa y enfrentarte a tu distrito. Exactamente como Peeta y yo, les va mejor juntos. Descansan más, consiguen un sistema para conseguir más agua de lluvia, luchan como un equipo, y comparten la comida de las mochilas de los tributos muertos. Pero Haymitch aún está determinado a seguir adelante.

— ¿Por qué? — Maysilee no deja de preguntar, y él la ignora hasta que ella se niega a andar más sin una respuesta.

— Porque tiene que terminar en algún sitio, ¿no? — Dice HAYmitch. — La arena no puede seguir eternamente.

— ¿Qué esperas encontrar? — Pregunta Maysilee.

— No lo sé. Pero tal vez haya algo que podamos usar. — Dice él. Cuando por fin salen de esos setos imposibles, usando un soplete de una de las mochilas de los Profesionales muertos, se encuentran sobre una tierra seca y llana que lleva a un acantilado. Más abajo, puedes ver rocas puntiagudas.

— Eso es todo lo que hay, Haymitch. Volvamos. — Dice Maysilee.

— No. Yo me quedo aquí.

— Está bien. Sólo quedamos cinco. Podemos decirnos adiós ahora, en cualquier caso. — Dice ella. — No quiero que al final quedemos tú y yo.

— Vale. — Accede él. No se ofrece para un apretón de manos, ni siquiera la mira. Y ella se va.

Haymitch camina por el borde del acantilado como si intentara averiguar algo. Su pie descoloca una piedrecilla y esta cae al abismo, aparentemente perdida para siempre. Pero un minuto después, cuando él se sienta a descansar, la piedrecilla sale disparada hacia arriba y cae a su lado. Haymitch se la queda mirando, intrigado, y después su rostro adquiere una extraña intensidad. Lanza una roca del tamaño de su puño por el acantilado y espera. Cuando vuelve arriba justo a su mano, empieza a reírse.

Es entonces cuando oímos a Maysilee empezar a gritar. La alianza se ha terminado y fue ella quien la rompió, así que nadie podría culparlo por ignorarla. Pero en cualquier caso, Haymitch corre hacia ella. Llega sólo a tiempo de ver a los

últimos de una bandada de pájaros rosa chillón, equipados con picos largos y finos, pincharla en el cuello. Sostiene su mano mientras ella muere, y todo en lo que puedo pensar es Rue y cómo yo también llegué demasiado tarde para salvarla.

Más tarde ese día, otro tributo muere en un combate y un tercero es devorado por una manada de esas ardillas blanditas, dejando a Haymitch y a una chica del Distrito 1 para competir por la corona. Ella es más grande que él e igual de rápida, y cuando llega la lucha inevitable, es sangrienta y terrible y los dos han recibido las que bien podrían ser heridas fatales, cuando Haymitch por fin es desarmado. Anda torpemente por el hermoso bosque, sosteniendo en el interior sus intestinos, mientras ella tropieza detrás de él, sosteniendo el hacha que debería propinarle el golpe de gracia. Haymitch hace un zigzag hasta su acantilado y acaba de llegar al borde cuando ella lanza el hacha. Él se lanza al suelo y el hacha cae al abismo. Ahora también desarmada, la chica se queda allí de pie, intentando detener el flujo de sangre que fluye de su cuenca ocular vacía. Tal vez está pensando en que puede durar más que Haymitch, que están empezando a convulsionar en el suelo. Pero lo que ella no sabe, y él sí, es que el hacha va a volver. Y cuando vuela otra vez sobre el borde, se entierra en la cabeza de ella. El cañón suena, su cuerpo es retirado, y las trompetas suenan para anunciar la victoria de Haymitch.

Peeta apaga la cinta y nos quedamos allí sentados en silencio durante un rato. Por fin, Peeta dice:

— El campo de fuerza en el fondo del acantilado, era como el del techo del Centro de Entrenamiento. El que te lanza hacia atrás si intentas saltar y cometer suicidio. Haymitch encontró la forma de convertirlo en un arma.

— No sólo contra los otros tributos, también contra el Capitolio. — Digo. — ya sabes que ellos no esperaban que pasara eso. Se suponía que no era parte de la arena. Nunca planearon que nadie lo usara como un arma. Les hizo parecer estúpidos el que él lo averiguara. Me apuesto a que se pasaron un buen tiempo intentando darle la vuelta a esa. Me apuesto a que esa es la razón por la que no recuerdo haberlo visto nunca en la televisión. ¡Es casi tan malo como nosotros con las bayas!

No puedo evitar reírme, reírme de verdad, por primera vez en meses. Peeta sólo sacude la cabeza como si hubiera perdido la chaveta—y tal vez lo haya hecho, un poco.

— Casi, pero no del todo. — Dice Haymitch desde detrás de nosotros. Me doy la vuelta de repente, asustada de que vaya a estar enfadado por que hayamos visto su cinta, pero sólo se sonríe con suficiencia y toma un trago de una botella de vino. Ya se ve lo de la sobriedad. Supongo que debería disgustarme el que esté volviendo a beber, pero estoy preocupada por otro sentimiento.

He pasado todas estas semanas intentando saber quiénes son mis competidores, sin pensar siquiera en quiénes son mis compañeros de equipo. Ahora está naciendo dentro de mí una nueva clase de confianza, porque creo que por fin sé quién es Haymitch. Y estoy empezando a saber quién soy yo. Y seguro que dos personas que le han causado tantos problemas al Capitolio pueden pensar en una forma para traer a Peeta a casa con vida. 15

Habiendo pasado por la preparación con Flavius, Venia y Octavia numerosas veces, debería ser simplemente una vieja rutina por la que pasar. Pero no he anticipado el ciclón emocional que me espera. En algún punto durante la preparación, cada uno de ellos rompe en lágrimas por lo menos dos veces, y Octavia se puede decir que mantiene un llanto continuado toda la mañana. Resulta que han terminado por sentirse muy unidos a mí, y la idea de mi regreso a la arena los ha deshecho. Combina eso con el hecho de que perdiéndome a mí perderán su ticket a todo tipo de grandes eventos sociales, particularmente mi boda, y todo el asunto se hace insoportable. La idea de ser fuerte por otra persona nunca les ha entrado en la cabeza, y me encuentro en posición de tener que consolarlos. Dado que yo soy la persona que va a ser masacrada, esto es algo molesto.

Es interesante, sin embargo, cuando pienso en lo que dijo Peeta sobre que el encargado del tren estaba triste por el hecho de que los vencedores tuvieran que volver a luchar. Sobre que a la gente del Capitolio no le gustaba. Aún creo que todo eso quedará olvidado una vez suene el gong, pero es algo así como una revelación que aquellos en el Capitolio sientan algo en absoluto hacia nosotros. Verdaderamente no tienen problema en ver a niños asesinados cada año. Pero tal vez saben demasiado sobre los vencedores, especialmente sobre los que han sido celebridades durante años, como para olvidar que somos seres humanos. Es más como ver a tus propios amigos morir. Más como los Juegos para aquellos de nosotros en los distritos. Para cuando aparece Cinna, estoy irritable y exhausta por haber reconfortado al equipo de preparación, especialmente porque sus lágrimas constantes me están recordando aquellas que sin duda alguna se están vertiendo en casa. Quedándome allí en mi fino albornoz con mi piel y mi corazón doloridos, sé que no puedo soportar ni una mirada más de lástima. Así que en cuanto entra por la puerta espeto:

— Te juro que si lloras, te mataré aquí y ahora.

Cinna sólo sonrío.

— ¿Has tenido una mañana húmeda?

— Podrías escurrirme. — Respondo.

Cinna me rodea el hombro con los brazos y me lleva a la comida.

— No te preocupes. Siempre canalizo mis emociones hacia mi trabajo. Así no le hago daño a nadie más que a mí mismo.

— No puedo pasar por eso otra vez. — Lo advierto.

— Lo sé. Hablaré con ellos.

La comida me hace sentir un poco mejor. Faisán con una selección de gelatinas del color de joyas, y versiones diminutas de verduras reales nadando en mantequilla, y puré de patata con perejil. Como postre sumergimos trozos de fruta en una pota de chocolate fundido, y Cinna tiene que ordenar una segunda pota porque empiezo a comer la cosa con una cuchara.

— Así que, ¿qué llevaremos para las ceremonias de apertura? — Pregunto finalmente cuando rebaño la segunda pota hasta que está limpia. — ¿Linternas en la cabeza o fuego? —

Sé que el paseo en carruaje requerirá que Peeta y yo vayamos vestidos en algo relacionado con el carbón.

— Algo en esa línea.

Cuando es hora de entrar en el disfraz para las ceremonias de apertura, mi equipo de preparación aparece pero Cinna los manda fuera, diciendo que han hecho un trabajo tan espectacular por la mañana, que no queda nada que hacer. Se van a recuperarse, gracias a Dios dejándome en las manos de Cinna. Él me recoge el pelo primero, en el estilo trenzado que le enseñó mi madre, y después procede con mi maquillaje. El año pasado usó poco para que la audiencia me reconociera cuando aterrizara en la arena. Pero ahora mi cara está casi cubierta por los realces dramáticos y las sombras oscuras. Altas cejas arqueadas, pómulos afilados, ojos ardientes, labios de un profundo púrpura. Al principio el disfraz

engaña, pareciendo simple, sólo un mono ajustado que me cubre desde el cuello hacia abajo. Me coloca en la cabeza una media corona como la que recibí como vencedora, pero esta está hecha de un pesado metal negro, no de oro. Después ajusta la luz en la habitación para imitar el crepúsculo y presiona un botón en la tela junto a mi muñeca. Miro abajo fascinada mientras mi conjunto llega a la vida lentamente, primero con una débil luz dorada pero gradualmente transformándose en el rojo anaranjado del carbón ardiente. Parezco como si hubiera sido cubierta en brasas brillantes—no, que yo soy una brasa brillante sacada directamente del fuego. Los colores vienen y se van, cambian y se funden, exactamente de la misma forma que el carbón.

— ¿Cómo hiciste esto? — Digo maravillada.

— Portia y yo nos hemos pasado muchas horas viendo fuegos. —Dice Cionna. — Ahora mírate.

Me gira hacia un espejo para que pueda ver el efecto completo. No veo a una chica, ni siquiera a una mujer, sino a un ser que no es de este mundo que parece vivir en el volcán que destruyó a tantos en el Quell de Haymitch. La corona negra, que ahora parece roja incandescente, forma extrañas sombras en mi rostro dramáticamente maquillado. Katniss, la chica en llamas. Ha dejado atrás sus llamas titilantes y vestidos enojados y suaves trajes de la luz de una vela. Es tan mortal como el mismo fuego.

— Creo . . . que esto es exactamente lo que necesitaba para enfrentarme a los otros. — Digo.

— Sí, creo que tus días de pintalabios rosa y reverencias han quedado atrás. — Dice Cinna. Toca otra vez el botón en mi muñeca, apagando mi luz. — No gastemos tu paquete de energía. Cuando estés en el carro esta vez, no saludes, no sonrías. Sólo quiero que mires siempre al frente, como si toda la audiencia no mereciera tu atención.

— Por fin algo en lo que seré buena.

Cinna tiene unas cuantas cosas más a las que atender, así que decido dirigirme al piso de abajo del Centro de Renovación, que aloja el inmenso lugar de reunión para los tributos y sus carruajes antes de las ceremonias de apertura. Tengo la esperanza de encontrar a Peeta y a Haymitch, pero aún no han llegado. Al contrario que el año pasado, cuando todos los tributos estaban físicamente pegados a sus carruajes, la escena es muy social. Los vencedores, tanto los

tributos de este año como sus mentores, están esparcidos en pequeños grupos, hablando. Por supuesto, todos ellos se conocen y yo no conozco a nadie, y no soy exactamente del tipo de persona que va por ahí presentándose a los demás. Así que me limito a acariciarle el cuello a uno de mis caballos intentando pasar desapercibida.

No funciona.

El crujido llega a mi oído antes siquiera de saber que está a mi lado, y cuando vuelvo la cabeza, los famosos ojos verde mar de Finnick Odair están a centímetros de los míos. Se mete un azucarillo en la boca y se apoya contra mi caballo.

— Hola, Katniss. — Dice. Como si nos hubiéramos conocido durante años, cuando de hecho nunca nos hemos visto antes.

— Hola, Finnick. — Digo, igual de casualmente, aunque me siento incómoda por su cercanía, especialmente ya que tiene tanta piel expuesta.

— ¿Quieres un azucarillo? — Dice, ofreciendo su mano, que está llena hasta arriba. — Se supone que son buenos para los caballos, pero ¿a quién le importa? Ellos tienen años para comer azúcar, mientras que tú y yo . . . bueno, si vemos algo dulce, mejor que lo agarremos rápido.

Finnick Odair es como una leyenda viva en Panem. Ya que ganó los Sexagésimo Quintos Juegos del Hambre cuando tenía sólo catorce años, aún es de los vencedores más jóvenes. Siendo del Distrito 4, era un Profesional, así que la suerte ya estaba de su parte, pero lo que ningún entrenador podía reclamar haberle dado era su extraordinaria belleza. Alto, atlético, con piel dorada y pelo bronceado y esos ojos increíbles. Mientras otros tributos ese año fueron muy presionados para conseguir un puñado de grano o algunas cerillas como regalo, Finnick nunca tuvo falta de nada, ni comida ni medicina ni armas. Le llevó más o menos una semana a sus competidores darse cuenta de que él era el enemigo a batir, pero ya era demasiado tarde. Ya era un buen luchador con las lanzas y espadas que había encontrado en la Cornucopia. Cuando recibió un paracaídas plateado con un tridente—lo que debe de ser el regalo más caro que he visto nunca en la arena—ya se había acabado todo. La industria del Distrito 4 es la pesca. Había estado en barcos toda su vida. El tridente era una extensión natural, letal, de su brazo. Tejió una red de algún tipo de vid que encontró, la usó para atrapar en ella a sus oponentes para poder ensartarlos con el tridente, y en cuestión de días la corona era suya. Los ciudadanos del Capitolio han estado

babeando por él desde entonces. Por su juventud, no pudieron tocarlo de verdad durante el primer año o dos. Pero desde que cumplió los dieciséis, ha pasado su tiempo en los Juegos perseguido por aquellas desesperadamente enamoradas de él. Nadie retiene su favor durante mucho tiempo. Puede pasar por cuatro o cinco en su visita anual. Viejas o jóvenes, encantadoras o corrientes, ricas o muy ricas, les hace compañía y acepta sus extravagantes regalos, pero nunca se queda, y una vez se ha ido nunca vuelve.

No puedo discutir que Finnick no sea una de las personas más despampanantes y sensuales en el planeta. Pero puedo decir con sinceridad que nunca me ha resultado atractivo. Tal vez es demasiado guapo, o demasiado fácil de conseguir, o tal vez en realidad lo que pasa es que sería demasiado fácil de perder.

— No, gracias. — Le digo al azúcar. — Aunque me encantaría coger prestado tu atuendo alguna vez.

Está cubierto en una red dorada que está estratégicamente anudada en su entrepierna para que no se pueda decir técnicamente que está desnudo, pero está tan cerca de eso como es posible. Estoy segura de que su estilista piensa que cuanto más Finnick vea la audiencia, mejor.

— Me estás aterrorizando de verdad en ese traje. ¿Qué les pasó a los vestidos de niñita guapa? — Pregunta. Se humedece los labios muy levemente con la lengua. Probablemente esto vuelva loca a la mayor parte de la gente. Pero por alguna razón todo en lo que puedo pensar es el viejo Cray, salivando sobre alguna joven pobre y hambrienta.

— Me hice mayor. — Digo.

Finnick toma el cuello de mi atuendo y lo desliza entre sus dedos.

— Es malo todo esto del Quell. Podrías haberte distinguido como una bandida en el capitolio. Joyas, dinero, lo que quisieras.

— No me gustan las joyas, y tengo más dinero del que necesito. Por cierto, ¿en qué te gastas tú el tuyo, Finnick?

— Oh, no he hecho tratos por algo tan común como dinero en años.

— ¿Entonces cómo te pagan por el placer de tu compañía?

— Con secretos. — Dice suavemente. Inclina hacia delante la cabeza de modo que sus labios están casi en contacto con los míos. — ¿Y qué hay de ti, chica en llamas? ¿Tienes algún secreto que merezca mi tiempo?

Por alguna razón estúpida, me sonrojo, pero me obligo a mantenerme en mi sitio.

— No, soy un libro abierto. — Respondo también en susurros. — Todo el mundo parece saber mis secretos incluso antes que yo misma.

Sonríe.

— Desafortunadamente, creo que eso es cierto. — Sus ojos se desvían brevemente hacia un lado. — Peeta está viniendo. Siento que tengas que cancelar tu boda. Sé lo devastador que eso debe de haber sido para ti. — Se mete otro azucarillo en la boca y se va. Peeta está a mi lado, vestido igual que yo.

— ¿Qué quería Finnick Odair? — Pregunta.

Me giro y pongo mis labios cerca de los de Peeta y dejo caer los párpados en imitación de Finnick.

— Me ofreció azúcar y quería conocer todos mis secretos. — Digo en mi mejor voz seductora.

Peeta se ríe.

— Ugh. No va en serio.

— Sí va en serio. Te diré más cuando se me pase el horror.

— ¿Crees que habríamos terminado así si sólo uno de los dos hubiera ganado? — Pregunta, mirando a su alrededor a los otros vencedores. — ¿Sólo una parte más del show de los bichos raros?

— Pues claro. Especialmente tú.

— Oh. ¿Y por qué especialmente yo? — Dice con una sonrisa.

— Porque tienes una debilidad por las cosas hermosas y yo no. — Digo con aire de superioridad. — Te atraerían a sus formas del Capitolio y estarías totalmente perdido.

— Tener ojo para la belleza no es lo mismo que una debilidad. — Apunta Peeta. — Excepto posiblemente en lo que se refiere a ti. — La música está empezando y veo las anchas puertas abrirse para el primer carruaje, oigo el rugido e la multitud. — ¿Vamos? — Alza una mano para ayudarme a subirme al carruaje.

Me monto y lo subo detrás de mí.

— No te muevas. — Digo, y enderezo su corona. — ¿Has visto tu traje encendido? Vamos a estar fabulosos de nuevo.

— Absolutamente. Pero Portia dice que tenemos que estar muy por encima de todo. Sin saludar ni nada. — Dice. — Por cierto, ¿dónde están?

— No lo sé. — Miro la procesión de carruajes. — Tal vez debamos ir encendiéndonos nosotros mismos. — Lo hacemos, y cuando empezamos a brillar, puedo ver a gente señalándonos con el dedo y hablando, y sé que, una vez más, seremos de lo que se hablará en las ceremonias de apertura. Casi estamos en la puerta. Estiro el cuello, pero ni Portia ni Cinna, que estuvieron con nosotros hasta el último segundo el año pasado, están en ningún sitio a la vista. — ¿Tenemos que darnos la mano este año? — Pregunto.

— Supongo que dejaron que lo decidiéramos nosotros. — Dice Peeta. Alzo la vista a esos ojos azules que ninguna cantidad de maquillaje dramático puede hacer verdaderamente mortales y recuerdo cómo, sólo hace un año, estaba preparada para matarlo. Convencida de que él estaba intentando matarme. Ahora todo está invertido. Estoy determinada a mantenerlo con vida, sabiendo que el precio será mi propia vida, pero la parte de mí que no es tan valiente como me gustaría se alegra de que sea Peeta, y no Haymitch, quien está a mi lado. Nuestras manos se encuentran sin más discusión. Por supuesto que iremos a esto como uno solo.

La voz de la muchedumbre se alza en un grito universal cuando paseamos por la difusa luz de la tarde, pero ninguno de los dos reacciona. Yo simplemente fijo los ojos en un punto lejano en la distancia y finjo que no hay audiencia, que no hay histeria. No puedo evitar captar breves imágenes nuestras en las pantallas inmensas por el camino, y no somos sólo hermosos, somos oscuros y poderosos, No, más. Nosotros, los amantes imposibles del Distrito 12, que tanto sufrimos y

tan poco disfrutamos de las recompensas de nuestra victoria, no buscamos el favor de los fans, no los obsequiamos con nuestras sonrisas, ni aceptamos sus besos. Somos implacables.

Y me encanta. Siendo yo misma por fin.

Cuando giramos a la curva del gran Círculo de la Ciudad, puedo ver que un par de otros estilistas han tratado de robar la idea de Cinna y Portia de iluminar a sus tributos. Los atuendos llenos de luces eléctricas del Distrito 3, donde se encargan de la electrónica, por lo menos tienen sentido. ¿Pero qué están haciendo los ganaderos del Distrito 10, que están vestidos de vacas, con cinturones flameantes? ¿Asarse a la parrilla? Patético. Peeta y yo, por otra parte, somos tan fascinantes con nuestros disfraces cambiantes de carbón que la mayoría de los demás tributos nos están mirando. Le resultamos especialmente hipnotizadores a la pareja del Distrito 6, quienes son conocidos adictos al morphling. Ambos son delgadísimos, con decadente piel amarillenta. No pueden apartar sus ojos inmensos, incluso cuando el Presidente Snow empieza a hablar desde su balcón, dándonos la bienvenida al Quell. Suena el himno, y cuando damos nuestra última vuelta al círculo, ¿me equivoco? ¿O también veo los ojos del Presidente Snow fijados en mí?

Peeta y yo esperamos hasta que las puertas del Centro de Entrenamiento se han cerrado detrás de nosotros para relajarnos. Cinna y Portia están allí, complacidos por nuestra actuación, y Haymitch también ha hecho su aparición este año, sólo que no está en nuestro carruaje, está con los tributos del Distrito 11. Lo veo asentir en nuestra dirección y después ellos lo siguen para saludarnos.

Conozco a Chaff de vista porque me he pasado años viéndole pasarse la botella con Haymitch en la televisión. Tiene la piel oscura, un metro ochenta de altura más o menos, y uno de sus brazos termina en un muñón porque perdió la mano en los Juegos que ganó hace treinta años. Estoy segura de que le ofrecieron algún reemplazo artificial, como hicieron con Peeta cuando tuvieron que amputarle la parte baja de la pierna, pero supongo que no lo quiso. La mujer, Seeder (NdT: Seeder es otro de los nombres relacionado con los distritos, porque seed significa semilla), parece casi como si fuera de la Veta, con su piel aceitunada y pelo liso negro salpicado de plata. Sólo sus ojos marrón dorado la marcan como de otro distrito. Debe de tener unos sesenta, pero aún parece fuerte, y no hay señal de que se haya echado al licor o al morphling o a ninguna otra forma química de escape con los años. Antes de que ninguno de nosotros diga nada, me abraza. Sé de algún modo que debe de ser por Rue y Thresh. Antes de poder detenerme, susurro:

— ¿Las familias?

— Están vivos. — Responde suavemente antes de soltarme.

Chaff lanza su brazo bueno a mi alrededor y me planta un gran beso en plena boca. Me aparto de golpe, sorprendida, mientras él y Haymitch se ríen a carcajadas. Ese es más o menos todo el tiempo que tenemos antes de que encargados del Capitolio nos dirijan firmemente hacia los ascensores. Percibo el claro sentimiento de que no están cómodos con la camaradería entre los vencedores, a quienes no podría importarles menos. Mientras camino hacia los ascensores, mi mano aún unida a la de Peeta, alguien más pasa rozando a mi lado. La chica se saca un tocado de ramas con hojas y lo lanza detrás de sí sin preocuparse de mirar dónde cae.

Johanna Mason. Del Distrito 7. Madera y papel, de ahí el árbol. Ganó gracias a presentarse a sí misma muy convincentemente como débil e indefensa para ser ignorada. Después demostró una retorcida habilidad para el asesinato. Se desordena el pelo puntiagudo y pone en blanco sus grandes ojos marrones.

— ¿No es horrible mi disfraz? Mi estilista es la idiota más grande de todo el Capitolio. Nuestros tributos han sido árboles durante cuarenta años bajo ella. Me gustaría haber pillado a Cinna. Te ves fantástica.

Charla de chicas. Esa cosa en la que siempre he sido tan mala. Opiniones sobre ropa, pelo, maquillaje. Así que miento.

— Sí, me ha estado ayudando a diseñar mi propia línea de ropa. Deberías ver lo que puede hacer con el terciopelo. — Terciopelo. La única tela que se me ocurrió en ese momento.

— Lo he visto. En tu tour. ¿Ese número sin tirantes que llevaste en el Distrito Dos? ¿El azul oscuro con los diamantes? Tan precioso que quería llegar más allá de la pantalla y arrancártelo de la espalda. — Dice Johanna.

Me apuesto que sí, pienso. Con unos centímetros de mi carne. Mientras esperamos por los ascensores, Johanna se desabrocha la cremallera del resto de su árbol, dejándolo caer al suelo, y después lo aparta de una patada con asco. Excepto por sus zapatillas verde bosque, no tiene encima ni un retal de ropa.

— Así mejor.

Acabamos en el mismo ascensor que ella, y se pasa todo el camino al séptimo piso charlando con Peeta sobre sus cuadros mientras la luz del disfraz aún brillante de él se refleja en sus pechos desnudos. Cuando ella se marcha, lo ignoro, pero simplemente sé que está sonriendo de oreja a oreja. Lanzo su mano a un lado cuando las puertas se cierran detrás de Chaff y Seeder, dejándonos solos, y se echa a reír.

— ¿Qué? — Digo, volviéndome hacia él cuando entramos en nuestro piso.

— Eres tú, Katniss. ¿No lo ves? — Dice él.

— ¿Lo qué soy yo?

— La razón por la que todos están actuando así. Finnick con sus azucarillos y Chaff besándote y toda esa cosa con Johanna desnudándose. — Intenta adquirir un tono más serio, sin éxito. — Están jugando contigo porque eres tan . . . ya sabes.

— No, no lo sé. — Digo. Y de verdad que no tengo ni idea de qué está hablando.

— Es como cuando no me querías mirar desnudo en la arena incluso aunque estaba medio muerto. Eres tan . . . pura. — Dice finalmente.

— ¡No lo soy! — Digo. — ¡Prácticamente te he estado arrancando la ropa cada vez que ha habido una cámara todo el año!

— Sí, pero . . . quiero decir, para el Capitolio, eres pura. — Dice, claramente tratando de aplacarme. — Para mí eres perfecta. Sólo se están metiendo contigo.

— ¡No, se están riendo de mí, y tú también!

— No. — Peeta sacude la cabeza, pero aún está escondiendo una sonrisa. Estoy pensándome muy seriamente la cuestión de quién debería salir de los Juegos con vida cuando se abre el otro ascensor.

Haymitch y Effie se reúnen con nosotros, pareciendo complacidos por algo. Después la expresión de Haymitch se vuelve dura.

¿Qué es lo que he hecho ahora? Casi digo, pero veo que está mirando detrás de mí a la entrada del comedor.

Effie parpadea en la misma dirección, después dice alegremente.

— Parece que os consiguieron un set a juego este año.

Me doy la vuelta y veo a la chica Avox pelirroja que me atendió aquí el año pasado hasta que empezaron los Juegos. Pienso qué agradable es tener una amiga aquí. Me doy cuenta de que el joven a su lado, otro Avox, también tiene el pelo rojo. Debe de ser eso a lo que se refería Effie con lo del set a juego.

Después me recorre un escalofrío. Porque también lo conozco. No del Capitolio sino de años de cómodas conversaciones en el Quemador, bromeando sobre la sopa de Sae la

Grasienta, y después ese último día viéndolo yacer inconsciente en la plaza cuando a Gale le salía la vida entre la sangre.

Nuestro nuevo Avox es Darius.

Haymitch me sujeta con fuerza la muñeca como si anticipara mi próximo movimiento, pero estoy tan sin palabras como los torturadores del Capitolio han dejado a Darius. Haymitch me dijo una vez que les hacían algo a las lenguas de los Avoxes para que no pudiera hablar nunca más. En mi cabeza oigo la voz de Darius, juguetona y brillante, sonando a través del Quemador para bromear conmigo. No como se burlan de mí ahora los otros vencedores, sino porque nos gustábamos de verdad. Si Gale pudiera verlo . . .

Sé que cualquier movimiento que haga ahora hacia Darius, cualquier acto de reconocimiento, sólo resultaría en castigo para él. Así que sólo nos quedamos mirándonos a los ojos. Darius, ahora un esclavo mudo; yo, ahora en camino hacia mi muerte. ¿Qué íbamos a decir, en cualquier caso? ¿Qué sentimos la suerte del otro? ¿Qué nos duele el dolor del otro?

¿Que nos alegramos de haber tenido la suerte de conocernos?

No, Darius no debería alegrarse de conocerme. Si yo hubiera estado allí para detener a Thread, él no se habría adelantado para salvar a Gale. No sería un Avox. Y más específicamente, no sería mi Avox, porque es más que obvio que el Presidente Snow lo ha colocado aquí para mi disfrute.

Retuerzo la muñeca para desasirme de Haymitch y me dirijo hacia mi antigua habitación, cerrando con llave detrás de mí. Me siento en un lado de mi

cama, los codos sobre las rodillas, la frente sobre los puños, mirando mi traje reluciente en la oscuridad, imaginándome que estoy en mi antigua casa en el Distrito 12, acurrucada junto al fuego. Lentamente vuelve a hacerse negro a medida que el paquete de energía se consume. Cuando en algún momento Effie llama a la puerta para llamarme para ir a cenar, me levanto y me quito el traje, lo doblo cuidadosamente, y lo coloco sobre la mesa con mi corona. En el cuarto de baño me lavo las sombras oscuras de maquillaje de la cara. Me visto con una camisa simple y pantalones y voy por el pasillo hasta el comedor. No soy consciente de mucho durante la cena salvo de que Darius y la chica Avox pelirroja son quienes nos la sirven. Effie, Haymitch, Cinna, Portia y Peeta están todos allí, hablando de las ceremonias de apertura, supongo. Pero la única vez que de verdad me siento presente es cuando vuelco a propósito un plato de guisantes al suelo y, antes de que nadie pueda detenerme, me agacho para limpiarlos. Darius está justo a mi lado cuando empiezo a recoger, y los dos estamos brevemente costado con costado, apartados de la vista de los demás, mientras recogemos los guisantes. Durante sólo un momento nuestras manos se encuentran. Puedo sentir su piel, áspera bajo la salsa de mantequilla del plato. En el agarre de nuestros dedos, fuerte y desesperado, están todas las palabras que nunca podremos decir. Después Effie me está dando golpecitos desde atrás, porque “¡Ese no es tu trabajo, Katniss!” y él me suelta.

Cuando vamos a mirar la repetición de las ceremonias de apertura, me coloco entre Cinna y Haymitch en el sofá porque no quiero estar al lado de Peeta. Este horror con Darius me pertenece a mí y a Gale y tal vez incluso a Haymitch, pero no a Peeta. Tal vez él conociera a Darius lo bastante como para decirle hola, pero Peeta no pertenecía al Quemador igual que nosotros. Además, aún estoy enfadada con él por reírse de mí con los otros vencedores, y lo último que quiero es su empatía y apoyo. No he cambiado de idea sobre salvarlo en la arena, pero no quiero deberle más que eso.

Mientras miro la procesión al Círculo de la Ciudad, pienso en cómo ya es lo bastante malo que nos disfracen y nos paseen por las calles en carruajes en un año normal. Ver a niños disfrazados es tonto, pero resulta que los vencedores mayores son algo penoso. Algunos que aún son jóvenes, como Johanna y Finnick, o cuyos cuerpos no han caído en la desesperación, como Seeder y Brutus, todavía se las pueden arreglar para conservar un poco de dignidad. Pero la mayoría, que están echados a la bebida o al morphling o a la enfermedad, se ven grotescos en sus disfraces, representando vacas y árboles y hogazas de pan. El año pasado comentábamos cada concursante, pero hoy sólo hay algún comentario ocasional. No es raro que la muchedumbre se vuelva loca en cuanto

Peeta y yo aparecemos, tan jóvenes y fuertes y hermosos en nuestros brillantes disfraces. La imagen misma de lo que los tributos deberían ser.

Tan pronto termina, me levanto y les doy las gracias a Cinna y Portia por su alucinante trabajo y me voy a la cama. Effie me recuerda que nos veremos temprano por la mañana en el desayuno para trabajar en nuestra estrategia de entrenamiento, pero incluso su voz suena hundida. Pobre Effie. Por fin tuvo un año decente en los Juegos con Peeta y conmigo, y ahora todo se ha convertido en un desastre al que ni siquiera ella puede verle algo positivo. En términos del Capitolio, supongo que esto cuenta como una verdadera tragedia. Poco después de irme a la cama, oigo un golpe suave en mi puerta, pero lo ignoro. No quiero a Peeta esta noche. Especialmente no con Darius cerca. Es casi tan malo como si Gale estuviera aquí. Gale. ¿Cómo se supone que voy a dejarlo ir con Darius embrujando los pasillos? Las lenguas figuran prominentemente en mis pesadillas. Primero miro helada e impotente mientras manos enguantadas se llevan la disección sangrienta de la boca de Darius. Después estoy en una fiesta donde todos llevan caretas y alguien con una lengua bailante y húmeda, que supongo que es Finnick, me acosa, pero cuando me coge y se saca la máscara, es el Presidente Snow, y sus labios gruesos están goteando saliva sangrienta. Finalmente estoy de vuelta en la arena, mi propia lengua tan seca como el papel secante, mientras trato de alcanzar un estanque de agua que retrocede cada vez que estoy a punto de tocarlo.

Cuando me despierto, voy a tropezones hasta el cuarto de baño y bebo grandes tragos de agua del grifo hasta que no puedo beber más. Me quito mis ropas sudorosas y me derrumbo de nuevo sobre la cama, desnuda, y de alguna forma vuelvo a encontrar el sueño. Retraso el bajar a desayunar tanto como es posible a la mañana siguiente porque de verdad que no quiero discutir nuestra estrategia de entrenamiento. ¿Qué hay que discutir? Cada vencedor ya sabe lo que todos los demás pueden hacer. O solían poder hacer, en cualquier caso. Así que Peeta y yo seguiremos actuando enamorados y eso es todo. Lo que pasa es que no estoy por la labor de hablar de eso, ya está, especialmente no con Darius allí de pie en silencio. Tomo una larga ducha, me visto lentamente en el conjunto que Cinna ha dejado para el entrenamiento, y ordeno comida del menú de mi habitación hablando por un micrófono. En un minuto aparecen salchichas, huevos, patatas, pan, zumo y chocolate caliente. Como hasta estar llena, intentando llenar los minutos hasta las diez en punto, cuando tendremos que bajar hasta el Centro de Entrenamiento. A eso de las nueve y media, Haymitch está dando golpazos en mi puerta, obviamente harto de mí, mandándome ir al comedor ¡AHORA! Aún así, me cepillo los dientes antes de ir lentamente por el pasillo, matando eficazmente otros cinco minutos.

El comedor está vacío salvo por Peeta y Haymitch, cuyo rostro está sonrojado por la bebida y el enfado. En su muñeca lleva un brazalete totalmente de oro con un patrón de llamas—esta debe de ser su concesión al plan de Effie de los recuerdos a juego—al que da vueltas con descontento. Es un brazalete muy bonito, de verdad, pero con el movimiento hace que parezca algo que lo está confinando, un grillete, más que una pieza de joyería.

— Llegas tarde. — Me ruge.

— Perdón. Me quedé dormida después de las pesadillas de lenguas mutiladas que me mantuvieron despierta la mitad de la noche. — Tengo la intención de sonar hostil, pero mi voz se quiebra al final de la frase.

Haymitch me lanza una mirada ceñuda, después se echa atrás.

—Vale, da igual. Hoy, en el entrenamiento, tenéis dos deberes. Uno, seguir enamorados.

— Obviamente. — Digo.

— Y dos, hacer algunos amigos. — Dice Haymitch.

— No. — Digo. — No confío en ninguno de ellos. No puedo soportar a la mayoría, y prefiero que operemos nada más los dos.

— Eso es lo que dije yo al principio, pero . . . — Empieza Peeta.

— Pero no será suficiente. — Insiste Haymitch. — Vais a necesitar más aliados esta vez.

— ¿Por qué? — Pregunto.

— Porque estáis en clara desventaja. Vuestros competidores se han conocido durante años. Así que, ¿a quién creéis que atacarán primero?

— A nosotros. Y nada que hagamos va a superar ninguna antigua amistad. Así que, ¿por qué molestarse?

— Porque podéis luchar. Sois populares entre la gente. Eso aún podría convertirlos en aliados deseables. Pero sólo si les hacéis saber a los demás que estáis dispuestos a hacer un equipo con ellos.

— ¿Quieres decir que nos quieres en el grupo de Profesionales este año?
— Pregunto, incapaz de ocultar mi desagrado. Tradicionalmente los tributos de los Distritos 1, 2 y 4 unen fuerzas, tal vez agregando a alguno de los otros luchadores excepcionales, y cazan a los competidores más débiles.

— Esa ha sido nuestra estrategia, ¿no? ¿Entrenar como Profesionales? —
Rebate Haymitch.

— Y generalmente se decide quiénes van a formar el grupo de Profesionales antes de que empiezan los Juegos. Peeta por poco no consiguió entrar el año pasado. Pienso en el odio que sentí cuando descubrí que Peeta estaba con los Profesionales en los Juegos pasados.

— Así que vamos a intentar unirnos a Finnick y a Brutus. . . ¿es eso lo que estás diciendo?

— No necesariamente. Todos son vencedores. Haced vuestro propio grupo, si lo preferís. Elegid a quien queráis. Yo os sugiero a Chaff y Seeder. Aunque Finnick no es como para ignorarlo. — Dice Haymitch. — Encontrad a alguien para hacer equipo que pueda seros de alguna utilidad. Recordad, ya no estáis en un ring lleno de niños temblorosos. Todas estas personas son asesinos experimentados, sin importar en qué forma parezcan estar. Tal vez tenga razón. Sólo que, ¿en quién podría confiar? Seeder tal vez. ¿Pero de verdad quiero hacer un pacto con ella, sólo para posiblemente tener que matarla después? No. Aún así, hice un pacto con Rue bajo las mismas circunstancias. Le digo a Haymitch que lo intentaré, incluso aunque creo que se me dará bastante mal todo el asunto. Effie aparece algo pronto para llevarnos abajo porque el año pasado, incluso aunque llegamos a tiempo, fuimos los dos últimos tributos en aparecer. Pero Haymitch le dice que no quiere que sea ella quien nos lleve al gimnasio. Ninguno de los demás vencedores va a aparecer con una niñera y, siendo los más jóvenes, es aún más importante que parezcamos independientes. Así que tiene que conformarse con llevarnos hasta el ascensor, haciéndonos caricias en el pelo, y pulsando el botón por nosotros.

Es un viaje tan corto que no hay tiempo de verdad para la conversación, pero cuando Peeta me da la mano, no la aparto. Tal vez lo haya ignorado anoche en privado, pero durante el entrenamiento tenemos que aparecer como un equipo inseparable. Effie no se tenía que haber preocupado por que fuéramos los últimos en llegar. Sólo Brutus y la mujer del Distrito 2, Enobaria, están presentes. Enobaria aparenta unos treinta y todo lo que puedo recordar es que, en el combate cuerpo a cuerpo, mató a un tributo desgarrándole la garganta con los dientes. Se hizo tan

famosa por este acto que, después de ser vencedora, hizo que le alteraran cosméticamente los dientes de modo que cada uno termina en una punta afilada como un colmillo y tiene incrustaciones de oro. No le faltan admiradores en el Capitolio.

A las diez en punto, sólo la mitad de los tributos han llegado. Atala, la mujer que dirige el entrenamiento, empieza su discurso justo en hora, no impresionada por la escasa asistencia. Tal vez se la esperaba. Se puede decir que estoy aliviada, porque eso significa que hay una docena de personas de las que no tengo que fingir hacerme amiga. Atala lee la lista de estaciones, que incluyen tanto habilidades de combate como de supervivencia, y nos deja entrenar.

Le digo a Peeta que creo que haríamos mejor si nos dividiéramos, cubriendo así más territorio. Cuando se va a lanzar lanzas con Brutus y Chaff, yo me dirijo hacia la sección de atar nudos. Apenas nadie se molesta en visitarla. Me gusta el entrenador y él me recuerda con cariño, tal vez porque pasé tiempo con él el año pasado. Está complacido cuando le enseño que todavía puedo montar la trampa que deja al enemigo colgando de un árbol por un pie. Claramente tomó nota de mis trampas en la arena el año pasado y ahora me ve como una alumna avanzada, así que le pido repasar cada tipo de nudo que pueda ser útil y unos pocos que probablemente no usaré jamás. Estaría contenta de pasarme la mañana sola con él, pero después de una hora y media más o menos, alguien me rodea con los brazos desde atrás, sus dedos terminando con facilidad el complicado nudo en el que he estado sudando. Por supuesto que es Finnick, quien parece haberse pasado la infancia sin hacer otra cosa que no sea lanzar tridentes o manipular cuerdas para formar bonitos nudos para redes, supongo. Miro durante un minuto mientras él coge un trozo de cuerda, hace un lazo, y después finge ahorcarse para diversión mía.

Poniendo los ojos en blanco, me dirijo hacia otra estación vacante donde los tributos pueden aprender a hacer fuegos. Yo ya hago fuegos excelentes, pero aún soy bastante dependiente de las cerillas para empezarlos. Así que el entrenador me hace trabajar con sílex, acero, y algo de tela chamuscada. Esto es mucho más difícil de lo que parece, e incluso trabajando con tanto ahínco como puedo, me lleva alrededor de una hora conseguir encender un fuego. Alzo la vista con una sonrisa triunfante sólo para descubrir que tengo compañía. Dos tributos del Distrito 3 están a mi lado, luchando por empezar un fuego decente con cerillas. Pienso en marcharme, pero de verdad que quiero intentar usar el sílex de nuevo, y si tengo que darle a Haymitch la noticia de que he intentado hacer amigos, tal vez estos dos sean una elección soportable. Ambos son de baja estatura, con piel cenicienta y pelo negro. La mujer, Wiress (NdT: una vez más, nombre propio del

Distrito: el Distrito 3 es la electrónica, y wire significa cable), probablemente sea de una edad similar a la de mi madre y habla con voz tranquila e inteligente. Pero de inmediato me doy cuenta de que tiene el hábito de dejar en el aire las palabras justo en mitad de frase, como si se hubiera olvidado de que estás allí. Beetee, el hombre, es mayor y algo nervioso. Lleva gafas pero se pasa un montón de tiempo mirando por debajo de ellas. Son un poco raros, pero estoy bastante segura de que ninguno de ellos va a intentar ponerme incómoda desnudándose. Y son del distrito 3. Tal vez puedan incluso confirmar mis sospechas de un levantamiento allí.

Miro alrededor del Centro de Entrenamiento. Peeta está en el centro de un pintoresco círculo de lanzadores de cuchillos. Los morphlings del Distrito 6 están en la estación de camuflaje, pintándose mutuamente las caras con brillantes curvas rosas. El hombre del Distrito 5 está vomitando vino sobre el suelo del recinto de lucha con espada. Finnick y la anciana de su distrito están usando la estación de tiro con arco. Johanna Mason vuelve a estar desnuda y embadurnando su cuerpo de aceite para una lección de lucha. Decido quedarme donde estoy. Wiress y Beetee son una compañía decente. Parecen lo bastante amables pero no entrometidos. Hablamos de nuestros talentos; me cuentan que ambos inventan cosas, lo que hace que mi supuesto interés por la moda parezca bastante flojo. Wiress menciona algún tipo de artilugio de costura en el que está trabajando.

— Evalúa la densidad de la tela y selecciona la fuerza . . . — Dice, y después se queda absorta mirando a un pedacito de paja seca antes de poder proseguir.

— La fuerza del hilo. — Termina de explicar Beetee. — Automáticamente. Descarta el error humano. — Después habla de su reciente éxito creando un chip musical que es lo bastante pequeño para ser escondido en una mota de polvo pero que puede almacenar horas de canciones. Recuerdo a Octavia hablando de esto durante la sesión de la boda, y veo una posible oportunidad para hablar del levantamiento.

— Oh, sí. Mi equipo de preparación estaba todo disgustado hace unos meses, creo, porque no podían hacerse con uno. — Digo casualmente. — Supongo que muchos de los encargos del Distrito Tres se estaban amontonando.

Beetee me examina por debajo de sus gafas.

— Sí. ¿Tuvisteis vosotros similares retrasos en la producción de carbón este año? — Pregunta.

— No. Bueno, perdimos un par de semanas cuando trajeron a un nuevo agente de la paz en jefe y a su gente, pero nada importante. Para la producción, quiero decir. Dos semanas sentado en tu casa sin hacer nada no significa más que dos semanas de pasar hambre para la mayor parte de la gente.

Creo que entienden lo que estoy intentando decir. Que no hemos tenido ningún levantamiento.

— Oh. Eso es una vergüenza. — Dice Wiress con una voz algo decepcionada. — Encontré a tu distrito muy . . . — Deja la frase en el aire, distraída por algo en su cabeza.

— Interesante. — Completa Beetee. — Ambos lo hicimos.

Me siento mal, sabiendo que su distrito debe de haber sufrido mucho más que el nuestro. Siento que tengo que defender a mi gente.

— Bueno, no somos muchos en el Doce. — Digo. — No es que pudieras deducirlo hoy en día por el tamaño de la fuerza de los agentes de la paz. Pero supongo que somos lo bastante interesantes.

Mientras avanzamos hasta la estación de los refugios, Wiress se detiene y alza la vista hasta el palco donde los Vigilantes están dando vueltas, comiendo y bebiendo, a veces fijándose en nosotros.

— Mira. — Dice, haciendo un leve gesto de cabeza en su dirección. Alzo la vista y veo a Plutarch Heavensbee en la magnífica túnica púrpura con el collar de pelos que lo señala como Vigilante Jefe. Está comiendo una pata de pavo.

No veo por qué esto se merece ningún comentario, pero digo:

— Sí, ha sido ascendido a Vigilante Jefe este año.

— No, no. Ahí hacia la esquina de la mesa. Puedes ver . . . — Dice Wiress. Beetee guiña los ojos debajo de sus gafas.

— Puedes ver que está ahí.

Me quedo mirando en esa dirección, perpleja. Pero entonces lo veo. Un pequeño espacio de unos quince centímetros cuadrados en la esquina de la mesa parece estar vibrando. Es como si el aire estuviera ondeando con pequeñas olas visibles, distorsionando los ángulos afilados de la madera y de una copa de vino que alguien puso allí.

— Un campo de fuerza. Han puesto uno entre los Vigilantes y nosotros. Me pregunto por qué. — dice Beetee.

— Por mí, probablemente. — Ofrezco. — El año pasado les lancé una flecha durante mi sesión privada de entrenamiento. — Beetee y Wiress se me quedan mirando con curiosidad.

— Fui provocada. Así que ¿todos los campos de fuerza tienen un punto como ese?

— Grieta. — Dice Wiress vagamente.

— En la armadura, o como si lo fuera. — Termina Beetee. — Lo ideal sería que fuera invisible, ¿no?

Quiero preguntarles más, pero anuncian la comida. Busco a Peeta, pero está con un grupo de unos diez vencedores, así que decido simplemente comer con el Distrito 3. Tal vez pueda conseguir que se nos una Seeder.

Cuando llegamos hasta la zona de comedor, veo que algunos en la pandilla de Peeta tienen otras ideas. Están arrastrando todas las mesas pequeñas para formar una mesa grande para que todos tengamos que comer juntos. Ahora no sé qué hacer. Incluso en el colegio solía evitar comer en una mesa concurrida. Francamente, probablemente me habría sentado sola de no ser porque Madge cogió la costumbre de juntarse conmigo. Supongo que habría comido con Gale, excepto que, estando a dos cursos de distancia, nuestras comidas nunca cayeron a la misma hora.

Cojo una bandeja y empiezo a andar entre los carros repletos de comida que rodean la sala. Peeta se une conmigo en el estofado.

— ¿Qué tal va?

— Bien. Va bien. Me gustan los vencedores del Distrito Tres. — Digo. — Wiress y Beetee.

— ¿De verdad? — Pregunta. — Son algo así como un chiste para los demás.

— ¿Por qué será que eso no me sorprende? — Digo. Pienso en cómo Peeta en el colegio siempre estaba rodeado por una muchedumbre de amigos. Es alucinante, de verdad, que jamás se fijara en lo más mínimo en mí excepto para pensar que era rara.

— Johanna los ha apodado Nuts y Volts (NdT: tampoco traduje los apodos. Pero Nuts significa Loco, y Volts se refiere a voltios).

— Y entonces yo soy estúpida por pensar que podrían ser útiles. Por algo que Johanna Mason dijo mientras se estaba embadurnando los pechos para la lucha. — Replico.

— De hecho creo que el apodo ha estado circulando durante años. Y no lo dije como un insulto. Sólo estoy compartiendo información.

— Bueno, Wiress y Beetee son listos. Inventan cosas. Pudieron decir que han puesto un campo de fuerza entre nosotros y los Vigilantes. Y si tenemos que tener aliados, los quiero a ellos. — Lanzo el cucharón de nuevo en una pota de estofado, salpicándonos a los dos con la salsa.

— ¿Por qué estás tan enfadada? — Pregunta peeta, limpiándose la salsa de su camisa. — ¿Porque me metí contigo en el ascensor? Lo siento. Creí que simplemente te reirías por eso.

— Olvídalo. — Digo con una sacudida de la cabeza. — Es un montón de cosas.

— Darius.

— Darius. Los Juegos. Haymitch obligándonos a formar equipo con los demás.

— Puede ser sólo tú y yo, ya lo sabes.

— Lo sé. Pero tal vez Haymitch tenga razón. No le digas que lo dije, pero generalmente la tiene, en lo referente a los Juegos.

— Bueno, tú puedes tener la última palabra sobre nuestros aliados. Pero justo ahora, me inclino por Chaff y Seeder. — Dice Peeta.

— Me parece bien Seeder, Chaff no. Aún no, en cualquier caso.

— Vente y come con él. Lo prometo, no le dejaré volver a besarte. Chaff no parece tan malo en la comida. Está sobrio, y aunque habla demasiado alto y hace un montón de chistes malos, la mayor parte son sobre sí mismo. Puedo ver por qué podría ser bueno para Haymitch, cuyos pensamientos discurren tan oscuros. Pero aún no estoy segura de si quiero tenerlo por aliado.

Intento muy duro ser más sociable, no sólo con Chaff sino con el grupo en general. Después de la comida hago la estación de los insectos comestibles con los tributos del Distrito 8—Cecelia, que tiene tres niños en casa, y Woof, y hombre muy viejo que es duro de oído y que no parece enterarse de nada ya que sigue empeñado en meterse bichos venenosos en la boca. Desearía poder mencionar el haberme encontrado a Twill y Bonnie en el bosque, pero no imagino cómo. Cashmere y Gloss, los hermanos del Distrito 1, me invitan con ellos y hacemos hamacas durante un rato. Son educados pero fríos, y me paso todo el tiempo pensando en cómo maté a los dos tributos de su distrito, Glimmer y Marvel, el año pasado, y que ellos probablemente los conocían y tal vez incluso fueran sus mentores. Tanto mi hamaca como mi intento de conectar con ellos son mediocres como mucho. Me uno a Enobaria en el entrenamiento con espada e intercambio unos pocos comentarios, pero está claro que ninguna de las dos quiere formar equipo. Finnick aparece de nuevo cuando estoy recibiendo consejos de pesca, pero principalmente sólo para presentarme a Mags, la mujer mayor que también es del Distrito 4. Entre el acento de su distrito y su hablar embrollado—posiblemente haya tenido un derrame—no puedo entender más que una palabra de cada cuatro. Pero juro que es capaz de hacer un anzuelo a partir de cualquier cosa—una espina, un huesecillo, un pendiente. Después de un rato dejo de hacerle caso al entrenador y me limito a intentar copiar todo lo que hace Mags. Cuando hago un gancho bastante bueno a partir de una uña doblada y lo ato a varias hebras de mi pelo, me ofrece una sonrisa desdentada y un comentario ininteligible que creo que puede ser un halago. De repente recuerdo cómo se presentó voluntaria para reemplazar a la joven histérica en su distrito. No podía ser porque pensara que tenía ninguna posibilidad de ganar. Lo hizo para salvar a la chica, como yo me presenté voluntaria el año pasado para salvar a Prim. Y decido que la quiero en mi equipo. Genial. Ahora tengo que volver y decirle a Haymitch que quiero a una ochentona y a Nuts y Volts como aliados. Le va a encantar.

Así que dejo de intentar hacer amigos y voy a la sección de tiro con arco para buscar algo de cordura. Se está genial allí, pudiendo probar todos los arcos y flechas. El entrenador, Tax, viendo que los objetivos inmóviles no suponen ningún reto para mí, empieza a lanzar muy arriba al aire esos pájaros falsos tontos para que les dispare. Al principio parece estúpido, pero incluso resulta ser divertido. Mucho más como cazar una criatura viva. Ya que estoy dándole a todo lo que lanza, empieza a aumentar el número de aves que envía por los aires. Me olvido del resto del gimnasio y de los vencedores y de qué miserable me siento, y me pierdo en el tiro. Cuando consigo acabar con cinco pájaros en una ronda, me doy cuenta de que hay tanto silencio que puedo oír cómo cada uno golpea el suelo. Me doy la vuelta y veo que la mayoría de los vencedores se han parado para mirarme. Sus rostros muestran cualquier cosa desde la envidia al odio a la admiración.

Después del entrenamiento, Peeta y yo estamos juntos, esperando a que Haymitch y Effie aparezcan para la cena. Cuando nos llaman para comer, Haymitch se lanza sobre mí de inmediato.

— Así que por lo menos la mitad de los vencedores les han indicado a sus mentores que te soliciten como aliada. Sé que no puede ser por tu alegre personalidad.

— La vieron disparar. — Dice Peeta con una sonrisa. — De hecho, yo la vi disparar, de verdad, por primera vez. Estoy a punto de presentar una solicitud formal yo mismo.

— ¿Tan buena eres? — Me pregunta Haymitch. — ¿Tan buena como para que te quiera Brutus?

Me encojo de hombros.

— Pero yo no quiero a Brutus. Quiero a Mags y al Distrito Tres.

— Por supuesto que sí. — Haymitch suspira y encarga una botella de vino. — Les diré a todos que aún os estáis decidiendo.

Después de mi exhibición de tiro, aún soy objeto de algunas bromas, pero ya no siento que se burlan de mí. De hecho, me siento como si en cierta forma hubiera sido iniciada en el círculo de los vencedores. Durante los siguientes dos días paso tiempo con casi todos los que van a la arena. Incluso con los morphlings, quienes, con la ayuda de Peeta, me pintan en un campo de flores

amarillas. Incluso con Finnick, que me da una hora de lecciones de tridente a cambio de una hora de instrucción en tiro con arco. Y cuanto más llego a conocer a esta gente, peor me resulta. Porque, en conjunto, no los odio. Y me gustan algunos. Y muchos están tan dañados que mi instinto natural sería el de protegerlos. Pero todos tienen que morir si voy a salvar a Peeta.

El día final de entrenamiento termina con nuestras sesiones privadas. Todos tenemos quince minutos ante los Vigilantes para sorprenderlos con nuestras habilidades, pero no sé qué es lo que ninguno de nosotros podrá enseñarles. Hay muchas bromas sobre ello en la comida. Lo que podremos hacer. Cantar, bailar, desnudarnos, contar chistes. Mags, a quien ahora puedo entender un poco mejor, decide que simplemente se va a echar una siesta. No sé lo que yo voy a hacer. Disparar algunas flechas, supongo. Haymitch dijo que los sorprenderíamos si podemos, pero estoy en sequía de ideas.

Como la chica del 12, soy la última de todos. El comedor se va quedando más y más en silencio a medida que los tributos van saliendo para su actuación. Es más fácil mantener la actitud irreverente e invencible que hemos adoptado todos cuando somos más. A medida que la gente va desapareciendo por la puerta, todo en lo que puedo pensar es que la vida que les queda se cuenta en días.

Peeta y yo nos quedamos solos por fin. Él se inclina sobre la mesa para tomarme las manos.

— ¿Ya has decidido lo que vas a hacer para los Vigilantes? Sacudo la cabeza.

— Ya no puedo usarlos como diana de prácticas este año, con el campo de fuerza y eso. Tal vez haré unos anzuelos. ¿Y tú?

— Ni idea. Sigo deseando poder hornear una tarta o algo.

— Haz algo más de camuflaje. — Sugiero.

— Si los morphlings me han dejado algo con lo que trabajar. — Dice amargamente. — Han estado pegados a esa estación desde que empezó el entrenamiento. Nos quedamos sentados en silencio un rato y después suelto aquello que está en nuestras mentes.

— ¿Cómo vamos a matar a esta gente, Peeta?

— No lo sé. — Apoya la cabeza sobre nuestras manos entrelazadas.

— No los quiero como aliados. ¿Por qué quiso Haymitch que los conociéramos mejor? Lo hará mucho más duro que la última vez. Excepto por Rue, tal vez. Pero supongo que da igual, en ningún caso habría podido matarla. Se parecía demasiado a Prim. Peeta alza la vista para mirarme, el ceño fruncido mientras piensa.

— Su muerte fue la más despreciable, ¿no?

— Ninguna fue muy bonita. — Digo, pensando en los finales de Glimmer y Cato. Lllaman a Peeta, así que espero sola. Pasan quince minutos. Después media hora. Pasaron cerca de cuarenta minutos cuando me llaman.

Cuando entro, huelo el fuerte aroma de limpiador y me doy cuenta de que una de las alfombras ha sido arrastrada al centro de la sala. El humor es muy distinto al del año pasado, cuando los Vigilantes estaban medio borrachos y distraídamente picoteando en manjares de la mesa de banquetes. Están murmurando entre ellos, con aspecto algo airado. ¿Qué hizo Peeta?

¿Algo para enfadarlos?

Siento una punzada de preocupación. Eso no es bueno. No quiero que Peeta se señale a sí mismo como un objetivo para la ira de los Vigilantes. Eso es parte de mi trabajo. Apartar los tiros de Peeta. Pero ¿cómo los enfadó? Porque me encantaría hacer justo eso y más. Atravesar el barniz de superioridad de aquellos que usan sus cerebros para encontrar formas divertidas de matarnos. Hacerles ver que aunque nosotros somos vulnerables a las crueldades del Capitolio, ellos también lo son.

¿Tenéis idea de cuánto os odio? Pienso. ¿Vosotros, que les habéis entregado vuestros talentos a los Juegos?

Intento captar la mirada de Plutarch Heavensbee, pero parece estar ignorándome intencionadamente, como ha estado haciendo todo el período de entrenamiento. Recuerdo cómo me buscó en el baile, qué complacido estaba de enseñarme el sinsajo en su reloj. Su actitud amistosa está fuera de lugar aquí. ¿Cómo podría no estarlo, cuando yo soy un mero tributo y él es el Vigilante Jefe? Tan poderoso, tan lejano, tan seguro . . . De repente sé exactamente lo que voy a hacer. Algo que hará que cualquier cosa que haya hecho hasta ahora se quede en nada. Me voy a la estación de nudos y cojo un trozo de cuerda. Empiezo a

manipularlo, pero es difícil porque nunca hice este nudo yo misma. Sólo he visto los dedos de Finnick, y esos se movían muy rápido. Después de unos diez minutos, he conseguido un lazo respetable. Arrastro a uno de los muñecos diana al centro de la sala y, usando unas barras, lo cuelgo de modo que pende del cuello. Atarle las manos detrás de la espalda sería un bonito toque, pero creo que tal vez me esté quedando sin tiempo. Me apresuro a la estación de camuflaje, donde algunos de los otros tributos, sin duda los morphlings, han hecho un desbarajuste colosal. Pero encuentro un recipiente medio lleno de zumo de bayas rojo sangre que me será útil. La tela recubierta de piel del maniquí lo convierte en un lienzo bueno y absorbente. Cuidadosamente pinto con cuidado, con el dedo, las palabras en su cuerpo, ocultándolas de la vista de los demás. Después me aparto rápidamente para ver la reacción en los rostros de los Vigilantes mientras leen el nombre en el muñeco. SENECA CRANE.

El efecto en los Vigilantes es inmediato y satisfactorio. Varios sueltan grititos. Otros dejan caer sus vasos de vino, que se hacen añicos musicalmente contra el suelo. Dos parecen estar considerando desmayarse. La apariencia de shock es unánime.

Ahora tengo la atención de Plutarch Heavensbee. Se me queda mirando fijamente mientras el zumo del melocotón que estrujó en su mano corre entre sus dedos. Finalmente se aclara la garganta y dice:

— Ya puede retirarse, señorita Everdeen.

Inclino una vez la cabeza con respeto y me vuelvo para irme, pero en el último momento no puedo resistirme a lanzar el recipiente de jugo de baya sobre mi hombro. Puedo oír cómo el contenido da de lleno en el muñeco mientras un par de vasos de vino más se rompen. Mientras las puertas del ascensor se cierran ante mí, veo que nadie se ha movido. Eso los sorprendió, pienso. Fue precipitado y peligroso y sin duda pagaré por ello diez veces. Pero por el momento, siento algo que se parece mucho a la euforia y me permito saborearlo. Quiero encontrar a Haymitch de inmediato para contarle mi sesión, pero no hay nadie. Supongo que se están preparando para la cena y decido darme una ducha, ya que tengo las manos sucias por el jugo. Mientras estoy bajo el agua, me empiezo a cuestionar la sabiduría de mi último truco. La pregunta que debería guiarme ahora es “¿Ayudará esto a mantener a Peeta con vida?” Indirectamente esto tal vez no. Lo que sucede durante el entrenamiento es alto secreto, así que no tiene sentido llevar a cabo nada en mi contra cuando nadie sabrá cuál fue mi transgresión. De hecho, el año pasado fui recompensada por mi temeridad. Aunque esto es un tipo diferente de crimen. Si los Vigilantes están enfadados conmigo y deciden castigarme en la

arena, Peeta también podría quedarse atrapado en el ataque. Tal vez fui demasiado impulsiva. Aún así . . . no puedo decir que lamente haberlo hecho. Cuando nos reunimos todos para cenar, percibo que las manos de Peeta están manchadas de una amplia variedad de colores, incluso aunque su pelo aún está húmedo del baño. Después de todo, debe de haber hecho alguna forma de camuflaje. Una vez está servida la sopa, Haymitch va directo al asunto que está en mente de todos.

— Está bien, así que ¿cómo fueron vuestras sesiones privadas? Intercambio una mirada con Peeta. De algún modo no me entusiasma demasiado poner lo que hice en palabras. En la tranquilidad del comedor, parece demasiado extremo.

— Tú primero. — Le digo. — Debe de haber sido muy especial. Tuve que esperar cuarenta minutos para entrar.

Peeta parece estar atascado con la misma reticencia que estoy experimentando yo.

— Bueno, yo . . . yo hice la cosa del camuflaje, como sugeriste tú, Katniss. — Vacila. — No exactamente camuflaje. Quiero decir, usé los tintes.

— ¿Para hacer qué? — Pregunta Portia.

Pienso en qué nerviosos estaban los Vigilantes cuando entré en el gimnasio para mi sesión. El olor de los limpiadores. La alfombra sobre ese punto en el centro del gimnasio. ¿Era para ocultar algo que no pudieron limpiar?

— Pintaste algo, ¿no? Un cuadro.

— ¿Lo viste? — Pregunta Peeta.

— No. Pero se preocuparon mucho por cubrirlo.

— Bueno, eso sería normal. No pueden dejar que un tributo sepa lo que otro hizo. — Dice Effie, despreocupada. — ¿Qué pintaste, Peeta? — Parece un poco llorosa. — ¿Fue un retrato de Katniss?

— ¿Por qué iba a pintar un retrato mío, Effie? — Pregunto, irritada.

— Para mostrar que va a hacer todo lo que pueda para defenderte. Eso es lo que todos se esperan en el Capitolio, en cualquier caso. ¿No se presentó voluntario para ir contigo? — Dice Effie, como si fuera la cosa más obvia en el mundo.

— De hecho, pinté un cuadro de Rue. — Dice Peeta. — Tal y como estaba después de que Katniss la cubriera de flores.

Hay una larga pausa en la mesa mientras todos asimilan esto.

— ¿Y qué pretendías conseguir exactamente? — Haymitch pregunta en una voz muy mesurada.

— No estoy seguro. Sólo quería hacerlos responsables. — Dice Peeta. — Por matar a esa niña pequeña.

— Esto es terrible. — Effie suena como si estuviera a punto de llorar. — Ese tipo de pensamiento . . . está prohibido, Peeta. Absolutamente. Sólo os traerás más problemas para ti mismo y para Katniss.

— Tengo que estar de acuerdo con Effie en esto. — Dice Haymitch. Portia y Cinna permanecen callados, pero sus rostros están muy serios. Por supuesto, tienen razón. Pero aunque me preocupa, creo que lo que hizo es alucinante.

— Supongo que este es un mal momento para mencionar que yo ahorqué a un maniquí y le pinté el nombre de Seneca Crane encima. — Digo. Esto tiene el efecto deseado. Después de un momento de incredulidad, toda la desaprobación de la sala me golpea como una tonelada de ladrillos.

— ¿Tú . . . ahorcaste . . . a Seneca Crane? — Dice Cinna.

— Sí. Estaba fardando de mis nuevas habilidades para atar nudos, y de alguna forma terminó al final del lazo.

— Vale, Katniss. — Dice Effie en una voz ahogada. — ¿Cómo sabías siquiera acerca de eso?

— ¿Es un secreto? El Presidente Snow no actuó como si lo fuera. De hecho, parecía deseoso de que lo supiera. — Digo. Effie deja la mesa con la servilleta presionada contra la cara. —

Ahora he disgustado a Effie. Debí haber dicho que disparé unas cuantas flechas.

— Pensarías que lo teníamos planeado. — Dice Peeta, ofreciéndome una ligerísima sonrisa.

— ¿No lo teníais? — Pregunta Portia. Sus dedos presionan sus párpados cerrados como si se estuviera protegiendo de una luz muy brillante.

— No. — Digo, mirando a Peeta con una nueva apreciación. — Ninguno de los dos sabía siquiera lo que iba a hacer antes de entrar.

— Y, ¿Haymitch? — Dice Peeta. — Decidimos que no queremos ningún otro aliado en la arena.

— Bien. Entonces no seré responsable de que matéis a ninguno de mis amigos con vuestra estupidez.

— Eso es justamente lo que estábamos pensando. — Le digo yo. Terminamos la comida en silencio, pero cuando nos levantamos para ir a la sala, Cinna me rodea con el brazo y me da un apretón.

— Vayamos a ver esas notas de entrenamiento.

Nos reunimos alrededor de la televisión y una Effie de ojos enrojecidos se nos vuelve a unir. Aparecen los rostros de los tributos, distrito tras distrito, y sus puntuaciones centellean bajo sus fotos. Del uno al doce. Unas notas altas predecibles para Cashmere, Gloss, Brutus, Enobaria y Finnick. Bajas o medias para los demás.

— ¿Han dado alguna vez un cero? — Pregunto.

— No, pero hay una primera vez para todo. — Responde Cinna. Y resulta que tiene razón. Porque cuando Peeta y yo sacamos un doce cada uno, hacemos historia en los Juegos del Hambre. Aunque nadie se siente como para celebrarlo.

— ¿Por qué lo hicieron? — Pregunto.

— Para que os demás no tengan más opción que señalaros como objetivo. — Dice Haymitch con voz neutra. — Id a la cama. No puedo soportar miraros a ninguno de los dos. Peeta me acompaña a mi habitación en silencio, pero antes

de que pueda decir buenas noches, lo rodeo con los brazos y apoyo mi cabeza contra su pecho. Sus manos se deslizan hacia arriba por mi espalda y su mejilla descansa contra mi pelo.

— Siento haber puesto peor las cosas. — Digo.

— No peor que yo. ¿Por qué lo hiciste, por cierto?

— No lo sé. ¿Para enseñarles que soy más que una pieza en sus Juegos? Él se ríe un poco, sin duda recordando la noche antes de los Juegos el año pasado. Estábamos en el tejado, ninguno de los dos capaz de dormir. Peeta había dicho entonces algo parecido, y yo no había entendido a qué se refería. Ahora sí.

— Yo también. — Me dice. — Y no estoy diciendo que no lo vaya a intentar. Llevarte a casa, quiero decir. Pero si soy perfectamente sincero sobre de ello . . .

— Si eres perfectamente sincero sobre ello, crees que el Presidente Snow probablemente les haya dado órdenes directas para que se aseguren de que morimos en la arena pase lo que pase.

— Se me ha pasado por la cabeza.

También se me ha pasado a mí por la cabeza. Repetidamente. Pero aunque sé que yo nunca dejaré esa arena con vida, aún albergo la esperanza de que Peeta lo hará. Después de todo, él no sacó esas bayas, yo lo hice. Nadie ha dudado nunca de que el desafío de Peeta no estuviera motivado por amor. Así que tal vez el Presidente Snow preferirá mantenerlo a él con vida, machacado y con el corazón roto, como un aviso viviente para otros.

— Pero incluso si eso sucede, todos sabrán que nos fuimos luchando, ¿verdad? — Pregunta Peeta.

— Todos lo sabrán. — Respondo. Y por primera vez, me distancio de la tragedia personal que me ha consumido desde que anunciaron el Quell. Recuerdo al anciano al que le dispararon en el Distrito 11, y a Bonnie y Twill, y los rumores de levantamientos. Sí, todos en los distritos estarán pendientes de mí para ver cómo manejo esta sentencia de muerte, este acto final de la dominación del Presidente Snow. Estarán buscando alguna señal de que sus batallas no han sido en vano. Si puedo dejar claro que estoy desafiando al Capitolio hasta el final, el Capitolio me habrá matado . . . pero no a mi espíritu. ¿Qué mejor forma de darles esperanza a los rebeldes?

Lo más hermoso de esta idea es que mi decisión de mantener a Peeta vivo a expensas de mi propia vida es un acto de desafío en sí mismo. Una negativa a jugar los Juegos del Hambre según las reglas del Capitolio. Mi agenda privada encaja completamente con mi agenda pública. Y si de verdad pudiera salvar a Peeta . . . en términos de revolución, esto sería lo ideal. Porque yo seré más valiosa estando muerta. Pueden convertirme en algún tipo de mártir por la causa y pintar mi cara en estandartes, y eso hará más para congregar a gente que nada que pudiera hacer estando viva. Pero Peeta será más valioso vivo, y trágico, porque será capaz de convertir su dolor en palabras que transformen a la gente.

Peeta se pondría furioso si supiera que estaba pensando en nada de eso, así que me limito a decir:

— Así que ¿qué deberíamos hacer con nuestros últimos días?

— Yo sólo quiero pasarme cada posible minuto del resto de mi vida contigo.
— Responde Peeta.

— Ven, entonces. — Digo, metiéndolo en mi habitación.

Se siente como un lujo, dormir con Peeta de nuevo. No me había dado cuenta hasta ahora de qué necesitada he estado de cercanía humana. De sentirlo a él a mi lado en la oscuridad. Desearía no haber malgastado el último par de noches dejándolo fuera. Me hundo en el sueño, envuelta en su calor, y cuando abro los ojos de nuevo, la luz del día entra por las ventanas.

— Sin pesadillas. — Dice.

— Sin pesadillas. — Confirmo. — ¿Tú?

— Ninguna. Había olvidado cómo se siente una noche de sueño de verdad. Nos quedamos allí acostados durante un rato, sin prisa por empezar el día. Mañana por la noche será la entrevista televisada, así que hoy Effie y Haymitch deberían entrenarnos. Más tacones altos y comentarios sarcásticos, pienso. Pero entonces entra la chica Avox pelirroja con una nota de Effie diciendo que, dado nuestro reciente tour, ella y Haymitch están de acuerdo en que nos manejamos adecuadamente en público. Las sesiones de entrenamiento han sido canceladas.

— ¿De verdad? — Dice Peeta, tomando la nota de mi mano y examinándola. — ¿Sabes lo que significa esto? Tendremos todo el día para nosotros.

— Qué mal que no podamos ir a ningún sitio. — Digo con nostalgia.

— ¿Quién dice que no podemos?

El tejado. Pedimos un montón de comida, cogemos algunas mantas, y vamos al tejado para un picnic. Un picnic de un día completo en el jardín de flores con los tintineos de las campanillas del viento. Comemos. Nos tumbamos al sol. Arranco viñas colgantes y uso mi recientemente adquirido conocimiento del entrenamiento para practicar nudos y tejer redes. Peeta me dibuja. Nos inventamos un juego con el campo de fuerza que rodea el tejado—uno de nosotros le lanza una manzana y la otra persona tiene que cogerla. Nadie nos molesta. Hacia el final de la tarde, estoy tumbada con la cabeza en el regazo de Peeta, haciendo una corona de flores mientras él juega con mi pelo, alegando que está practicando sus nudos. Después de un rato, sus manos se quedan quietas.

— ¿Qué? — Pregunto.

— Desearía poder congelar este momento, justo aquí, justo ahora, y vivir en él para siempre.

Normalmente este tipo de comentario, el tipo que insinúa su amor inmortal por mí, me hace sentir culpable y horrible. Pero me siento tan cálida y relajada y tan por encima de toda preocupación por un futuro que nunca tendré, que dejo que se escape la palabra:

— Vale.

Puedo oír la sonrisa en su voz.

— ¿Entonces lo permitirás?

— Lo permitiré.

Sus dedos vuelven a mi pelo y me adormilo, pero él me despierta para ver el atardecer. Es de un brillo amarillo y naranja espectacular, detrás del skyline del Capitolio.

— No creí que quisieras perdértelo. — Dice.

— Gracias. — Digo. Porque puedo contar con los dedos el número de atardeceres que me quedan, y no quiero perderme ninguno.

No bajamos para reunirnos con los demás para la cena, y nadie sube a llamarnos.

— Me alegro. Estoy harto de poner a todos a mi alrededor tan tristes. — Dice Peeta. — Todos llorando. O Haymitch . . . — No necesita seguir.

Nos quedamos en el tejado hasta la hora de dormir y después nos deslizamos silenciosamente de nuevo en mi habitación sin encontrarnos con nadie. A la mañana siguiente, nos despierta mi equipo de preparación. Vernos a Peeta y a mí durmiendo juntos es demasiado para Octavia, porque rompe a llorar de inmediato.

— Recuerdas lo que nos dijo Cinna. — Dice Venia con fiereza. Octavia asiente y se va entre sollozos.

Peeta tiene que volver a su habitación para la preparación, y me quedo sola con Venia y Flavius. La cháchara usual ha sido suspendida. De hecho, hay poca charla en absoluto, más que para hacerme alzar la barbilla o comentar sobre la técnica de maquillaje. Ya casi es hora de comer cuando siento algo goteando sobre mi hombro y me giro para encontrarme con Flavius, que me está recortando el pelo con lágrimas silenciosas que le ruedan por las mejillas. Venia le dirige una mirada penetrante, y él deja con cuidado las tijeras sobre la mesa y se va. Después sólo queda Venia, cuya piel está tan pálida que sus tatuajes parece que están saltando fuera de ella. Casi rígida con determinación, se encarga de mi pelo y uñas y maquillaje, sus dedos volando ágilmente para compensar por la ausencia de sus compañeros de equipo. Todo el tiempo evita mi mirada. Sólo cuando aparece Cinna para aprobarme y dejar que se marche, ella me toma las manos, me mira directamente a los ojos, y dice:

— Todos queríamos que supieras qué . . . privilegio ha sido el sacar lo mejor de tu apariencia. — Después sale de la sala apresuradamente.

Mi equipo de preparación. Mis mascotas tontorronas, superficiales y afectuosas, con sus obsesiones por las plumas y las fiestas, casi me rompen el corazón con su adiós. Está claro por las últimas palabras de Venia que todos sabemos que no voy a volver. ¿Es que todo el mundo lo sabe? Me pregunto. Miro a Cinna. Él lo sabe, eso seguro. Pero tal y como prometió, no hay peligro de lágrimas por su parte.

— Así que, ¿qué voy a llevar esta noche? — Pregunto, mirando la bolsa de atuendos que contiene mi vestido.

— El Presidente Snow puso la orden del vestido en persona. — Dice Cinna. Desabrocha la cremallera de la bolsa, revelando uno de los vestidos de boda que llevé para la sesión de fotos. Pesada seda blanca con un escote bajo y cintura ajustada y mangas que caen desde la muñeca hasta el suelo. Y perlas. Perlas por todas partes. Pegadas al vestido y en cadenas en mi garganta y formando la corona para el velo. — Incluso aunque anunciaron el Quarter Quell la noche de la sesión de fotos, la gente todavía votó por su vestido favorito, y este fue el ganador. El presidente dice que tienes que llevarlo esta noche. Nuestras objeciones fueron ignoradas.

Deslizo un poco de seda entre mis dedos, intentando averiguar el razonamiento del Presidente Snow. Supongo que ya que fui la mayor infractora, mi dolor y pérdida y humillación deben estar bajo el foco más brillante. Esto, piensa él, lo dejará claro. Es tan bárbaro, el presidente convirtiendo mi vestido nupcial en mi mortaja, que el golpe hace diana, dejándome con un dolor entumecido dentro.

— Bueno, sería una vergüenza malgastar un vestido tan bonito. — Es todo lo que digo. Cinna me ayuda con cuidado a entrar en el vestido. Cuando se asienta sobre mis hombros, estos no pueden sino encogerse quejándose.

— ¿Fue siempre tan pesado? — Pregunto. Recuerdo que varios de los vestidos eran densos, pero este parece pesar una tonelada.

— Tuve que hacer varias leves alteraciones por la luz. — Dice Cinna. Asiento, pero no puedo ver qué es lo que tiene que ver eso con nada. Me engalana con los zapatos y las joyas de perlas y el velo. Retoca mi maquillaje. Me hace andar.

— Estás deslumbrante. — Dice. — Ahora, Katniss, porque este corpiño está tan ajustado, no quiero que levantes los brazos por encima de la cabeza. Bueno, no hasta que des las vueltas, en cualquier caso.

— ¿Voy a dar vueltas otra vez? — Pregunto, pensando en mi vestido del año pasado.

— Estoy seguro de que Caesar te lo pedirá. Y si no lo hace, lo sugieres tú misma. Sólo que no al instante. Resérvatelo para el broche final. — Me instruye Cinna.

— Hazme una señal para que sepa cuándo.

— Muy bien. ¿Algún plan para tu entrevista? Sé que Haymitch os dejó a los dos a vuestro aire.

— No, este año voy a improvisar. Lo gracioso es que no estoy nerviosa en absoluto. — Y no lo estoy. A pesar de lo mucho que me odia el Presidente Snow, esta audiencia del Capitolio es mía.

Nos encontramos con Effie, Haymitch, Portia y Peeta en el ascensor. Peeta está en un elegante esmoquin con guantes blancos. El tipo de cosa que llevan los novios para casarse, aquí en el Capitolio.

En casa todo es mucho más sencillo. La mujer generalmente alquila un vestido blanco que ha sido usado cientos de veces. EL hombre lleva algo limpio que no sean ropas de mina. Rellenan algunos formularios en el Edificio de Justicia y se les asigna una casa. La familia y los amigos se reúnen para una comida o un poco de tarta, si se la pueden permitir. Incluso si no pueden, siempre hay una canción tradicional que cantamos mientras la nueva pareja camina bajo el umbral de su hogar. Y tenemos nuestra propia ceremonia, cuando hacen su primer fuego, tuestan un poco de pan, y lo comparten. Tal vez sea anticuado, pero nadie se siente casado de verdad en el Distrito 12 hasta después del tueste. Los otros tributos ya se han reunido detrás del escenario y están hablando en voz baja, pero cuando llegamos Peeta y yo, se quedan callados. Me doy cuenta de que todos le están lanzando puñales con los ojos a mi vestido de boda. ¿Tienen celos por su belleza? ¿El poder que tal vez tenga para manipular a la multitud?

Finalmente Finnick dice:

— No me puedo creer que Cinna te haya puesto esa cosa.

— No tuvo elección. El Presidente Snow lo obligó. — Digo, algo a la defensiva. No dejaré que nadie critique a Cinna.

Cashmere se echa atrás sus fluidos rizos rubios y escupe:

— Bueno, ¡te ves ridícula! — Coge la mano de su hermano y lo coloca en posición para guiar nuestra procesión al escenario. Los otros tributos también empiezan a alinearse. Estoy confundida porque, aunque todos están enfadados, algunos nos están dando palmadas compasivas en el hombro, y Johanna Mason incluso se para a enderezar mi collar de perlas.

— Házselo pagar, ¿vale? — Dice.

Asiento, pero no sé a qué se refiere. No hasta que todos estamos sentados y Caesar Flickerman, con la faz y el pelo resaltados en color lavanda este año, ha hecho su discurso de apertura y los tributos empiezan sus entrevistas. Esta es la primera vez que me doy cuenta de la profundidad de la traición que sienten los vencedores y la furia que la acompaña. Pero son muy listos, extraordinariamente listos sobre cómo la presentan, porque todo viene a rebotar en el gobierno y el Presidente Snow en particular. No todos. Están los de siempre, como Brutus y Enobaria, que sólo están aquí por los Juegos, y esos demasiado perplejos o drogados o perdidos para unirse en el ataque. Pero hay suficientes vencedores que todavía tienen la sagacidad y el valor de salir luchando.

Cashmere empieza a rodar la pelota con un discurso de cómo no puede dejar de llorar pensando en cuánto debe de estar sufriendo la gente del Capitolio porque van a perdernos. Gloss recuerda la amabilidad que les mostraron aquí a él y a su hermana. Beetee cuestiona la legalidad del Quell con sus maneras nerviosas e inquietas, preguntándose si ha sido totalmente examinado por expertos recientes. Finnick recita un poema que escribió para su amor verdadero e el Capitolio, y unas cien personas se desmayan porque están seguras de que se refiere a ellas. Para cuando sale Johanna, está preguntando si no se puede hacer nada sobre la situación. Seguramente los creadores del Quarter Quell nunca anticiparon que se formara tanto amor entre los vencedores y el Capitolio. Nadie podría ser tan cruel como para cortar un vínculo tan profundo. Seeder rumia en voz baja sobre cómo, en el Distrito 11, todos asumen que el Presidente Snow es todopoderoso. Así que si es todopoderoso, ¿por qué no puede cambiar el Quell? Y Chaff, que viene justo en sus talones, insiste en que el presidente podría cambiar el Quell si quisiera, pero que debe de pensar que no le importa mucho a nadie. Para cuando soy presentada, la audiencia es un completo desastre. La gente ha estado llorando y desmayándose e incluso pidiendo un cambio. El verme a mí en mi sedoso vestido blanco de novia prácticamente provoca un motín. No más yo, no más amantes imposibles viviendo felices para siempre, no más boda. Incluso puedo ver que la profesionalidad de Caesar muestra algunas fisuras cuando intenta aquietarlos para que yo pueda hablar, pero mis tres minutos están pasando rápidamente.

Finalmente hay una pausa y consigue decir:

— Así que Katniss, obviamente esta es una noche muy emotiva para todos. ¿Hay algo que querrías decir?

Mi voz tiembla cuando hablo.

— Sólo que siento mucho que no podáis ir a mi boda . . . pero me alegro de que por lo menos podáis verme en mi vestido. ¿No es acaso . . . la cosa más bonita? — No tengo que mirar a Cinna en busca de una señal. Sé que este es el momento perfecto. Empiezo a girar lentamente, alzando las mangas de mi vestido nupcial sobre la cabeza. Cuando oigo los gritos de la muchedumbre, creo que es porque debo de estar deslumbrante. Después noto que algo se está levantando a mi alrededor. Humo. De fuego. No la cosa titilante que llevé el año pasado en el carruaje, sino algo mucho más real que devora mi vestido. Empiezo a entrar en pánico cuando el humo se hace más espeso. Pedacitos calcinados de seda blanca flotan en el aire, y perlas caen haciendo ruido sobre el escenario. De algún modo tengo miedo de parar porque mi carne no parece estar quemándose y sé que Cinna debe de estar detrás de lo que sea que está sucediendo. Así que sigo girando y girando. Durante una fracción de segundo ahogo un grito, totalmente cubierta por las extrañas llamas. Después, de repente, el fuego ha desaparecido. Me detengo despacio, preguntándome si estoy desnuda y por qué Cinna se las ha arreglado para quemar mi vestido de boda. Pero no estoy desnuda. Estoy en un vestido del diseño exacto de mi vestido de boda, sólo que es del color del carbón y hecho de pequeñas plumas. Con curiosidad, levanto mis largas y fluidas mangas en el aire, y es entonces cuando me veo en la pantalla de la televisión. Vestida de negro salvo por las zonas blancas en mis mangas. O debería decir mis alas. Porque Cinna me ha convertido en un sinsajo.

Aún estoy algo humeante, así que Caesar levanta con precaución una mano hacia mi tocado. El blanco se ha quemado, dejando un velo negro ajustado y suave que cubre el escote del vestido en la espalda.

— Plumas. — Dice Caesar. — Eres un pájaro.

— Un sinsajo, creo. — Digo, agitando un poco mis alas. — Es el pájaro de la insignia que llevé como recuerdo.

Una sombra de comprensión cruza las facciones de Caesar, y entiendo que sabe que el sinsajo no es sólo mi recuerdo. Que ha llegado a simbolizar muchísimo más. Que lo que se verá como un vistoso cambio de vestido en el

Capitolio está resonando de una forma totalmente distinta en los distritos. Pero hace lo que puede por ver el lado bueno.

— Bueno, me saco el sombrero ante tu estilista. No creo que nadie pueda negar que es lo más espectacular que hemos visto jamás en una entrevista. ¡Cinna, creo que sería bueno que saludaras! — Caesar le hace un gesto a Cinna para que se levante. Él lo hace, y ofrece una reverencia pequeña y graciosa. Y de repente tengo mucho miedo por él. ¿Qué ha hecho? Algo terriblemente peligroso. Un acto de rebelión en sí mismo Y lo ha hecho por mí. Recuerdo sus palabras . . . “No te preocupes. Siempre canalizo mis emociones hacia mi trabajo. Así no le hago daño a nadie más que a mí mismo.”. . . y temo que se haya hecho daño a sí mismo más allá de todo arreglo. El significado de mi feroz transformación no le pasará desapercibido al Presidente Snow. La audiencia, que se ha quedado muda por la sorpresa, rompe en un salvaje aplauso. Apenas puedo oír el zumbido que indica que mis tres minutos se han terminado. Caesar me da las gracias y regreso a mi asiento, mi vestido ahora más ligero que el aire. Cuando me cruzo con Peeta, que se dirige a su entrevista, él rehúye mis ojos. Tomo asiento con cuidado, pero aparte de los hilos de humo aquí y allá, parezco ilesa, así que le dedico toda mi atención.

Caesar y Peeta han sido un equipo natural desde que aparecieron juntos por primera vez hace un año. Su sencillez toma y daca, su comicidad, y la habilidad de conseguir momentos desgarradores, como la confesión de Peeta de su amor por mí, los han convertido en un inmenso éxito con la audiencia. Abren sin esfuerzo con unos pocos chistes sobre fuegos y plumas y pollos demasiado cocinados. Pero todos pueden ver que Peeta está preocupado, así que Caesar dirige la conversación directamente a lo que está en mente de todos.

— Así que, Peeta, ¿Cómo te sentiste cuando, después de todo por lo que has pasado, averiguaste lo del Quell? — Pregunta Caesar.

— Estaba en shock. Quiero decir, un minuto estaba viendo a Katniss tan hermosa en todos esos vestidos de novia, y al siguiente . . . — La voz de Peeta se apaga.

— ¿Te diste cuenta de que nunca iba a haber una boda? — Pregunta Caesar amablemente. Peeta hace una larga pausa, como si estuviera decidiendo algo. Mira a la audiencia hechizada, después al suelo, después finalmente a Caesar.

— Caesar, ¿crees que nuestros amigos podrán guardar un secreto? Una risa incómoda emana del público. ¿Qué quiere decir? ¿Ocultarle un secreto a quién? Todo nuestro mundo está mirando.

— Estoy bastante seguro. — Dice Caesar.

— Ya estamos casados. — Dice Peeta en voz baja. La multitud reacciona con asombro, y yo tengo que enterrar el rostro en las dobleces de mi falda para que no puedan ver mi confusión.

¿A dónde demonios quiere llegar con esto?

— Pero . . . ¿cómo puede ser eso? — Pregunta Caesar.

— Oh, no es un matrimonio oficial. No fuimos al Edificio de Justicia ni nada. Pero tenemos este ritual de matrimonio en el Distrito 12. No sé cómo es en los otros distritos. Pero hay esta cosa que hacemos. — Dice Peeta, y describe brevemente el tueste.

— ¿Estaban allí vuestras familias?

— No, no se lo dijimos a nadie. Ni siquiera a Haymitch. Y la madre de Katniss nunca lo habría aprobado. Pero ya ves, sabíamos que si nos casábamos en el Capitolio, no habría un tueste. Y ninguno de los dos quería esperar más. Así que un día, simplemente lo hicimos. — Dice Peeta. — Y para nosotros, estamos más casados que lo que habría podido hacernos ningún papel ni ninguna fiesta.

— ¿Así que esto fue antes del Quell?

— Por supuesto que fue antes del Quell. Estoy seguro de que nunca lo habríamos hecho después de saberlo. — Dice Peeta, empezando a entristecerse. — Pero, ¿quién lo iba a ver venir? Nadie. Pasamos por los Juegos, éramos vencedores, todo el mundo parecía tan contento de vernos juntos, y después, de repente . . . Quiero decir, ¿cómo podíamos anticipar algo así?

— No podáis, Peeta. — Caesar le rodea los hombros con el brazo. — Como dices, nadie habría podido. Pero tengo que confesarlo, me alegro de que hayáis tenido por lo menos unos pocos meses de felicidad juntos.

Inmenso aplauso. Como si estuviera animada, alzo la vista de mis plumas y dejo que el público vea mi sonrisa trágica de agradecimiento. El humo residual de

las plumas ha hecho que mis ojos estén llorosos, lo que añade un toque muy bonito.

— Yo no me alegro. — Dice Peeta. — Desearía que hubiéramos esperado hasta que todo el asunto se hubiera hecho de forma oficial.

Esto hace retroceder incluso a Caesar.

— ¿Seguro que poco tiempo es mejor que nada?

— Tal vez yo también pensaría eso, Caesar — Dice Peeta amargamente —, si no fuera por el bebé.

Ahí. Lo ha vuelto a hacer. Ha soltado una bomba que borra los esfuerzos de cada tributo que ha venido antes que él. Bueno, tal vez no. Tal vez este año sólo ha encendido la mecha de una bomba que los propios vencedores han estado construyendo. Con la esperanza de que alguien pudiera detonarla. Tal vez pensando que sería el verme en mi vestido nupcial. Sin saber lo mucho que yo confío en los talentos de Cinna, mientras que Peeta no necesita más que su sagacidad.

Mientras la bomba explota, envía acusaciones de injusticia y barbarismo y crueldad en todas direcciones. Incluso la persona más amante del Capitolio, más hambrienta de Juegos, más sedienta de sangre, no puede ignorar, por lo menos durante un instante, qué horrible es todo esto.

Estoy embarazada.

El público no puede asimilar la noticia inmediatamente. La noticia tiene que golpearlos y asentarse y ser confirmada por otras voces antes de que empiecen a sonar como una horda de animales heridos, gimiendo, chillando, pidiendo ayuda. ¿Y yo? Sé que mi cara está siendo proyectada en un primerísimo plano en la pantalla, pero no hago ningún esfuerzo por ocultarla. Porque por un momento, incluso yo estoy procesando lo que ha dicho Peeta. ¿No es eso lo que más temía sobre la boda, sobre el futuro—la pérdida de mis hijos a los Juegos? Y ahora podría ser verdad, ¿o no? ¿Si no me hubiera pasado toda mi vida construyendo capas y capas de defensas hasta que me encojo ante la simple sugerencia del matrimonio o de una familia?

Caesar ya no puede reinar sobre la multitud, ni siquiera cuando suena el zumbido. Peeta hace un gesto de cabeza como adiós y vuelve a su asiento sin

más conversación. Puedo ver los labios de Caesar moviéndose, pero el lugar es un completo caos y no puedo oír ni una sola palabra. Sólo el atronador himno, sonando tan alto que puedo sentirlo vibrando en mis huesos, nos hace saber cuál es nuestro lugar en el programa. Me levanto automáticamente y, mientras lo hago, siento a Peeta alzando su mano hacia mí. Lágrimas corren por su rostro cuando tomo su mano. ¿Qué reales son esas lágrimas? ¿Es esta una señal de que ha sido perseguido por los mismos miedos que yo? ¿Que cada vencedor? ¿Que cada padre en cada distrito de Panem?

Vuelvo a mirar a la muchedumbre, pero las caras de la madre y el padre de Rue nadan ante mis ojos. Su dolor. Su pérdida. Me vuelvo espontáneamente hacia Chaff y le ofrezco mi mano. Siento mis dedos cerrándose alrededor del muñón que ahora completa su brazo, y me agarro con rapidez.

Y entonces sucede. Por toda la fila, los vencedores empiezan a unir las manos. Algunos al instante, como los morphlings, o Wiress y Beetee. Otros inseguros pero atrapados por las exigencias de aquellos a su alrededor, como Brutus y Enobaria. Para cuando suenan las últimas notas del himno, los veinticuatro estamos de pie en una fila irrompible en lo que debe de ser la primera muestra de unidad entre los distritos desde los Días Oscuros. Puedes ver cómo se dan cuenta de esto cuando las pantallas empiezan a apagarse. Sin embargo, es demasiado tarde. En medio de la confusión, no nos cortaron a tiempo. Todos lo han visto. Ahora también hay desorden en el escenario, mientras se apagan las luces y tropezamos de vuelta al Centro de Entrenamiento. He perdido mi agarre de Chaff, pero Peeta me guía hasta un ascensor. Finnick y Johanna tratan de unirse a nosotros, pero un agente de la paz atribulado bloquea su camino y subimos solos.

En cuanto salimos del ascensor, Peeta me aferra los hombros.

— No hay mucho tiempo, así que dime. ¿Hay algo por lo que deba disculparme?

— Nada. — Digo. Fue un gran salto que dar sin mi consentimiento, pero me alegro de no haberlo sabido, de no haber tenido tiempo para cuestionarlo, de no haber dejado que ninguna culpa por Gale afectara el cómo me siento de verdad sobre lo que hizo Peeta. Que es fortalecida.

En algún lugar, muy lejos de aquí, hay un sitio llamado Distrito 12 donde mi madre y hermana y amigos tendrán que lidiar con las secuelas de esta noche. A tan sólo un breve viaje de hovercraft está la arena donde, mañana, Peeta y yo y

los otros tributos nos enfrentaremos a nuestra propia forma de castigo. Pero incluso si todos encontramos finales terribles, algo pasó esta noche en ese escenario que no puede deshacerse. Nosotros, los vencedores, orquestamos nuestro propio levantamiento, y quizás, sólo quizás, el Capitolio no será capaz de contener este.

Esperamos a que regresen los otros, pero cuando se abre el ascensor, sólo Haymitch aparece.

— Allí fuera es una locura. Todos han sido enviados a casa y han cancelado la repetición de las entrevistas en televisión.

Peeta y yo nos apresuramos a ir a la ventana e intentamos encontrarle algún sentido a la conmoción muy por debajo de nosotros, en las calles.

— ¿Qué están diciendo? — Pregunta Peeta. — ¿Están pidiéndole al presidente que pare los Juegos?

— No creo que ni ellos mismos sepan qué pedir. Toda la situación no tiene precedentes. Incluso la idea de oponerse a la agenda del capitolio es una fuente de confusión para la gente de aquí. — Dice Haymitch. — Pero de ninguna forma Snow cancelaría los Juegos. Lo sabéis, ¿verdad?

Yo sí. Por supuesto, ahora jamás se echaría atrás. La única opción que le queda es devolver el golpe, y golpear con fuerza.

— ¿Los otros se han ido a casa? — Pregunto.

— Se lo ordenaron. No sé qué suerte estarán teniendo para pasar entre la multitud. — Dice Haymitch.

— Entonces nunca volveremos a ver a Effie. — Dice Peeta. No la vimos en la mañana de los Juegos el año pasado. — Dale las gracias de nuestra parte.

— Más que eso. Hazlo especial de verdad. Es Effie, después de todo. — Digo yo. — Dile cuánto la apreciamos y que fue la mejor escolta que pudimos haber tenido y dile . . . dile que le mandamos nuestro cariño.

Durante un rato sólo nos quedamos ahí en silencio, retrasando lo inevitable. Después Haymitch lo dice.

— Supongo que aquí también es cuando nos decimos adiós.

— ¿Algún consejo de última hora? — Pregunta Peeta.

— Seguid vivos. — Dice Haymitch con aspereza. Con nosotros ahora eso es casi como un viejo chiste. Nos da un abrazo rápido a cada uno, y puedo ver que eso es todo lo que puede soportar. — Id a la cama. Necesitáis vuestro descanso.

Sé que debería decirle un montón de cosas a Haymitch, pero en realidad no puedo pensar en nada que no sepa ya, y en mi garganta hay semejante nudo que en cualquier caso dudo que fuera a ser capaz de decir nada. Así que, una vez más, dejo que Peeta hable por los dos.

— Cuídate, Haymitch. — Dice.

Cruzamos la sala, pero en el umbral, la voz de Haymitch nos detiene.

— Katniss, cuando estés en la arena . . . — Empieza. Luego se detiene. Está frunciendo el ceño de tal manera que estoy segura de que ya lo he decepcionado.

— ¿Qué? — Pregunto a la defensiva.

— Tú sólo recuerda quién es el enemigo. — Me dice Haymitch. — Eso es todo. Ahora seguid adelante. Marchaos de aquí.

Caminamos por el pasillo. Peeta quiere pasarse por su habitación para ducharse y quitarse el maquillaje, y encontrarse conmigo en unos minutos, pero no dejo que lo haga. Estoy segura de que si una puerta se cierra entre los dos, se quedará cerrada y tendré que pasar la noche sin él. Además, tengo una ducha en mi habitación. Me niego a soltarle la mano.

¿Dormimos? No lo sé. Pasamos la noche abrazados, a medio camino entre el sueño y la vigilia. Sin hablar. Ambos temiendo molestar al otro con la esperanza de que seremos capaces de almacenar unos pocos y preciosos minutos de descanso.

Cinna y Portia llegan al amanecer, y sé que Peeta se tendrá que ir. Los tributos entran solos en la arena. Me da un breve beso.

— Hasta pronto. — Dice.

Cinna, que me ayudará a vestirme para los Juegos, me acompaña al tejado. Estoy a punto de subir por la escalera al hovercraft cuando lo recuerdo.

— No le dije adiós a Portia.

— Yo se lo diré. — Dice Cinna.

La corriente eléctrica me congela en el sitio en la escalera hasta que el médico me inyecta el rastreador en antebrazo izquierdo. Ahora serán capaces de localizarme siempre en la arena. El hovercraft despega, y miro por las ventanas hasta que se vuelven negras. Cinna no deja de presionarme para que coma y, cuando fracasa, para que beba. Consigo beber agua a sorbitos, pensando en los días de deshidratación que casi me mataron el año pasado. Pensando en cómo necesitaré mi fuerza para mantener a Peeta con vida.

Cuando llegamos a la Sala de Lanzamiento en la arena, me ducho. Cinna me hace una trenza que me cae por la espalda y me ayuda a vestirme por encima de una ropa interior sencilla. El traje de tributo de este año es un mono azul ajustado, hecho de material muy fino, con una cremallera delante. Un cinturón acolchado de quince centímetros de ancho cubierto en brillante plástico morado. Un par de zapatos de nailon con suelas de goma.

— ¿Qué piensas? — Pregunto, levantando la tela para que la examine Cinna. Frunce el ceño mientras frota la cosa fina entre los dedos.

— No lo sé. Ofrecerá poca protección contra el frío o el agua.

— ¿Sol? — Pregunto, imaginándome un sol ardiente sobre un desierto árido.

— Posiblemente. Si ha sido tratado. — Dice. — Oh, casi me olvido de esto. — Se saca mi antigua insignia del sinsajo del bolsillo y la coloca sobre el mono.

— Mi vestido estuvo fantástico anoche. — Digo. Fantástico y temerario. Pero Cinna debe de saber eso ya.

— Pensé que te gustaría. — Dice con una sonrisa tensa.

Nos sentamos, como hicimos el año pasado, con las manos cogidas, hasta que la voz me dice que me prepare para el lanzamiento. Me acompaña hasta la plataforma metálica circular y cierra el cuello de mi mono con seguridad.

— Recuerda, chica en llamas. — Dice. — Aún apuesto por ti. — Me da un beso en la frente y se aparta mientras el cilindro de cristal se desliza hacia abajo a mi alrededor.

— Gracias. — Digo, aunque probablemente no pueda oírme. Alzo la barbilla, manteniendo la cabeza en alto como siempre me dice, y espero a que se levante la plataforma. Pero no lo hace. Y todavía no.

Miro a Cinna, alzando las cejas en busca de una explicación. Él sólo sacude levemente la cabeza, tan perplejo como yo. ¿Por qué están retrasando esto? De repente la puerta de detrás de él se abre y tres agentes de la paz entran en la sala. Dos sujetan los brazos de Cinna detrás de su espalda y lo esposan, mientras el tercero lo golpea en la sien con tanta fuerza que cae de rodillas. Pero siguen golpeándolo con guantes chapados de metal, haciéndole profundos cortes en la cara y el cuerpo. Yo grito a pleno pulmón, golpeando con todas mis fuerzas en el cristal inflexible, intentando llegar a él. Los agentes de la paz me ignoran por completo mientras arrastran el cuerpo inmóvil de Cinna fuera de la sala. Y todo lo que queda son las manchas de sangre en el suelo.

Enferma y aterrorizada, siento el plato empezar a levantarse. Aún me estoy apoyando contra el cristal cuando la brisa me levanta el pelo y me obligo a erguirme. Justo a tiempo, también, porque el cristal está bajando y estoy libre y de pie en la arena. Algo parece estar mal con mi visión. El suelo es demasiado brillante y resplandeciente y no deja de ondular. Guiño los ojos a mis pies y veo que mi plataforma de metal está rodeada de ondas azules que me lamen las botas. Lentamente alzo la vista y asimilo el agua que se extiende en todas direcciones. Sólo puedo formar un pensamiento claro.

Este no es lugar para una chica en llamas.

— Damas y caballeros, ¡que empiecen los Septuagésimo Quintos Juegos del Hambre! — La voz de Claudius Templesmith, el anunciante de los Juegos del Hambre, atruena en mis oídos. Tengo menos de un minuto para recomponerme. Después sonará el gong y los tributos serán libres de salir de sus plataformas metálicas. Pero ¿salir adónde? No puedo pensar con claridad. La imagen de

Cinna, hecho polvo y ensangrentado, me consume. ¿Dónde está ahora? ¿Qué le están haciendo? ¿Torturándolo? ¿Matándolo?

¿Convirtiéndolo en un Avox? Obviamente su ataque fue orquestado para sacarme de mis casillas, al igual que lo fue la presencia de Darius en mis aposentos. Y sí me ha sacado de mis casillas. Todo lo que quiero hacer es derrumbarme sobre mi plataforma metálica. Pero no puedo hacer eso después de lo que acabo de presenciar. Tengo que ser fuerte. Se lo debo a Cinna, quien lo arriesgó todo atacando al Presidente Snow y convirtiendo mi seda nupcial en un plumaje de sinsajo. Y se lo debo a los rebeldes que, embravecidos por el ejemplo de Cinna, tal vez estén luchando para traer abajo al Capitolio en este mismo instante. Mi negativa a jugar los Juegos según las normas del Capitolio va a ser mi último acto de rebelión. Así que aprieto los dientes y meuerzo a participar.

¿Dónde estás? Aún no consigo entender mi entorno. ¿Dónde estás? Me exijo una respuesta y lentamente el mundo se va enfocando. Agua azul. Cielo rosa. Un fulgurante sol blanco brillando con plena fuerza. Vale, ahí está la Cornucopia, el reluciente cuerno dorado, a unos cuarenta metros. Al principio, parece estar situada sobre una isla circular. Pero tras un examen más exhaustivo, veo las delgadas líneas de tierra radiando desde el círculo como los radios de una rueda. Pienso que hay unos diez o doce, y parecen equidistantes. Entre los radios todo lo que hay es agua. Agua y un par de tributos.

Eso es todo, entonces. Hay doce radios, cada uno con dos tributos balanceándose sobre plataformas metálicas entre ellos. El otro tributo en mi porción de agua es el viejo Woof del Distrito 8. Está casi tan lejos a mi derecha como la banda de tierra a mi izquierda. Más allá del agua, dondequiera que mires, hay una playa estrecha y luego vegetación densa. Le echo un vistazo al círculo de tributos, buscando a Peeta, pero debe de estar bloqueado por la Cornucopia.

Cojo un puñado de agua y la huelo. Después toco la punta de mi dedo húmedo contra mi lengua. Como sospechaba, es agua salada. Igual que las olas que Peeta y yo encontramos en nuestro breve tour a la playa del Distrito 4. Pero por lo menos parece limpia. No hay barcas, no hay cuerdas, ni siquiera un poco de madera a la deriva a la que aferrarse. No, sólo hay una forma de llegar a la Cornucopia. Cuando suena el gong, ni siquiera vacilo antes de echarme al agua a la izquierda. Es una distancia más larga de lo que estoy acostumbrada, y navegar las olas requiere algo más de habilidad que nadar a través de mi tranquilo lago en casa, pero mi cuerpo parece extrañamente ligero y corto el agua sin esfuerzo. Tal vez sea la sal. Salgo del agua, chorreando, a la banda de tierra, y corro por la extensión arenosa hacia la Cornucopia. No puedo ver a nadie más convergiendo

por mi lado, aunque el cuerno dorado bloquea una buena porción de mi campo de visión. No dejo que la idea de los adversarios me enlentezca, sin embargo. Ahora estoy pensando como una Profesional, y lo primero que quiero es poner las manos sobre un arma.

El año pasado, las provisiones estaban esparcidas a una cierta distancia alrededor de la Cornucopia, con lo más valioso más cerca del cuerno. Pero este año, el botín parece estar apilado en la boca de seis metros de alto. Mis ojos se posan de inmediato sobre un arco dorado al alcance de mi mano y lo arranco.

Hay alguien detrás de mí. Me alerta, no sé, un suave cambio en la arena o tal vez sólo un cambio en las corrientes de aire. Saco una flecha del carcaj que aún está metido en la pila y preparo el arco al girarme.

Finnick, reluciente y hermoso, está a unos pocos metros de distancia, con un tridente preparado para atacar. Una red cuelga de su otra mano. Está sonriendo un poco, pero los músculos de la parte superior de su cuerpo están rígidos por la anticipación.

— Tú también puedes nadar. — Dice. — ¿Dónde aprendiste eso en el Distrito Doce?

— Tenemos una gran bañera. — Respondo.

— Debéis de tenerla. — Dice. — ¿Te gusta esta arena?

— No particularmente. Pero a ti debería gustarte. La deben de haber construido especialmente para ti. — Digo con un deje de amargura. Por lo menos así parece, con toda el agua, cuando me apuesto que sólo un puñado de vencedores pueden nadar. Y no había piscina en el Centro de Entrenamiento, no había posibilidad de aprender. O llegas aquí como un nadador o más te vale aprender con rapidez. Incluso la participación en el baño de sangre inicial depende de ser capaz de cubrir veinte metros de agua. Eso le da al Distrito 4 una enorme ventaja.

Por un momento estamos congelados, evaluándonos mutuamente, nuestras armas, nuestra habilidad. Después, de repente, Finnick sonríe de oreja a oreja.

— Qué bien que seamos aliados, ¿verdad?

Presintiendo una trampa, estoy a punto de soltar una flecha, con la esperanza de que encuentre su corazón antes de que el tridente me ensarte, cuando hace un giro de mano y algo en su muñeca capta la luz del sol. Es un brazalete de oro sólido con un patrón de llamas. El mismo que recuerdo en la muñeca de Haymitch en la mañana que empecé el entrenamiento. Brevemente considero que Finnick podría haberlo robado para engañarme, pero de alguna forma sé que ese no es el caso. Haymitch se lo dio. Como una señal para mí. Una orden, en realidad. Para confiar en Finnick.

Puedo oír otras pisadas aproximándose. Debo decidir ya.

— ¡Verdad! — Espeto, porque incluso aunque Haymitch es mi mentor y está intentando mantenerme con vida, esto me enfada. ¿Por qué no me dijo antes que había hecho este arreglo? Probablemente porque Peeta y yo habíamos descartado toda alianza. Ahora Haymitch ha escogido una él solito.

— ¡Agáchate! — Finnick me ordena con una voz tan poderosa, tan distinta de su habitual ronroneo seductivo, que lo hago. Su tridente va silbando sobre mi cabeza y hay un sonido horrible de impacto cuando encuentra su objetivo. El hombre del Distrito 5, el borracho que vomitó en el suelo de la lucha con espada, se derrumba sobre las rodillas mientras Finnick libera el tridente de su pecho. — No te fíes del Uno ni del Dos. — Dice Finnick. No hay tiempo para cuestionar esto. Libero el carcaj de flechas.

— ¿Cada uno toma un lado? — Digo. Asiente, y salgo disparada alrededor de la pila. A unos cuatro radios de distancia, Enobaria y Gloss están llegando a tierra. O bien son nadadores lentos, o bien pensaban que tal vez el agua está unida a otros peligros, algo muy posible. A veces no es bueno considerar muchas posibilidades. Pero ahora que están en la arena, estarán aquí en cuestión de segundos.

— ¿Algo útil? — Oigo gritar a Finnick.

Escaneo rápidamente la pila de mi lado y encuentro mazas, espadas, arcos y flechas, tridentes, cuchillos, lanzas, hachas, objetos metálicos para los que no tengo nombre . . . y nada más.

— ¡Armas! — Respondo. — ¡Sólo armas!

— Aquí igual. — Confirma. — ¡Coge lo que puedas y vámonos!

Le disparo una flecha a Enobaria, que se ha acercado demasiado, pero la está esperando y vuelve a tirarse al agua antes de que encuentre su objetivo. Gloss no es tan ágil, y le hundo una flecha en la pantorrilla antes de que se lance a las olas. Me lanzo un arco extra y un segundo carcaj con flechas sobre el cuerpo, deslizo dos cuchillos largos y un punzón en mi cinturón, y me encuentro con Finnick delante de la pila.

— Haz algo con eso, ¿vale? — Dice. Veo a Brutus embistiendo contra nosotros. Su cinturón está desabrochado y lo ha extendido entre sus manos como un escudo. Le disparo y consigue bloquear la flecha con su cinturón antes de que pueda ensartarse en su hígado. Donde pincha el cinturón, salta un líquido púrpura, cubriéndole la cara. Mientras vuelvo a cargar el arco, Brutus cae al suelo, rueda los escasos pasos que lo separan del agua, y se sumerge. Hay un sonido de metal cayéndose detrás de mí.

— Marchémonos de aquí. — Le digo a Finnick.

Este último altercado les ha dado a Enobaria y Gloss tiempo para alcanzar la Cornucopia. Brutus está a distancia de tiro y en algún lugar, eso seguro, Cashmere también está cerca. Estos cuatro Profesionales clásicos tendrán sin duda una alianza previa. Si tuviera que considerar sólo mi propia seguridad, tal vez querría enfrentarme a ellos con Finnick a mi lado. Pero es en Peeta en quien estoy pensando. Ahora lo veo, aún impotente sobre su plataforma metálica en la cuña de agua casi directamente delante de la Cornucopia. Salgo corriendo y Finnick me sigue sin preguntas, como si supiera que este iba a ser mi siguiente movimiento. Cuando estoy tan cerca como puedo, empiezo a quitarme cuchillos del cinturón, preparándome para nadar para alcanzarlo y de alguna forma traerlo aquí. Finnick me pone una mano en el hombro.

— Yo lo cogeré.

La sospecha se despierta en mi interior. ¿Podría esto no ser más que una estratagema? ¿El que Finnick se ganara mi confianza y luego nadara a ahogar a Peeta?

— Puedo yo. — Insisto.

Pero Finnick ha dejado caer todas sus armas al suelo.

— Mejor no agotarte. No en tu condición. — Dice, y se acerca y me da una palmadita en el abdomen.

Oh, claro. Se supone que estoy embarazada, pienso. Mientras estoy intentando pensar en lo que eso significa y en cómo debería actuar—tal vez vomitar o algo—Finnick se ha posicionado en el borde del agua.

— Cúbreme. — Dice. Desaparece con una inmersión perfecta. Alzo el arco, prevenida contra cualquier atacante de la Cornucopia, pero nadie parece interesado en perseguirnos. Como había pensado, Gloss, Cashmere, Enobaria y Brutus se han reunido, su grupo ya formado, escogiendo entre las armas. Un repaso rápido al resto de la arena muestra que la mayor parte de los demás tributos todavía están atrapados en sus plataformas. Espera, no, hay alguien en el radio a mi izquierda, el opuesto a Peeta. Es Mags. Pero ella ni se dirige a la Cornucopia ni trata de huir. En vez de eso se lanza al agua y empieza a chapotear hacia mí, su cabeza gris balanceándose sobre las olas. Bueno, es vieja, pero supongo que después de ochenta años viviendo en el Distrito 4 es capaz de mantenerse a flote. Finnick ya ha llegado hasta Peeta y está trayéndolo de vuelta, un brazo cruzándole el pecho mientras el otro los propulsa a través del agua con ágiles brazadas. Peeta se deja llevar sin resistencia. No sé qué es lo que dijo o hizo Finnick para convencerlo para dejar su vida en sus manos—tal vez le enseñó el brazalete. O el verme a mí esperando tal vez haya sido suficiente. Cuando llegan a la arena, ayudo a arrastrar a Peeta a tierra firme.

— Hola de nuevo. — Dice, y me da un beso. — Tenemos aliados.

— Sí. Tal y como pretendía Haymitch. — Respondo.

— Recuérdamelo, ¿hicimos tratos con alguien más? — Pregunta Peeta.

— Sólo con Mags, creo. — Digo. Señalo con un gesto de cabeza a la anciana que se nos acerca obstinadamente.

— Bueno, no puedo dejar a Mags atrás. — Dice Finnick. — Es una de las pocas personas a las que les gusto de verdad.

— No tengo problema con Mags. — Digo. — Especialmente ahora que veo la arena. Sus anzuelos son probablemente nuestra mejor opción para conseguir comida.

— Katniss la quiso desde el primer día. — Dice Peeta.

— Katniss tiene un destacable buen juicio. — Dice Finnick. Mete una mano en el agua y levanta a Mags como si no pesara más que un perrito. Ella hace

algún comentario que creo que incluye la palabra “balanceo”, y después le da una palmada al cinturón.

— Mirad, tiene razón. Alguien lo averiguó. — Finnick señala a Beetee. Está dando bandazos entre las olas pero se las arregla para mantener la cabeza sobre el agua.

— ¿Qué? —Digo.

— Los cinturones. Son artilugios de flotación. — Dice Finnick. — Quiero decir, tienes que impulsarte tú mismo, pero ellos evitan que te ahogues.

Casi le pido a Finnick que espere, que coja a Beetee y Wiress y los traiga con nosotros, pero Beetee está tres radios más allá y ni siquiera puedo ver a Wiress. Por todo lo que sé, Finnick los mataría tan pronto como hizo con el tributo del 5, así que en vez de eso sugiero que sigamos adelante. Le entrego a Peeta un arco, un carcaj de flechas y un cuchillo, manteniendo el resto conmigo. Pero Mags me tira de la manga y no deja de parlotear hasta que le he dado el punzón. Complacida, aprieta el mango entre sus encías y extiende los brazos hacia Finnick. Él se lanza la red sobre el hombro, coloca a Mags encima, agarra con fuerza los tridentes en su mano libre, y corremos lejos de la Cornucopia.

Donde la arena termina, aparece el bosque, alto. No, no es bosque de verdad. Por lo menos no del tipo que yo conozco. Selva. La extraña, casi obsoleta palabra me viene a la mente. Algo que oí sobre otros Juegos del Hambre o aprendí de mi padre. La mayoría de los árboles no me son familiares, con troncos suaves y pocas ramas. La tierra es muy negra y esponjosa bajo nuestros pies, a menudo oscurecida por viñas enredadas con coloridos capullos. Mientras el sol es caliente y fulgurante, el aire es cálido y pesado con la humedad, y tengo la impresión de que nunca estaré seca de verdad aquí. La delgada tela azul de mi mono deja que el agua de mar se evapore con facilidad, pero ya ha empezado a pegarse a mí con el sudor. Peeta lleva la delantera, cortando a través de las zonas de vegetación densa con su largo cuchillo. Hago que Finnick vaya segundo porque incluso aunque es el más poderoso, tiene sus manos ocupadas con Mags. Además, aunque él es un hacha con ese tridente, esa es un arma menos apropiada para la jungla que mis flechas. No pasa mucho tiempo, entre la empinada pendiente y el calor, antes de que empiece a faltarnos el aliento. Sin embargo, Peeta y yo nos hemos estado entrenando con intensidad, y Finnick es un espécimen físico tan alucinante que incluso con Mags sobre los hombros, subimos rápidamente alrededor de kilómetro y medio antes de que pida un

descanso. Y aún entonces creo que es más por el bien de Mags que por el suyo propio.

El follaje ha escondido la rueda de nuestra vista, así que escalo a un árbol con ramas gomosas para obtener una mejor vista. Y después deseo no haberlo hecho. Alrededor de la Cornucopia, el suelo parece estar sangrando; el agua tiene manchas púrpura. Cuerpos yacen en el suelo y flotan sobre el mar, pero a esta distancia, con todos vestidos exactamente igual, no puedo decir quién vive o muere. Todo lo que sé es que algunas de las figuritas azules todavía pelean. Bueno, ¿qué creía? ¿Que la cadena de manos unidas de los vencedores anoche resultaría en algún tipo de tregua universal en la arena? No, nunca creí eso. Pero supongo que tenía la esperanza de que la gente mostrara algo de . . . ¿qué?

¿Contención? Reticencia, por lo menos. Antes de pasar al modo masacre. Y todos os conocíais, pienso. Actuabais como amigos.

Sólo tengo un amigo de verdad aquí. Y no es del Distrito 4. Dejo que la débil brisa húmeda y caliente me refresque las mejillas mientras tomo una decisión. A pesar del brazalete, debería simplemente terminar con eso de una vez con todas y dispararle a Finnick. No hay futuro de verdad en esta alianza. Y es demasiado peligroso para dejarlo ir. Ahora, cuando tenemos esta confianza tentativa, tal vez sea mi única oportunidad para matarlo. Podría dispararle por la espalda con facilidad mientras andamos. Es despreciable, por supuesto, pero ¿será más despreciable si espero? ¿Si lo conozco mejor? ¿Si le debo más? No, este es el momento. Miro una última vez las figuras peleándose, el suelo ensangrentado, para fortalecer mi resolución, y después me deslizo hasta el suelo. Pero cuando aterrizo, encuentro que Finnick le ha seguido el ritmo a mis pensamientos. Como si supiera lo que he visto y cómo me habrá afectado. Tiene uno de sus tridentes levantado en una posición casualmente defensiva.

— ¿Qué está pasando por allí abajo, Katniss? ¿Se han cogido todos de las manos? ¿Hecho un voto de no-violencia? ¿Lanzado las armas al mar en desafío al Capitolio? — Pregunta Finnick.

— No. — Digo yo.

— No. — Repite Finnick. — Porque lo que sea que sucedió en el pasado está en el pasado. Y nadie en esta arena fue un vencedor por suerte. — Mira a Peeta un momento. — Excepto tal vez Peeta.

Entonces Finnick sabe lo que Haymitch y yo sabemos. Sobre Peeta. Que es de verdad, en el fondo, mejor que el resto de nosotros. Finnick acabó con ese tributo del 5 sin pestañear. ¿Y cuánto tardé yo en hacerme letal? Disparé a matar cuando apunté a Enobaria y a Gloss y a Brutus. Peeta por lo menos habría intentado negociar antes. A ver si alguna alianza mayor era posible. Pero ¿con qué fin? Finnick tiene razón. Yo tengo razón. La gente en esta arena no fue coronada por su compasión.

Le sostengo la mirada, evaluando su velocidad contra la mía propia. El tiempo que me llevará lanzar una flecha atravesándole el cerebro versus el tiempo que le llevará a su tridente alcanzar mi cuerpo. Puedo verlo, esperando a que yo haga el primer movimiento. Calculando si debería bloquear primero o ir directamente al ataque. Puedo sentir que ambos ya casi nos hemos decidido cuando Peeta camina deliberadamente entre los dos.

— Así que ¿cuántos están muertos? — Pregunta.

Muévete, idiota, pienso. Pero se mantiene plantado firmemente entre nosotros.

— Difícil decirlo. — Respondo. — Por lo menos seis, creo. Y aún están luchando.

— Sigamos moviéndonos. Necesitamos agua. — Dice él.

Hasta ahora no ha habido señal de ningún arroyo ni charca de agua dulce, y el agua salada no se puede beber. De nuevo, pienso en los últimos Juegos, en donde casi morí de deshidratación.

— Mejor encontrar algo pronto. — Dice Finnick. — Necesitamos estar a cubierto cuando los otros vengan a cazarnos esta noche.

Nosotros. Cazar. Cazarnos. Vale, tal vez matar a Finnick sería un poco prematuro. Hasta ahora ha sido de ayuda. Y tiene el sello de aprobación de Haymitch. Y ¿quién sabe lo que esconderá la noche? Si lo malo pasa a peor, siempre puedo matarlo mientras duerme. Así que dejo que pase el momento. Y Finnick hace lo mismo.

La ausencia de agua intensifica mi sed. Me mantengo ojo avizor mientras seguimos nuestra caminata hacia arriba, pero sin suerte. Después de otro

kilómetro y medio, puedo ver que la línea de árboles termina y asumo que estamos llegando a la cumbre de la colina.

— Tal vez tengamos mejor suerte al otro lado. Encontrar un riachuelo o algo. Pero no hay otro lado. Sé esto antes que nadie más, incluso aunque soy la que más lejos está de la cima. Mi mirada capta un cuadrado raro vibrando, colgando del aire como un panel combado de vidrio. Al principio creo que es el fulgor del sol o el calor del suelo. Pero está fijado en el espacio, no se mueve cuando yo me muevo. Y es entonces cuando conecto el cuadrado con Wiress y Beetee en el Centro de Entrenamiento y me doy cuenta de lo que hay ante nosotros. Mi grito de alerta está llegando a mis labios cuando el cuchillo de Peeta sale hacia delante para cortar algunas viñas.

Hay un ruido eléctrico muy fuerte. Por un instante, los árboles desaparecen y veo espacio abierto sobre un corto estrecho de tierra desnuda. Después Peeta ha saltado atrás desde el campo de fuerza, tirando a Finnick y a Mags al suelo.

Me apresuro hacia donde yace, inmóvil sobre una red de viñas.

— ¿Peeta? — Hay un olor suave de pelo chamuscado. Llamo su nombre otra vez, sacudiéndolo levemente, pero no hay respuesta. Mis dedos tropiezan sobre sus labios, donde no hay aliento cálido aunque hace unos instantes estaba jadeando. Presiono mi oreja contra su pecho, sobre el lugar donde siempre descanso la cabeza, sonde sé que oiré el fuerte y constante latido de su corazón.

En vez de eso, encuentro silencio.

— ¡Peeta! — Grito. Lo sacudo con más fuerza, recurriendo incluso a abofetearlo, pero es inútil. Su corazón ha fallado. Estoy abofeteando el vacío. — ¡Peeta!

Finnick deja a Mags junto a un árbol y me aparta de en medio.

— Déjame a mí. — Sus dedos tocan puntos en el cuello de Peeta, recorren los huesos de sus costillas y su columna. Después le aprieta las fosas nasales entre los dedos, manteniéndolas cerradas.

— ¡No! — Grito, lanzándome sobre Finnick, porque seguramente quiere asegurarse de que Peeta está muerto, para evitar que ninguna esperanza de vida retorne a él. La mano de Finnick sube y me golpea tan fuerte, tan plenamente en el pecho, que salgo volando a un tronco cercano. Estoy aturdida un momento, por

el dolor, por intentar recuperar el aliento, mientras veo a Finnick tapar la nariz de Peeta de nuevo. Desde donde estoy sentada, saco una flecha, la coloco en su sitio, y estoy a punto de hacerla volar cuando me detiene la imagen de Finnick besando a Peeta. Y es tan bizarra, incluso para Finnick, que detengo mi mano. No, no está besándolo. Tiene la nariz de Peeta bloqueada pero su boca abierta, y está soplando aire a sus pulmones. Puedo verlo, puedo ver de verdad el pecho de Peeta levantándose y cayendo. Después Finnick baja la cremallera de la parte superior del mono de Peeta y empieza a golpear el punto sobre su corazón con las palmas de sus manos. Ahora que he superado mi shock, entiendo lo que está intentando hacer.

Muy de vez en cuando, he visto a mi madre intentar algo similar, pero no muy a menudo. En cualquier caso, si tu corazón falla en el Distrito 12, es poco probable que tu familia pueda llevarte a mi madre. Así que sus pacientes habituales son quemados o heridos o enfermos. O hambrientos, por supuesto.

Pero el mundo de Finnick es diferente. Lo que sea que esté haciendo, lo ha hecho antes. Hay un ritmo y un método muy claros. Y descubro que la punta de mi flecha se está cayendo al suelo cuando me inclino para mirar, desesperadamente, en busca de alguna señal de éxito. Pasan minutos agonizantes y mis esperanzas disminuyen. Alrededor del momento en que estoy decidiendo que ya es demasiado tarde, que Peeta está muerto, que se ha ido, inalcanzable para siempre, da un leve tosido y Finnick se aparta. Dejo mis armas en el suelo cuando me lanzo a él.

— ¿Peeta? — Digo suavemente. Aparto de su frente los húmedos mechones rubios, encuentro el pulso retumbando contra mis dedos en su cuello. Sus pestañas se levantan y sus ojos encuentran los míos.

— Cuidado. — Dice débilmente. — Hay un campo de fuerza delante. Me río, pero hay lágrimas corriendo por mis mejillas.

— Debe de ser mucho más fuerte que el del tejado del Centro de Entrenamiento. — Dice.

— Aunque estoy bien. Sólo un poco sacudido.

— ¡Estabas muerto! ¡Tu corazón se paró! — Exploto, antes de pararme a considerar si esto es una buena idea. Me tapo la boca con la mano porque estoy empezando a hacer esos horribles sonidos ahogados que hago cuando sollozo.

— Bueno, parece estar funcionando ahora. — Dice. — Está bien, Katniss. — Asiento, pero los sonidos no se detienen. — ¿Katniss? — Ahora Peeta está preocupado por mí, lo que se añade a la locura de todo.

— Está bien. Sólo son las hormonas. — Dice Finnick. — Del bebé. — Alzo la vista y lo veo, sentado sobre las rodillas pero todavía algo jadeante de la escalada y el calor y el esfuerzo de traer a Peeta de vuelta de entre los muertos.

— No. No es . . . — Consigo decir, pero me interrumpe una ronda de sollozos todavía más histérica que sólo parece confirmar lo que Finnick dijo sobre el bebé. Me mira a los ojos y lo fulmino a través de mis lágrimas. Es estúpido, lo sé, que sus esfuerzos me irriten tanto. Todo lo que yo quería era mantener a Peeta vivo, y yo no pude y Finnick pudo, y sólo debería estar agradecida. Y lo estoy. Pero también estoy furiosa porque eso significa que nunca dejaré de estar en deuda con Finnick Odair. Nunca. Así que ¿cómo puedo matarlo mientras duerme? Espero ver una expresión de superioridad o de sarcasmo en su rostro, pero en vez de eso muestra una extraña curiosidad. Nos mira alternativamente a Peeta y a mí, como si intentara averiguar algo, después sacude levemente la cabeza como si para aclararla.

— ¿Cómo estás? — Le pregunta a Peeta. — ¿Crees que puedes avanzar?

— No, tiene que descansar. — Digo yo. Mi nariz está moqueando como una loca y ni siquiera tengo un pedazo de tela que usar como pañuelo. Mags arranca un puñado de musgo colgante de la rama de un árbol y me la da. Estoy demasiado hecha un desastre como para cuestionarlo siquiera. Me sueno ruidosamente y enjugo las lágrimas de mi cara. Está bien, el musgo. Absorbente y sorprendentemente suave.

Capto un destello de oro sobre el pecho de Peeta. Cojo con la mano el disco que cuelga de una cadena alrededor de su cuello. Mi sinsajo ha sido grabado en él.

— ¿Es este tu recuerdo? — Pregunto.

— Sí. ¿Te importa que haya usado tu sinsajo? Quería que combináramos.

— No, pues claro que no me importa. — Fuerzo una sonrisa. Peeta apareciendo en la arena con un sinsajo es a la vez una bendición y una maldición. Por una parte, debería darles ánimos a los rebeldes del distrito. Por la otra, es

difícil imaginar que el Presidente Snow lo deje pasar, y eso hace que el trabajo de mantener a Peeta con vida se haga más duro.

— ¿Así que quieres hacer un campamento aquí, entonces? — Pregunta Finnick.

— No creo que eso sea una opción. — Responde Peeta. — Quedarnos aquí. Sin agua. Sin protección. Me encuentro bien, de verdad. Sólo si pudiéramos ir despacio.

— Despacio sería mejor que nada. — Finnick ayuda a Peeta a levantarse mientras yo me recompongo. Desde que me levanté esta mañana he visto cómo le daban una paliza a Cinna, he aterrizado en otra arena, y he visto morir a Peeta. Aún así, me alegro de que Finnick siga jugando la carta del embarazo por mí, porque desde el punto de vista de un patrocinador, no estoy manejando las cosas demasiado bien.

Reviso mis armas, que ya sé que están en perfecto estado, porque me hace parecer más controlada.

— Yo llevaré la delantera. — Anuncio.

Peeta empieza a objetar pero Finnick lo corta.

— No, déjala hacerlo. — Me frunce el ceño. — Tú sabías que ese campo de fuerza estaba allí, ¿verdad? ¿Justo en el último instante? Empezaste a dar un aviso. — Asiento. — ¿Cómo lo supiste?

Vacilo. Revelar que sé el truco de Beetee y Wiress para reconocer un campo de fuerza podría ser peligroso. No sé si los Vigilantes tomaron nota o no de ese momento durante el entrenamiento cuando los dos me lo enseñaron. De un modo u otro, tengo una información muy valiosa en mi poder. Y si saben que la tengo, tal vez hagan algo para alterar el campo de fuerza de modo que ya no pueda ver la aberración. Así que miento.

— No lo sé. Es casi como si pudiera oírlo. Escuchad. — Todos nos quedamos quietos. Está el sonido de insectos, pájaros, la brisa en el follaje.

— Yo no oigo nada. — Dice Peeta.

— Sí, — insisto— es casi como cuando la valla del Distrito Doce está encendida, sólo que mucho, mucho más bajo. — Digo. Todos escuchan de nuevo con atención. Yo también, aunque no hay nada que oír. — ¡Ahí! — Digo. — ¿No lo oís? Viene justo de donde chocó Peeta.

— Yo tampoco lo oigo. — Dice Finnick. — Pero si tú sí, entonces por supuesto, toma la delantera.

Decido aprovechar bien este ángulo.

— Eso es raro. — Digo. Giro la cabeza de lado a lado como si estuviera intrigada. — Sólo puedo oírlo con mi oreja izquierda.

— ¿La que reconstruyeron los médicos? — Pregunta Peeta.

— Sí. — Digo, después me encojo de hombros. — Tal vez hicieron un trabajo mejor de lo que creían. Sabes, a veces oigo cosas raras por ese lado. Cosas que normalmente no pensarías que tengan un sonido. Como alas de insecto. O la nieve golpeando el suelo. — Perfecto. Ahora toda la atención se volverá a los cirujanos que arreglaron mi oído sordo después de los Juegos del año pasado, y tendrán que explicar por qué puedo oír como un murciélago.

— Tú. — Dice Mags, empujándome hacia delante, así que tomo la delantera. Ya que vamos a avanzar despacio, Mags prefiere andar con la ayuda de una rama que Finnick rápidamente transforma en un bastón para ella. También le hace uno a Peeta, lo que es bueno porque, a pesar de sus protestas, creo que lo único que quiere hacer es acostarse. Finnick va a la retaguardia, así que por lo menos alguien alerta nos cubre las espaldas. Ando con el campo de fuerza a mi izquierda, porque se supone que ese es el lado de mi oído sobrehumano. Pero ya que todo está inventado, corto un puñado de frutos secos que cuelgan como uvas de un árbol cercano y las lanzo delante de mí mientras ando. Eso es bueno, porque presiento que estoy pasando por alto los parches que indican el campo de fuerza con más frecuencia que con la que los veo. Cuando un fruto seco golpea el campo de fuerza, hay un soplido de humo antes de que el fruto aterrice, ennegrecido y con la cáscara rota, en el suelo a mis pies.

Después de unos minutos me doy cuenta de un sonido raro detrás de mí y me doy la vuelta para ver a Mags pelando la cáscara de uno de los frutos y metiéndoselo en su boca ya llena.

— ¡Mags! — Grito. — Escupe eso. Podría ser venenoso.

Ella murmura algo y me ignora, lamiéndose los labios con aparente deleite. Miro a Finnick en busca de ayuda pero él sólo se ríe.

— Supongo que lo averiguaremos. — Dice.

Sigo adelante, haciéndome preguntas sobre Finnick, que salvó a la vieja Mags pero que le deja comer frutos extraños. A quien Haymitch ha estampado con su sello de aprobación. Quien trajo a Peeta de vuelta de entre los muertos. ¿Por qué no se limitó a dejarlo morir? Habría quedado sin culpa. Yo nunca habría averiguado que estaba en su poder el revivirlo. ¿Por qué iba él querer salvar a Peeta? ¿Y por qué estaba tan determinado a aliarse conmigo? Deseoso de matarme, también, llegado el momento. Pero dejándome a mí la elección de si luchamos o no.

Sigo andando, lanzando mis frutos, a veces viendo el campo de fuerza, intentando presionar hacia la izquierda para encontrar un punto donde podamos cruzar, salir de la Cornucopia, y esperemos que también encontrar agua. Pero después de otra hora o así me doy cuenta de que es inútil. No estamos haciendo ningún progreso hacia la izquierda. De hecho, el campo de fuerza parece estar guiándonos por un camino curvo. Me paro y vuelvo la vista atrás, a la silueta renqueante de Mags, a la capa de sudor en el rostro de Peeta.

— Tomémonos un descanso. — Digo. — Tengo que echar un vistazo desde arriba. El árbol que elijo parece alzarse más alto en el aire que los demás. Me abro camino entre las ramas flexibles, permaneciendo tan cerca del tronco como es posible. No sabría decir con qué facilidad se podrían romper estas ramas gomosas. Aún así, escalo más allá de lo que dicta el sentido común, porque hay algo que tengo que ver. Mientras me aferro a un tramo de tronco no más ancho que un arbolillo, balanceándome de un lado a otro en la brisa húmeda, mis sospechas se ven confirmadas. Hay una razón por la que no podemos girar a la izquierda, por la que jamás podremos. Desde este precario punto ventajoso, puedo ver la forma de toda la arena por primera vez. Un círculo perfecto. Con una rueda perfecta en el medio. El cielo sobre la circunferencia de la jungla está teñido de un rosa uniforme. Y creo que puedo vislumbrar uno o dos de esos cuadrados ondeantes, grietas en la armadura, tal y como Wiress y Beetee los llamaron, porque revelan lo que debería estar oculto y así constituyen una debilidad. Sólo para asegurarme completamente, disparo una flecha al espacio vacío sobre la línea de los árboles. Hay un fogonazo de luz, se ve el cielo real durante un instante, y la flecha regresa a la jungla. Desciendo para darles a los demás las malas noticias.

— El campo de fuerza nos tiene atrapados en un círculo. Una doma, en realidad. No sé hasta dónde llega de alto. Está la Cornucopia, el mar, y después la selva todo alrededor. Muy exacto. Muy simétrico. Y no muy grande. — Digo.

— ¿Viste algo de agua? — Pregunta Finnick.

— Sólo el agua salada donde empezamos los Juegos.

— Tiene que haber alguna otra fuente. — Dice Peeta, frunciendo el ceño.
— O estaremos todos muertos en cuestión de días.

— Bueno, el follaje es denso. Tal vez haya estanques o arroyos en alguna parte. — Digo, dubitativa. Instintivamente presiento que el Capitolio tal vez quiera que estos Juegos impopulares terminen tan pronto como sea posible. Plutarch Heavensbee tal vez haya recibido ya órdenes para dejarnos fuera de combate. — En cualquier caso, no tiene sentido intentar averiguar qué es lo que hay más allá de la colina, porque la respuesta es nada.

— Tiene que haber agua potable entre el campo de fuerza y la rueda. — Insiste Peeta. Todos sabemos lo que esto significa. Volver abajo. Volver a los Profesionales y a la carnicería. Con Mags apenas capaz de andar y Peeta demasiado debilitado para luchar. Decidimos bajar por la pendiente unos cien metros y después seguir en círculo. Ver si tal vez hay algo de agua a ese nivel. Yo sigo a la cabeza, ocasionalmente lanzando un fruto seco a mi izquierda, pero ahora estamos muy lejos del campo de fuerza. El sol cae plomizo sobre nosotros, haciendo que el aire se convierta en vapor, engañando a la vista. Hacia media tarde, está claro que Peeta y Mags no pueden seguir.

Finnick elige un lugar para acampar a unos diez metros por debajo del campo de fuerza, diciendo que podemos usarlo como arma, para desviar a nuestros enemigos hacia él si nos atacan. Después él y Mags arrancan briznas de la hierba afilada que nace en manojos de metro y medio de alto y empiezan a tejerlas formando esteras. Ya que Mags no parece estar enferma por los frutos secos, Peeta recoge puñados de ellos y los fríe haciéndolos rebotar en el campo de fuerza. Metódicamente les quita las cáscaras, apilando la parte carnosa sobre una hoja. Yo me quedo montando guardia, nerviosa y con calor y con las emociones del día a flor de piel. Sed. Tengo tanta sed. Al final ya no puedo soportarlo más.

— Finnick, por qué no te quedas tú montando guardia y yo iré otro rato más en busca de agua. — Digo. A nadie le entusiasma la idea de que vaya sola, pero la amenaza de la deshidratación pende sobre nosotros.

— No te preocupes, no iré lejos. — Le prometo a Peeta.

— Yo también voy. — Dice.

— No, cazaré algo si puedo. — Le digo. No añado “Y tú no puedes venir porque haces mucho ruido.” Pero queda implícito. Con su paso pesado conseguiría a la vez asustar a las presas y ponerme a mí en peligro. — No tardaré mucho.

Me muevo ágilmente entre los árboles, contenta al descubrir que el suelo es perfecto para pisadas mudas. Me abro camino hacia abajo en diagonal, pero no encuentro más que vegetación exuberante.

El sonido del cañón me hace detenerme. El baño de sangre inicial de la Cornucopia debe de haberse terminado ya. Ahora está disponible el recuento de muertes entre los tributos. Cuento los disparos, cada uno de ellos representando la muerte de un vencedor. No tantos como el año pasado. Pero parecen más, ya que conozco la mayoría de sus nombres. Repentinamente débil, me apoyo contra un árbol para descansar, sintiendo cómo el calor arranca la humedad de mi cuerpo como una esponja. Tragar ya se está haciendo difícil y la fatiga empieza a apoderarse de mí. Intento frotarme la barriga con la mano, con la esperanza de que alguna mujer embarazada compasiva me patrocine y Haymitch pueda mandar algo de agua. No hay suerte. Me dejo caer al suelo para descansar.

En mi quietud, empiezo a fijarme en los animales: pájaros extraños de brillantes plumajes, lagartos de árbol con largas lenguas azules, y algo que parece un cruce entre una rata y una comadreja aferrándose a las ramas más cercanas al tronco. Disparo a uno de estos últimos para examinarlo más de cerca.

Es feo, vale, un gran roedor con un pelaje gris moteado y desordenado y dos dientes de aspecto peligroso protruyendo sobre su labio inferior. Mientras lo desuello y le quito las vísceras, me doy cuenta de algo más. Su hocico está húmedo. Como el de un animal que ha estado bebiendo de un arroyo. Excitada, empiezo en el árbol donde lo cacé y me muevo lentamente hacia fuera en espiral. No puede estar lejos, la fuente de agua de la criatura. Nada. No encuentro nada. Ni una gota de rocío. Pasado un tiempo, porque sé que Peeta estará preocupado

por mí, me dirijo de vuelta al campamento, con más calor y más frustrada que nunca.

Cuando llego, veo que los demás han transformado el lugar. Mags y Finnick han creado una especie de cabaña con las esteras de hierba, abierta por un lado pero con tres paredes, un suelo y un tejado. Mags también ha creado varios cuencos que Peeta ha llenado con frutos secos tostados. Sus rostros se vuelven hacia mí expectantes, pero sacudo la cabeza.

— No. No hay agua. Aunque está allí. Él sabía dónde estaba. — Digo, levantando el roedor desollado para que lo vean. — Había estado bebiendo hacía poco cuando le disparé en un árbol, pero no pude encontrar su fuente. Lo juro, cubrí cada pulgada de suelo en un radio de treinta metros.

— ¿Podemos comerlo? — Pregunta Peeta.

— No lo sé con seguridad. Pero su carne no parece muy distinta a la de una ardilla. Debería ser cocinado . . . — Vacilo al pensar en empezar un fuego aquí a partir de la nada. Incluso si tuviera éxito, hay que pensar en el humo. Estamos todos tan cerca en esta arena, que no hay posibilidad de esconderlo.

Peeta tiene otra idea. Corta un cubito de carne de roedor, la clava en la punta de un palo afilado, y la deja caer en el campo de fuerza. Hay un chasquido y el palo vuela de vuelta. El trozo de carne está ennegrecido por fuera pero bien cocinado en el centro. Le dedicamos un aplauso, después paramos rápidamente, recordando donde estamos. El sol blanco se hunde en el cielo rosado cuando nos reunimos en la cabaña. Yo aún no las tengo todas conmigo con los frutos secos, pero Finnick dice que Mags los reconoció de otros Juegos. Yo no me molesté en pasar tiempo en la sección de plantas comestibles del entrenamiento porque el año pasado me fue muy sencillo. Ahora desearía haberlo hecho. Seguro que habrían estado varias de las plantas extrañas que me rodean. Y tal vez habría averiguado un poco más sobre el lugar adonde me dirigía. Sin embargo, Mags parece estar bien, y ha estado comiendo esos frutos durante horas. Así que cojo uno y le doy un mordisquito. Tiene un sabor agradable, algo dulce, que me recuerda a una castaña. Decido que está bien. La carne del roedor es fuerte y correosa, pero sorprendentemente jugosa. De verdad, no es una mala comida para nuestra primera noche en la arena. Si tan sólo tuviéramos algo con lo que regarla.

Finnick hace un montón de preguntas sobre el roedor, al que decidimos llamar rata de árbol. ¿Qué alta estaba, cuánto la miré antes de disparar, y qué

estaba haciendo? No recuerdo que estuviera haciendo gran cosa. Moviendo el morro en busca de insectos o algo. Temo a la noche. Por lo menos la hierba fuertemente entretejida nos ofrece algo de protección de lo que quiera que aceche en los suelos de la selva en la oscuridad. Pero poco después de que el sol se esconda tras el horizonte, se levanta una pálida luna blanca, haciendo que la visibilidad sea lo suficientemente buena. Nuestra conversación se va apagando porque sabemos lo que viene ahora. Nos posicionamos en fila en la boca de la cabaña y Peeta desliza su mano en la mía.

El cielo se alumbra cuando aparece el sello del Capitolio como si flotara en el espacio. Mientras escucho el himno pienso, Será más duro para Finnick y Mags. Pero resulta ser bastante duro para mí también. Ver los rostros de los ocho vencedores muertos proyectados en el cielo.

El hombre del Distrito 5, el que Finnick mató con su tridente, es el primero en aparecer. Eso significa que todos los tributos del 1 al 4 están vivos—los cuatro Profesionales, Beetee y Wiress, y, por supuesto, Mags y Finnick. El hombre del Distrito 5 es seguido por el morphling del 6, Cecelia y Woof del 8, los dos del 9, la mujer del 10, y Seeder del 11. El sello de Capitolio está de vuelta con un remate final de música y después el cielo se oscurece, excepto por la luna.

Nadie dice nada. No puedo fingir que conocía bien a ninguno de ellos. Pero estoy pensando en esos tres niños colgando de Cecelia cuando se la llevaron. La amabilidad de Seeder conmigo cuando nos conocimos. Incluso la idea del morphling de ojos vidriosos pintándome flores amarillas en las mejillas me revuelve el estómago. Todos muertos. Todos se han ido. No sé cuánto nos habríamos quedado allí sentados de no ser por la llegada del paracaídas plateado, que se desliza entre el follaje y aterriza ante nosotros. Nadie lo recoge.

— ¿De quién pensáis que es? — Digo finalmente.

— Ni idea. — Dice Finnick. — ¿Por qué no dejamos que Peeta lo reclame, ya que murió hoy?

Peeta desata la cuerda y alisa el círculo de seda. En el paracaídas hay un pequeño objeto metálico que no puedo identificar.

— ¿Qué es eso? — Pregunto. Nadie lo sabe. Lo pasamos de mano a mano, turnándonos para examinarlo. Es un tubo metálico hueco, ligeramente afilado en un extremo. En el otro extremo un pequeño labio se curva hacia abajo. Es vagamente familiar. Una parte que podría haber caído de una bicicleta, una

barra de cortina, cualquier cosa, en realidad. Peeta sopla por un extremo para ver si emite algún sonido. No lo hace. Finnick desliza su meñique en su interior, probándolo como arma. Inútil.

— ¿Puedes pescar con él, Mags? — Pregunto. Mags, que puede pescar casi con cualquier cosa, sacude la cabeza y gruñe.

Lo cojo y lo giro de uno a otro lado sobre la palma. Ya que somos aliados, Haymitch estará actuando con los mentores del Distrito 4. Tuvo algo que ver en la elección de este regalo. Eso significa que es valioso. Pienso en el año pasado, cuando deseaba tanto el agua, pero él no la enviaba porque sabía que la encontraría si lo intentaba. Los regalos de Haymitch, o la falta de ellos, contienen importantes mensajes. Casi puedo oírlo gruñéndome, “Usa el cerebro si tienes uno. ¿Qué es esto?”

Me seco el sudor de los ojos y examino el regalo a la luz de la luna. Lo muevo en esta dirección y en esa, viéndolo desde distintos ángulos, cubriendo porciones y después revelándolas. Intentando hacer que me revele su propósito. Finalmente, frustrada, clavo un extremo en la tierra.

— Me rindo. Tal vez si nos juntamos con Beetee o Wiress pueden averiguarlo. Me estiro, presionando mi mejilla caliente contra la estera de hierba, mirando agraviada a la cosa. Peeta masajea un punto tenso entre mis hombros y me permito relajarme un poco. Me pregunto por qué este sitio no se ha enfriado en absoluto ahora que se ha puesto el sol. Me pregunto qué estará pasando ahora en casa.

Prim. Mi madre. Gale. Madge. Pienso en ellos mirándome desde casa. Por lo menos espero que estén en casa. No bajo la custodia de Thread. Siendo castigados igual que Cinna. Que Darius. Castigados por mi culpa. Todos.

Empiezo a añorarlos a ellos, a mi distrito, a mi bosque. Un bosque decente con árboles robustos de madera resistente, mucha comida, caza que no da miedo. Arroyos. Brisas frescas. No, vientos fríos para apartar este calor sofocante. Conjuro ese viento en mi mente, dejando que me congele las mejillas y me entumezca los dedos, y, de repente, el pedazo de metal medio enterrado en la tierra negra tiene un nombre.

— ¡Un spile! (NdT: tampoco traduje ese nombre. Sin embargo, es posible que esté relacionado con el verbo spill, que significa derramar) — Exclamo, sentándome de repente.

— ¿Qué? — Pregunta Finnick.

Saco la cosa del suelo y la limpio frotándola. Ahueco mi mano sobre el extremo afilado, ocultándolo, y miro el labio. Sí, he visto uno de estos antes. En un día frío y ventoso hace mucho tiempo, cuando estaba fuera en el bosque con mi padre. Fuertemente insertado en un agujero perforado en el tronco de un arce. Un camino para que siguiera la savia mientras fluía a nuestro cubo. El sirope de arce podía hacer que incluso nuestro pan soso fuera una delicia. Después de que muriera mi padre, no sé qué había pasado con el puñado de spiles que poseía. Escondidos en algún lugar del bosque, probablemente. Ocultos para siempre.

— Es un spile. Algo así como un grifo. Lo pones en un árbol y sale la savia.
— Miro a los nervudos troncos verdes a mi alrededor. — Bueno, en el tipo adecuado de árbol.

— ¿Savia? — Pregunta Finnick. Tampoco tienen el tipo adecuado de árboles junto al mar.

— Para hacer sirope. — Dice Peeta. — Pero debe de haber algo distinto dentro de estos árboles.

Todos nos ponemos en pie a la vez. Nuestra sed. La falta de ríos. Los afilados dientes frontales de la rata de árbol y su hocico húmedo. Sólo puede haber una cosa que merezca la pena dentro de esos árboles. Finnick se marcha a clavar a golpes el spile en la corteza verde de un árbol inmenso, pero lo detengo.

— Espera. Podrías estropearlo. Necesitamos perforarlo primero. — Digo. No hay nada con lo que taladrar, así que Mags ofrece su punzón y Peeta lo clava directamente en la corteza, enterrando la punta cinco centímetros en el tronco. Él y Finnick se turnan abriendo el agujero con el punzón y los cuchillos hasta que ya puede contener el spile. Yo lo introduzco dándole vueltas con cuidado y todos nos echamos atrás expectantes. Al principio no pasa nada. Después una gota de agua rueda por el labio y cae sobre la palma de Mags. Ella la lame y alza la mano en busca de más.

A base de dar vueltas y ajustar el spile, conseguimos que salga una fina corriente. Nos turnamos colocando la boca bajo el grifo, humedeciendo nuestras lenguas reseca. Mags trae una cesta, y la hierba está tan fuertemente entretejida que sostiene el agua. Llenamos la cesta y nos la pasamos, tomando largos tragos y después, lujosamente, lavándonos la cara. Como todo aquí, el agua está más bien tibia, pero este no es el momento de ponerse quisquillosos. Sin nuestra sed

para distraernos, somos muy conscientes de lo agotados que estamos y hacemos arreglos para la noche. El año pasado, siempre intentaba tener mis cosas listas por si acaso tenía que marcharme rápidamente durante la noche. Este año, no hay mochila que preparar. Sólo mis armas, que en cualquier caso no dejan mi agarre. Después pienso en el spile y lo saco con trabajo del tronco del árbol. Arranco una gruesa viña y le separo las hojas, la paso por el centro hueco, y ato el spile con seguridad a mi cinturón. Finnick se ofrece a tomar la primera guardia y lo dejo, sabiendo que tiene que ser uno de los dos hasta que Peeta haya descansado. Me acuesto junto a Peeta sobre el suelo de la cabaña, diciéndole a Finnick que me despierte cuando esté cansado. En vez de ello me arrancan de mi sueño unas horas después lo que parecen ser campanadas. ¡Bong! ¡Bong! No es exactamente como la campana que hacen sonar en el Edificio de Justicia en Año Nuevo, pero se parece lo bastante como para que la reconozca. Peeta y Mags no se despiertan, pero Finnick tiene la misma expresión de atención que siento yo. Las campanadas paran.

— Conté doce. — Dice.

Asiento. Doce. ¿Qué significa esto? ¿Una campanada por cada distrito? Tal vez. Pero ¿por qué?

— ¿Crees que significan algo?

Nos quedamos a la espera de más instrucciones, tal vez un mensaje de Claudius Templesmith. Una invitación a un banquete. La única cosa de mención aparece en la distancia. Un cegador resplandor de electricidad golpea un árbol altísimo y después empieza una tormenta eléctrica. Supongo que es una indicación de lluvia, una fuente de agua para aquellos que no tienen mentores tan listos como Haymitch.

— Vete a dormir, Finnick. En cualquier caso, es mi turno para vigilar. — Digo. Finnick vacila, pero nadie puede seguir despierto eternamente. Se acomoda a la entrada de la cabaña, una mano aferrando el tridente, y cae en un sueño inquieto. Me siento con el arco cargado, vigilando la selva, que es fantasmalmente pálida y verde a la luz de la luna. Después de una hora o así, los relámpagos paran. Puedo oír llegar la lluvia, sin embargo, golpeando las hojas a unos pocos centenares de metros de distancia. Estoy esperando que nos alcance, pero nunca llega.

El sonido del cañón me sobresalta, aunque apenas si hace efecto sobre mis compañeros dormidos. No tiene sentido despertarlos por esto. Otro vencedor muerto. Ni siquiera me permito preguntarme quién será.

La lluvia elusiva se detiene de repente, como hizo el año pasado la tormenta en la arena. Momentos después de que se detenga, veo la niebla deslizándose suavemente hacia aquí desde la dirección del reciente aguacero. Sólo una reacción. Agua fría sobre el suelo hirviente, pienso. Sigue aproximándose a un paso estable. Pequeños tentáculos avanzan y después se doblan como dedos, como si estuvieran arrastrando el resto de la pared detrás de sí. Mientras miro, siento cómo se me erizan los pelos de la nuca. Algo está mal en esta niebla. La progresión de la línea frontal es demasiado uniforme para ser natural. Y si no es natural . . . Un dolor asquerosamente dulce empieza a invadir mis fosas nasales y me giro hacia los demás, gritándoles para que se despierten.

En los pocos segundos que me lleva despertarlos, mi piel empieza a ampollarse.

Puñaladas pequeñas y abrasadoras. Dondequiera que las gotitas tocan mi piel.

— ¡Corred! — Les grito a los demás. — ¡Corred!

Finnick se despierta al instante, levantándose para enfrentarse a un enemigo. Pero cuando ve la pared de niebla, se lanza a una Mags aún dormida sobre la espalda y sale disparado. Peeta está en pie pero no tan alerta. Lo cojo del brazo y empiezo a impulsarlo a través de la selva en pos de Finnick.

— ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? — Dice, atónito.

— Algún tipo de niebla. Gas venenoso. ¡Apresúrate, Peeta! — Lo urjo. Puedo decir que por mucho que lo haya negado durante el día, los efectos de haberse golpeado contra el campo de fuerza son significativos. Va lento, mucho más lento de lo habitual. Y el embrollo de viñas y maleza, que me hacen perder el equilibrio a veces, lo hacen tropezar a cada paso. Miro atrás a la pared de niebla extendiéndose en línea recta hasta donde me alcanza la vista, en todas direcciones. Me invade un impulso terrible de huir, de abandonar a Peeta y salvarme yo. Sería tan fácil, correr a toda velocidad, tal vez incluso escalar un árbol sobre la línea de niebla, que parece no llegar más allá de los doce metros. Recuerdo cómo hice exactamente esto cuando aparecieron las mutaciones en los últimos Juegos. Me eché a correr y sólo pensé en Peeta al llegar a la Cornucopia.

Pero esta vez, atrapo mi terror, lo empujo hacia abajo, y me quedo a su lado. Esta vez el objetivo no es mi supervivencia. Lo es la de Peeta. Pienso en los ojos pegados a las pantallas de la televisión en los distritos, viendo si huiré, tal y como desea el Capitolio, o si me mantendré firme.

Cierro mis dedos con fuerza en torno a los suyos y digo:

— Mira mis pies. Tú simplemente intenta pisar donde yo pise. — Eso ayuda. Parecemos movernos algo más rápido, pero nunca lo bastante como para poder permitirnos un descanso, y la niebla sigue pisándonos los talones. Algunas gotitas salen libres del cuerpo de vapor. Queman, pero no como fuego. Menos una sensación de calor y más un dolor intenso a medida que las sustancias químicas encuentran nuestra carne, se aferran a ella, y se entierran profundamente entre las capas de la piel. Nuestros monos no son de ninguna ayuda. Lo mismo podríamos estar vestidos de papel de fumar, dada toda la protección que nos proporcionan. Finnick, que inicialmente salió disparado, se para cuando se da cuenta de que estamos teniendo problemas. Pero esto no es algo contra lo que puedas luchar, sólo evadir. Nos grita para darnos ánimos, intentando hacernos avanzar, y el sonido de su voz sirve de guía, aunque de poco más.

La pierna artificial de Peeta se queda atrapada en un nudo de enredaderas y se cae de bruces antes de que pueda cogerlo. Mientras lo ayudo a levantarse, me doy cuenta de algo más aterrador todavía que las ampollas, más debilitador que las quemaduras. El lado izquierdo de su cara está flácido, como si cada músculo se hubiera muerto. El párpado se cae, casi ocultando su ojo. Su boca se tuerce en un ángulo extraño hacia el suelo.

— Peeta . . . — Empiezo. Y es entonces cuando siento los espasmos corriendo por mi brazo. Cualquiera que sea la sustancia química que forma la niebla hace más que quemar—ataca nuestros nervios. Un miedo completamente nuevo se dispara en mi interior y tiro con fuerza de Peeta hacia delante, lo que sólo consigue que vuelva a tropezar. Para cuando lo pongo en pie, mis dos brazos se mueven incontrolablemente. La niebla se ha movido hacia nosotros, el cuerpo a menos de un metro de distancia. Algo no está bien con las piernas de Peeta; está tratando de andar pero se mueven espásticamente, como las de una marioneta. Siento cómo sale disparado hacia delante y me doy cuenta de que Finnick ha vuelto a por nosotros y está arrastrando a Peeta hacia delante. Coloco mi hombro, que aún parece estar bajo mi control, debajo del brazo de Peeta, y hago lo que puedo para seguir el ritmo rápido de Finnick. Conseguimos poner una distancia de unos nueve metros entre nosotros y la niebla cuando Finnick se detiene.

— No funciona. Tengo que llevarlo a hombros. ¿Puedes llevar tú a Mags?
— Me pregunta.

— Sí. — Digo con firmeza, aunque se me encoge el corazón. Es verdad que Mags no puede pesar más de treinta y cinco kilos, pero yo misma tampoco soy muy grande. Aún así, estoy segura de que he cargado cargas más pesadas. Si tan sólo mis brazos dejaran de saltar a todos lados. Me agacho y ella se coloca sobre mi hombro, de la misma forma de la que monta a Finnick. Lentamente estiro las piernas y, con las rodillas apretadas, puedo arreglármelas. Ahora Finnick tiene a Peeta colocado a través de su espalda y seguimos adelante, Finnick a la cabeza, yo siguiendo por el camino que abre entre las viñas.

La niebla sigue acercándose, silenciosa y constante y lisa, excepto por los tentáculos. Aunque mi instinto me indica correr directamente lejos de ella, me doy cuenta de que Finnick se está moviendo en diagonal colina abajo. Está intentando mantenerse a distancia del gas a base de llevarnos hacia el agua que rodea la Cornucopia. Sí, agua, pienso mientras las gotitas de ácido se entierran más profundamente en mi interior. Ahora estoy tan agradecida de no haber matado a Finnick, porque ¿cómo iba a sacar a Peeta de aquí con vida? Tan agradecida de tener a alguien más de mi parte, incluso si sólo es temporalmente. No es culpa de Mags cuando empiezo a caerme. Está haciendo todo lo que puede para ser una pasajera sencilla, pero el hecho es que sólo puedo soportar el peso durante un cierto tiempo. Especialmente ahora que mi pierna derecha está empezando a dormirse. Las primeras dos veces que me caigo al suelo, consigo ponerme en pie de nuevo, pero la tercera vez, no consigo hacer que mi pierna coopere. Mientras lucho por levantarme, esta cede y Mags rueda al suelo delante de mí. Palpo desesperada a mi alrededor, intentando usar viñas y troncos para enderezarme.

Finnick está otra vez a mi lado, Peeta colgando sobre él.

— Es inútil. — Digo. — ¿Puedes llevarlos tú a los dos? Sigue adelante, ya os alcanzaré. — Una propuesta algo dudosa, pero la digo con tanta seguridad como puedo conseguir. Puedo ver los ojos de Finnick, verdes a la luz de la luna. Puedo verlos tan claramente como el día. Casi como los de un gato, con una cualidad extrañamente reflectante. Tal vez porque están brillantes por las lágrimas.

— No. — Dice. — No puedo llevarlos a los dos. Mis brazos no están funcionando. — Es cierto. Sus brazos están dando sacudidas incontrolables a sus lados. Sus manos están vacías. De sus tres tridentes, sólo queda uno, y está en las manos de Peeta. — Lo siento, Mags. No puedo hacerlo.

Lo que pasa después es tan rápido, tan carente de todo sentido, que ni siquiera puedo moverme para detenerlo. Mags se levanta con trabajo, le planta un beso a Finnick en los labios, y después renquea derecha hacia la niebla. Inmediatamente, su cuerpo empieza a dar terribles sacudidas y cae al suelo en una danza horrible.

Quiero gritar, pero mi garganta está en llamas. Doy un paso fútil en su dirección y entonces oigo el disparo del cañón, sé que su corazón se ha parado, que está muerta.

— ¿Finnick? — Digo con voz ronca, pero él ya le ha dado la espalda a la escena, continuando su huida de la niebla. Arrastrando mi pierna inútil detrás de mí, me tambaleo detrás de él, sin tener ni idea de qué otra cosa hacer.

El tiempo y el espacio pierden su significado a medida que la niebla parece invadir mi cerebro, desordenando mi pensamiento, haciendo que todo parezca irreal. Algún instinto animal de supervivencia profundamente arraigado me mantiene dando tumbos detrás de Finnick y Peeta, siguiendo adelante, aunque probablemente ya estoy muerta. Algunas partes de mí están muertas, o claramente muriéndose. Y Mags está muerta. Esto es algo que sé, o quizás sólo creo que lo sé, porque no tiene sentido ninguno. La luz de la luna brillando en el pelo bronceado de Finnick, ramalazos de dolor abrasador por todo mi cuerpo, una pierna convertida en madera. Sigo a Finnick hasta que se derrumba sobre el suelo, Peeta todavía encima de él. Parece que no tengo capacidad de detener mi propio avance y simplemente me propulso hacia delante hasta que tropiezo sobre sus cuerpos tendidos, sólo uno más en el montón. Así es cómo y dónde y cuándo morimos todos, pienso. Pero el pensamiento es abstracto y mucho menos alarmante que las presentes agonías de mi cuerpo. Oigo el gruñido de Finnick y consigo arrancarme de encima de los otros. Ahora puedo ver la pared de niebla, que ha adquirido un color blanco perla a la luz de la luna. Tal vez sean mis ojos los que me engañan, pero la niebla parece estar transformándose. Sí, está volviéndose más gruesa, como si estuviera presionada contra una ventana de cristal y fuera obligada a condensarse. Guiño más los ojos y me doy cuenta de que ya no hay dedos protruyendo de ella. De hecho, ha dejado por completo de moverse hacia delante. Como otros horrores que he presenciado en la arena, ha llegado al final de su territorio. O eso o los Vigilantes han decidido no matarnos todavía.

— Se ha parado. — Intento decir, pero de mi boca hinchada sólo sale un horrible graznido.

— Se ha parado. — Digo de nuevo, y esta vez debo de haber sido más clara, porque tanto Peeta como Finnick giran la cabeza hacia la niebla. Ahora empieza a levantarse hacia arriba, como si fuera lentamente aspirada hacia el cielo. La miramos hasta que ha desaparecido del todo y no queda ni la más leve brizna.

Peeta rueda de encima de Finnick, que se da la vuelta sobre la espalda. Nos quedamos allí tumbados jadeando, retorciéndonos, nuestras mentes y nuestros cuerpos invadidos por el veneno. Después de que pasen unos minutos, Peeta hace un gesto vago hacia delante.

— Mon-hoos. — Alzo la vista y veo un par de lo que supongo que son monos. Nunca he visto un mono vivo, no hay nada así en nuestros bosques en casa. Pero debo de haber visto una foto, o uno en los Juegos, porque cuando veo las criaturas, la misma palabra me viene a la mente. Pienso que estos tienen pelaje naranja, aunque es difícil decirlo, y son la mitad de altos que un humano medio. Doy por hecho que los monos son una buena señal. Seguro que no andarían por allí si el aire fuera letal. Durante un rato, nos observamos en silencio los unos a los otros, humanos y monos. Después Peeta consigue ponerse de rodillas y gatea pendiente abajo. Todos gateamos, ya que andar ahora parece un logro tan formidable como volar; nos arrastramos hasta que las viñas dan paso a una estrecha banda de playa arenosa y el agua cálida que rodea la Cornucopia empapa nuestros rostros. Me aparto de un salto como si hubiera tocado fuego.

Frotar sal en una herida. Por primera vez aprecio de verdad la expresión, porque la sal del agua hace que el dolor de mis heridas sea tan cegador que casi me desmayo. Pero hay otra sensación, de que algo sale. Experimento poniendo con cautela sólo la mano en el agua. Una tortura, sí, pero después menos. Y a través de la capa azul de agua, veo una sustancia lechosa saliendo de las heridas de mi piel. A medida que la blancura disminuye, también lo hace el dolor. Me desabrocho el cinturón y me quito el mono, que es poco más que un felpudo agujereado. Mis zapatos y ropa interior están inexplicablemente intactos. Poco a poco, una pequeña porción de miembro cada vez, escurro el veneno de mis heridas. Peeta parece estar haciendo lo mismo. Pero Finnick se apartó del agua nada más tocarla por primera vez y está tumbado bocabajo en la arena, o no queriendo o no pudiendo purgarse. Finalmente, cuando he sobrevivido a lo peor, después de abrir los ojos bajo el agua, de aspirar agua al interior de mis senos y soltarla, e incluso haciendo gárgaras repetidas veces para limpiarme la garganta, estoy lo bastante funcional como para ayudar a Finnick. Algo de sensación ha vuelto a mi pierna, pero mis brazos aún están siendo atacados por espasmos. No puedo arrastrar a Finnick hasta el agua, y en cualquier caso el dolor posiblemente

lo mataría. Así que cojo puñados de agua entre sacudidas y los vacío sobre sus puños. Ya que no está bajo el agua, el veneno sale de sus heridas tal y como entró, en briznas de niebla que evito con mucho cuidado. Peeta se recupera lo suficiente como para ayudarme. Corta el mono de Finnick para sacárselo. En algún sitio encuentra dos conchas que funcionan mucho mejor que nuestras manos. Nos concentramos en empezar primero con los brazos de Finnick, ya que están tan dañados, e incluso aunque sale un montón de sustancia de ellos, parece no darse cuenta. Sólo se queda allí tumbado, con los ojos cerrados, soltando algún gemido ocasional. Miro a mi alrededor con una creciente consciencia de lo peligrosa que es la posición en la que nos encontramos. Es de noche, sí, pero esta luna proporciona demasiada luz como para ocultarnos. Tenemos suerte de que nadie nos haya atacado todavía. Podríamos verlos venir desde la Cornucopia, pero si los cuatro Profesionales atacaran a la vez, podrían con nosotros. Si no nos vieran primero, los gemidos de Finnick nos delatarían pronto.

— Tenemos que conseguir meter más de él en el agua. — Susurro. Pero no podemos meterlo por la cabeza, no cuando está en esta condición. Peeta asiente hacia los pies de Finnick. Cada uno coge uno, y lo giramos ciento ochenta grados, y empezamos a arrastrarlo hacia el agua salada. Sólo unos centímetros de cada vez. Sus tobillos. Esperamos unos minutos. Hasta la mitad de la pantorrilla. Esperamos. Las rodillas. Nubes blancas salen de su piel y gime. Seguimos desintoxicándolo, poco a poco. Lo que descubro es que cuanto más me siento en el agua, mejor me encuentro. No sólo mi piel, sino que el control de mi mente y mis músculos siguen mejorando. Puedo ver la cara de Peeta empezar a regresar a la normalidad, su párpado abriéndose, la mueca dejando su boca.

Finnick empieza a volver lentamente a la vida. Sus ojos se abren, se enfocan en nosotros, y registran la consciencia de que está siendo ayudado. Apoyo su cabeza en mi regazo y lo dejamos en remojo unos diez minutos con todo sumergido del cuello para abajo. Peeta y yo intercambiamos una sonrisa cuando Finnick levanta los brazos sobre el agua de mar.

— Ya sólo queda tu cabeza, Finnick. Esa es la peor parte, pero te sentirás mucho mejor después, si puedes soportarlo. — Dice Peeta. Lo ayudamos a sentarse y dejamos que aferre nuestras manos mientras purga sus ojos y nariz y boca. Su garganta aún está demasiado afectada para hablar.

— Voy a intentar abrir un grifo en un árbol. — Digo. Mis dedos desabrochan mi cinturón torpemente y descubro que el spile aún está colgando de su viña.

— Déjame que haga el agujero antes. — Dice Peeta. — Tú quédate con él. Eres tú la curandera.

Es una broma, pienso. Pero no lo digo en voz alta, ya que Finnick tiene bastante con lo que lidiar. Él se llevó la peor parte de la niebla, aunque no estoy muy segura de por qué. Tal vez porque es el más grande o porque fue el que más esfuerzo tuvo que hacer. Y después, claro, está Mags. Aún no entiendo qué pasó allí. Por qué esencialmente la abandonó para llevar a Peeta. Por qué no sólo ella no lo cuestionó, sino que corrió derecha hacia la niebla sin vacilar ni un instante. ¿Fue porque ya era tan vieja que en cualquier caso sus días ya estaban contados?

¿Pensaban ellos que sería más probable que Finnick ganase si nos tenía a Peeta y a mí como aliados? El aspecto demacrado del rostro de Finnick me indica que ahora no es el momento de preguntar.

En vez de eso trato de recomponerme. Rescato mi insignia del sinsajo de mi mono arruinado y la coloco en la tira de mi camiseta interior. El cinturón de flotación debe de ser resistente al ácido, porque está como nuevo. Sé nadar, así que el cinturón de flotación no es realmente necesario, pero Brutus bloqueó mi flecha con el suyo, así que me lo pongo de nuevo, pensando que tal vez ofrezca algo de protección. Me suelto el pelo y me lo peino con los dedos, raleándolo considerablemente ya que las gotitas de niebla lo dañaron. Después vuelvo a trenzar lo que queda de él.

Peeta ha encontrado un buen árbol a unos diez metros de la estrecha banda de playa. Apenas podemos verlo, pero el sonido de su cuchillo contra el tronco de madera es más claro que el agua. Me pregunto qué pasó con el punzón. Mags debió de soltarlo o bien llevarlo a la niebla con ella. En cualquier caso, está perdido.

Me he movido un poco más adentro en la orilla, flotando alternativamente sobre la barriga y la espalda. Si el agua de mar nos curó a Peeta y a mí, parece haber transformado completamente a Finnick. Empieza a moverse lentamente, sólo probando sus extremidades, y gradualmente empieza a nadar. Pero no es como yo nadando, las brazadas rítmicas, el paso ágil. Es como mirar a un extraño animal marino volviendo a la vida. Bucea y vuelve a la superficie, echa agua por la boca, da más y más vueltas en un extraño movimiento de destornillador que me marea sólo de mirar. Y después, cuando ha estado tanto tiempo bajo el agua que estoy segura de que se ha ahogado, su cabeza sale justo a mi lado y me sobresalto.

— No hagas eso. — Digo.

— ¿Qué? ¿Subir o quedarme abajo?

— Los dos. Ninguno. Da igual. Sólo ponte bien a remojo y compórtate. O ya que te sientes tan bien, vayamos a ayudar a Peeta.

En sólo el corto tiempo que lleva cruzar al borde de la selva, me doy cuenta del cambio. Achácaselo a los años de caza, o tal vez mi oído reconstruido sí funciona un poco mejor de lo que nadie pretendía. Pero siento la masa de cuerpos cálidos pendiendo sobre nosotros. No necesitan hacer ruido ni gritar. La mera respiración de tantos seres es suficiente. Toco el brazo de Finnick y sigue mi mirada hacia arriba. No sé cómo llegaron tan silenciosamente. Tal vez no lo hicieron. Hemos estado muy absortos restaurando nuestros cuerpos. Durante ese tiempo se han reunido. No cinco ni diez sino veintenas de monos cuelgan de las ramas de los árboles de la selva. El par que vimos cuando escapamos de la niebla parecía un comité de bienvenida. Esta multitud parece ominosa.

Armo mi arco con dos flechas y Finnick ajusta su tridente en la mano.

— Peeta. — Digo con tanta calma como puedo. — Necesito que me ayudes con algo.

— Vale, sólo un minuto. Creo que ya casi lo tengo. — Dice, aún ocupado con el árbol. — Sí, ahí. ¿Tienes el spile?

— Sí. Pero hemos encontrado algo a lo que es mejor que le eches un vistazo. — Continúo con voz mesurada. — Tú sólo muévete hacia nosotros en silencio, para que no lo sobresaltes.

— Por alguna razón, no quiero que se dé cuenta de los monos, ni siquiera que mire en su dirección. Son criaturas que interpretan el mero contacto visual como una agresión. Peeta se vuelve hacia nosotros, jadeando por su trabajo en el árbol. El tono de mi pregunta es tan raro que ya lo ha advertido de alguna irregularidad.

— Vale. — Dice casualmente. Empieza a moverse a través de la selva, y aunque sé que está intentando de verdad ser silencioso, este nunca ha sido su punto fuerte, incluso cuando tenía dos buenas piernas. Pero está bien, se está moviendo, los monos siguen en sus posiciones. Sólo está a cinco metros de la playa cuando los siente. Sus ojos sólo miran hacia arriba un segundo, pero es

como si hubiera activado una bomba. Los monos explotan en una masa ensordecedora de pelo naranja y convergen sobre él.

Nunca he visto a ningún animal moverse tan rápido. Se deslizan por las viñas como si estuvieran engrasadas. Saltan distancias imposibles de árbol a árbol. Colmillos al descubierto, garras afiladas como cuchillas. Tal vez no esté familiarizada con los monos, pero los animales no actúan así en la naturaleza.

— ¡Mutos! — Grito mientras Finnick y yo nos lanzamos a la vegetación. Sé que cada flecha tiene que contar, y lo hace. En la inquietante luz, derribo mono tras mono, apuntando a ojos y corazones y gargantas, para que cada disparo signifique una muerte. Pero aún así no sería suficiente sin Finnick ensartando a las bestias como si de peces se tratara y lanzándolas a un lado, y Peeta acuchillándolas. Siento garras en mi pierna, en mi espalda, antes de que alguien acabe con el atacante. El aire se espesa con plantas pisoteadas, el olor de la sangre, y el olor a moho de los monos. Peeta, Finnick y yo nos colocamos en triángulo, a pocos metros de distancia, dándonos las espaldas. Mi corazón se encoge cuando mis dedos cogen la última flecha. Después recuerdo que Peeta también tiene un carcaj. Y no está disparando, está dando tajos con su cuchillo. Ahora mi propio cuchillo está fuera, pero los monos son más rápidos, pueden saltar dentro y fuera de tu alcance tan rápido que apenas puedes reaccionar.

— ¡Peeta! — Grito. — ¡Tus flechas!

Peeta se gira para ver mi apuro y está sacándose el carcaj cuando sucede. Un mono salta desde un árbol a por su pecho. No tengo flechas, ninguna forma de disparar. Puedo oír el sonido del tridente de Finnick encontrando otro objetivo y sé que su arma está ocupada. El brazo del cuchillo de Peeta está incapacitado mientras intenta sacarse el carcaj. Le lanzo mi cuchillo al muto pero la criatura da una voltereta, evitando la hoja, y sigue en su trayectoria. Sin armas, sin defensa, hago lo único que se me ocurre. Corro hacia Peeta, para derribarlo al suelo, para proteger su cuerpo con el mío, incluso aunque sé que no llegaré a tiempo. Sin embargo, ella sí. Materializándose, parece, de la nada. En un momento en ninguna parte, al siguiente tambaleándose delante de Peeta. Ya ensangrentada, la boca abierta en un agudo chillido, las pupilas dilatadas de forma que sus ojos parecen agujeros negros. La morphling insana del Distrito 6 levanta sus brazos esqueléticos como si fuera a abrazar al mono, y este hunde sus colmillos en su pecho.

Peeta deja caer el carcaj y entierra el cuchillo en la espalda del mono, apuñalándolo una y otra y otra vez hasta que afloja la mandíbula. Aparta el muto

de una patada, preparándose para más. Yo ahora tengo sus flechas, un arco cargado, y a Finnick a mis espaldas, respirando con fuerza pero no activamente ocupado.

— ¡Venid, entonces! ¡Venid! — Grita Peeta, jadeando de furia. Pero algo les ha pasado a los monos. Están retirándose, subiéndose a los árboles, desvaneciéndose en la selva, como si los llamara alguna voz no oída. Las voces de los Vigilantes, diciéndoles que esto es suficiente.

— Cógela. — Le digo a Peeta. — Nosotros te cubrimos.

Peeta levanta con cuidado a la morphling y la lleva los últimos pocos metros hasta la playa mientras Finnick y yo mantenemos nuestras armas preparadas. Pero salvo por las carcasas naranjas en el suelo, los monos se han ido. Peeta deja a la morphling en la arena. Yo corto el material sobre su pecho, revelando las cuatro profundas incisiones punzantes. La sangre sale de ellas lentamente, haciéndolas parecer mucho menos letales de lo que son. El daño de verdad está dentro. Por la posición de las aberturas, estoy segura de que la bestia rompió algo vital, un pulmón, tal vez incluso el corazón.

Está tumbada sobre la arena, jadeando como un pez fuera del agua. Piel flácida, enfermizamente verde, sus costillas son tan prominentes como las de un niño muerto por desnutrición. Claro que ella podía permitirse la comida, pero se echó al morphling igual que Haymitch se echó a la bebida, supongo. Todo en ella habla de desperdicio—su cuerpo, su vida, la mirada vacante en sus ojos. Sostengo una de sus manos temblorosas, no sabiendo si se mueve por el veneno que afectó a nuestros nervios, el shock del ataque, o el síndrome de abstinencia por la droga que era su sustento. No hay nada que podamos hacer. Nada salvo quedarnos con ella mientras muere.

— Yo vigilaré los árboles. — Dice Finnick antes de marcharse. A mí también me gustaría marcharme, pero ella aferra mi mano con tanta fuerza que tendría que desasir sus dedos uno a uno, y no tengo la fuerza necesaria para esa clase de crueldad. Pienso en Rue, cómo tal vez podría cantar una canción o algo. Pero ni siquiera sé el nombre de la morphling, mucho menos si le gustan las canciones. Sólo sé que se está muriendo.

Peeta se agacha a su otro lado y le acaricia el pelo. Cuando empieza a hablar en voz suave, casi no parece tener sentido, pero las palabras no van dirigidas a mí.

— En casa, con mi maletín de pinturas, puedo hacer todos los colores imaginables. Rosa. Tan pálido como la piel de un bebé. O tan profundo como el ruibarbo. Verde como la hierba en primavera. Azul que resplandece como el hielo sobre el agua. La morphling mira a Peeta a los ojos, aferrándose a sus palabras.

— Una vez, me pasé tres días mezclando pintura hasta que encontré el tono adecuado de la luz del sol sobre pelaje blanco. Verás, no dejaba de pensar que era amarillo, pero era mucho más que eso. Capas de todo tipo de colores. Una por una. — Dice Peeta. La respiración de morphling se está haciendo más y más superficial. Su mano libre chapotea en la sangre de su pecho, haciendo esos círculos pequeños con los que tanto le gustaba pintar.

— Aún no he conseguido un arco iris. Vienen tan rápido y se van tan pronto. Nunca he tenido tiempo suficiente para capturarlos. Sólo un poco de azul por aquí o morado por allá. Y después se desvanecen de nuevo. De vuelta al aire. — Dice Peeta. La morphling parece fascinada por las palabras de Peeta. Cautivada. Levanta una mano temblorosa y pinta lo que creo que tal vez sea una flor en la mejilla de Peeta.

— Gracias. — Susurra él. — Es precioso.

Durante un instante, el rostro de la morphling se ilumina con una amplia sonrisa y hace un pequeño sonido chillón. Después su mano mojada en sangre cae de nuevo sobre su pecho, suelta un último soplo de aire, y suena el cañón. El agarre sobre mi mano se afloja. Peeta la lleva en brazos hasta el agua. Regresa y se sienta a mi lado. La morphling flota hacia la Cornucopia durante un rato, después aparece el aerodeslizador y baja una garra con cuatro patas, la cubre, la lleva hacia el cielo nocturno, y se va. Finnick se nos une, su puño lleno de mis flechas todavía húmedas de sangre de mono. Las deja caer a mi lado en la arena.

— Pensé que las querías.

— Gracias. — Digo. Camino hacia el agua y limpio la sangre, de mis armas, de mis heridas. Para cuando regreso a la selva a recoger algo de musgo con el que secarlas, todos los cuerpos de los monos se han desvanecido.

— ¿A dónde han ido? — Pregunto.

— No lo sabemos exactamente. Las viñas se movieron y después se habían ido. — Dice Finnick.

Nos quedamos mirando a la selva, entumecidos y exhaustos. En la tranquilidad, me doy cuenta de que sobre los puntos donde las gotitas de niebla tocaron mi piel se han formado costras. Han dejado de doler y empezado a picar. Intento pensar en esto como en una buena señal. De que están curando. Miro a Peeta, a Finnick, y veo que los dos se están rascando sus caras dañadas. Sí, incluso la belleza de Finnick se ha estropeado esta noche.

— No os rasquéis. — Digo, deseando desesperadamente rascarme yo también. Pero sé que es lo que aconsejaría mi madre. — Sólo traeréis infección. ¿Creéis que es seguro intentarlo otra vez con el agua?

Nos abrimos camino hasta el árbol que Peeta había estado perforando. Finnick y yo nos quedamos con las armas listas mientras él mete el spile, pero no aparece ninguna amenaza. Saciamos nuestra sed, dejamos que el agua tibia corra por el picor de nuestros cuerpos. Llenamos un puñado de conchas con agua potable y volvemos a la playa. Aún es de noche, aunque no pueden faltar muchas horas para el amanecer. A no ser que los Vigilantes lo quieran así.

— ¿Por qué no descansáis un poco vosotros dos? — Digo. — Yo montaré guardia un rato.

— No, Katniss, preferiría hacerlo yo. — Dice Finnick. Lo miro a los ojos, veo su cara, y me doy cuenta de que apenas consigue contener las lágrimas. Mags. Lo menos que puedo hacer es darle privacidad para que lllore su muerte.

— Está bien, Finnick, gracias. — Digo. Me acuesto en la arena con Peeta, que se duerme al instante. Yo me quedo mirando a la noche, pensando en qué diferencia supone un día. Cómo ayer por la mañana, Finnick estaba en mi lista para matar, y ahora estoy dispuesta a dormir con él como mi guarda. Salvó a Peeta y dejó morir a Mags y no sé por qué. Sólo que nunca podré equilibrar la balanza entre nosotros. Todo lo que puedo hacer de momento es irme a dormir y dejar que él lllore en paz. Y así hago.

Es media mañana cuando vuelvo a abrir los ojos. Peeta aún está dormido a mi lado. Sobre nosotros, una estera de hierba suspendida sobre ramas protege nuestras caras de la luz del sol. Me siento y veo que las manos de Finnick no han sido perezosas. Dos cuencos entretejidos están llenos de agua fresca. Un tercero contiene un batiburrillo de mariscos. Finnick está sentado en la arena, abriéndolos con una piedra.

— Están mejor frescos. — Dice, arrancando un pedazo de carne rosa de la concha y metiéndoselo en la boca. Sus ojos todavía están hinchados pero finjo no darme cuenta. Mi estómago empieza a gruñir ante el olor de comida y cojo uno. La visión de mis uñas, llenas de sangre, me detiene. Me he estado rascando mientras dormía.

— Ya sabes, si te rascas traerás infección. — Dice Finnick.

— Eso es lo que he oído. — Digo. Voy al agua salada y me limpio la sangre, intentando decidir qué es lo que odio más, el dolor o el picor. Cuando estoy llena, voy otra vez a la playa a pisotones, levanto la cabeza, y espeto — Eh, Haymitch, si no estás demasiado borracho, no nos vendría nada mal algo para la piel.

Es casi gracioso lo rápido que aparece el paracaídas sobre mí. Alzo la mano y el tubo aterriza de lleno en mi mano abierta.

— Ya iba siendo hora. — Digo, pero no puedo seguir frunciendo el ceño. Haymitch. Lo que no daría yo por cinco minutos de conversación con él.

Me dejo caer sobre la arena junto a Finnick y desenroscó la tapa del tubo. Dentro hay un ungüento espeso y oscuro con un olor pungente, una combinación de alquitrán y agujas de pino. Arrugo la nariz cuando estrujo un pegote de la medicina sobre mi palma y empiezo a masajearla sobre mi pierna. Un sonido de placer se escapa de mi boca cuando la cosa erradica el picor. También tiñe mi piel llena de costras de un horrendo gris verdoso. Mientras empiezo con la otra pierna le lanzo el tubo a Finnick, que me mira dubitativo.

— Es como si te estuvieras descomponiendo. — Dice Finnick. Pero supongo que gana el picor, porque después de un minuto Finnick también empieza a tratar su propia piel. Es verdad, la visión de la combinación de las costras y el ungüento es espantosa. No puedo evitar regocijarme en su angustia.

— Pobre Finnick. ¿Es esta la primera vez en tu vida que no estás guapo? — Digo.

— Debe de ser. La sensación es completamente nueva. ¿Cómo te las has arreglado todos estos años?

— Tú sólo evita los espejos. Te olvidarás.

— No si sigo mirándote a ti.

Nos embadurnamos de pies a cabeza, incluso turnándonos para frotar el ungüento en la espalda del otro allí donde las camisetas interiores no protegen nuestra piel.

— Voy a despertar a Peeta. — Digo.

— No, espera. — Dice Finnick. — Hagámoslo juntos. Pongamos la cara justo delante de la suya.

Bueno, quedan tan pocas oportunidades de diversión en mi vida, que accedo. Nos posicionamos uno a cada lado de Peeta, nos inclinamos hacia delante hasta que nuestras caras están a centímetros de su nariz, y le damos una ligera sacudida.

— Peeta. Peeta, despierta. — Digo con una suave voz cantarina. Sus párpados se levantan y después da un salto como si lo hubiéramos apuñalado.

— ¡Ah!

Finnick y yo caemos en la arena, muriéndonos de risa. Cada vez que intentamos parar, miramos al intento de Peeta por mantener una expresión desdeñosa y volvemos a empezar. Para cuando nos recomponemos, estoy pensando que tal vez Finnick Odair está bien. No tan vanidoso ni tan engreído como había pensado. No tan malo en absoluto, de verdad. Y justo cuando he llegado a esta conclusión un paracaídas aterriza junto a nosotros con una hogaza fresca de pan. Recordando del año pasado cómo los regalos de Haymitch tienen un mensaje, me apunto una nota. Sed amigos de Finnick. Conseguiréis comida. Finnick gira el pan en sus manos, examinando la corteza. Un poco posesivamente. No es necesario. Tiene ese color verde de algas que siempre tiene el pan del Distrito 4. Todos sabemos que es suyo. Tal vez sólo se está dando cuenta de qué precioso es, y de que tal vez nunca vuelva a ver otra hogaza. Tal vez algún recuerdo de Mags está asociado con la corteza. Pero todo lo que dice es:

— Esto irá bien con el marisco.

Mientras yo ayudo a Peeta a cubrirse la piel con el ungüento, Finnick limpia hábilmente la carne del marisco. Nos juntamos alrededor y comemos la deliciosa carne dulce con el pan salado del Distrito 4.

Todos tenemos una apariencia monstruosa—el ungüento parece estar haciendo que algunas de las costras se desprendan—pero me alegro por la medicina. No sólo porque proporciona un alivio del picor, sino porque también sirve de protección contra ese sol blanco fulgurante en el cielo rosa. Por su posición, estimo que deben de ser las diez en punto, que hemos estado en la arena aproximadamente un día. Once de nosotros están muertos. Trece vivos. En algún sitio en la selva, se esconden otros diez. Tres o cuatro son los Profesionales. No me siento por la labor de intentar recordar quiénes son los otros. Para mí, la selva ha pasado rápidamente de ser un lugar de protección a una trampa siniestra. Sé que en algún momento nos veremos obligados a retornar a sus profundidades, ya sea para cazar o para ser cazados, pero de momento tengo pensado que nos quedemos en nuestra pequeña playa. Y no oigo que Peeta o Finnick sugieran que hagamos de otro modo. Durante un rato la selva parece casi estática, zumbando, vibrando, pero no haciendo alarde de sus peligros. Después, de la distancia, llegan gritos. Enfrente a nosotros, una cuña de la selva empieza a vibrar. Una inmensa ola aparece en la cumbre de la colina, por encima de los árboles y bajando estruendosamente por la pendiente. Golpea la existente agua salada con semejante fuerza que, incluso aunque nosotros estamos tan lejos de ella como podemos, la espuma sube y nos llega hasta las rodillas, poniendo a flote nuestras posesiones. Entre los tres nos las arreglamos para cogerlo todo antes de que se lo lleve el agua, excepto nuestros monos llenos de sustancias químicas, que están tan destrozados que a nadie le importa si los perdemos.

Suena un cañón. Vemos el aerodeslizador aparecer sobre el área donde empezó la ola y arrancar un cuerpo de entre los árboles. Doce, pienso.

El círculo de agua se calma lentamente, habiendo absorbido la ola gigante. Recolocamos nuestras cosas de nuevo sobre la arena húmeda y estamos a punto de asentarnos cuando las veo. Tres figuras, a unos dos radios de distancia, andando a trompicones hacia la playa.

— Allí. — Digo en voz baja, asintiendo en dirección a los recién llegados. Peeta y Finnick siguen mi mirada. Como si por un acuerdo previo, todos volvemos a desaparecer entre las sombras de la selva.

El trío está en mala forma—puedes verlo al instante. Uno está siendo prácticamente arrastrado por un segundo, y el tercero vaga en círculos, como si estuviera loco. Están cubiertos de un intenso color rojo, como si hubieran sido cubiertos de pintura y puestos a secar.

— ¿Quiénes son esos? — Pregunta Peeta. — ¿O qué? ¿Mutaciones? Preparo una flecha, lista para un ataque. Pero todo lo que pasa es que el que está siendo arrastrado se desploma sobre la playa. El que lo arrastraba golpea el suelo con frustración y, en un aparente arrebató, se da la vuelta y le da una buena sacudida al loco que daba vueltas. El rostro de Finnick se ilumina.

— ¡Johanna! —Grita, y corre hacia las cosas rojas.

— ¡Finnick! — Oigo responder a la voz de Johanna.

Intercambio una mirada con Peeta.

— ¿Ahora qué? — Pregunto.

— No podemos dejar a Finnick. — Dice.

— Supongo que no. Vamos, entonces. — Digo en tono rezongón, porque incluso si hubiera tenido una lista de aliados, Johanna Mason definitivamente no habría estado en ella. Los dos juntos bajamos por la playa hasta donde Finnick y Johanna acaban de reencontrarse. Cuando nos acercamos, veo a sus compañeros, y me lleno de confusión. Ese es Beetee sobre el suelo bocarriba y Wiress, que vuelve a estar de pie, sigue dando vueltas. — Tiene a Wiress y Beetee.

— ¿Nuts y Volts? — Dice Peeta, igualmente intrigado. — Tengo que oír ya qué es lo que ha pasado.

Cuando los alcanzamos, Johanna está gesticulando hacia la selva y hablando muy rápido con Finnick.

— Pensamos que era lluvia, ya sabes, por los rayos, y estábamos todos muertos de sed. Pero cuando empezó a caer, resultó ser sangre. Sangre espesa y caliente. No podías ver, no podías hablar sin llenarte la boca. No podíamos hacer más que andar a trompicones por ahí, y fue entonces cuando Blight golpeó el campo de fuerza. (NdT: blight significa plaga)

— Lo siento, Johanna. — Dice Finnick. Me lleva un momento situar a Blight. Creo que era el compañero de Johanna del Distrito 7, pero apenas si recuerdo verlo. Ahora que lo pienso, creo que ni siquiera apareció por el entrenamiento.

— Sí, bueno, no era mucho, pero era de casa. — Dice ella. — Y me dejó sola con estos dos.

— Le da un empujoncito a Beetee, que apenas si está consciente, con el zapato. — Él recibió una cuchillada en la espalda en la Cornucopia. Y ella . . .

Todos nos volvemos hacia Wiress, que está dando vueltas, cubierta de sangre seca, y murmurando:

— Tic, tac. Tic, tac.

— Sí, lo sabemos. Tic, tac. Nuts está en shock. — Dice Johanna. Esto parece atraer a Nuts en su dirección y después se echa sobre Johanna, que la tira con dureza a la arena. — Tú sólo quédate abajo, ¿sí?

— Déjala en paz. — Espeto.

Johanna me mira con odio con los ojos convertidos en dos finas ranuras.

— ¿Déjala en paz? — Sisea. Da un paso hacia delante antes de que yo pueda reaccionar y me da un bofetón tal que veo las estrellas. — ¿Quién te crees tú que los sacó de esa selva sangrante para ti? Tú . . . — Finnick se lanza su cuerpo, que no deja de retorcerse, sobre el hombro, y la lleva al agua y la sumerge repetidamente mientras ella me grita un montón de cosas muy insultantes. Pero no disparo. Porque está con Finnick y por lo que dijo, de cogerlos para mí.

— ¿Qué quería decir? ¿Que los cogió para mí? — Le pregunto a Peeta.

— No lo sé. Pero sí que los querías originalmente. — Me recuerda.

— Sí, los quería. Originalmente. — Pero eso no responde nada. Bajo la vista al cuerpo inerte de Beetee. — Pero no los tendré mucho tiempo a no ser que hagamos algo. Peeta levanta a Beetee en brazos y yo cojo a Wiress de la mano y volvemos a nuestro pequeño campamento de la playa. Siento a Wiress en la orilla para que se pueda lavar un poco, pero ella sólo cierra con fuerza las manos y de vez en cuando murmura “Tic, tac.”

Desabrocho el cinturón de Beetee y encuentro unido un pesado cilindro metálico al lateral con una cuerda de viñas. No sé lo que es, pero si él pensaba que valía la pena salvarlo, no seré yo quien lo pierda. Lo lanzo sobre la arena. Las ropas de Beetee están pegadas a él con sangre, así que Peeta lo sostiene en el

agua mientras yo las aflojo. Lleva un rato sacar el mono, y cuando encontramos su ropa interior también está saturada de sangre. No hay más opción que desnudarlo para limpiarlo, pero tengo que decir que esto ya no me impresiona tanto como antes. Este año la mesa de nuestra cocina ha estado llena de tantos hombres desnudos. Se puede decir que te acostumbras después de un tiempo.

Colocamos en el suelo la estera de Finnick y tumbamos a Beetee sobre el estómago para poder examinarle la espalda. Hay un tajo de unos quince centímetros de largo desde su omóplato hasta por debajo de las costillas. Afortunadamente no es muy profundo. Sin embargo, perdió un montón de sangre—lo puedes ver por la palidez de su piel—y aún está manándole de la herida.

Me siento sobre los talones, intentando pensar. ¿Qué tengo para trabajar? ¿Agua salada? Me siento como mi madre cuando su primera línea de defensa para tratarlo todo era nieve. Miro hacia la selva. Me apuesto que habría toda una farmacia allí si sólo supiera cómo usarla. Pero estas no son mis plantas. Después pienso en el musgo que Mags me dio para sonarme la nariz.

— Ahora mismo vuelvo. — Le digo a Peeta. Afortunadamente la cosa parece ser bastante común en la selva. Arranco un puñado de los árboles cercanos y lo llevo de nuevo a la selva. Formo una almohadilla gruesa con el musgo, la coloco sobre el corte de Beetee, y lo aseguro atándole viñas alrededor del cuerpo. Hacemos que beba algo de agua y después lo llevamos hasta la sombra en el borde de la selva.

— Creo que eso es todo lo que podemos hacer. — Digo.

— Está bien. Eres buena con esto de curar. — Dice él. — Lo llevas en la sangre.

— No. — Digo, sacudiendo la cabeza. — Yo heredé la sangre de mi padre. — La clase que se acelera durante una cacería, no una epidemia. — Voy a ver a Wiress. Tomo un puñado del musgo para usar como trapo y voy junto a Wiress en la orilla. No se resiste cuando le saco la ropa, cuando froto la sangre de su piel. Pero sus ojos están dilatados de miedo, y cuando hablo, no responde excepto para decir, con una urgencia en aumento:

“Tic, tac.” Parece estar intentando decirme algo, pero sin Beetee para explicar sus pensamientos, no consigo entender.

— Sí, tic, tac. Tic, tac. — Digo. Esto parece calmarla un poco. Lavo su mono hasta que casi no queda rastro de sangre, y la ayudo a ponérselo de nuevo. No está dañado como estaban los nuestros. Su cinturón está bien, así que también se lo abrocho. Después coloco su ropa interior, junto a la de Beetee, bajo unas rocas, y dejo que se empape bien. Para cuando he aclarado el mono de Beetee, una reluciente Johanna y un Finnick en proceso de descamación se nos han unido. Johanna bebe agua a grandes tragos y se atiborra de marisco mientras yo intento que Wiress coma algo. Finnick habla de la niebla y los monos con una voz distante, casi clínica, evitando el detalle más importante de la historia. Todos se ofrecen a montar guardia mientras los demás descansan, pero al final, somos Johanna y yo quienes nos quedamos despiertas. Yo porque estoy muy descansada, ella porque simplemente se niega a acostarse. Las dos nos sentamos en silencio en la playa hasta que los demás se han dormido.

Johanna mira a Finnick, para asegurarse, después se vuelve hacia mí.

— ¿Cómo perdisteis a Mags?

— En la niebla. Finnick tenía a Peeta. Yo tuve a Mags durante un tiempo. Después no podía levantarla. Finnick dijo que no podía con los dos. Ella lo besó y caminó derecha hacia el veneno.

— Era la mentora de Finnick, ya lo sabes. — Dice Johanna, acusadora.

— No, no lo sabía. — Digo yo.

— Era la mitad de su familia. — Dice un momento después, pero hay menos veneno en su voz.

Miramos el agua chocar contra la ropa interior.

— Así que ¿qué estabas haciendo tú con Nuts y Volts? — Pregunto.

— Te lo he dicho, los cogí para ti. Haymitch dijo que si íbamos a ser aliadas tenía que traértelos — Dice Johanna. — Eso es lo que le dijiste, ¿verdad? No, pienso. Pero asiento con la cabeza.

— Gracias. Aprecio el gesto.

— Eso espero. — Me dedica una mirada llena de odio, como si yo fuera la carga más pesada posible en su vida. Me pregunto si es así cómo se siente el tener una hermana mayor que te odia de verdad.

— Tic, tac. — Oigo detrás de mí. Me giro y veo que Wiress ha gateado hasta aquí. Sus ojos están enfocados en la selva.

— Oh, Señor, aquí vuelve. Vale, me voy a dormir. Tú y Nuts podéis montar guardia juntas.

— Dice Johanna. Se marcha y se echa al lado de Finnick.

— Tic, tac. — Susurra Wiress. La guío delante de mí y hago que se tumbe, acariciándole el brazo para tranquilizarla. Se duerme, removiéndose con inquietud, de vez en cuando suspirando su frase. — Tic, tac.

El sol se alza en el cielo hasta que está directamente sobre nosotros. Debe de ser mediodía, pienso sin prestarle mucha atención. No es que eso importe. Al otro lado del agua, hacia la derecha, veo el inmenso fogonazo cuando el rayo golpea el árbol y la tormenta eléctrica empieza de nuevo. Justo en la misma área que anoche. Alguien debe de haber entrado en su zona, apretando el gatillo de su ataque. Me siento durante un rato mirando los rayos, manteniendo a Wiress tranquila, acunada a algo parecido a la paz por el movimiento del agua. Pienso en anoche, cómo los relámpagos empezaron justo después de las campanadas.

— Tic, tac. — Dice Wiress, resurgiendo a la consciencia durante un momento y después volviendo a sumergirse.

Doce campanadas anoche. Como si fuera medianoche. Después relámpagos. El sol arriba ahora. Como si fuera mediodía. Y relámpagos.

Lentamente me levanto y escaneo toda la arena. Los relámpagos allí. En la siguiente cuña vino la lluvia de sangre, donde quedaron atrapados Johanna, Wiress y Beetee. Nosotros habríamos estado en la tercera sección, justo al lado de esa, donde apareció la niebla. Y tan pronto como fue absorbida, los monos empezaron a reunirse en la cuarta. Tic, tac. Giro la cabeza al otro lado. Hace un par de horas, a eso de las diez, esa ola vino de la segunda sección a la izquierda de donde atacan ahora los relámpagos. A mediodía. A medianoche. A mediodía.

— Tic, tac. — Dice Wiress entre sueños. Mientras los rayos cesan y empieza la lluvia de sangre justo a su derecha, sus palabras cobran sentido de pronto.

— Oh. — Digo en voz baja. — Tic, tac. — Mis ojos barren el círculo completo de la arena y sé que tiene razón. — Tic, tac. Esto es un reloj.

Un reloj. Casi puedo oír a las manecillas haciendo tictac en la esfera de doce secciones de la arena. Cada hora empieza un nuevo horror, una nueva arma de los Vigilantes, y termina el anterior. Rayos, lluvia de sangre, niebla, monos—esas son las primeras cuatro horas del reloj. Y a las diez, la ola. No sé lo que pasa en las otras siete, pero sé que Wiress tiene razón. De momento, la lluvia de sangre está cayendo y estamos en la playa por debajo del segmento de los monos, demasiado cerca de la niebla para mi gusto. ¿Se quedan los diversos ataques dentro de los confines de la selva? No necesariamente. La ola no lo hizo. Si esa niebla sale de la selva, o si vuelven los monos . . .

— Levantaos. — Ordeno, sacudiendo a Peeta y a Finnick y a Johanna para que se despierten. — Levantaos, tenemos que movernos. — Sin embargo, hay tiempo suficiente para explicarles la teoría del reloj. Sobre los tictacs de Wiress y cómo los movimientos de las manecillas invisibles pulsan el gatillo de una fuerza mortal en cada sección. Creo que he convencido a todos los que están conscientes excepto a Johanna, que se opone naturalmente a que le guste nada que yo proponga. Pero incluso ella está de acuerdo en que más vale prevenir que lamentar.

Mientras los otros recogen nuestras escasas posesiones y vuelven a meter a Beetee en su mono, despierto a Wiress. Ella se despierta con un “¡Tic, tac!” cargado de pánico.

— Sí, tic, tac, la arena es un reloj. Es un reloj, Wiress, tenías razón. — Digo. — Tenías razón. EL alivio inunda su expresión—supongo que es porque alguien ha entendido por fin lo que ella ha sabido probablemente desde las primeras campanadas.

— Medianoche.

— Empieza a medianoche. — Confirmo.

Un recuerdo lucha por resurgir a la superficie de mi cerebro. Veo un reloj. No, es un reloj de bolsillo, descansando sobre la palma de Plutarch Heavensbee.

“Empieza a medianoche,” había dicho Plutarch. Y después mi sinsajo apareció brevemente y se desvaneció. En retrospectiva, es como si me estuviera dando una pista sobre la arena. Pero ¿por qué iba a hacerlo? En el momento, yo no era más un tributo en estos Juegos de lo que lo era él. Tal vez pensara que me ayudaría como mentora. O tal vez este había sido el plan desde el principio. Wiress asiente en dirección a la lluvia de sangre.

— Una y media. — Dice.

— Exactamente. Una y media. Y a las dos, una terrible niebla venenosa empieza allí. — Digo, señalando a la selva cercana. — Así que ahora tenemos que ir a un lugar seguro. —

Sonríe y se levanta obedientemente. — ¿Tienes sed? — Le paso el cuenco entretejido y ella bebe alrededor de una cuarta parte. Finnick le da el último trozo de pan y ella lo devora a grandes mordiscos. Con la incapacidad para comunicarse superada, es funcional de nuevo. Reviso mis armas. Ato el spile y el tubo de medicina en el paracaídas y los engancho a mi cinturón con la viña.

Beetee aún está bastante fuera de juego, pero cuando Peeta intenta levantarlo, objeta.

— Cable. — Dice. (NdT: tal y como escribí hace tiempo, wire significa cable)

— Está justo aquí. — Le dice Peeta. — Wiress está bien. Ella también viene. Pero Beetee aún protesta.

— Cable. — Insiste.

— Oh, sé a lo que se refiere. — Dice Johanna con impaciencia. Cruza la playa y recoge el cilindro que sacamos de su cinturón cuando lo bañábamos. Está cubierto en una gruesa capa de sangre coagulada. — Esta cosa estúpida. Es algún tipo de cable o algo. Así es como consiguió que le cortaran. Corriendo a la Cornucopia para coger esto. No sé qué tipo de arma se supone que es. Supongo que podrías sacar un pedazo y usarlo como garrote o algo. Pero de verdad, ¿te puedes imaginar a Beetee agarrotando a nadie?

— Ganó sus Juegos con cable. Colocando una trampa eléctrica. — Dice Peeta. — Es la mejor arma que podría tener.

Hay algo extraño en cómo Johanna no relacionó esto. Algo que no parece del todo cierto. Sospechoso.

— Parecía que lo habías averiguado. — Digo yo. — Ya que lo apodaste Volts y eso. Los ojos de Johanna se estrechan ante mí peligrosamente.

— Sí, eso fue muy estúpido por mi parte, ¿verdad? — Dice. — Supongo que debí de distraerme mientras mantenía a tus amiguitos con vida. Mientras tú estabas . . . ¿cómo era?

¿Consiguiendo matar a Mags?

Mis dedos se aprietan sobre la empuñadura del cuchillo en mi cinturón.

— Adelante. Inténtalo. No me importa si estás preñada. Te rebanaré la garganta. — Dice Johanna.

Sé que no puedo matarla justo ahora. Pero sólo es cuestión de tiempo con Johanna y conmigo. Antes de que una de las dos termine con la otra.

— Tal vez deberíamos tener todos cuidado por dónde pisamos. — Dice Finnick, lanzándome una mirada significativa. Toma el rollo y lo deja sobre el pecho de Beetee. — Aquí está tu cable, Volts. Vigila donde lo enchufas.

Peeta recoge a Beetee, que ahora no opone resistencia.

— ¿Adónde?

— Me gustaría ir a la Cornucopia a mirar. Sólo para asegurarnos de que tenemos razón con el reloj. — Dice Finnick. Parece tan buen plan como cualquier otro. Además, no me importaría tener la oportunidad de poder revisar otra vez las armas. Y ahora somos seis. Incluso si no cuentas a Wiress y Beetee, tenemos cuatro buenos luchadores. Es tan diferente de donde estaba el año pasado en este punto, haciéndolo todo yo sola. Sí, está genial tener aliados mientras ignores la idea de que tendrás que matarlos.

Beetee y Wiress probablemente encontrarán la forma de morir ellos solos. Si tenemos que huir de algo, ¿hasta dónde llegarían ellos? A Johanna, francamente, podría matarla con facilidad cuando llegara el momento de proteger a Peeta. O tal vez incluso sólo para hacer que se calle. Lo que necesito de verdad es que alguien termine con Finnick por mí, ya que no creo poder hacerlo

personalmente. No después de todo lo que ha hecho por Peeta. Pienso en meterlo en algún tipo de encuentro con los Profesionales. Es frío, lo sé. Pero ¿cuáles son mis opciones? Ahora que sabemos lo del reloj, probablemente no morirá en la selva, así que alguien tendrá que matarlo en una batalla.

Porque esto es algo muy repelente en lo que pensar, mi mente trata frenéticamente de cambiar de tema. Pero lo único que me distrae de mi situación presente es fantasear sobre matar al Presidente Snow. Supongo que no son unos sueños muy bonitos para una chica de diecisiete años, pero son muy satisfactorios.

Caminamos por la banda de arena más cercana, aproximándonos a la Cornucopia con cuidado, por si acaso los Profesionales están escondidos allí. Dudo que lo estén, porque hemos estado en la playa durante horas y no ha habido señales de vida. El área está abandonada, tal y como esperaba. Sólo el gran cuerno dorado y la pila medio vacía de armas siguen allí. Cuando Peeta deja a Beetee sobre la escasa arena que proporciona la Cornucopia, este llama a Wiress. Ella se agacha a su lado y él pone el rollo de cable en sus manos.

— Límpialo, ¿sí? — Le pide.

Wiress asiente y corretea hacia la orilla, donde mete el rollo en el agua. Empieza a cantar en voz baja una cancioncilla divertida, sobre un ratón corriendo por un reloj. Debe de ser para niños, pero parece alegrarla.

— Oh, la canción otra vez no. — Dice Johanna, poniendo los ojos en blanco. — Eso siguió horas y horas anoche antes de que empezara con el tictac.

De repente Wiress se yergue muy derecha y señala a la selva.

— Dos. — Dice.

Sigo su dedo hacia donde la pared de niebla acaba de empezar a extenderse hacia la playa.

— Sí, mirad. Wiress tiene razón. Son las dos en punto y ha empezado la niebla.

— Como un trabajo de relojería. — Dice Peeta. — Fuiste muy lista por averiguar eso, Wiress.

Wiress sonríe y vuelve a cantar y a remojar el rollo.

— Oh, es más que lista. — Dice Beetee. — Es intuitiva. — Todos nos giramos hacia Beetee, que parece estar volviendo a la vida. — Puede sentir cosas antes que nadie más. Como un canario en una de vuestras minas de carbón.

— ¿Qué es eso? — Me pregunta Finnick.

— Es un pájaro que llevamos abajo a las minas para avisarnos de si hay mal aire. — Digo.

— ¿Qué hace, morir? — Pregunta Johanna.

— Primero deja de cantar. Es entonces cuando deberías salir. Pero si el aire es muy malo, se muere, sí. Y tú también. — No quiero hablar de pájaros cantores muriéndose. Traen recuerdos de la muerte de mi padre y de la muerte de Rue y de la muerte de Maysilee Donner y de mi madre heredando su pájaro cantor. Oh, genial, y ahora estoy pensando en Gale, allá en la profundidad de esa horrible mina, con la amenaza del Presidente Snow pendiendo sobre su cabeza. Tan fácil hacerlo parecer un accidente allí abajo. Un canario silencioso, una chispa, y nada más.

Vuelvo a imaginar matar al presidente.

A pesar de su molestia por Wiress, Johanna está tan contenta como la he visto nunca en la arena. Mientras yo estoy ampliando mi almacén de flechas, ella hurga por ahí hasta que sale con un par de hachas de aspecto letal. Parece una elección extraña hasta que la veo lanzar una con tal fuerza que se clava en el oro suave de la Cornucopia. Por supuesto. Johanna Mason. Distrito 7. Madera. Me apuesto a que ha estado lanzando hachas por ahí desde que aprendió a gatear. Es como Finnick con su tridente. O Beetee con su cable. Rue con su conocimiento de las plantas. Me doy cuenta de que no es más que otra desventaja a la que se han enfrentado los tributos del Distrito 12 a lo largo de los años. No bajamos a las minas hasta cumplir los dieciocho. Parece que la mayoría de los otros tributos aprenden algo de su industria más pronto. Hay cosas que haces en una mina que podrían ser útiles en los Juegos. Blandir un pico. Explotar cosas. Darte una posibilidad. Igual que hizo mi caza. Pero las aprendemos demasiado tarde.

Mientras yo estaba hurgando en las armas, Peeta ha estado agachado en el suelo, dibujando algo con la punta de su cuchillo en una hoja grande y suave que trajo de la selva. Miro por encima de su hombro y veo que está creando un

mapa de la arena. En el centro está la Cornucopia en su círculo de arena con las doce bandas saliendo de ella. Parece una tarta cortada en doce cuñas iguales. Hay otro círculo representando la línea del agua y uno un poco más grande indicando el límite de la playa.

— Mira cómo está posicionada la Cornucopia. — Me dice.

Examino la Cornucopia y veo a qué se refiere.

— La cola apunta a las doce en punto. — Digo.

— Exacto, así que esta es la parte alta de nuestro reloj. — Dice, y rasca rápidamente los números del uno al doce alrededor de la esfera del reloj. — De las doce a la una está la zona de los rayos. — Escribe rayos con letra pequeña en la cuña correspondiente, después sigue en sentido de las agujas del reloj añadiendo sangre, niebla y monos en las secciones siguientes.

— Y de diez a once es la ola. — Digo. La añade. En este punto se nos unen Finnick y Johanna, armados hasta los dientes con tridentes, hachas y cuchillos.

— ¿Notasteis algo inusual en las otras? — Les pregunto a Johanna y a Beetee, ya que tal vez hayan visto algo que nosotros no. Pero todo lo que han visto es un montón de sangre. —

Supongo que podrían contener cualquier cosa.

— Voy a marcar esas donde sabemos que el arma de los Vigilantes nos persigue más allá de la selva, para mantenernos alejados de esas. — Dice Peeta, dibujando líneas en diagonal en las playas de la niebla y la ola. Después se echa atrás. — Bueno, es mucho más de lo que sabíamos por la mañana, en cualquier caso.

Todos asentimos, y es entonces cuando lo percibo. El silencio. Nuestro canario ha dejado de cantar.

No espero. Cargo una flecha y cuando me doy la vuelta veo de reojo a un Gloss chorreante dejando caer al suelo a Wiress, su garganta cercenada en una brillante sonrisa roja. La punta de mi flecha desaparece en su sien derecha, y en el instante que me lleva recargar, Johanna ha enterrado la hoja de un hacha en el pecho de Cashmere. Finnick aparta una lanza que Brutus le lanza a Peeta y recibe el cuchillo de Enobaria en el muslo. Si no estuviera la Cornucopia para cubrirse

detrás, estarían muertos, los dos tributos del Distrito 2. Salgo despedida en pos de ellos. ¡Boom! ¡Boom! ¡Boom! El cañón confirma que no hay forma de ayudar a Wiress, que no hay necesidad de rematar a Gloss ni a Cashmere. Mis aliados y yo estamos rodeando el cuerno, empezando a darles caza a Brutus y Enobaria, que están corriendo por una banda de arena hacia la selva.

De repente el suelo da un salto debajo de mis pies y caigo de lado sobre la arena. El círculo de tierra que contiene la Cornucopia empieza a girar rápido, muy rápido, y puedo ver pasar la selva en un borrón. Siento la fuerza centrífuga llevarme hacia el agua y entierro mis manos y pies en la arena, intentando encontrar algo de firmeza en el suelo inestable. Entre la arena voladora y el mareo, tengo que cerrar con fuerza los ojos. Literalmente no hay nada que pueda hacer salvo sujetarme hasta que, sin deceleración ninguna, paramos de repente. Tosiendo y con el estómago revuelto, me siento lentamente para descubrir que mis compañeros están en la misma condición. Finnick, Johanna y Peeta se han sujetado. Los tres cadáveres han sido arrojados al agua salada.

Toda la cosa, desde echar en falta la canción de Wiress hasta ahora, no puede haber pasado en más de un minuto o dos. Nos quedamos allí sentados jadeando, apartándonos la arena de la boca.

— ¿Dónde está Volts? — Dice Johanna. Estamos en pie. Un círculo tambaleante alrededor de la Cornucopia confirma que ya no está. Finnick lo ve a unos veinte metros en el agua, apenas logrando mantenerse a flote, y nada para traerlo de vuelta. Es entonces cuando recuerdo el cable y lo importante que era para él. Miro a mi alrededor frenéticamente. ¿Dónde está? ¿Dónde está? Y entonces lo veo, aún aferrado en las manos de Wiress, muy lejos en el agua. Mi estómago da un vuelco ante lo que tengo que hacer ahora.

— Cubridme. — Les digo a los otros. Lanzo a un lado mis armas y corro hacia el brazo de arena más cerca de su cuerpo. Sin aminorar el paso, me lanzo al agua y voy hacia ella. Por el rabillo del ojo, puedo ver el aerodeslizador apareciendo sobre nosotros, la garra empezando a descender para llevársela. Pero no me detengo. Sólo sigo nadando tan rápido como puedo y acabo chocando contra su cuerpo. Salgo a la superficie jadeando, intentando evitar tragar el agua ensangrentada que sale de la herida abierta de su cuello. Está flotando sobre la espalda, sostenida por su cinturón y por la muerte, mirando al implacable sol. Mientras me mantengo sobre el agua, tengo que luchar para sacar el rollo de cable de sus dedos, porque su agarre final sobre él es muy fuerte. No hay nada que pueda hacer salvo cerrarle los párpados, susurrar adiós, y alejarme a nado. Para cuando dejo el rollo en la arena y salgo del agua, su cuerpo ya no está. Pero

todavía puedo notar el sabor de su sangre mezclada con el agua de mar. Voy de regreso a la Cornucopia. Finnick ha traído a Beetee de vuelta con vida, aunque todo empapado, y está sentado y tosiendo agua. Tuvo el sentido común de aferrarse a sus gafas, así que por lo menos puede ver. Coloco el rollo de cable sobre su regazo. Está reluciente, no queda nada de sangre. Desenreda un trozo de cable y la desliza entre sus dedos. Por primera vez lo veo, y no es como ningún cable que conozca. De color oro pálido y del grosor de un cabello. Me pregunto cómo es de largo. Debe de haber kilómetros de la cosa para llenar el gran carrete. Pero no pregunto, porque sé que está pensando en Wiress. Miro a los rostros sobrios de los demás. Ahora Finnick, Beetee y Johanna han perdido los tres a sus compañeros de distrito. Voy hacia Peeta y lo rodeo con los brazos, y durante un rato estamos todos en silencio.

— Salgamos de esta isla apestosa. — Dice Johanna al fin. Ahora sólo está la cuestión de nuestras armas, que por lo general hemos retenido. Afortunadamente las viñas aquí son fuertes y tanto el spile como el tubo de medicina envuelto en el paracaídas todavía están unidos con seguridad a mi cinturón. Finnick se saca la camiseta interior y la ata alrededor de la herida que el cuchillo de Enobaria hizo en su muslo; no es profundo. Beetee cree que ahora puede andar, si vamos lentamente, así que lo ayudo a levantarse. Decidimos ir a la playa de las doce en punto. Eso debería proporcionar horas de calma y mantenernos alejados de cualquier residuo venenoso. Y entonces Peeta, Johanna y Finnick salen los tres en tres direcciones distintas.

— Doce en punto, ¿verdad? — Dice Peeta. — La cola apunta a las doce.

— Antes de que nos dieran vueltas. — Dice Finnick. — Yo estaba juzgando por el sol.

— El sol sólo te dice que son alrededor de las cuatro, Finnick. — Digo yo.

— Deben de ser después de las cuatro, si la niebla ha parado. — Apunta Johanna.

— A no ser que la cortaran cuando nos dieron vueltas. — Dice Beetee. — Creo que sé lo que Katniss quiere decir, saber la hora no quiere decir que sepas necesariamente dónde están las cuatro en el reloj. Tal vez tengas una idea general de la dirección. A no ser que consideres que quizás hayan cambiado también el círculo externo de la selva. No, lo que Katniss quería decir era mucho más básico. Beetee ha articulado una teoría mucho más allá de mi comentario

sobre el sol. Pero yo sólo asiento con la cabeza como si esa hubiera sido mi idea desde el principio.

— Sí, así que cualquiera de estos caminos podría llevarnos a las doce en punto. — Digo. Giramos alrededor de la Cornucopia, escrudiñando la selva. Tiene una uniformidad sorprendente. Recuerdo el árbol alto que recibió el primer rayo a las doce en punto, pero cada sector tiene un árbol similar. Johanna piensa en seguir las huellas de Enobaria y Brutus, pero o bien han sido borradas por el viento o por el agua.

— Nunca debí haber mencionado el reloj. — Digo amargamente. — Ahora también han quitado esa ventaja.

— Sólo temporalmente. — Dice Beetee. — A las diez, veremos la ola de nuevo y estaremos de nuevo al tanto.

— Sí, no pueden rediseñar toda la arena. — Dice Peeta.

— No importa. — Dice Johanna con impaciencia. — Tenías que decírnoslo o nunca habríamos movido el campamento en primer lugar, descerebrada. — Irónicamente, su respuesta lógica, si bien degradante, es la única que me reconforta. Sí, tenía que decírselo para que se movieran. — Vamos, necesito agua. ¿Alguien tiene un buen instinto? Elegimos al azar un camino y lo tomamos, sin tener ni idea del número al que nos dirigimos. Cuando llegamos a la selva, miramos dentro, intentando descifrar qué es lo que puede estar esperando en el interior.

— Bueno, debe de ser la hora de los monos. Y no veo ninguno aquí. — Dice Peeta. — Voy a intentar abrir un grifo en un árbol.

—No, es mi turno. — Dice Finnick.

— Por lo menos te cubriré. — Dice Peeta.

— Katniss puede hacerlo. — Dice Johanna. — Necesitamos que hagas otro mapa. El otro se lo llevó el agua. — Arranca una hoja grande de un árbol y se la entrega. Durante un momento, sospecho que están intentando dividirnos y matarnos. Pero no tiene sentido. Yo tendré ventaja sobre Finnick si él está lidiando con el árbol y Peeta es mucho más grande que Johanna. Así que sigo a Finnick unos quince metros selva adentro, donde él encuentra un buen árbol y empieza a apuñalarlo para hacer un agujero con su cuchillo. Mientras estoy ahí de pie, con

las armas listas, no puedo deshacerme de la sensación extraña de que está pasando algo y que tiene que ver con Peeta. Retrocedo por nuestros pasos, desde el momento en que sonó el gong, buscando la fuente de mi incomodidad. Finnick sacando a Peeta de su plataforma metálica. Finnick resucitando a Peeta después de que el campo de fuerza parara su corazón. Mags corriendo hacia la niebla para que Finnick pudiera llevar a Peeta. La morphling lanzándose delante de él para bloquear el ataque del mono. La lucha con los Profesionales fue muy rápida, pero ¿no impidió Finnick que la lanza de Brutus golpeará a Peeta incluso aunque eso significara recibir el cuchillo de Enobaria en su pierna? E incluso ahora Johanna lo tiene dibujando un mapa en una hoja en vez de estar poniéndose en peligro en la selva . . .

No hay cuestión sobre ello. Por razones que no puedo alcanzar a comprender, algunos de los otros vencedores están intentando mantenerlo con vida, incluso aunque eso suponga sacrificarse a sí mismos.

Estoy anonadada. Por una parte, ese es mi trabajo. Por otra parte, eso no tiene sentido. Sólo uno de nosotros puede salir de aquí. Así que ¿por qué han elegido proteger a Peeta?

¿Qué ha podido decirles Haymitch, con qué ha comerciado para hacer que pongan la vida de Peeta por encima de las suyas propias?

Sé mis propias razones para mantener vivo a Peeta. Es mi amigo, y esta es mi forma de desafiar al Capitolio, para minar sus terribles Juegos. Pero si no tuviera lazos de verdad con él,

¿qué me haría querer salvarlo, elegirlo a él por encima de mí misma? Ciertamente es valiente, pero todos hemos sido lo suficientemente valientes para ganar los Juegos. Está esa cualidad por el bien que es difícil pasar por alto, pero aún así . . . y después pienso en ello, en lo que Peeta puede hacer mucho mejor que el resto de nosotros. Puede usar las palabras. Obliteró a todos los demás en ambas entrevistas. Y tal vez es por esa bondad subyacente por la que puede mover a una multitud—no, a un país—a su lado con el giro de una sola frase. Recuerdo pensar que ese era el don que el líder de nuestra revolución tendría que tener.

¿Ha convencido Haymitch de esto a los demás? ¿Que la lengua de Peeta tendría mucho más poder contra el Capitolio que ninguna fuerza física que el resto de nosotros pudiera clamar? No lo sé. Todavía parece un gran salto para algunos de los tributos. Quiero decir, estamos hablando de Johanna Mason. Pero ¿qué

otra explicación podría haber para sus decididos esfuerzos por mantenerlo con vida?

— Katniss, ¿tienes ese spile? — Pregunta Finnick, devolviéndome a la realidad. Corto la viña que ata el spile a mi cinturón y le paso el tubo metálico.

Es entonces cuando oigo el grito. Tan lleno de miedo y dolor que me hiela la sangre. Y tan familiar. Dejo caer el spile, me olvido de dónde estoy o qué es lo que hay delante, sólo sé que tengo que alcanzarla, protegerla. Corro salvajemente en dirección a la voz, sin importarme el peligro, corriendo a través de viñas y ramas, a través de cualquier cosa que me impida llegar a ella.

Llagar a mi hermana pequeña.

¿Dónde está? ¿Qué es lo que le están haciendo?

— ¡Prim! — Grito. — ¡Prim! — Sólo me responde otro grito agonizante. ¿Cómo llegó ella aquí? ¿Por qué es ella parte de los Juegos? — ¡Prim!

Las viñas me cortan en la cara y en los brazos, las enredaderas me atrapan los pies. Pero estoy acercándome a ella. Más cerca. Ahora muy cerca. El sudor corre por mi rostro, escociéndome en las heridas en proceso de curación. Jadeo, intentando sacar algún uso del aire húmedo y cálido que parece vacío de oxígeno. Prim hace un sonido—un sonido tan perdido, irreparable—que ni siquiera puedo imaginar lo que le han hecho para evocarlo.

— ¡Prim! —Me abro camino con las manos a través de una pared de vegetación hasta un pequeño claro, y el sonido se repite directamente encima de mí. ¿Encima de mí? Levanto la cabeza rápidamente. ¿La tienen arriba en los árboles? Busco desesperadamente entre las ramas pero no veo nada. — ¿Prim? — Digo suplicante. La oigo pero no puedo verla. Suena su siguiente quejido, claro como una campanilla, y no hay modo de confundir la fuente. Viene de la boca de un pequeño pájaro negro con cresta situado en una rama a unos tres metros sobre mi cabeza. Y entonces comprendo.

Es un charlajo.

Nunca he visto uno antes —creía que ya no existían— y por un instante, mientras me apoyo contra el tronco del árbol, aferrando el flato de mi costado, lo examino. La mutación, el precursor, el padre. Evoco una imagen mental de un sinsonte, la fundo con la del charlajo, y sí, puedo ver como se aparearon para dar

lugar a mi sinsajo. No hay nada en el pájaro que sugiera que es un muto. Nada excepto esos horribles sonidos vívidos de la voz de Prim saliendo de su boca. Lo silencio con una flecha en la garganta. El pájaro cae al suelo. Saco mi flecha y le retuerzo el cuello como precaución. Después lanzo la cosa repulsiva a la selva. Ni el hambre más feroz podría tentarme a comerlo.

No era real, me digo. Igual que las mutaciones de lobos el año pasado no eran de verdad los tributos muertos. Sólo es un truco sádico de los Vigilantes. Finnick llega corriendo al claro para encontrarme limpiando la flecha con algo de musgo.

— ¿Katniss?

— Está bien. Estoy bien. — Digo, aunque no me siento bien en absoluto. — Creí que había oído a mi hermana, pero . . . — El agudísimo chillido me corta. Es otra voz, no la de Prim, tal vez la de una mujer joven. No la reconozco. Pero el efecto en Finnick es inmediato. El color desaparece de su rostro y puedo ver cómo sus pupilas se dilatan de terror. — Finnick, ¡espera!

— Digo, extendiendo hacia él la mano para reconfortarlo, pero ha salido disparado. En pos de la víctima, tan falto de sentido como cuando yo perseguí a Prim. — ¡Finnick! — Lo llamo, pero sé que no volverá para esperar a que le dé una explicación racional. Así que todo lo que puedo hacer es seguirlo.

No me cuesta ningún esfuerzo rastrearlo, incluso aunque se está moviendo muy rápido, porque deja atrás un camino claro y pisoteado. Pero el pájaro está por lo menos a medio kilómetro de distancia, la mayor parte del camino cuesta arriba, y para cuando lo alcanzo, me falta el aliento. Está dando vueltas alrededor de un árbol gigante. El tronco debe de tener un diámetro de un metro y veinte, y las ramas ni siquiera empiezan hasta los seis metros de altura. Los chillidos de la mujer salen de algún punto entre el follaje, pero el charlajo está escondido. Finnick también está gritando, una y otra vez.

— ¡Annie, Annie! — Está en estado de pánico y completamente inalcanzable, así que hago lo que haría en cualquier caso. Escalo al árbol adyacente, localizo el charlajo, y lo elimino con una flecha. Cae derecho al suelo, aterrizando justo a los pies de Finnick. Él lo coge, haciendo la conexión lentamente, pero cuando me deslizo tronco abajo para reunirme con él, parece más desesperado que nunca.

— Está bien, Finnick. Sólo es un charlajo. Están jugando con nosotros. — Digo. — No es real. No es tu . . . Annie.

— No, no es Annie. Pero la voz era la suya. Los charlajos imitan lo que oyen. ¿Dónde consiguieron esos gritos, Katniss? — Dice él.

Puedo sentir cómo mis propias mejillas lividecen al entender lo que está intentando decirme.

— Oh, Finnick, no crees que ellos . . .

— Sí. Lo creo. Eso es exactamente lo que creo.

Veo una imagen de Prim en una habitación blanca, atada a una mesa, figuras embatadas obteniendo esos sonidos de ella. En algún lugar la están torturando, o la torturaron, para conseguir esos sonidos. Mis rodillas se convierten en agua y me derrumbo sobre el suelo. Finnick está tratando de decirme algo, pero no puedo oírlo. Lo que sí oigo finalmente es otro pájaro empezando a gritar en algún lugar a mi izquierda. Y esta vez, la voz es de Gale. Finnick me agarra del brazo antes de que pueda huir.

— No. No es él. — Empieza a arrastrarme colina abajo, hacia la playa. — ¡Vamos a salir de aquí! — Pero la voz de Gale está tan llena de dolor que no puedo evitar luchar para alcanzarla.

— ¡No es él, Katniss! ¡Es un muto! — Me grita Finnick. — ¡Vamos! — Me mueve hacia delante, a medias arrastrándome, a medias llevándome en brazos, hasta que puedo procesar lo que ha dicho. Tiene razón, sólo es otro charlajo. No puedo ayudar a Gale dándole caza. Pero eso no cambia el hecho de que es la voz de Gale, y que en algún lugar, en algún momento, alguien le ha hecho sonar así.

Dejo de luchar contra Finnick, y como la noche de la niebla, huyo de aquello contra lo que no puedo luchar. Lo que sólo me hará daño. Sólo que esta vez es mi corazón y no mi cuerpo el que se está desintegrando. Esta debe de ser otra arma del reloj. Las cuatro en punto, supongo. Cuando las agujas hacen tictac hasta las cuatro, los monos se van a casa y los charlajos salen a jugar. Finnick tiene razón—salir de aquí es lo único que se puede hacer. Aunque no habrá nada que Haymitch pueda lanzar en un paracaídas que nos ayude ni a Finnick ni a mí a recuperarnos de las heridas que los pájaros han infligido.

Veo a Peeta y a Johanna de pie en la línea de árboles y me llena una mezcla de alivio y furia.

¿Por qué no vino Peeta a ayudarme? ¿Por qué no vino nadie detrás de nosotros? Incluso ahora se mantiene apartado, las manos levantadas, las palmas hacia nosotros, sus labios moviéndose aunque hasta nosotros no llega ninguna palabra. ¿Por qué?

La pared es tan transparente, que Finnick y yo chocamos contra ella y rebotamos contra el suelo de la selva. Yo tengo suerte. Mi hombro se llevó la peor parte del impacto, mientras que Finnick chocó de frente y ahora de su nariz mana sangre a borbotones. Esta es la razón por la que Peeta y Johanna e incluso Beetee, a quien veo sacudiendo la cabeza detrás de ellos, no han acudido en nuestra ayuda. Una barrera invisible bloquea el área delante de nosotros. No es un campo de fuerza. Puedes tocar la superficie dura y suave todo lo que quieras. Pero ni el cuchillo de Peeta ni el hacha de Johanna pueden hacer mella en ella. Sé, sin revisar más que unos metros en una dirección, que encierra toda la cuña de las cuatro en punto. Que estaremos atrapados aquí como ratas hasta que pase la hora.

Peeta presiona la mano contra la superficie y yo levanto la mía al otro lado, como si pudiera sentirlo a través de la pared. Veo sus labios moviéndose pero no puedo oírlo, no puedo oír nada fuera de nuestra cuña. Intento descifrar lo que está diciendo, pero no puedo concentrarme, así que simplemente me quedo mirándolo a la cara, haciendo todo lo que puedo por aferrarme a mi cordura.

Entonces empiezan a llegar los pájaros. Uno por uno. Colgándose de las ramas cercanas. Y un concierto de los horrores cuidadosamente orquestado empieza a manar de sus bocas. Finnick se da por vencido nada más empezar, encogiéndose sobre el suelo, apretando con todas sus fuerzas las manos contra sus oídos como si estuviera intentando romperse el cráneo. Yo intento luchar durante un rato. Vaciando mi aljaba de flechas en los odiados pájaros. Pero cada vez que uno cae muerto, otro toma rápidamente su lugar. Y al final abandono y me encojo junto a Finnick, intentando bloquear los insoportables sonidos de Prim, Gale, mi madre, Madge, Rory, Vick, incluso Posy, la pobrecita indefensa Posy . . . Sé que ha parado cuando siento las manos de Peeta sobre mí, me siento levantada del suelo y alejada de la selva. Pero sigo con los ojos fuertemente cerrados, las manos sobre las orejas, los músculos demasiado rígidos para soltarlos. Peeta me sostiene en su regazo, diciéndome palabras tranquilizadoras, acunándome levemente. Pasa mucho tiempo antes de que empiezo a relajar el agarre de acero sobre mi cuerpo. Y cuando lo hago, empiezan los temblores.

— Todo está bien, Katniss. — Susurra él.

— Tú no los oíste. — Respondo.

— Oí a Prim. Justo al principio. Pero no era ella. — Dice. — Era un charlajo.

— Era ella. En algún sitio. El charlajo sólo lo grabó.

— No, eso es lo que quieren que pienses. Igual que yo me pregunté si los ojos de Glimmer estaban en ese muto el año pasado. Pero esos no eran los ojos de Glimmer. Y esa no era la voz de Prim. O si lo era, la grabaron de una entrevista o algo y distorsionaron el sonido. Le hicieron decir lo que fuera que estaba diciendo.

— No, estaban torturándola. — Replico. — Probablemente está muerta.

— Katniss, Prim no está muerta. ¿Cómo podrían matar a Prim? Casi hemos llegado a los ocho finales. ¿Y qué pasa entonces? — Dice Peeta.

— Mueren siete más. — Digo desesperanzada.

— No, en casa. ¿Qué pasa cuando llegan a los ocho tributos finales en los Juegos? — Levanta mi barbilla para que tenga que mirarlo. Me obliga a establecer contacto visual. — ¿Qué pasa? ¿En los ocho finales?

Sé que está intentando ayudarme, así que me obligo a pensar.

— ¿En los ocho finales? — Repito. — Entrevistan a tu familia y amigos en casa.

— Eso es. — Dice Peeta. — Entrevistan a tu familia y amigos. ¿Y pueden hacer eso si los han matado a todos?

— ¿No? — Pregunto, aún insegura.

— No. Así es como sabemos que Prim está viva. Será la primera a la que entrevistan, ¿no? Quiero creerlo. Desesperadamente. Sólo que . . . esas voces . . .

— Primero a Prim. Después a tu madre. A tu primo, Gale. Madge. — Prosigue. — Era un truco, Katniss. Uno horrible. Pero nosotros somos los únicos a

los que puede hacerles daño. Somos nosotros quienes estamos en los Juegos. No ellos.

— ¿De verdad crees eso?

— De verdad. — De verdad. Titubeo, pensando en cómo Peeta puede hacer que cualquiera crea en cualquier cosa. Miro a Finnick en busca de confirmación, veo que está fijado en Peeta, en sus palabras.

— ¿Tú lo crees, Finnick? — Digo.

— Podría ser cierto. No lo sé. — Dice. — ¿Podrían hacer eso, Beetee? Tomar la voz normal de alguien y hacer que . . .

— Oh, sí. Ni siquiera es tan difícil, Finnick. Nuestros niños aprenden una técnica similar en el colegio. — Dice Beetee.

— Por supuesto que Peeta tiene razón. Todo el país adora a la hermanita de Katniss. Si de verdad la mataran así, probablemente tendrían un levantamiento entre las manos. — Dice Johanna rotundamente. — No quieren eso, ¿verdad? — Echa atrás la cabeza y grita — ¿Todo el país en rebelión? ¡No querrían nada así!

Me quedo con la boca abierta del shock. Nadie, nunca, dice algo así en los Juegos. Definitivamente, han cortado a Johanna, editando la escena. Pero yo la he oído y nunca podré pensar en ella de la misma forma. Nunca ganará ningún premio por bondad, pero sí que tiene agallas. O está loca. Coge algunas conchas y se dirige a la selva.

— Voy a buscar agua. — Dice.

No puedo evitar agarrarle la mano cuando pasa a mi lado.

— No vayas allí. Los pájaros . . . — Recuerdo que los pájaros deben de haberse ido, pero aún así no quiero a nadie allí dentro. Ni siquiera a ella.

— No pueden hacerme daño. Yo no soy como el resto de vosotros. No queda nadie a quien quiera. — Dice Johanna, y libera la mano con una sacudida impaciente. Cuando me trae de vuelta una concha de agua, la tomo con un silencioso movimiento de cabeza en señal de agradecimiento, sabiendo cuánto despreciaría la compasión en mi voz. Mientras Johanna recoge agua y mis flechas, Beetee hurga en su cable y Finnick se va al agua. Yo también necesito

limpiarme, pero aún estoy en brazos de Peeta, todavía demasiado agitada para moverme.

— ¿A quién usaron en contra de Finnick? — Pregunta.

— A alguien llamada Annie.

— Debe de ser Annie Cresta.

— ¿Quién?

— Annie Cresta. Era la chica por la que Mags se presentó voluntaria. Ganó hace unos cinco años. — Dice Peeta.

Ese habría sido el verano después de la muerte de mi padre, cuando empecé a alimentar a mi familia, cuando todo mi ser estaba ocupado combatiendo contra la inanición.

— No me acuerdo mucho de esos Juegos. — Digo. — ¿Fue el año del terremoto?

— Sí. Annie es la que se volvió loca cuando su compañero de distrito fue decapitado. Corrió sola y se escondió. Pero un terremoto rompió una presa y la mayor parte de la arena se inundó. Ella ganó porque era la mejor nadadora. — Dice Peeta.

— ¿Se puso mejor después? — Pregunto. — Quiero decir, ¿su cabeza?

— No lo sé. Ni siquiera recuerdo volverla a ver en los Juegos. Pero no parecía demasiado estable este año durante la cosecha. — Dice Peeta.

Así que es esa a quien quiere Finnick, pienso. No a su ristra de guapas amantes en el Capitolio. Sino a una pobre chica loca en casa.

La explosión del cañón nos reúne a todos en la playa. Un aerodeslizador aparece en lo que estimamos que es la zona de las seis a las siete en punto. Miramos mientras la garra baja cinco veces distintas para recuperar los trozos de un cuerpo, hecho pedazos. Es imposible decir quién era. Lo que quiera que suceda a las seis en punto, no quiero saberlo nunca. Peeta dibuja un mapa nuevo en una hoja, añadiendo CH para los charlajos en la sección de las cuatro a las cinco en punto y simplemente escribiendo bestia en aquella donde vimos el tributo

recogido por partes. Ahora tenemos una buena idea de lo que siete de las horas traerán. Y si hay algo positivo en el ataque de los charlajos, es que nos dejó saber de nuevo dónde estamos en la esfera del reloj.

Finnick teje otra cesta de agua y una red para pescar. Yo me doy un baño rápido y me pongo más ungüento en la piel. Después me siento al borde del agua, limpiando los peces que coge Finnick y mirando el sol caer más allá del horizonte. La brillante luna ya se está levantando, llenando la arena con ese extraño crepúsculo. Estamos a punto de sentarnos para nuestra comida de pescado crudo cuando empieza el himno. Y después los rostros . . . Cashmere. Gloss. Wiress. Mags. La mujer del Distrito 5. La morphling que dio su vida por Peeta. Blight. El hombre del 10.

Ocho muertos. Más ocho de la primera noche. Dos tercios de nosotros muertos en un día y medio. Eso debe de ser algún tipo de record.

— Pues sí que están diezmándonos. — Dice Johanna.

— ¿Quién queda? Además de nosotros cinco y el Distrito Dos? — Pregunta Finnick.

— Chaff. — Dice Peeta, sin necesidad de pensar en ello. Tal vez ha estado pendiente de él por Haymitch.

Baja un paracaídas con una pila de bollos de pan cuadrados del tamaño de un bocado.

— Estos son de tu distrito, ¿verdad, Beetee? — Pregunta Peeta.

— Sí, del Distrito Tres. — Dice. — ¿Cuántos hay?

Finnick los cuenta, girando cada uno entre sus manos antes de colocarlos en una ordenada configuración. No sé qué le pasa a Finnick con el pan, pero parece obsesionado con manejarlo.

— Veinticuatro. — Dice.

— ¿Dos docenas exactas, entonces? — Dice Beetee.

— Veinticuatro clavadas. — Dice Finnick. — ¿Cómo deberíamos dividir las?

— Tomemos tres cada uno, y quien sea que quede vivo en el desayuno puede votar sobre los demás. — Dice Johanna. No sé por qué esto me hace reír un poco. Supongo que porque es verdad. Cuando lo hago, Johanna me lanza una mirada que es casi aprobadora. No, aprobadora no. Pero tal vez algo satisfecha.

Esperamos hasta que la ola gigante ha salido de la sección de las diez a las once en punto, esperamos a que retroceda el agua, y después vamos a esa playa a acampar. Teóricamente, deberíamos tener doce horas completas de seguridad de la selva. Hay un coro desagradable de chasquidos, probablemente de algún malvado tipo de insecto, viniendo de la cuña de las once a las doce en punto. Pero lo que sea que está haciendo el sonido se queda en los confines de la selva y nosotros nos mantenemos apartados de esa parte de la playa sólo por si acaso no están esperando más que una pisada descuidadamente situada para salir en enjambre. No sé cómo Johanna se mantiene aún en pie. Sólo ha tenido alrededor de una hora de sueño desde que empezaron los Juegos. Peeta y yo nos presentamos voluntarios para el primer turno de guardia porque estamos mejor descansados, y porque queremos algo de tiempo solos. Los otros se quedan dormidos de inmediato, aunque el sueño de Finnick es intranquilo. De vez en cuando lo oigo musitar el nombre de Annie. Peeta y yo nos sentamos sobre la arena húmeda, mirando en direcciones contrarias, mi hombro y cadera derechos presionando contra los suyos. Yo miro el agua mientras él mira la selva, lo que para mí es mejor. Aún estoy embrujada por las voces de los charlajos, algo que desafortunadamente los insectos no pueden ahogar. Después de un rato apoyo la cabeza sobre su hombro. Siento su mano acariciarme el pelo.

— Katniss, —dice suavemente—, no tiene sentido fingir que no sabemos lo que el otro está intentando hacer. — No, supongo que no lo tiene, pero tampoco es divertido discutirlo. Bueno, no para nosotros, en cualquier caso. Los espectadores del Capitolio estarán pegados a las pantallas para no perderse ni una maldita palabra.

— No sé qué clase de trato crees haber hecho con Haymitch, pero deberías saber que a mí también me hizo promesas. — Por supuesto, también sé esto. Le dijo a Peeta que me mantendrían con vida para que no sospechara nada. — Así que creo que podemos asumir que le mintió a uno de los dos.

Esto capta mi atención. Un doble juego. Una doble promesa. Con sólo Haymitch sabiendo cuál es real. Levanto la cabeza, miro a Peeta a los ojos.

— ¿Por qué dices esto ahora?

— Porque no quiero que olvides lo diferentes que son nuestras circunstancias. Si tú mueres, y yo vivo, no me queda ninguna vida de regreso en el Distrito Doce. Tú eres toda mi vida. —

Dice. — Nunca volvería a ser feliz. — Empiezo a objetar pero me pone un dedo en los labios. —

Es diferente para ti. No digo que no fuera a ser duro. Pero hay otra gente que haría que tu vida mereciera ser vivida.

Peeta se saca la cadena con el disco dorado de alrededor del cuello. Lo sostiene a la luz de la luna para que pueda ver claramente el sinsajo. Después su pulgar se desliza por una ranura en la que no me había fijado antes, y se abre. No es algo macizo, como había pensado, sino un guardapelo. Y en el guardapelo hay fotos. En el lado derecho, mi madre y Prim, riendo. Y en el izquierdo, Gale. Sonriendo de verdad.

No hay nada en el mundo que pudiera acabar con mi voluntad en este momento más rápido que esas tres caras. Después de lo que oí esta tarde . . . es el arma perfecta.

— Tu familia te necesita, Katniss. — Dice Peeta.

Mi familia. Mi madre. Mi hermana. Y mi primo fingido Gale. Pero la intención de Peeta es clara. Que Gale es de veras mi familia, o que lo será algún día, si sobrevivo. Que me casaré con él. Así que Peeta me está dando su vida y a Gale al mismo tiempo. Para hacerme saber que nunca debería dudarlo. Todo. Eso es lo que Peeta quiere que coja de él. Espero a que mencione el bebé fingido, a que actúe para las cámaras, pero no lo hace. Y así es como sé que nada de esto es parte de los Juegos. Que me está diciendo la verdad de cómo se siente.

— Nadie me necesita de verdad a mí. — Dice, y no hay autocompasión en su voz. Es cierto que su familia no lo necesita. Llorarán su muerte, igual que hará un puñado de amigos. Pero seguirán adelante. Incluso Haymitch, con la ayuda de un montón de licor blanco, seguirá adelante. Me doy cuenta de que sólo hay una persona que vaya a quedar dañada más allá de todo arreglo si Peeta muere. Yo.

— Yo sí. — Digo. — Yo te necesito. — Parece disgustado, toma aire como si para empezar una larga argumentación, y eso no es bueno, nada bueno, porque empezará a hablar sobre Prim y mi madre y todo y me quedaré confusa. Así que antes de que pueda hablar, detengo sus labios con un beso.

Siento esa cosa de nuevo. La cosa que sólo sentí una vez antes. En la cueva el año pasado, cuando estaba intentando que Haymitch nos enviara comida. Besé a Peeta unas mil veces durante esos Juegos y después. Pero sólo hubo una vez que me hizo sentir que algo vibraba en mi interior. Sólo una que me hizo querer más. Pero la herida de mi cabeza empezó a sangrar y me obligó a acostarme.

Esta vez, no hay nada más que nosotros mismos para interrumpirnos. Y después de unos pocos intentos, Peeta se rinde en su intención de hablar. La sensación dentro de mí se hace más cálida y se extiende por mi pecho, por todo mi cuerpo, a lo largo de mis brazos y piernas, hasta las puntas de mi ser. En vez de satisfacerme, los besos tienen el efecto opuesto, de hacerme necesitar más. Creía que era algo así como una experta en el hambre, pero esta es de una clase completamente nueva.

Es el primer rayo de la tormenta de relámpagos —el rayo golpeando el árbol a medianoche— el que nos devuelve el sentido. También despierta a Finnick. Se sienta con un breve grito. Veo sus dedos enterrándose en la arena mientras se asegura a sí mismo de que fuera cual fuera la pesadilla que habitaba, no era real.

— Ya no puedo dormir más. — Dice. — Uno de vosotros debería descansar. — Sólo entonces parece darse cuenta de nuestras expresiones, de la forma en la que estamos envueltos el uno en el otro. — O los dos, puedo vigilar solo. Sin embargo, Peeta no le deja.

— Es demasiado peligroso. — Dice. — Yo no estoy cansado. Acuéstate tú, Katniss. — No pongo objeciones porque sí que necesito el sueño si voy a ser de alguna utilidad manteniéndolo con vida. Le dejo que me dirija hasta donde están los demás. Pone la cadena con el guardapelo alrededor de mi cuello, después posa la mano sobre el punto donde estaría nuestro bebé. — Vas a ser una gran madre, ya lo sabes. — Dice. Me besa una última vez y vuelve con Finnick.

Su referencia al bebé señala que nuestro tiempo muerto en los Juegos se ha terminado. Que sabe que el público se estará preguntando por qué no ha utilizado el argumento más persuasivo de su arsenal. Los patrocinadores deben ser manipulados. Pero mientras me estiro sobre la arena me pregunto, ¿podría ser más? ¿Como un recordatorio para mí de que todavía podría tener hijos con Gale algún día? Bueno, si era eso, fue un error. Porque para empezar, nunca ha sido parte de mi plan. Y además, si sólo uno de los dos puede ser padre, cualquiera puede ver que debería ser Peeta. Mientras me duermo, intento imaginarme ese

mundo, en algún lugar en el futuro, sin Juegos, sin Capitolio. Un lugar como la pradera de la canción que le canté a Rue mientras moría. Donde el hijo de Peeta podría estar a salvo.

Cuando me despierto, tengo una sensación breve y deliciosa de felicidad que está de algún modo relacionada con Peeta. La felicidad, por supuesto, es algo completamente absurdo en este momento, ya que al ritmo al que van las cosas, estaré muerta en un día. Y eso en el mejor de los casos, si soy capaz de eliminar al resto de los contendientes, incluyéndome a mí misma, y consigo coronar a Peeta como ganador del Quarter Quell. Aún así, la sensación es tan inesperada y dulce que me aferro a ella, si bien por breves momentos. Antes de que la arena áspera, el sol caliente y el picor de mi piel exijan que regrese a la realidad. Todos están ya levantados y mirando el descenso de un paracaídas a la playa. Me uno a ellos para otra entrega de pan. Es idéntico al que recibimos la noche anterior. Veinticuatro panecillos del Distrito 3. Eso nos deja con treinta y tres en total. Todos tomamos cinco, dejando ocho en la reserva. Nadie lo dice, pero ocho se dividirán perfectamente después de la siguiente muerte. De algún modo, a la luz del día, bromear sobre quién quedará para comer los panecillos ha perdido su humor.

¿Cuánto tiempo podemos mantener esta alianza? No creo que nadie esperara que el número de tributos cayera tan rápidamente. ¿Qué pasará si me equivoqué sobre que los demás estén protegiendo a Peeta? ¿Si las cosas fueron simplemente una coincidencia, o si todo ha sido una estrategia para ganarse nuestra confianza y convertirnos en presas fáciles, o si no entiendo lo que está pasando de verdad? Espera, no hay “sí” sobre eso. No entiendo lo que está pasando. Y si no lo entiendo, es hora de que Peeta y yo nos vayamos de aquí. Me siento junto a Peeta en la arena para comer mis panecillos. Por algún motivo, me es difícil mirarlo. Quizás sean todos esos besos anoche, aunque el que nosotros nos besemos no es nada nuevo. Tal vez ni siquiera hayan sido nada diferentes para él. Quizás sea el saber el poco tiempo que nos queda. Y el hecho de que estamos hablando un diálogo de sordos en lo referente a quién debería sobrevivir a estos Juegos.

Después de comer, lo cojo de la mano y lo dirijo hacia el agua.

— Vamos. Te enseñaré a nadar. — Necesito apartarlo de los otros, a algún lugar donde podamos discutir nuestra huida. Será difícil, porque una vez se den cuenta de que estamos rompiendo la alianza, nos convertiremos de inmediato en objetivos. Si le estuviera enseñando de verdad a nadar, haría que se quitara el cinturón, ya que lo mantiene a flote, pero ¿qué importa eso ahora? Así que simplemente le enseño la brazada básica y dejo que practique yendo de uno a

otro lado en agua hasta la cintura. Al principio, veo a Johanna vigilarnos con cuidado, pero después de un rato pierde el interés y se va a echar una siesta. Finnick está tejiendo una nueva red con viñas y Betee juega con su cable. Sé que el momento ha llegado.

Mientras Peeta nadaba, he descubierto algo. Mis restantes costras están empezando a desprenderse. A base de frotar suavemente un puñado de arena por mi brazo, limpio el resto de las escamas, revelando piel nueva debajo. Paro la práctica de Peeta, con el pretexto de enseñarle cómo liberarse de las molestas escamas, y mientras nos frotamos, menciono nuestra huida.

— Mira, ya sólo quedan ocho. Creo que es hora de que nos vayamos. — Dijo en voz baja, aunque dudo que ninguno de los tributos pueda oírme.

Peeta asiente, y puedo verlo considerar mi propuesta. Sopesando si la suerte estará de nuestra parte.

— Sabes qué te digo. — Dice. — Quedémonos hasta que Brutus y Enobaria estén muertos. Creo que Betee está ahora mismo intentando crear algún tipo de trampa para ellos. Después, lo prometo, nos iremos.

No estoy completamente convencida. Pero si nos vamos ahora, tendremos dos grupos de adversarios detrás. Tal vez tres, porque ¿quién sabe qué es lo que trama Chaff? Además hay que lidiar con el reloj. Y después hay que pensar en Betee. Johanna sólo lo trajo por mí, y si nos vamos seguro que lo matará. Entonces lo recuerdo. No puedo proteger también a Betee. Sólo puede haber un vencedor y tiene que ser Peeta. Tengo que aceptar esto. Tengo que tomar decisiones basadas sólo en su supervivencia.

— Está bien. — Digo. — Nos quedaremos hasta que estén muertos los Profesionales. Pero eso es todo. — Me doy la vuelta y saludo a Finnick con la mano. — ¡Eh, Finnick, ven aquí!

¡Hemos descubierto cómo ponerte otra vez guapo!

Los tres juntos nos restregamos las costras de nuestros cuerpos, ayudando con las espaldas de los demás, y acabamos tan rositas como el marisco de Finnick. Aplicamos otra ronda de medicina porque la piel parece demasiado delicada para el sol, pero el ungüento no se ve ni la mitad de mal sobre la piel suave y será un buen camuflaje en la selva. Betee nos llama, y resulta que durante todas esas horas de jugar con el cable, sí que ha tramado un plan.

— Creo que todos estamos de acuerdo en que nuestra próxima misión es matar a Brutus y a Enobaria. — Dice suavemente. — Dudo que nos vayan a atacar ahora abiertamente, ahora que los superamos tan ampliamente en número. Podríamos rastrearlos, supongo, pero es un trabajo peligroso y agotador.

— ¿Crees que han averiguado lo del reloj? — Pregunto.

— Si no lo han hecho ya, lo harán pronto. Tal vez no tan específicamente como nosotros. Pero deben de saber por lo menos que algunas de las zonas tienen ataques confinados y que estos están ocurriendo siguiendo un patrón circular. Tampoco el hecho de que nuestra última lucha haya sido cortada por la intervención de los Vigilantes les habrá pasado desapercibido. Nosotros sabemos que fue un intento de desorientarnos, pero ellos se deben de estar preguntando por qué se hizo, y esto, también, puede llevarlos a darse cuenta de que la arena es un reloj. — Dice Beetee. — Así que creo que nuestra mejor apuesta será colocar nuestra propia trampa.

— Espera, déjame traer a Johanna. — Dice Finnick. — Se pondrá rabiosa si cree que se ha perdido algo así de importante.

— O no. — Musito yo, ya que se puede decir que ella está siempre rabiosa, pero no lo detengo porque yo también estaría enfadada si me excluyeran de un plan llegados a este punto.

Cuando se nos ha unido, Beetee nos insta a todos a que nos echemos un poco atrás para que tenga sitio para trabajar en la arena. Hábilmente dibuja un círculo y lo divide en doce cuñas. Es la arena, no dibujada por la mano precisa de Peeta sino por las vastas líneas de un hombre cuya mente está preocupada por otras cosas mucho más complejas.

— Si fuerais Brutus y Enobaria, sabiendo lo que sabéis sobre la selva, ¿dónde os sentiríais más seguros? — Pregunta Beetee. No hay ninguna condescendencia en su voz, y aún así no puedo evitar pensar que me recuerda a un maestro de escuela a punto de preparar a los niños para una lección. Tal vez sea la diferencia de edad, o simplemente que Beetee es probablemente un millón de veces más listo que el resto de nosotros.

— Donde estamos ahora. En la playa. — Dice Peeta. — Es el lugar más seguro.

— ¿Así que por qué no están en la playa? — Dice Beetee.

— Porque estamos nosotros. — Dice Johanna con impaciencia.

— Exactamente. Estamos nosotros, reclamando la playa. Ahora ¿adónde iríais? — Dice Beetee.

Pienso en la selva letal, la playa ocupada.

ría justo al borde de la selva. Para poder escapar si viniera un ataque. Y para poder espiarnos.

— También para comer. — Dice Finnick. — La selva está llena de criaturas y plantas extrañas. Pero a base de mirarnos a nosotros, yo sabría que el pescado es seguro. Beetee nos sonríe como si hubieramos superado sus expectativas.

— Sí, bien. Lo veis. Ahroa esto es lo que yo propongo: un ataque a las doce en punto. ¿Qué pasa exactamente a mediodía y a medianoche?

— El rayo golpea el árbol. — Digo.

— Sí. Así que lo que estoy sugiriendo es que después de que el rayo golpee a mediodía, pero antes de que golpee a medianoche, extendamos mi cable desde ese árbol hasta el agua salada, que es, por supuesto, altamente conductora. Cuando el rayo golpee, la electricidad viajará por el cable y hacia no sólo el agua sino también la playa que la rodea, que todavía estará húmeda por la ola de las diez. Cualquiera en contacto con esas superficies en ese momento será electrocutado. — Dice Beetee.

Hay una larga pausa en la que todos digerimos el plan de Beetee. A mí me parece un poco fantasioso, incluso imposible. Pero ¿por qué? He colocado miles de trampas. ¿No es esto una trampa más grande con un componente más específico? ¿Podría funcionar? ¿Cómo podemos siquiera cuestionarlo, nosotros, los truibutos entrenados para recoger pescado y madera y carbón? ¿Qué sabemos nosotros de aprovechar la energía del cielo? Peeta objeta.

— ¿Será ese cable capaz de verdad de conducir tanta energía, Beetee? Parece tan frágil, como si fuera simplemente a quemarse.

— Oh, se quemará. Pero no antes de que la corriente haya pasado a su través. Actuará algo así como un fusible, de hecho. Excepto porque la electricidad viajará a lo largo de él. — Dice Beetee.

— ¿Cómo lo sabes? — Pregunta Johanna, claramente no convencida.

— Porque yo lo inventé. — Dice Beetee, como algo sorprendido. — De hecho no es cable en el sentido habitual. Tampoco es el rayo un rayo natural ni el árbol un árbol natural. Tú conoces los árboles mejor que ninguno de nosotros, Johanna. A estas alturas estaría destruido, ¿o no?

— Sí. — Dice, morruda.

— No os preocupéis por el cable. Hará exactamente lo que digo. — Nos tranquiliza Beetee.

— ¿Y dónde estaremos nosotros cuando pase esto? — Pregunta Finnick.

— Lo bastante lejos en la selva como para estar a salvo. — Replica Beetee.

— Entonces los Profesionales también estarán a salvo, a no ser que estén en la vecindad del agua. — Apunto yo.

— Así es. — Dice Beetee.

— Pero todo el marisco estará cocido. — Dice Peeta.

— Probablemente más que cocido. — Dice Beetee. — Muy probablemente tendremos que eliminarlo definitivamente como fuente de comida. Pero tú encontraste otras cosas comestibles en la selva, ¿verdad, Katniss?

— Sí. Frutos secos y ratas. — Digo. — Y tenemos patrocinadores.

— Bueno, entonces. No veo que eso sea un problema. — Dice Beetee. — Pero ya que somos aliados y esto requerirá todos nuestros esfuerzos, la decisión de intentarlo o no os corresponde a vosotros cuatro.

Sí que somos niños de colegio. Completamente incapaces de disputar su teoría más que con las preocupaciones más elementales. La mayor parte de las cuales ni siquiera tienen nada que ver con su plan. Miro a los semblantes desconcertados de los demás.

— ¿Por qué no? — Digo. — Si fracasa, no hay daño. Si funciona, hay una probabilidad decente de que los matemos. E incluso si no lo hacemos y sólo

matamos el marisco, Brutus y Enobaria también lo perderán como fuente de alimento.

— Yo digo que lo intentemos. — Dice Peeta. — Katniss tiene razón. Finnick mira a Johanna y alza las cejas. No seguirá adelante sin ella.

— Vale. — Dice ella finalmente. — Es mejor que darles caza en la selva, en cualquier caso. Y dudo que averigüen nuestro plan, ya que nosotros mismos apenas si podemos comprenderlo. Beetee quiere inspeccionar el árbol del rayo antes de prepararlo. Juzgando por el sol, son aproximadamente las nueve de la mañana. Tendremos que dejar nuestra playa pronto, en cualquier caso. Así que desmontamos el campamento, caminamos hasta la playa que bordea la sección de los rayos, y nos dirigimos a la selva. Beetee aún está demasiado débil para hacer la caminata cuesta arriba él sólo, así que Finnick y Peeta hacen turnos para cargar con él. Yo dejo que Johanna vaya en cabeza porque el camino al árbol es bastante recto, y me figuro que no podrá perdernos. Además, yo pudo hacer mucho más daño con una aljaba de flechas que ella con dos hachas, así que soy la mejor para ir en la retaguardia. El aire es denso y pesado, y me agota. No nos ha dado respiro desde que empezaron los Juegos. Desearía que Haymitch dejara de enviarnos ese pan del Distrito 3 y nos consiguiera algo más de ese salado del Distrito 4, porque he sudado a cubos en el último par de días, e incluso aunque he tomado el pescado, me muero por tomar sal. Un trozo de hielo sería otra buena idea. O un trago de agua fresquita. Estoy agradecida por el fluido de los árboles, pero está a la misma temperatura que el mar y el aire y los otros tributos y yo. No somos más que un gran estofado caliente.

A medida que nos acercamos al árbol, Finnick sugiere que yo lleve la delantera.

— Katniss puede oír el campo de fuerza. — Les explica a Beetee y a Johanna.

— ¿Oírlo? — Pregunta Beetee.

— Sólo con el oído que reconstruyó el Capitolio. — Digo. ¿Adivinas a quién no estoy engañando con esa historia? A Beetee. Porque seguro que recuerda que él me enseñó cómo vislumbrar un campo de fuerza, y probablemente sea imposible oír campos de fuerza, en cualquier caso. Pero, sea cual sea la razón, no cuestiona mi afirmación.

— Entonces por supuesto, dejad que Katniss vaya primero. — Dice, haciendo una pausa para limpiar el vapor de sus gafas. — Los campos de fuerza no son nada con lo que jugar. El árbol del rayo es inconfundible, por lo mucho que se levanta por encima de los demás. Encuentro un puñado de frutos secos y hago que los otros esperen mientras yo subo lentamente por la pendiente, lanzando los frutos por delante de mí. Pero veo el campo de fuerza casi de inmediato, incluso antes de que el fruto lo golpee, porque sólo está a unos quince metros de distancia. Mis ojos, que están barriendo la vegetación ante mí, captan el cuadrado ondulado alto y a mi derecha. Lanzo un fruto directamente delante de mí y lo oigo chisporrotear como confirmación.

— Simplemente quedaos por debajo del árbol del rayo. — Les digo a los demás. Dividimos tareas. Finnick vigila a Beetee mientras este examina el árbol, Johanna hace un grifo para obtener agua, Peeta recoge frutos secos, y yo cazo por ahí cerca. Las ratas de árbol no parecen tener ningún miedo a los humanos, así que acabo fácilmente con tres. El sonido de la ola de las diez me recuerda que debería regresar, y vuelvo con los demás y limpio mis presas. Después dibujo una línea en el polvo a un metro del campo de fuerza como recordatorio para mantenernos atrás, y Peeta y yo nos sentamos para tostar nueces y achicharrar cubitos de rata.

Beetee aún está andando en el árbol, haciendo no sé lo qué, tomando medidas y eso. En un momento dado arranca un pedazo de corteza, se nos une, y lo lanza contra el campo de fuerza. Rebota y aterriza en el suelo, brillando. En unos momentos regresa a su color original.

— Bueno, eso explica mucho. — Dice Beetee. Yo miro a Peeta y no puedo evitar mordirme el labio para no reír, ya que eso no explica absolutamente nada a nadie salvo a Beetee. Alrededor de este momento oímos un sonido de chasquidos levantándose en el sector adyacente al nuestro. Eso significa que son las once en punto. El volumen es mucho más alto en la selva que en la playa anoche. Todos escuchamos con atención.

— No es mecánico. — Dice Beetee decidido.

— Yo diría insectos. — Digo. — Tal vez escarabajos.

— Algo con pinzas. — Añade Finnick.

El sonido se eleva, como si nuestras palabras en voz baja lo hubieran alertado de la proximidad de carne fresca. Lo que sea que esté haciendo esos chasquidos, me apuesto que podría devorarnos hasta el hueso en segundos.

— Deberíamos ir saliendo de aquí, en cualquier caso. — Dice Johanna. — Falta menos de una hora para que empiecen los rayos.

Aunque no vamos muy lejos. Sólo hasta el árbol idéntico en la sección de la lluvia de sangre. Tomamos un picnic, agachados en el suelo, comiendo nuestra comida selvática, esperando por el rayo que señala el mediodía. Por petición de Beetee, escalo a la copa cuando los chasquidos empiezan a apagarse. Cuando golpea el rayo, es cegador, incluso desde aquí, incluso bajo este sol brillante. Abarca completamente el árbol distante, haciéndolo brillar de un brillante color blanco azulado y causando que el aire cercano vibre con electricidad. Bajo e informo a Beetee de mis hallazgos, quien parece satisfecho, incluso aunque no soy terriblemente científica. Tomamos una ruta tortuosa de vuelta a la playa de las diez. La arena está lisa y húmeda, barrida por la reciente ola. Esencialmente Beetee nos deja la tarde libre mientras él trabaja con el cable. Ya que es su arma y los demás tenemos que fiarnos de su conocimiento tan completamente, está la sensación extraña de que nos dejan salir pronto del colegio. Al principio nos turnamos echando siestas en el borde de sombra de la selva, pero hacia el final de la tarde todos estamos despiertos e inquietos. Decidimos, ya que esta debe de ser nuestra última oportunidad de tomar pescado, hacer algún tipo de festín. Bajo la guía de Finnick ensartamos peces y atrapamos marisco en redes, incluso nos sumergimos en busca de ostras. Sobre todo me gusta esta parte, aunque no porque tenga un gran apetito de ostras. Sólo las probé una vez en el Capitolio, y no pude soportar su viscosidad. Pero es encantador, estar en la profundidad bajo el agua, es como estar en un mundo distinto. El agua es muy clara, y un banco de peces de color violeta brillante y extrañas flores marinas decoran el suelo de arena. Johanna monta guardia mientras Finnick, Peeta y yo limpiamos y preparamos el pescado. Peeta acaba de abrir una ostra cuando lo oigo reír.

— ¡Eh, mirad esto! — Levanta una brillante, perfecta perla del tamaño de un guisante. — Ya sabes, si sometes el carbón a la suficiente presión, se convierte en perlas. — Le dice seriamente a Finnick.

— No, no es cierto. — Dice Finnick con displicencia. Pero yo me parto de risa, recordando que es así como una ignorante Effie Trinket nos presentó a la gente del Capitolio el año pasado, antes de que nadie nos conociera. Como carbón transformado en perlas por nuestra significativa existencia. Belleza que se levanta desde el dolor. Peeta enjuaga la perla en el agua y me la da.

— Para ti. — La levanto en mi palma y examino a la luz del sol su superficie irisada. Sí, la conservaré. Durante las pocas horas de vida que me quedan la mantendré cerca. Este último regalo de Peeta. El único que puedo aceptar realmente. Tal vez me dé fuerzas en los últimos momentos.

— Gracias. — Digo, cerrando el puño a su alrededor. Miro con ojos tranquilos a los ojos azules de la persona que es ahora mi mayor oponente, la persona que me mantendría con vida a expensas de la suya propia. Y me prometo a mí misma que derrotaré su plan. La risa desaparece de esos ojos, y están mirando a los míos con tal intensidad, que es como si pudieran leerme el pensamiento.

— El relicario no funcionó, ¿verdad? — Dice Peeta, incluso aunque Finnick está justo aquí. Incluso aunque todos pueden oírlo. — ¿Katniss?

— Funcionó. — Digo.

— Pero no como yo quería. — Dice él, apartando la vista. Después de eso no mirará más que a las ostras.

Justo cuando estamos a punto de comer, aparece un paracaídas con dos suplementos para nuestra comida. Un pequeño bote de salsa roja picante y otra ronda más de panecillos del Distrito 3. Finnick, por supuesto, se pone a contarlos de inmediato.

— Veinticuatro de nuevo. — Dice.

Treinta y dos panecillos, entonces. Así que tomamos cinco cada uno, dejando siete, que nunca se dividirán igualitariamente. Es pan para uno sólo.

La carne salada de pesacdo, el succulento marisco. Incluso las ostras parecen sabrosas, muy mejoradas por la salsa. Nos artiborramos hasta que nadie puede tomar ni un bocado más, e incluso entonces quedan sobras. No se conservarán, sin embargo, así que lanzamos toda la comida restante de vuelta al agua para que los Profesionales no cojan lo que nosotros dejamos. Nadie se preocupa por las conchas. La ola debería limpiarlas. No hay nada que hacer, salvo esperar. Peeta y yo nos sentamos al borde del agua, cogidos de la mano, en silencio. Él dio su discurso anoche pero yo no cambié de idea, y nada de lo que yo diga cambiará la suya. El momento de los regalos persuasivos ha pasado. Tengo la perla, sin embargo, segura en el paracaídas con el spile y la medicina en mi cintura. Espero que regrese al Distrito 12.

Seguro que mi madre y Prim se encargarán de devolvérsela a Peeta antes de enterrar mi cuerpo.

Empieza el himno, pero esta noche no hay rostros en el cielo. El público estará inquieto, sediento de sangre. La trampa de Beetee muestra tanta promesa, sin embargo, que los Vigilantes no han enviado ningún otro ataque. Tal vez simplemente tienen curiosidad por ver si funcionará.

Cuando Finnick y yo juzgamos que son las nueve, dejamos nuestro campamento sembrado de conchas, y empezamos una sigilosa caminata hasta el árbol del rayo a la luz de la luna. Nuestros estómagos llenos hacen que estemos más incómodos y faltos de aliento de lo que estábamos en la escalada de la mañana. Empiezo a arrepentirme de esa última docena de ostras.

Beetee le pide a Finnick que lo asista, y los demás montamos guardia. Antes de unir siquiera el cable al árbol, Beetee desenrolla metros y metros de la cosa. Hace que Finnick lo asegure alrededor de una rama rota y que deje esta en el suelo. Después se colocan uno a cada lado del árbol, pasándose el carrete entre sí a medida que van enrollando el cable alrededor del tronco, una y otra vez. Al principio parece arbitrario, después veo un patrón, como un intrincado laberinto, apareciendo a la luz de la luna en el lado de Beetee. Me pregunto si supone alguna diferencia el cómo el cable está situado, o si no es más que para mantener al público especulando, la mayor parte del cual sabe tanto de electricidad como yo. El trabajo en el tronco se completa justo cuando oímos empezar la ola. Nunca he averiguado en qué punto exacto de la hora de las diez erupciona. Debe de haber algo de preparación, después la ola en sí misma, después la recuperación de la inundación. Pero el cielo me dice las diez y media.

Es ahora cuando Beetee revela el resto del plan. Ya que nosotras nos movemos más ágilmente entre los árboles, quiere que Johanna y yo bajemos el rollo a través de la selva, desenrollando el cable a medida que andamos. Tenemos que estirarlo a través de la playa de las doce y sumergir el carrete metálico con lo todo que quede en la profundidad del agua, asegurándonos de que se hunda. Después correr a la selva. Si nos vamos ahora, justo ahora, deberíamos estar a tiempo de regresar a la seguridad.

— Quiero ir con ellas como guardia. — Dice Peeta de inmediato. Después del momento con la perla, sé que tiene menos ganas que nunca de perderme de vista.

— Eres demasiado lento. Además, te necesitaré en este extremo. Katniss vigilará. — Dice Beetee. — No hay tiempo para debatir esto. Lo siento. Si las chicas van a salir de allí con vida, tienen que ir moviéndose ya. — Le entrega el rollo a Johanna. No me gusta el plan más que a Peeta. ¿Cómo puedo protegerlo a distancia? Pero Beetee tiene razón. Con su pierna, Peeta es demasiado lento para bajar la colina a tiempo. Johanna y yo somos las más rápidas y de pisadas más seguras en el suelo de la selva. No se me ocurre ninguna alternativa. Y si confío en alguien aquí además de en Peeta, ese es Beetee.

— Está bien. — Le digo a Peeta. — Sólo dejaremos el cable y volveremos derechas hacia arriba.

— No hacia la zona de rayos. — Me recuerda Beetee. — Dirigíos al árbol en el sector de la una a las dos. Si notáis que se os acaba el tiempo, moveos una más. Ni se os ocurra volver a la playa, sin embargo, hasta que yo pueda evaluar los daños.

Tomo el rostro de Peeta entre mis manos.

— No te preocupes. Te veré a medianoche. — Le doy un beso y, antes de que pueda poner más objeciones, lo suelto y me giro hacia Johanna. — ¿Lista?

— ¿Por qué no? — Dice Johanna encogiéndose de hombros. Claramente no és más feliz que yo por estar juntas en esto. Pero todos estamos en la trampa de Beetee. — Tú vigilas, yo desenrollo. Podemos cambiar después.

Sin más discusión, bajamos la colina. De hecho, hay muy poca discusión entre nosotras. Nos movemos a buen paso, una con el cable, la otra vigilando. Hacia mitad de camino, oímos cómo empiezan los chasquidos, indicando que ya son después de las once.

— Mejor apurar. — Dice Johanna. — Quiero poner mucha distancia entre el agua y yo antes de que golpee el rayo. Sólo por si acaso Volts calculó mal algo.

— Yo llevaré el rollo un rato. — Digo. Es un trabajo más duro extender el cable que vigilar, y ella ha tenido un largo turno.

— Aquí. — Dice Johanna, pasándome el rollo.

Las manos de ambas están aún sobre el cilindro metálico cuando hay una breve vibración. De pronto el delgado cable dorado de arriba salta hacia nosotras,

enredándose en vueltas y más vueltas alrededor de nuestras muñecas. Después el extremo cortado llega serpenteando hasta nuestros pies.

Sólo nos lleva un segundo procesar este rápido giro de los acontecimientos. Johanna y yo nos miramos, pero ninguna de las dos tiene que decirlo. Alguien por encima de nosotras ha cortado el cable. Y llegarán hasta nosotras en cualquier momento. Mi mano se libera del cable y acaba de cerrarse sobre las plumas de una flecha cuando el cilindro metálico me golpea en el lateral de la cabeza. Lo siguiente que sé es que estoy tumbada sobre la espalda encima de las viñas, un dolor terrible en mi sien izquierda. Algo no está bien con mis ojos. Mi visión se nubla, enfocándose y desenfocándose, mientras lucho por juntar las dos lunas flotando en el cielo en una sola. Es difícil respirar, y me doy cuenta de que Johanna está sentada sobre mi pecho, con las rodillas presionadas contra mis hombros. Siento una puñalada en mi antebrazo izquierdo. Intento apartarme pero aún estoy demasiado incapacitada. Johanna está enterrando algo, supongo que la punta de su cuchillo, en mi carne, girándola a uno y otro lado. Hay una terrible sensación de desgarró y una calidez corre por mi muñeca, llenándome la palma. Pasa la mano por mi brazo y me cubre la mitad de la cara con mi sangre.

— ¡Quédate abajo! — Sisea. Su peso abandona mi cuerpo y estoy sola.

¿Quédate abajo? Pienso. ¿Qué? ¿Qué está pasando? Mis ojos se cierran, bloqueando el mundo inconsistente, mientras intento sacarle algún sentido a mi situación. Todo en lo que puedo pensar es en Johanna empujando a Wiress a la playa. “Sólo quédate abajo, ¿sí?” Pero no atacó a Wiress. No como esto. En cualquier caso, yo no soy Wiress. No soy Nuts. “Sólo quédate abajo, ¿sí?” resuena dentro de mi cerebro. Pisadas llegando. Dos pares. Pesadas, no intentando ocultar su situación. La voz de Brutus.

— ¡Podemos darla por muerta! ¡Vamos, Enobaria! — Pies moviéndose hacia la noche.

¿Lo estoy? Entro y salgo de la inconsciencia buscando una respuesta. ¿Se me puede dar por muerta? No estoy en posición de argumentar lo contrario. De hecho, el pensamiento racional supone un gran trabajo. Esto es lo que sé. Johanna me atacó. Golpeó ese cilindro contra mi cabeza. Me cortó el brazo, probablemente haciendo un daño irreparable a venas y arterias, y después aparecieron Brutus y Enobaria antes de que tuviera tiempo para rematarme. La alianza se terminó. Finnick y Johanna debían de tener un acuerdo para volverse en nuestra contra esta noche. Sabía que deberíamos habernos ido por la mañana. No sé de qué lado está Beetee. Pero ahora yo soy una presa, y Peeta también.

¡Peeta! Mis ojos se abren de golpe por el pánico. Peeta está esperando junto al árbol, sin sospechar nada y con la guardia baja. Tal vez Finnick lo ha matado ya.

— No. — Susurro. Ese cable fue cortado a poca distancia por los Profesionales. Finnick y Beetee y Peeta no pueden saber lo que está pasando aquí abajo. Sólo se pueden estar preguntando qué es lo que ha pasado, por qué se ha aflojado el cable, o por qué tal vez incluso ha vuelto al árbol. Esto, en sí mismo, no puede ser una señal para matar, ¿verdad? Seguro que esto sólo era Johanna decidiendo que había llegado el momento de romper con nosotros. Matarme. Escapar de los Profesionales. Después traer a Finnick a la lucha tan pronto como fuera posible.

No lo sé. No lo sé. Sólo sé que tengo que volver junto a Peeta y mantenerlo con vida. Hace falta cada gramo de mi fuerza para sentarme y arrastrarme a una posición erguida apoyada contra un árbol. Tengo suerte por tener algo a lo que sujetarme, ya que la selva está dando vueltas. Sin aviso, me echo hacia delante y vomito el festín de marisco, haciendo arcadas hasta que ya no es posible que quede ninguna ostra en mi cuerpo. Temblando y empapada de sudor, evalúo mi condición física.

Cuando levanto mi brazo herido, la sangre me salpica en la cara y el mundo da otro salto alarmante. Cierro con fuerza los ojos y me aferro al árbol hasta que las cosas se estabilizan un poco, después doy unos pocos pasos con cuidado hasta un árbol vecino, arranco algo de musgo y, sin examinar más la herida, me vendo el brazo con fuerza. Mejor. Definitivamente mejor no verlo. Después permito a mi mano tocar tentativamente la herida de mi cabeza. Hay un enorme chichón pero no mucha sangre. Obviamente, tengo algún daño interno, pero no parezco estar en peligro de desangrarme hasta morir. Por lo menos no por la cabeza. Me seco las manos con musgo y agarro el arco con manos temblorosas con mi lastimado brazo izquierdo. Aseguro una flecha en la cuerda. Obligo a mis pies a ascender por la ladera. Peeta. Mi último deseo. Mi promesa. Mantenerlo vivo. Mi corazón se libera un poco cuando me doy cuenta de que debe de estar vivo porque no ha sonado ningún cañón. Tal vez Johanna estaba actuando sola, sabiendo que Finnick estaría de su parte una vez sus intenciones estuvieran claras. Aunque es difícil adivinar lo que pasa entre esos dos. Pienso en cómo él la miró en busca de confirmación antes de aceptar colocar la trampa de Beetee. Hay una alianza mucho más profunda basada en años de amistad y quién sabe qué más. En consecuencia, si Johanna se ha vuelto en mi contra, ya no debería confiar en Finnick. Llego a esta conclusión sólo segundos antes de oír algo corriendo ladera abajo hacia mí. Ni Peeta y Beetee podrían moverse a este paso.

Me agacho detrás de una cortina de viñas, ocultándome justo a tiempo. Finnick pasa volando a mi lado, su piel ensombrecida por la medicina, saltando sobre la vegetación como un ciervo. Enseguida ve la situación de mi ataque, debe de ver la sangre.

— ¡Johanna! ¡Katniss! — Grita. Me quedo en el sitio hasta que se va en la dirección que tomaron Johanna y los Profesionales.

Me muevo tan rápidamente como puedo sin hacer que el mundo se convierta en un remolino. Mi cabeza palpita con el rápido latido de mi corazón. Los insectos, posiblemente excitados por el olor a sangre, han incrementado sus chasquidos hasta que es un rugido constante en mis oídos. No, espera. Ta vez mis oídos están pitando por el golpe. Hasta que los insectos se callen, será imposible decirlo. Pero cuando los insectos se callen, empezarán los rayos. Engo que ir más rápido. Tengo que llegar hasta Peeta. La explosión de un cañón me para en seco. Alguien ha muerto. Sé que con todos corriendo en todas direcciones armados y asustados justo ahora, podría ser cualquiera. Pero quienquiera que sea, estoy segura de que la muerte pulsará el gatillo de un “todos contra todos” allí fuera en la noche. La gente matará primero y se hará preguntas después. Obligo a mis piernas a correr.

Algo atrapa mis pies y caigo de bruces. Lo siento envolverse a mi alrededor, enredándose en fibras afiladas. ¡Una red! Esta debe de ser una de las redes de Finnick, colocada para atraparme, y él debe de estar cerca, tridente en mano. Me agito sólo un momento, sólo consiguiendo que la red se evuelva más ajustadamente a mi alrededor, y después la veo brevemente a la luz de la luna. Confusa, levanto el brazo y veo que está enredado en relucientes hilos dorados. No es para nada una de las redes de Finnick, sino el cable de Beetee. Me pongo en pie con cuidado y descubro que estoy en un trozo de la cosa que se enredó en un tronco en su camino de vuelta al árbol del rayo. Me desenredo lentamente del cable, salgo de su alcance, y prosigo mi ascenso.

Mirándolo por el lado positivo, estoy en el camino correcto y no he quedado lo bastante desorientada por mi lesión de la cabeza como para perder el sentido de la dirección. Por el lado negativo, el cable me ha recordado la próxima tormenta eléctrica. Aún puedo oír los insectos, pero ¿están empezando a apagarse?

Mantengo las vueltas de cable a unos metros a mi izquierda como guía mientras corro, pero tengo mucho cuidado de no tocarlo. Si esos insectos se están apagando y el primer rayo está a punto de golpear el árbol, entonces su energía bajará por ese cable y cualquiera en contacto con él morirá.

El árbol aparece en mi campo de visión, su tronco cubierto de oro. Aflojo el paso, intentando moverme con algo de sigilo, pero la verdad es que tengo suerte de mantenerme en pie. Busco una señal de los demás. Nadie. Nadie está aquí.

— ¿Peeta? — Llamo suavemente. — ¿Peeta?

Un leve gemido me responde y me doy la vuelta para encontrarr una figura tumbada en el suelo más arriba.

— ¡Beetee! — Exclamo. Me apresuro y me arrodillo a su lado. El gemido debe de haber sido involuntario. No está consciente, aunque no puedo ver ninguna herida salvo el tajo bajo su codo. Cojo un puñado de musgo cercano y lo envuelvo torpemente mientras trato de despertarlo. — ¡Beetee! ¡Beetee, qué está pasando! ¿Quién te cortó? ¡Beetee! — Lo sacudo de la forma de la que nunca deberías sacudir a nadie herido, pero no sé qué más hacer. Gime otra vez y brevemente levanta una mano para apartarme.

Es entonces cuando me doy cuenta de que está sosteniendo un cuchillo, uno que Peeta llevaba antes, creo, que está envuelto en cable sin apretar. Perpleja, me pongo en pie y levanto el cable, confirmando que está unido al árbol. Me lleva un momento recordar el segundo extremo, mucho más corto, que Beetee enrolló alrededor de una rama y dejó en el suelo antes siquiera de empezar su diseño en el árbol. Había creído que tenía algún significado eléctrico, que se había colocado para usarse después. Pero nunca lo fue, porque aquí hay probablemente unos buenos veinte o veinticinco metros.

Entorno los ojos mirando colina arriba y me doy cuenta de que estamos a sólo unos pocos pasos del campo de fuerza. Allí está el cuadrado delator, alto y a mi derecha, tal y como estaba esta mañana. ¿Qué hizo Beetee? ¿Intentó clavar el cuchillo en el campo de fuerza tal y como hizo Peeta accidentalmente? ¿Y qué pasa con el cable? ¿Era este su plan de reserva? ¿Si electrificar el agua fallaba, tenía pensado enviar la energía del rayo al campo de fuerza? ¿Qué haría eso, en cualquier caso? ¿Nada? ¿Mucho? ¿Freirnos a todos? El campo de fuerza debe de ser sobre todo también energía, supongo. El del Centro de Entrenamiento era invisible. Este parece reflejar de algún modo la selva. Pero lo he visto parpadear cuando el cuchillo de Peeta lo tocó y cuando mis flechas lo golpearon. El mundo real yace justo detrás de él. Mis oídos no están pitando. Después de todo eran los insectos. Ahora lo sé porque están apagándose rápidamente y no oigo nada salvo los sonidos de la selva. Levantar a Beetee es inútil. No puedo despertarlo. No puedo salvarlo. No sé que estaba intentando hacer con el cuchillo y el cable y él es incapaz de explicarse. El vendaje de musgo de mi brazo está

empapado y no tiene sentido engañarme a mí misma. Estoy tan mareada que me desmayaré en cuestión de minutos. Tengo que apartarme de este árbol y . . .

— ¡Katniss! — Oigo su voz aunque está a mucha distancia. Pero ¿qué está haciendo? Peeta debe de haber averiguado que ahora todos nos están dando caza. — ¡Katniss!

No puedo protegerlo. No puedo moverme rápido ni lejos y mis habilidades de disparo son como mucho cuestionables. Hago lo único que puedo para apartar a los atacantes lejos de él y hacia mí.

— ¡Peeta! — Gritó. — ¡Peeta! ¡Estoy aquí! ¡Peeta! — Sí, los atraeré, a cualquiera en mi vecindad, lejos de Peeta y hacia mí y el árbol que pronto será un arma en sí misma. — ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! — No llegará. No con esa pierna de noche. Nunca llegará a tiempo. —

¡Peeta!

Está funcionando. Puedo oírlos venir. A dos. Abriéndose camino rápidamente a través de la selva. Mis rodillas empiezan a flaquear y me derrumbo junto a Beetee, apoyando el peso sobre los talones. Mi arco y flechas se colocan en posición. Si puedo acabar con ellos, ¿sobrevivirá

Peeta al resto?

Enobaria y Finnick llegan al árbol del rayo. No pueden verme, sentada por encima de ellos en la ladera, mi piel camuflada con ungüento. Apunto al cuello de Enobaria. Con algo de suerte, cuando la mate, Finnick se agachará detrás del árbol en busca de refugio justo cuando el rayo golpee. Y eso pasará de un momento a otro. Sólo hay un levísimo chasquido de insectos aquí y allá. Puedo matarlos ahora. Puedo matarlos a ambos.

Otro cañón. Aún respira superficialmente a mi lado. Él y yo moriremos pronto. Finnick y Enobaria morirán. Peeta está vivo. Dos cañones han sonado. Brutus, Johanna, Chaff. Dos de ellos ya están muertos. Eso le dejará a Peeta sólo un tributo que matar. Y eso es lo máximo que puedo hacer. Un enemigo. Enemigo. Enemigo. La palabra evoca en mí un recuerdo reciente. Lo traigo al presente. La expresión del rostro de Haymitch. “Katniss, cuando estés en la arena . . .” El ceño fruncido, el recelo. “¿Qué?” Oigo mi propia voz tensándose al erizarme ante una acusación no pronunciada. “Sólo recuerda quién es el enemigo.” Dice Haymitch. “Eso es todo.”

Las últimas palabras de consejo de Haymitch para mí. ¿Por qué necesitaría recordarlo? Siempre he sabido quién es el enemigo. Quién nos mata de hambre y nos tortura y nos mata en la arena. Quién matará pronto a todos a los que quiero.

Bajo el arco cuando proceso este significado. Sí, sé quién es el enemigo. Y no es Enobaria. Por fin veo el cuchillo de Beetee con ojos claros. Mis manos temblorosas deslizan el cable de la empuñadura, lo enrollan en torno a la flecha justo sobre las plumas, y lo aseguran con un nudo aprendido durante el entrenamiento.

Me levanto, girándome hacia el campo de fuerza, revelándome completamente pero sin que esto me preocupe ya. Sólo preguntándome por dónde debería dirigir mi punta, dónde habría clavado Beetee el cuchillo de haber podido elegir. Mi arco se levanta hacia ese cuadrado vibrante, el fallo, el . . . ¿cómo lo llamó él aquel día? La brecha en la armadura. Dejo volar la flecha, la veo golpear su objetivo y desvanecerse, arrastrando consigo el hilo de oro detrás.

Mi pelo se pone de punta y el rayo golpea el árbol.

Un fogonazo blanco recorre el cable, y durante sólo un momento, la cúpula explota en una cegadora luz azul. Me caigo de espaldas al suelo, el cuerpo inútil, paralizado, los ojos congelados abiertos, mientras ligeros pedacitos de materia me llueven encima. No puedo alcanzar a Peeta. Ni siquiera puedo alcanzar mi perla. Mis ojos luchan por capturar una última imagen de belleza para llevar conmigo.

Justo antes de que empiecen las explosiones, encuentro una estrella. 27

Todo parece erupcionar a la vez. La tierra explota en lluvias de polvo y plantas. Los árboles estallan en llamas. Incluso el cielo se llena con fogonazos de brillantes colores. No se me ocurre por qué está siendo bombardeado el cielo hasta que me doy cuenta de que los Vigilantes están tirando fuegos artificiales allí arriba, mientras la destrucción de verdad sucede en el suelo. Sólo por si acaso no es lo bastante divertido el mirar la obliteración de la arena y de los restantes tributos. O tal vez para iluminar nuestros sangrientos finales.

¿Dejarán sobrevivir a alguien? ¿Habrá un vencedor de los Septuagésimo Quintos Juegos del Hambre? Tal vez no. Después de todo, qué era este Quarter Quell sino . . . ¿Qué era lo que había leído el Presidente Snow de la tarjeta? Un recordatorio para los rebeldes de que incluso los más fuertes de entre ellos no pueden superar el poder del Capitolio . . .”

Ni siquiera el más fuerte de entre los fuertes triunfará. Tal vez nunca tuvieron la intención de tener un vencedor en estos Juegos. O tal vez mi acto final de rebelión forzó su mano. Lo siento, Peeta, pienso. Siento no haber podido salvarte. ¿Salvarlo? Más bien robé su última posibilidad de vivir, destruyendo el campo de fuerza. Tal vez, si todos hubiéramos jugado según las reglas, le habrían dejado vivir.

El aerodeslizador se materializa sobre mí sin avisar. Si hubiera habido silencio, y un sinsajo estuviera posado cerca, habría oído a la selva quedarse en silencio y después la llamada de advertencia del pájaro que precede a la aparición del aerodeslizador del Capitolio. Pero mis oídos nunca podrían separar algo tan delicado en este bombardeo. La garra cae del lateral hasta que está justo encima. Las garras metálicas se delizan debajo de mí. Quiero gritar, correr, salir de aquí a golpes, pero estoy helada, impotente para hacer nada salvo esperar fervientemente morir antes de alcanzar a las figuras oscuras que me esperan arriba. No me han perdonado la vida para coronarme vencedora sino para hacer mi muerte tan lenta y pública como sea posible.

Mis peores temores se ven confirmados cuando el rostro que me da la bienvenida dentro del aerodeslizador pertenece a Plutarch Heavensbee, Vigilante en Jefe. Qué desastre he hecho de estos preciosos Juegos del inteligente reloj que hace tictac y el campo de vencedores. Él sufrirá por su fracaso, probablemente perderá la vida, pero no antes de verme castigada. Su mano se alza hacia mí, creo que para golpearme, pero hace algo peor. Con ayuda de índice y pulgar me cierra los párpados, sentenciándome a la vulnerabilidad de la oscuridad. Ahora pueden hacerme cualquier cosa y ni siquiera lo veré venir.

Mi corazón late con tanta fuerza que la sangre empieza a correr debajo de mi empapada venda de musgo. Mis pensamientos se nublan. Después de todo aún es posible que sangre hasta morir antes de que me reanimen. En mi mente susurro un gracias a Johanna Mason por la excelente herida que infligió, y me desmayo.

Cuando regreso a la semiconsciencia, puedo sentir que estoy tumbada sobre una mesa acolchada. Está la sensación punzante de tubos en mi brazo izquierdo. Están intentando mantenerme con vida porque, si me deslizo silenciosa y privadamente hacia la muerte, será una victoria. Aún soy en general incapaz de moverme, abro los párpados, levanto la cabeza. Pero mi brazo derecho ha recuperado algo de movilidad. Está extendido cruzándome el abdomen, como una aleta, no, algo menos animado, como un garrote. No tengo verdadera coordinación motora, ninguna prueba de que siquiera tenga dedos todavía. Aún

así consigo bambolear el brazo de un lado a otro hasta que arranco los tubos. Salta un pitido pero no puedo permanecer despierta para descubrir a quien atraerá.

La siguiente vez que salgo a la superficie, mis manos están atadas a la mesa, los tubos de vuelta en mi brazo. Sin embargo, puedo abrir los ojos y levantar levemente la cabeza. Estoy en una gran habitación con techo bajo y una luz plateada. Hay dos filas de camas una frente a la otra. Puedo oír la respiración de lo que asumo son los demás vencedores. Directamente frente a mí veo a Beetee con unas diez máquinas distintas enganchadas a él. ¡Sólo dejadnos morir!

Grito en mi cabeza. Golpeo la cabeza con fuerza hacia atrás contra la mesa y me desvanezco de nuevo.

Cuando por fin, de verdad, me despierto, las restricciones ya no están. Levanto la mano y descubro que tengo dedos que nuevamente pueden moverse bajo mis órdenes. Me siento y me aferro a la mesa acolchada hasta que la habitación se enfoca. Mi brazo izquierdo está vendado pero los tubos cuelgan de barras junto a mi cama.

Estoy sola salvo por Beetee, que todavía yace frente a mí, siendo sostenido por su ejército de máquinas. ¿Dónde están los otros, entonces? Peeta, Finnick, Enobaria y . . . y . . . uno más, ¿verdad? O bien Johanna o Chaff o Brutus, uno de ellos aún estaba con vida cuando empezaron las bombas. Estoy segura de que querrán crear ejemplo con todos nosotros. Pero ¿dónde se los han llevado? ¿Se los han llevado desde el hospital a la cárcel?

— Peeta . . . — Susurro. Deseaba tanto protegerlo. Todavía estoy resuelta a ello. Ya que he fracasado manteniéndolo seguro con vida, debo encontrarlo, matarlo ahora antes de que el Capitolio pueda escoger los medios agonizantes de su muerte. Deslizo mis piernas fuera de la mesa y miro a mi alrededor en busca de un arma. Hay varias jeringas selladas en plástico estéril sobre una mesa cerca de la cama de Beetee. Perfecto. Todo lo que necesito es aire y un pinchazo directo a una de sus venas.

Hago una pausa, considerando matar a Beetee. Pero si lo hago, los monitores empezarán a pitar y me cogerán antes de que llegue a Peeta. Hago una promesa muda de regresar a rematarlo si puedo.

Estoy desunda salvo por un delgado camisón, así que deslizo la jeringa bajo el vendaje que cubre la herida de mi brazo. No hay guardias en la puerta. Sin

duda alguna estoy a kilómetros por debajo del Centro de Entrenamiento o en alguna fortaleza del Capitolio, y la posibilidad de que escape es inexistente. No importa. No me estoy escapando, sólo acabando una misión. Me deslizo por un estrecho pasillo hasta una puerta metálica que está entreabierta. Alguien está tras ella. Saco la jeringa y la aferro en la mano. Apretándome contra la pared, escucho a las voces del interior.

— Se han perdido comunicaciones en el Siete, el Diez, y el Doce. Pero ahora el Once tiene el control sobre el transporte, así que por lo menos hay esperanza de que saquen algo de comida.

Plutarch Heavensbee, creo. Aunque en realidad sólo he hablado con él una vez. Una voz áspera hace una pregunta.

— No, lo siento. No hay modo de que pueda llevarte el Cuatro. Pero he dado órdenes específicas para recuperarla si es posible. Es todo lo que puedo hacer, Finnick. Finnick. Mi mente lucha por captar el sentido de la conversación, del hecho de que está teniendo lugar entre Plutarch Heavensbee y Finnick. ¿Es él tan querido y tan cercano al Capitolio que le excusarán sus crímenes? ¿O de verdad no tenía ni idea de lo que pretendía Beetee? Grazna algo más. Algo lleno de desesperación.

— No seas estúpido. Eso es lo peor que podrías hacer. Hacer seguro que la mataran. Mientras tú estés vivo, la mantendrán a ella viva como cebo. — Dice Haymitch.

¡Dice Haymitch! Cruzo la puerta con un golpe y tropiezo al interior de la habitación. Haymitch, Plutarch y un Finnick en muy malas condiciones están sentados alrededor de una mesa puesta con una comida que nadie está comiendo. La luz del día entra por las ventanas curvas, y en la distancia veo la cúpula de un bosque de árboles. Estamos volando.

— ¿Ya has dejado de dormir, preciosa? — Dice Haymitch, el fastidio evidente en su voz. Pero cuando me echo hacia delante él avanza y me coge de las muñecas, manteniéndome en pie. Mira mi mano. — ¿Así que sois tú y una jeringa contra el Capitolio? Ves, esta es la razón por la que nadie te deja a ti hacer los planes. — Lo miro sin comprender. — Suéltala. — Siento la presión incrementarse en mi muñeca derecha hasta que mi mano se ve obligada a abrirse y soltar la jeringa. Me siento en una silla junto a Finnick.

Plutarch me pone un cuenco de caldo delante. Un panecillo. Me coloca una cuchara en la mano.

— Come. — Dice en una voz mucho más amable de la que usó Haymitch. Haymitch se sienta directamente frente a mí.

— Katniss, voy a explicarte lo que ha pasado. No quiero que preguntes nada hasta que termine. ¿Entiendes?

Asiento, atontada. Y esto es lo que me dice.

Había un plan para sacarnos de la arena dese el momento en que el Quell fue anunciado. Los tributos de los distritos 3, 4, 6, 7, 8 y 11 tenían diversos grados de conocimiento acerca de ello. Plutarch Heavensbee ha sido, durante varios años, parte de un grupo secreto que intentaba acabar con el Capitolio. Se aseguró de que el cable estuviera entre las armas. Beetee era el encargado de abrir un agujero en el campo de fuerza. El pan que recibimos en la arena era un código para el momento del rescate. El distrito de donde era originario el pan indicaba el día. Tres. El número de panecillos la hora. Veinticuatro. El aerodeslizador pertenece al Distrito 13. Bonnie y Twill, las mujeres del 8 que conocí en el bosque, tenían razón sobre su existencia y sus capacidades de defensa. Actualmente estamos en un viaje indirecto al Distrito 13. Mientras tanto, la mayoría de los distritos de Panem están en plena rebelión. Haymitch se detiene para ver si lo sigo. O tal vez ha terminado por el momento. Es muchísimo que absorber, este elaborado plan en el que yo era una ficha, tal y como se suponía que debía ser una ficha en los Juegos del Hambre. Utilizada sin mi consentimiento, sin saberlo. Por lo menos en los Juegos del Hambre sabía que estaban jugando conmigo. Mis supuestos amigos han sido mucho más reservados.

— No me lo dijisteis. — Mi voz es tan áspera como la de Finnick.

— No se os dijo ni a ti ni a Peeta. No podíamos arriesgarnos. — Dice Plutarch. — Incluso estaba preocupado de que mencionaras mi indiscreción con el reloj durante los Juegos. — Saca su reloj de bolsillo y desliza su pulgar sobre el cristal, encendiendo el sinsajo. — Por supuesto, cuando te enseñé esto, no hacía más que darte una pista sobre la arena. Como mentora. Pensé que podría ser el primer paso para ganarme tu confianza. Nunca se me pasó por la cabeza que volvieras a ser tributo.

— Todavía no entiendo por qué a Peeta y a mí no se nos informó sobre el plan. — Digo.

— Porque una vez explotara el campo de fuerza, seríais los primeros a los que intentarían capturar, y cuanto menos supiérais, mejor. — Dice Haymitch.

— ¿Los primeros? ¿Por qué? — Digo, intentando asirme al hilo de pensamiento.

— Por la misma razón por la que los demás acordamos morir para manteneros con vida. — Dice Finnick.

— No, Johanna intentó matarme. — Digo.

— Johanna te noqueó para arrancarte el rastreador del brazo y para apartar a Brutus y a Enobaria de ti. — Dice Haymitch.

— ¿Qué? — Me duele mucho la cabeza y quiero que dejen de hablar en círculos. — No sé de qué . . .

— Teníamos que salvarte porque tú eres el sinsajo, Katniss. — Dice Plutarch. — Mientras tú vivas, la revolución vive.

El pájaro, la insignia, la canción, las bayas, el reloj, la galleta, el vestido que estalló en llamas. Yo soy el sinsajo. El que sobrevivió a pesar de los planes del Capitolio. El símbolo de la rebelión.

Es lo que sospeché en el bosque cuando encontré a Bonnie y Twill huyendo. Aunque nunca llegué a entender la magnitud. Aunque claro, no se pretendía que lo entendiera. Pienso en Haymitch despreciando mis planes para huir del Distrito 12, para empezar mi propio levantamiento, incluso la misma noción de que el Distrito 13 pudiera existir. Subterfugios y engaños. Y si él pudo hacerlo, detrás de su máscara de sarcasmo y borrachera, tan convincentemente y durante tanto tiempo, ¿sobre qué más ha mentado? Sé sobre qué más.

— Peeta. — Susurro, mi corazón dando un vuelco.

— Los otros mantuvieron a Peeta con vida porque si él moría, sabíamos que no habría modo de mantenerte en una alianza. — Dice Haymitch. — Y no podíamos arriesgarnos a dejarte sin protección. — Sus palabras son muy pragmáticas, su expresión inmutable, pero no puede ocultar el tono grisáceo que colorea su semblante.

— ¿Dónde está Peeta? — Siseo.

— Fue capturado por el Capitolio junto con Johanna y Enobaria. — Dice Haymitch. Y por fin tiene la decencia de bajar la mirada.

Técnicamente, estoy desarmada. Pero nadie debería subestimar el daño que pueden hacer las uñas, especialmente si el objetivo no está preparado. Me lanzo sobre la mesa y rastrillo con las mías la cara de Haymitch, haciendo que fluya la sangre y causando daño en un ojo. Después los dos nos estamos gritando cosas terribles, terribles, y Finnick está intentando apartarme, y sé que Haymitch apenas puede contenerse y no hacerme pedazos, pero yo soy el sinsajo. Yo soy el sinsajo, y ya es bastante difícil mantenerme viva tal y como están las cosas. Otras manos ayudan a Finnick y estoy de vuelta en mi mesa, mi cuerpo sujeto, mis muñecas atadas, así que golpeo la cabeza, enfurecida, una y otra vez contra la mesa. Una jeringa me pincha en el brazo y la cabeza me duele tanto que dejo de luchar y simplemente gimo horriblemente como un animal herido, hasta que mi voz ya no puede más. La droga causa sedación, no sueño, así que estoy atrapada en una miseria incómoda y vagamente dolorosa durante lo que parece una eternidad. Reinsertan sus tubos y me hablan en voces calmantes que nunca me llegan. Todo en lo que puedo pensar es Peeta, yaciendo en una mesa similar en algún sitio, mientras intentan obtener de él información que ni siquiera tiene.

— Katniss. Katniss, lo siento. — La voz de Finnick llega desde la cama al lado de la mía y se desliza hasta mi letargia. Tal vez porque sufrimos el mismo tipo de dolor. — Quería volver a por él y Johanna, pero no podía moverme.

No respondo. Las buenas intenciones de Finnick Odair significan menos que nada.

— Es mejor para él que para Johanna. Averiguarán bastante pronto que él no sabe nada. Y no lo matarán si pueden usarlo en tu contra. — Dice Finnick.

— ¿Como cebo? — Le digo al techo. — ¿Igual que usarán a Annie como cebo, Finnick? Puedo oírlo llorar pero no me importa. Probablemente ni se molestarán en interrogarla a ella, tan perdida está. Perdida en la profundidad de sus Juegos de hace años. Hay una gran probabilidad de que yo esté yendo en la misma dirección. Tal vez ya me estoy volviendo loca y nadie tiene el valor de decírmelo. Ya me siento lo bastante loca.

— Desearía que estuviera muerta. — Dice. — Desearía que todos estuvieran muertos y nosotros también. Sería lo mejor.

Bueno, no hay una buena respuesta para eso. Apenas puedo disputarlo ya que estaba andando por ahí con una jeringa para matar a Peeta cuando los encontré. ¿De verdad lo quiero muerto? Lo que quiero . . . lo que quiero es tenerlo de vuelta. Pero ahora nunca lo tendré de vuelta. Incluso si de algún modo las fuerzas rebeldes se las arreglaran para acabar con el Capitolio, puedes estar seguro de que el último acto del Presidente Snow será rebanarle la garganta a Peeta. No. Nunca lo tendré de vuelta. Así que muerto es lo mejor. Pero ¿sabrá eso Peeta, o seguirá luchando? Es tan fuerte y tan buen mentiroso. ¿Cree que tiene alguna posibilidad de sobrevivir? ¿Le importa siquiera si es así? No estaba entre sus planes, en cualquier caso. Ya había renunciado a la vida. Tal vez, si sabe que yo fui rescatada, incluso está contento. Siente que tuvo éxito en su misión de mantenerme con vida. Creo que lo odio todavía más que a Haymitch.

Abandono. Dejo de hablar, de responder, rechazo la comida y el agua. Pueden bombear lo que les apetezca en mi brazo, pero hace falta más que eso para hacer que una persona siga adelante una vez ha perdido el deseo de vivir. Tengo la extraña idea de que si muero, a Peeta le permitirán vivir. No como alguien libre sino como un Avox o algo, sirviendo a los futuros tributos del Distrito 12. Después tal vez podría encontrar la forma de escapar. Mi muerte todavía podría, de hecho, salvarlo.

Si no puede, no importa. Es suficiente morir de rencor. Para castigar a Haymitch, quien, de entre todas las personas en este mundo putrefacto, nos ha convertido a Peeta y a mí en fichas de sus Juegos. Yo confiaba en él. Puse lo que era precioso en las manos de Haymitch. Y me ha traicionado.

“Ves, esta es la razón por la que nadie te deja a ti hacer los planes,” dijo. Es cierto. Nadie con dos dedos de frente me dejaría a mí hacer los planes. Porque obviamente no puedo distinguir a un amigo de un enemigo.

Un montón de gente viene a hablarme, pero hago que todas sus palabras suenen como el chasquido de los insectos en la selva. Sin significado y distantes. Peligrosas, pero sólo si te acercas. Cuando las palabras empiezan a distinguirse, gimo hasta que me dan más analgésico y eso arregla las cosas.

Hasta que una vez abro los ojos y encuentro a alguien a quien no puedo bloquear, mirándome desde arriba. Alguien que no suplicará, ni explicará, ni pensará que puede alterar mi diseño con ruegos, porque sólo él sabe cómo opero.

— Gale. — Susurro.

— Hola, Catnip. — Aparta con la mano un mechón de pelo de mis ojos. Un lado de su cara ha sido quemado bastante recientemente. Su brazo está en un cabestrillo, y puedo ver vendas bajo su camisa de minero. ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo está siquiera aquí? Algo muy malo ha pasado en casa.

No es tanto cuestión de olvidarme de Peeta como de acordarme de los demás. Todo lo que hace falta es una mirada a Gale y todos vuelven resurgiendo al presente, exigiendo que les haga caso.

— ¿Prim? — Digo con voz ahogada.

— Está viva. También tu madre. Las saqué a tiempo.

— ¿No están en el Distrito Doce?

— Después de los Juegos, enviaron aviones. Soltaron bombas. — Vacila.
— Bueno, ya sabes lo que le pasó al Quemador.

Lo sé. Lo vi arder. El viejo almacén cubierto en polvo de carbón. Todo el distrito está cubierto de eso. Un nuevo tipo de horror empieza a despertarse en mí cuando me imagino bombas golpeando la Veta.

— ¿No están en el Distrito Doce? — Repito. Como si decirlo fuera a esquivar la realidad.

— Katniss. — Dice Gale suavemente.

Reconozco esa voz. Es la misma que utiliza para acercarse a animales heridos antes de dar el golpe de gracia. Levanto la mano instintivamente para bloquear sus palabras, pero él la coge y la agarra con fuerza.

— No. — Susurro.

Pero Gale no es de los que me ocultan secretos.

— Katniss, no hay Distrito Doce.

Fin